



14114

14114

050

MF 649

(t)
050

ANALES
DE LA UNIVERSIDAD DE CUENCA

11-Julio/52 65=



SR. DR. DN. CARLOS CUEVA TAMARIZ

En franca y fervorosa consagración de sus dotes de Maestro de la Juventud y de propulsor insigne del progreso del Instituto, la Asamblea Universitaria reunida el 10 de Junio de 1952, le eligió Rector de la Universidad de Cuenca para un tercer periodo.

17114

ANALES DE LA UNIVERSIDAD DE CUENCA

Publicación Trimestral

TOMO VIII

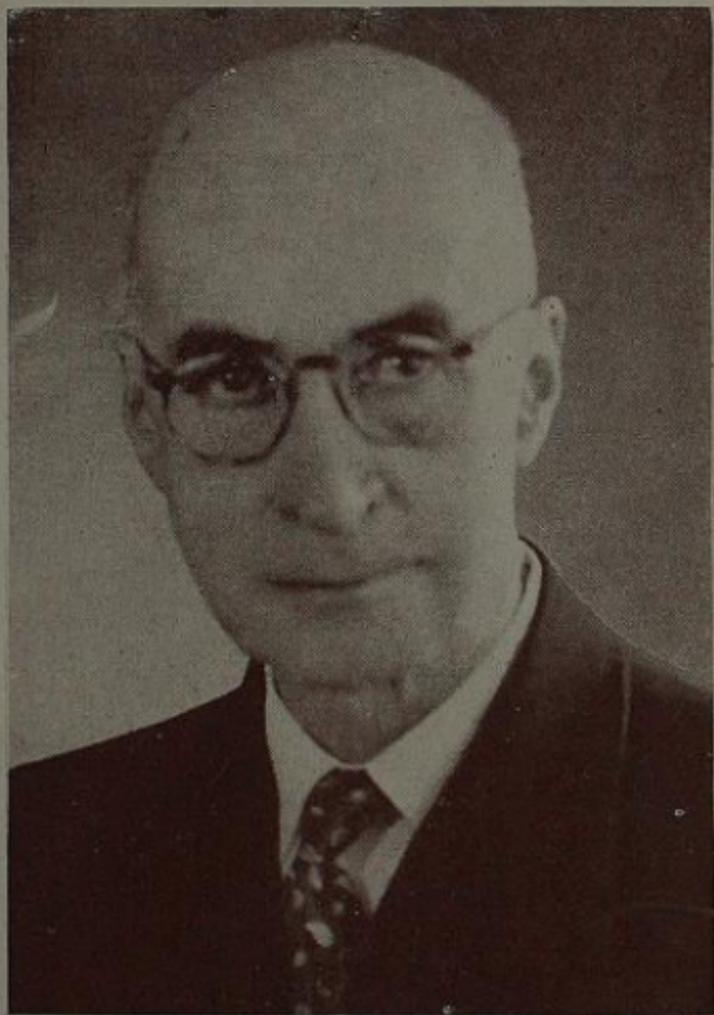
ABRIL - JUNIO DE 1952

Nº 2

SUMARIO:

ref. 9215

	<u>Págs.</u>
Dr. Francisco Alvarez González: La Filosofía del Renacimiento	5
Dr. Agustín Cueva Tamariz: Evocación de Ramón y Cajal	61
Dres. Timoleón Carrera Cobos y Vicente Corral Moscoso: La Difteria en el Azuay	105
Dr. Héctor Colmegna: Rehabilitación del Tuberculoso a la Vida del Trabajo	125
M. A. Raúl Vallejos: Física y Fenomenismo	137
Ing. Carlos Fernando Mosquera: Yacimientos de Azufre en el Ecuador	147
Mary Corylé: Tres Mujeres Máximas en la Literatura Nacional	153
Dr. Hugo Ordóñez Espinosa: Apuntes sobre un Libro Cuencano	165
CRONICA UNIVERSITARIA	189



SR. DR. DN. MANUEL MARIA ORTIZ

Reelegido, merecida y justicieramente, Vicerrector de la Universidad de Cuenca,
por la Asamblea Universitaria reunida en junio del presente año.

La Filosofía del Renacimiento

Conferencias sustentadas con ocasión del V Centenario del nacimiento de Leonardo de Vinci, que ANALES DE LA UNIVERSIDAD DE CUENCA las publica como un homenaje al insigne exponente de la época Renacentista.

I

Mi tarea, la tarea a la que voy a dedicar dos conferencias, es exponerles a Uds. la Filosofía del Renacimiento. La cosa es sumamente sencilla o extraordinariamente difícil, según sea el tipo de exposición. Si yo quisiera limitarla a escoger unas cuantas figuras, las más representativas del pensamiento filosófico renacentista; y desarrollar ante Uds. las ideas más destacadas de sus respectivos sistemas filosóficos, entonces mi misión no sería en extremo pesada. Desfilarian ante Uds. unos cuantos nombres —Giordano Bruno, Campanella, Marsilio Ficino, Gemistos Plethon, Lorenzo Valla, Erasmo, Agrippa von Nettesheim, Paracelso, etc.— y a continuación el núcleo más importante de sus concepciones filosóficas, tal como pueden encontrarse en cualquier manual de Historia de la Filosofía. Quizá no dejara de ser interesante para Uds. y quizá también la exposición, al colorearse, por simpatía, de la lírica expresión de que están empapadas estas filosofías, ofreciera la oportunidad de dejar un margen de brillantez al conferenciante. Pero prefiero seguir otro camino. Creo que ha llegado la hora de que los estudios históricos sobre filosofía se propongan como fin último algo más de lo que, en el mejor de los casos, se han limitado a ofrecernos hasta hoy, a saber, la comprensión de la conexión interna y del enlace que existe entre las ideas de que

está compuesto todo gran sistema filosófico. Frente a esta misión, necesaria, pero insuficiente, yo estoy firmemente convencido de que el historiador de las ideas filosóficas, literarias, o de cualquier índole que sean, no cumple plenamente con su misión de historiador mientras no nos explique, junto al sistema de ideas, el por qué y el sentido de las mismas. Porque es necesario repetirlo una y mil veces, señores: La Filosofía, como la Literatura o el arte en general, son cosas muy serias. Lo mismo la filosofía auténtica de los verdaderos filósofos, que la falsa filosofía, tan abundante, de los filósofos de profesión. Lo mismo la delicada poesía de ese hombre hecho sentimiento, que es el poeta, que la pseudo poesía artificial del poeta por convención. Todo es serio, porque todo son quehaceres humanos, los auténticos, como los falsos. Detrás de todo pensador, con vocación o sin ella, detrás de todo literato, auténtico o falso, late un hombre, una vida. Y la vida humana es la más seria de todas las cosas, pues es el supuesto necesario, incluso, para que tomemos en serio todas las demás, la muerte o Dios.

Ya es cosa seria, no para tomarlo a broma, que siendo la vida del hombre limitada, finita en el tiempo y teniendo el hombre plena conciencia de esa finitud, viviendo cada momento de su vida en la angustia de saberse finito, se decida a llenar los breves momentos de su existencia terrena con quehaceres y preocupaciones filosóficas. Si tal cosa hace, es porque el quehacer filosófico, como cualquier otro posible quehacer, es una necesidad vital del hombre. Al hombre, a diferencia de cualquier otro ser de la creación, no le es dado ser en movimiento o en reposo. Su ser se va hilando en la trama de sus mil quehaceres diarios y lo que, en última instancia, sea el hombre, será lo que él haya querido hacer de su vida. El saber filosófico no es, pues, un lujo, un añadido con que determinados hombres ornán sus vidas, lo que determinaría que, por un lado, estuviera el hombre ya hecho, y, por otro, su saber como un adorno superpuesto al ser concluso del hombre. El ser del hombre es inseparable de su hacer. Frente al *operari sequitur esse* de los escolásticos, nosotros mantenemos, por el contrario, que el ser, el *esse*, depende del *operari*, del obrar.

De todo ello resulta que el hombre es un ser histórico en una dimensión muy otra de la que generalmente se piensa cuando se hace tal afirmación. No es solamente el sujeto de la historia, sino que

él mismo, la interna estructura de su ser es histórica. Si esto es así, se nos impone el deber ineludible de comprender las peripecias intelectuales de las grandes figuras históricas, no como algo accidental, ni siquiera como un trozo de sus biografías respectivas, sino como los elementos esenciales de que están hechas las vidas mismas.

Toda filosofía, señores, es el resultado de tres ingredientes o elementos: El primero, es lo que yo llamo el primitivo sentimiento cósmico con que todo hombre se enfrenta con el universo. Sentimos, efectivamente, el universo de distintas maneras. Unos, como el escenario indiferente de una perpetua y gigantesca batalla entre los diversos elementos del mismo. Otros, como el testimonio patente de un orden y una armonía universales. Unos, como un depósito de valores y bienes dignos de ser vividos y gozados. Otros, en fin, como una prolongada sucesión de desdichas y males sin cuento. Este sentimiento cósmico primitivo que llevamos siempre con nosotros y que determina, en todo momento, el modo y la manera como nos enfrentamos con el mundo, es la confusa concepción del universo, la filosofía sentimental que no falta en ningún hombre. Los más enemigos de las elucubraciones filosóficas ven, y sienten el mundo también desde un punto de vista determinado, como cualquier filósofo. Les falta sólo el coraje intelectual de dar razón de ese sentimiento, de elevarle a claridad científica, mediante un sistema lógico de conceptos.

El segundo elemento, que interviene, como ingrediente, en la elaboración de todo sistema filosófico, es el ámbito de ideas filosóficas vigentes al tiempo de ponerse a meditar el pensador. Todo hombre es hijo de su tiempo en un doble sentido. En cuanto es heredero de las ideas del pasado, soluciones a los mismos problemas que, quizá, le desazonan, y en cuanto no puede por menos de vivir preocupado con las cuestiones candentes de su tiempo. De aquí, la esencial historicidad de la Filosofía. La Historia de la Filosofía no está, respecto a la Filosofía, en la misma relación que la Historia de las Matemáticas con las Matemáticas. Una Historia de las Matemáticas no es un tratado de Matemáticas, pero toda Historia de la Filosofía, si lo es realmente, es fundamentalmente filosofía, por la sencilla razón de que ésta es historia y no puede por menos de ser abordada históricamente. De aquí también otra consecuencia de importancia decisiva: No hay posibilidad alguna de existencia de una filosofía

perenne. Y no porque, escépticamente, creamos que no haya posibilidad de una verdad eterna y nos sintamos relativistas. Al revés, más bien porque estamos firmemente convencidos de la eternidad de una verdad, si efectivamente lo es, es por lo que no creemos pueda existir una filosofía también eterna. Para ello, sería necesario un presupuesto que no se da en el mundo, a saber, que éste fuera un universo siempre igual. El mundo es distinto con las épocas, y al decir mundo, entiendan Uds. los hombres, sus problemas, sus preocupaciones, intereses, etc. Por eso, es posible que filosofías que se estiman como falsas sean de nuevo acogidas con calor y entusiasmo. Tal va a ser el caso, precisamente, del Renacimiento, que renovó y dió el calor de cosa viva a las más variadas manifestaciones intelectuales del antiguo pensamiento greco-latino. Y no porque en ellas se creyera que residia la verdad, pura y simplemente, sino porque se sentia, más que se comprendia racionalmente, que un mismo ideal, un mismo impulso latia en aquellas viejas cosmologías y en los hombres de los siglos XV y XVI. Y a la inversa, puede muy bien ocurrir que no satisfaga una filosofía que se considere, en lo esencial, acertada en muchos puntos, si no da satisfacción a los anhelos y esperanzas al presente vivamente sentidos. Si no se enfrenta, con valentia, con los problemas que hoy apasionan, por estar en juego en ellos el destino de la vida de los hombres. De ahí, la escasa atracción que sobre las modernas generaciones ejerce el intento de actualizar, por ejemplo, la filosofía medioeval, la escolástica, aunque sea modernizada por el prefijo neo. Y donde esta filosofía alcanza un cierto auge, tendríamos que preguntarnos, con lealtad, si su popularidad no confirma más bien lo que venimos diciendo, es decir, si se debe a los méritos intrínsecos de dicha filosofía, o a que sirve de medio para la satisfacción de ciertos intereses humanos en determinadas situaciones sociales.

El tercer elemento es la propia genialidad del pensador, capaz de conciliar el antagonismo existente, quizá, entre el propio sentimiento cósmico del mundo y la cultura vigente. Si no existe antagonismo, lo natural es que la filosofía en vigencia, sea también la filosofía del pensador, que se la asimila y la hace suya. Pero si el conflicto existe, entonces el filósofo trata de imponer su sentimiento cósmico particular, razonándole y dándole la forma de un sistema lógico de conceptos. Si tiene éxito, lo que al principio era un conjunto de ideas oscuras y confusas, se convierte, mediante el esfuerzo

intelectual, en un conjunto sistematizado de ideas claras y distintas, por emplear esta terminología cartesiana, creándose así un sistema más.

Esta concepción acerca de la génesis de toda filosofía, podemos aplicarla también a la comprensión de los ideales filosóficos de toda una época. Es lo que vamos a hacer, para llegar a la plena comprensión de la filosofía del Renacimiento. El razonamiento por analogía es válido, porque las distintas épocas se comportan, respecto a las que precedieron en el tiempo, como los individuos unos con otros. Cada época (algunos filósofos han querido precisar más este concepto vago de época y dicen generación) tiene su propio repertorio de sentimientos e ideas análogos, su propio sentimiento cósmico de que hace un rato les hablaba a Uds. Claro que sólo unos pocos hombres lograrán elevarlo a claridad conceptual y elaborar un sistema coherente de pensamientos filosóficos. Una filosofía merecedora de tal nombre no se da todos los días. Pero si una época es pródiga en sistemas filosóficos —y dicho sea de paso, la filosofía tiene la rara peculiaridad, que merecería un análisis serio y una explicación clara, de proliferar en muy determinados y cortos espacios de tiempo, para permanecer como aletargada en largos intervalos de esterilidad filosófica— entonces existe necesariamente entre esos diversos sistemas una semejanza, un cierto aire de familia, fácil de captar para cualquier observador un poco atento. Son como variaciones armónicas a un mismo motivo musical. En el fondo, el parentesco deriva de la semejanza en el sentimiento cósmico de la época, de una preocupación análoga por unos mismos problemas, que obsesionan porque están ligados, más o menos claramente, con algún interés vital. Así, la preocupación por el arjé, o principio de donde todas las cosas dimanaban, entre los primitivos griegos, que intentaban, por primera vez, captar conceptual y racionalmente el espléndido mundo que ante ellos tenían. La preocupación por la felicidad en la Grecia de los siglos IV y siguientes, signo manifiesto de una época enferma, decadente y en descomposición política. La preocupación por los problemas de la substancia y la ciencia natural, en los grandes sistemas metafísicos del siglo XVII, signo manifiesto de una época a la que dominaba, por primera vez, el afán de conquista de la naturaleza y sometimiento de sus fuerzas en interés del hombre mediante la creación de la técnica. O, en fin, la actual preocupación de los sistemas filosóficos por el problema de la vida humana, manifestación ésta, la más

significativa de unos tiempos, cuyos hombres se encuentran ante graves problemas vitales —económicos, políticos, científicos, militares, etc.— y que se sienten un poco agotados, como cansados de vivir.

Vamos, pues, señores, a ponernos en claro cuál era el sentimiento cósmico que dominaba en la época del Renacimiento y, a ser posible, las causas que lo determinaron.

Yo me atrevería a decir que el rasgo más saliente y significativo del hombre renacentista es la alegría de vivir. Ser renacentista implica sentir la vida como valiosa. Sentirse fuerte, ágil, capaz de cualquier tarea, de cualquier empresa. Notar como brotan, de lo más íntimo del ser, fuerzas inagotables, ansiosas de emplearse en una multiplicidad de quehaceres. Los hombres del Renacimiento se sentían plétóricos de energía vital, que necesitaban gastar proponiéndose ambiciones y vastos proyectos de vida. Por eso, el Renacimiento dió un tan gran número de hombres polifacéticos, de saber enciclopédico, de actividad sobrehumana. Cuando se contempla el Renacimiento desde el mirador de esta humanidad gastada, cansada de vivir, escéptica, de nuestros días, nos llena de admiración, en primer lugar, la potencia biológica de los hombres de aquel tiempo. ¡Qué enorme cantidad de energía prodigada, generosamente, por hombres como Miguel Angel, Ticiano, Leonardo o César Borgia! Son gigantes del pensamiento, del arte, de la política, de la religiosidad, pero son también, un poco, como niños, que necesitan gastar las energías sobrantes en el juego, ese sabio adiestramiento para las mil actividades del futuro. Seguros de la firmeza y poder de su voluntad acometieron mil empresas distintas. Estaban ebrios de poder, de dominio. De-seaban sentirse vivir en la acción. Y por eso fueron tan amigos de gastar la vida en las formas más variadas. Fueron fuertes y, como tal, sensuales. Resucitaron el estoicismo, pero también las más antiguas formas de la moral hedonista. Por ello, también, finalmente, fueron un poco inmorales. Tuvieron la inmoralidad del fuerte, que cree que todas las cosas le son permitidas. Nos disgustan muchas de sus acciones, pero no podemos por menos de sentir cierta admiración hasta por sus faltas. Supieron ser grandes hasta en el pecado. Serán hasta criminales, pero nunca mezquinos. Este sentimiento de fuerte vitalidad está en la base de todas las grandes creaciones de los hombres del Renacimiento.

No les extrañe a Uds. que quien ve en la vida el problema central de toda la filosofía, propenda a dar una interpretación casi biológica de un fenómeno cultural como es el Renacimiento. Pero creo firmemente que esta interpretación que estoy desarrollando ante Uds. es de capital importancia, si de verdad se quiere entender lo que fué aquella época. Porque la seguridad en sí mismo, propia del que se siente fuerte, trae como inmediata consecuencia lo siguiente: La proyección sentimental al exterior de lo que se siente latir dentro de sí mismo. Quien está alegre, decimos, ve todas las cosas del color de rosas. No sólo la vida es bella, sino el mundo exterior, en su conjunto. De ahí, esa alegría estética del Renacimiento. Y es que las cosas de eso que llamamos mundo exterior son un ingrediente de la vida.

Los hombres del Renacimiento amaban el mundo como lo ama, naturalmente, el niño. Por todas partes veían armonías, belleza en las formas, perfecciones. El mundo, este mundo, es el mejor de todos los mundos posibles, como dirá más tarde Leibnitz. Y, en consecuencia, procedieron a su conquista. Materialmente, por medio de los viajes y descubrimientos. Conceptualmente, por medio de la creación de la *nuova scienza*, la ciencia natural y sentimentalmente, por medio de las más bellas creaciones artísticas que había contemplado la humanidad. La condición previa para la existencia de la ciencia o el arte es el amor por la naturaleza. En este sentido tenía razón Duns Scoto, en las postrimerías de la Edad Media, cuando afirmaba la primacía de la voluntad sobre el intelecto. Por eso, la Edad Media, dejando a un lado sus posibles méritos en otros órdenes, no representa nada substancial apenas para el arte o para la ciencia. Carecía de ese amor por todo lo creado, condición previa para que el hombre lo quiera conocer en la ciencia o reproducir en el arte. De ahí, también, la falta de vida al aire libre. Se vive encerrado, limitado por las cuatro paredes del castillo o del convento.

Es sintomático que uno de los primeros renacentistas, Francisco Petrarca, haya sido también el primer hombre de Europa que se extasió en la contemplación de los bellos paisajes alpinos de Francia. A los 32 años, emprende, hecho inaudito a mediados del siglo XIV, la ascensión al Mont Ventoux, para contemplar a sus pies el panorama majestuoso de las Sevennes y las aguas azuladas del golfo de Lyon.

Porque la naturaleza es bella, el hombre del Renacimiento aspira a gozar de ella y a reproducirla en el arte, sobre todo por medio de la pintura y escultura. Surgen así los grandes maestros del Renacimiento y, entre ellos, este Leonardo de Vinci, cuyo centenario estamos celebrando. Pero no sólo en las artes plásticas se refleja este amor y entusiasmo por las bellezas de la naturaleza. También en la literatura. Y es precisamente en esta época cuando la fina sensibilidad para la hermosura de la campiña italiana, de su bello cielo, claro y despejado, produjo un tipo de literatura, bucólica y sentimental, la novela pastoril, cuya obra más representativa es la *Arcadia* de Sannazaro.

Pero el arte del Renacimiento, que brota de este entusiasmo dionisiaco por la naturaleza, tiene su matiz peculiar, que le diferencia del arte de la antigüedad pagana, del cual, sin embargo, se consideraba heredero. Los griegos amaban igualmente este mundo ordenado, al que denominaban cosmos. Fueron, por ello, maestros insuperables en la plástica, escultura sobre todo. Pero el arte griego, de acuerdo con la filosofía de sus mejores tiempos, tiende a lo general. Aún en la época de máximo esplendor de este arte, en el siglo V, en el siglo de Fidias, las esculturas griegas parecen la realización, la obra, del demiurgo platónico. Una imitación sensible del mundo de las Ideas, pero más perfecta que la de las cosas individuales. Pues mientras éstas poseen el carácter de la individualidad, de la concreción, de una manera muy marcada, en cambio las obras escultóricas de un Fidias, de un Scopas o de un Praxiteles, son un intento, casi perfecto, de reproducir lo general en lo individual. El escultor griego aspiraba nada menos que a superar la obra del arquitecto del universo en el *Timeo* de Platón. En manos de un Fidias la materia deja de convertirse en principio de individuación.

El Renacimiento es amor por el mundo en su totalidad y en cada uno de sus momentos. La razón de esto es una razón de tipo filosófico, o mejor, natural, a la que luego, con el tiempo, se dió forma o fundamentación filosófica. Es esta: Mientras que para los griegos el individuo es una parte del todo y su ser se pierde en la magnitud prácticamente infinita de lo existente, para los modernos el hombre es un universo reducido, un microcosmos. Paracelso, Weigel y Jacobo Boehme enseñan, en el Renacimiento, que el cuerpo del hombre encierra todas las cosas materiales en fina condensación. Este pensa-

miento nadie lo expresa con más fuerza que Giordano Bruno. Cada ser individual es una concreción finita del único ser infinito divino. Cada mónada, a pesar de esta esencia divina común, es distinta de todas las demás. No puede haber dos mónadas semejantes. Más tarde será Leibnitz quien saque las últimas consecuencias de este principio.

Lo individual queda así dignificado y elevado de rango, frente a la tendencia universalista de la antigüedad y de la Edad Media. Y por ello, el arte, por primera vez, nos va a recrear mostrándonos la grave dignidad de cualquier buen comerciante flamenco, o la suave sonrisa de la Gioconda. Aún en las pinturas religiosas, las vírgenes, las vírgenes de Rafael, por ejemplo, van a tener esos bellos labios gordonzuelos y sensuales que el artista contemplaba cuando miraba a su modelo. Es esta preocupación por lo individual y alta valoración de lo mismo como expresión condensada del cosmos, lo que se denomina humanismo. Nada tiene de extraño que, quienes ven en el individuo un reflejo del orden cósmico del universo, depositario de una formidable energía vital, tiendan a la divinización del individuo. El hombre necesita adorar alguna cosa. Y en trance de perder su vigencia el concepto de Dios, el hombre del Renacimiento encuentra un sustitutivo en la naturaleza, panteísmo, o en el hombre mismo, como condensación del macrocosmos, individualismo o humanismo.

Es, pues, señores, ese sentimiento de seguridad en sí mismo, producto de las inmensas energías de que el hombre se siente depositario, el sentimiento cósmico primitivo de que van a salir todas las manifestaciones humanas de la época del Renacimiento. Porque, como he dicho más atrás, señores, estos grandes movimientos culturales, Renacimiento, Racionalismo, Romanticismo, etc., no son, contra lo que se cree generalmente, meros movimientos filosóficos o literarios. Abarcan todo el inmenso ámbito de los quehaceres humanos. El romanticismo, por ejemplo, no es sólo una manifestación o moda literaria. Hay un romanticismo político, que se manifiesta en la lucha por la libertad de las pequeñas naciones oprimidas. Un romanticismo filosófico, el idealismo alemán. Un romanticismo literario, reivindicación de la libre fantasía del artista frente a los preceptos y reglas literarias. Un romanticismo jurídico y económico, representado por la escuela histórica. Y en fin, un romanticismo de las costumbres, de las formas de vida, de las artes industriales, del comer y del vestir. El romántico, en una palabra, tiñe todos sus actos humanos de esta

atmósfera sentimental que constituye su individual manera de sentir el universo.

Así ocurre también con el Renacimiento. Es un movimiento cultural de dimensiones universales y conforma, por tanto, las acciones de los hombres de su tiempo, de cualquier clase que éstas sean. Renacentistas son los grandes artistas. Pero también lo son humanistas como Vives o Erasmo, políticos como Francisco I o César Borgia, comerciantes como los Médicis o los Fúcares; renacentistas son, en fin, los aventureros, los condottieri y los frailes exaltados, como Savonarola y Lutero.

Igualmente renacentistas son los grandes navegantes y viajeros, los esforzados conquistadores. Desde que Marco Polo realizó su viaje por el Oriente, una gran inquietud, deseo de conocer nuevas tierras y nuevas costumbres, se desarrollaron por doquier en Europa. Como hombres fuertes que eran, los renacentistas tenían una enorme voluntad de poderío y de dominio. Es un error creer que el hombre del Renacimiento tiene que saber latín y ser más o menos sabio. Lo que realmente le caracteriza es la voluntad de poder. Y en este sentido la humanidad no ha producido en ninguna otra época una mayor cantidad de hombres emprendedores y audaces. Colón fué relativamente inculto, pero de una voluntad férrea y la enorme multitud de campesinos y pastores, incultos e iletrados de mi Castilla, de Extremadura, de Andalucía, que se desparramaron por las selvas y montañas del Nuevo Mundo, son, como tipos humanos, titanes de la voluntad, el paralelo de lo que en el arte es el Moisés de Miguel Ángel.

Yo creo, señores, que Uds. ya están de acuerdo conmigo en el diagnóstico que vengo haciendo del hombre del Renacimiento, como tipo humano representativo de la voluntad de poderío. Pero es necesario continuar adelante y preguntarse por las causas que determinaron este cambio en el tono vital de los hombres de los siglos XV y XVI, frente a los de los tiempos inmediatamente anteriores. Y haciéndolo así, no podemos por menos de destacar la importancia primordial que, en el cambio, en la transformación, tuvo la lenta alteración de la vida económica a finales de la Edad Media. Sobre todo, en Italia, que, aunque no fuera más que por eso, se halla, desde el primer momento, a la vanguardia del Renacimiento.

Las Cruzadas contribuyeron a modificar las condiciones de vida económicas tradicionales, creando las bases para la posibilidad del moderno capitalismo monetario. Ellas facilitaron el comercio con el oriente y la importación de objetos de lujo, por consiguiente caros y que dejaban un gran margen de ganancia. Poco a poco se había ido formando en Europa una clase nueva de comerciantes, enriquecidos desde las épocas de las Cruzadas, armadores también muchos de ellos, que habían sabido aprovechar la oportunidad que para Italia supuso el gran aflujo de masas europeas occidentales, en marcha hacia el oriente. Esta nueva clase, poderosa, vive, claro es, en las ciudades, frente al aristócrata feudal de la Edad Media. Las ciudades, sobre todo las ciudades del norte de Italia, se habían ido constituyendo como comunas independientes, desde siglos atrás, aprovechando las luchas entre los Emperadores germanos y los Papas de Roma. Así, las hermosas ciudades del valle del Po, Milán, Mantúa, Ferrara, Plasencia, Parma, Módena, etc. y también Florencia. Estas ciudades estuvieron, la mayoría de las veces, en manos de tiranos, podestades, que tienen a su servicio tropas mercenarias, acaudilladas por condottieri. En guerras continuas unas contra otras, tienen necesidad de echar mano, a menudo, del *popolo*, de ese buen pueblo de artesanos, comerciantes, maestros, aprendices, etc. Pero el pueblo adquiere, con la guerra, conciencia de su propia importancia y, por eso, a partir del siglo XIII la masa del pueblo asciende, en Italia, al poder político. Se le reconoce sus derechos y a medida que las ciudades van siendo más ricas y sus efectivos gobernantes las clases más poderosas económicamente, por ejemplo, los Albizzi o los Médicis en Florencia, se le agasaja continuamente, con fiestas espléndidas. Cada ciudad es un Estado y vuelve a aparecer en el mundo la vieja polis griega, el antiguo Estado-ciudad. ¿Tiene nada de extraño que a esta semejanza en la forma social de la vida haya correspondido un análogo ideal de vida espiritual?

El gobierno lo detenta, generalmente, para extremar la analogía con la antigua Grecia, un tirano, con el apoyo y el aplauso del pueblo. A medida que el capitalismo se va desarrollando, los ricos comerciantes y banqueros logran hacerse con el poder que, hasta entonces, había sido patrimonio de la nobleza. Esto no se logró sin luchas cruentas, como lo demuestra la famosa conjuración de los Pazzi, en Florencia. Pero, al fin, aquí los Médicis siguieron detentando el poder, contra los aristócratas enemigos y con el contento del pue-

blo. La historia sabe de qué procedimientos se valieron para ello. Atados por los pies se les dejaba morir, colgados de cualquier ventana de palacio. Se conserva un dibujo de nuestro Leonardo de Vinci, mandado hacer por Lorenzo el Magnífico, que representa a Bandini, uno de los de la conjuración de los Pazzi, colgado en una de las ventanas del Palacio de Bargello el 29 de Diciembre de 1479. Y, sin embargo, los artistas florecían, por entonces, en la capital de la Toscana, en la ciudad que había visto nacer a Dante Alighieri: Brunelleschi, Ghiberti, Lucca della Robbia, Ghirlandajo, Boticelli, Leonardo y el Gran Miguel Ángel.

Los ricos comerciantes amplían el campo de sus negocios haciéndose industriales. Uds. saben la organización de los gremios medioevales. El maestro es el dueño del taller, de la pequeña industria a domicilio. A sus órdenes trabajaban los oficiales y aprendices, éstos últimos formando parte de la propia familia del maestro. Cuando el oficial es capaz de hacer lo que todavía hoy, por este motivo, se denomina una obra maestra, puede obtener los reconocimientos de méritos que le habilitan para establecerse por su propia cuenta. Pero pronto, para evitar la competencia, se va a modificar el antiguo sistema, y en lugar de una obra maestra, será necesario el pago de una cantidad elevada para poder montar un taller. Los maestros se preocupan de que esta cantidad sea lo suficientemente fuerte, para que esté fuera de los alcances normales de ningún oficial. Pero con esta medida se rompe la antigua armonía de los gremios medioevales, y éstos, se dividen, horizontalmente, en organizaciones de maestros, llamadas maestrías, y en organizaciones de oficiales, denominadas germanías. Con el comienzo del capitalismo, surgen las oposiciones de clase. Pero poco dura a los maestros su hábil monopolio industrial. Los ricos comerciantes se van a apoderar de las materias primas de que se sirven los maestros para sus industrias y a suministrarlas, pero a condición de que éstos se comprometan a venderles a ellos los objetos manufacturados. Con ello, el viejo maestro pierde su tradicional independencia y ahora sólo es poseedor de las herramientas e instrumentos de trabajo. El comerciante, en cambio, puede ahora vender los objetos fuera del ámbito estrecho del mercado local. Comienza, por primera vez, el comercio internacional en gran escala. Pero para un comercio de este tipo, se necesita de seguridad en los viajes y éstos eran sumamente arriesgados mientras los caminos estuvieran en manos de los señores feudales. Se hace, por consiguiente,

necesario a la burguesía naciente el establecimiento de regímenes políticos fuertes, que den al traste con la atomización de la soberanía en la Edad Media, incompatible con las nuevas condiciones económicas de la vida. De ahí, el apoyo que, en todas partes, ofrecen a los reyes, en su lucha contra los señores feudales, los ricos comerciantes y banqueros. Y con la ayuda de los Fúcares, de los Welser, de los Médicis y tantos otros, surgen poderosas las grandes monarquías europeas, unificadoras de los respectivos países. Carlos V en España, Enrique VIII en Inglaterra y Francisco I en Francia. Grandes sumas tuvieron que emplear los comerciantes y banqueros, hasta ver consolidados en sus tronos a los respectivos reyes y asegurado así un orden que era imprescindible para la buena marcha de los negocios. Ejemplo que nos muestra palpablemente cómo a veces los más cálidos ideales políticos son el resultado de un cálculo frío sobre el libro mayor del comerciante que todos llevamos dentro de nosotros. Hubiera sido más justo que en lugar de la concepción de la soberanía como de origen divino, hubieran puesto los reyes en sus monedas algo así como "rey por la gracia de Fúcar o de Welser", o Francisco I, por ejemplo "rey por la gracia de Jean Ango", el célebre armador de Dieppe, que se atrevió a sostener particularmente casi una guerra con Portugal, tal era la grandeza de su poder económico.

Pero los adinerados banqueros no se contentaron con ésto. Prestaban, no daban gratuitamente el dinero a los reyes. Tenían como lema de sus actividades el clásico "do ut des". A más de la tranquilidad para sus negocios internacionales, exigieron a los reyes y emperadores garantías por sus préstamos. Hombres positivistas, les agradaban, pero no les parecían suficientes los títulos y los honores. Exigieron, pues, a los reyes cosas reales. Generalmente, el monopolio del subsuelo, de las ricas minas de Europa, durante períodos de 25 o 30 años. La minería es una industria que necesita de la aportación de grandes capitales. Abandonada mientras éstos no existieron, va a comenzar ahora a ser explotada por los acreedores de los reyes, que comerciantes primero, banqueros después, se van ahora a convertir en industriales y a abrir el camino a las modernas formas del capitalismo. Pero estas industrias requieren de máquinas complicadas, la resolución de multitud de problemas técnicos, un número cada vez más creciente de científicos, de ingenieros, etc. ¿Tiene, pues, nada de extraño, señores, que esta transformación económica, cuyas líneas generales estoy trazando, vaya paralela a la mayor preocupa-

ción por la ciencia natural, por los problemas técnicos y por los sistemas de filosofía orientados a los problemas metodológicos y al conocimiento de la naturaleza, tal los grandes sistemas metafísicos del siglo XVII?

Sistemas económicos como el que ahora empieza, necesitan de grandes sumas de dinero. Pero, afortunadamente, del Nuevo Mundo, recién descubierto y conquistado, afluyen grandes cantidades de metales nobles, de oro y plata. No para quedarse en España, sino para ser reexportados a Europa, porque la gloriosa España de esta época, que daba por entonces cima a su sobrehumana hazaña en América y que peleaba con éxito en todos los campos de Europa, era, sin embargo, hay que reconocerlo así, sinceramente, un país pobre, con sus viejas industrias abandonadas, que apenas producía y que necesitaba traer del extranjero las cosas más imprescindibles para el consumo de su ya cansada población. Es triste, pero merecería ser conocido, por españoles e hispano-americanos, el siguiente relato del Embajador veneciano en Francia Juan Miguel: Dice así: "El español, que no puede subsistir sin Francia, estando obligado inevitablemente a comprar aquí las telas, los paños, el papel, los libros, incluso hasta el mobiliario y las obras de mano, nos va a buscar el oro y la plata al fin del mundo." A partir del descubrimiento de las minas de plata de Potosí, se produce en Europa una inflación tremenda. Pero ya antes, hacia finales del primer tercio del siglo XVI, el célebre economista y jurista francés Juan Bodino, nos informa que más de cien millones de oro y más de doscientos millones de plata fueron importados en Francia, procedentes, en su mayoría, como es natural, de España. La invención de los instrumentos de cambio, letras, cheques, etc. y de las instituciones de crédito, bancos en sus diversas formas, favorecieron aún más este intercambio de moneda y contribuyeron al desarrollo de este capitalismo.

El dinero trae consigo un afán de placeres y comodidades. Se embellecen las ciudades, como los Médicis embellecieron Florencia. Pero la vida ciudadana impone una mayor convivencia social. La mujer, por primera vez en muchos siglos, vuelve a gozar de una gran consideración social. En los salones de los palacios se convierte en reina y señora. El avance en la consideración social de la mujer, de la Edad Media al Renacimiento, sólo es comparable al progreso que realiza el arte de una a otra época. Comienza la historia a llenarse

de nombres de mujeres, por algo más que como meras esposas de los grandes hombres. Pero la preeminencia social de la mujer, en una sociedad de ricos comerciantes, de reyes y de príncipes, trae como consecuencia, como ha hecho observar el economista alemán Sombart, la presencia de trajes suntuosos, de modas, de adornos, en una palabra de objetos de lujo. Y estas necesidades nuevas reclaman la presencia de las industrias correspondientes a su producción. Las grandes ciudades son, así, una creación del lujo. Pero la vida en los salones, en unos salones en donde se daban cita los artistas, encargados de la decoración y embellecimiento de los edificios, los grandes señores, los reyes y la nobleza, que derrotada al fin, busca ahora honores y riquezas en el servicio del rey, es decir, de feudal convertida en palatina, trae consigo los buenos modales, los rasgos de ingenio, el bien hablar, el don de gentes, en una palabra las dotes que debe poseer todo hombre que aspire a desempeñar el papel de cortesano. El rudo caballero medioeval, con su cota y su malla, es sustituido por este nuevo ideal humano del hombre bien vestido, culto, de buenas maneras, tal como lo describe Baltasar de Castiglione en su libro "El Cortesano".

Pero también la vida en los salones significa otra cosa muy importante: Los amores, los devaneos. Y aunque me parece exagerada la tesis de Sombart cuando quiere hacer casi depender la aparición del moderno capitalismo del amor, sobre todo de los amores ilegítimos de los reyes y poderosos de la tierra, como en toda idea aguda, hay en ésta un cierto punto de verdad.

Los caballeros se superan en los agasajos y cumplimientos con las damas y éstas, igualmente, intentan superarse unas a otras en la exhibición de joyas, adornos y vestidos preciosos. Se fomentan así, las industrias encargadas de la fabricación de estos objetos y Sombart opina que muchas de estas instalaciones, por ejemplo, las fábricas de tejidos de seda de Lyon, son las primeras que adoptan un aparato de producción de carácter esencialmente moderno. Esta tendencia venía favorecida por la adopción de una política económica mercantilista por parte del Estado. Francia, sobre todo, se ingenia por acelerar la entrada de oro y de plata al país, creando industrias y favoreciendo, por todos los medios, la exportación de los artículos.

Es necesario que Uds. me perdonen, señores, el haberme dete-

nido un tanto en la exposición de estos fenómenos económico-históricos. La razón es que los considero fundamentales para la comprensión de lo que venimos estudiando, a saber, el sentimiento de seguridad en sí mismos, la alegría de vivir de los hombres del Renacimiento.

Yo estoy convencido de que la imaginación es una de las facultades más importantes para el conocimiento y comprensión de la verdadera realidad de las cosas. No es una facultad privativa de los artistas, sino también de los científicos, sobre todo del historiador. Hago, pues, un llamamiento a la imaginación de Uds. para que comparen por un momento lo que era la vida en las grandes comunidades europeas, durante los siglos XII o XIII y estos otros siglos del Renacimiento, el XV y el XVI. Los cambios, como han visto Uds. por mi exposición, se debieron, principalmente, a la gran transformación económica originada por el capitalismo naciente.

Desde mediados del siglo XV nos encontramos con bellas ciudades, hermosos edificios, decorados por los artistas más hábiles, representaciones teatrales, fiestas suntuosas, soireés, tejidos preciosos, damas elegantemente ataviadas con un lujo, que algunos años antes hubiera parecido cosa de ensueño, alimentos desconocidos hasta entonces, especias de exquisitos y exóticos gustos, unos idiomas que, al convertirse en instrumentos literarios, adquirían modulaciones sumamente bellas; animales, plantas y hasta hombres de facciones extrañas, todo ello nuevo para los europeos; relatos de lejanos y evocadores paisajes; libros en abundancia que multiplicaban estos relatos y narraciones; dinero, tranquilidad social, pues la gran masa del pueblo era ajena a las pequeñas conspiraciones palaciegas y a las guerras entre las poderosas dinastías reinantes, guerras éstas hechas con tropas mercenarias; prosperidad económica, un saber experimental que cada día traía consigo un nuevo adelanto técnico; dominio del mar, dominio de la naturaleza y hasta en Leonardo, el primer intento, prematuro, pero significativo, de dominio del aire. La brújula revolucionó el arte de la navegación, el telescopio de Galileo los conocimientos astronómicos y la pólvora el arte de la guerra. Por todas partes el hombre comienza a verse señor y dueño de la naturaleza. Y si esto es así, señores, yo pregunto: ¿Tiene, entonces, nada de extraño ese entusiasmo dionisiaco de que es presa el hombre renacentista? ¿No está justificada su fe y confianza en sí mismo?

Ahora comprenden Uds. las razones por las cuales decía hace un rato, al comienzo de esta conferencia, que el rasgo más saliente del hombre del Renacimiento es la seguridad y la alegría de vivir en un mundo que ofrecía cada día nuevas maravillas a los sentidos en forma de espléndidas obras de arte, al entendimiento, bajo el aspecto de una naturaleza que se doblegaba al saber humano, desplegando la magnificencia de sus leyes ocultas y, finalmente, a la imaginación, en forma de relatos que excedían, en interés y grandeza, a todo lo que se les había ocurrido a escritores y artistas.

Ocurre, entonces, un fenómeno único en la historia de la civilización occidental. Durante varios siglos, desde el Renacimiento hasta mediados del siglo XIX, los hombres viven en la esperanza de un futuro luminoso. Yo no he visto que se haga hincapié en esta nota del carácter europeo de la época moderna, a pesar de que me parece fundamental. Los hombres se han consolado siempre de sus desgracias presentes imaginándose una época de oro de la humanidad. Esta época mítica se ha pintado siempre, acumulando en ella las esperanzas frustradas por la realidad. Es el paraíso terrenal de todas las razas y de todas las civilizaciones. Ahora, lo característico en casi todos los pueblos es que colocan esta época en el pasado. Y, entonces, se piensa, se siente la historia como una degradación, como un descenso. El estado de ánimo que tal sentimiento vital determina es el pesimismo, el desánimo, el cansancio de vivir. Este sentimiento refrena nuestra acción, por inútil. En vano puede el hombre luchar por torcer el curso de la historia, que se contempla como una caída. Como expresa, melancólicamente, el poeta español Jorge Manrique, "cualquiera tiempo pasado fué mejor".

Los griegos colocaban esta época feliz en el pasado, en los tiempos míticos en que la tierra estaba todavía poblada de héroes. Y son muchos los rastros que, en su literatura, encontramos referentes a esta universal creencia. Por ejemplo, el mito de la Atlántida. Lo mismo ocurre en los romanos y no digamos nada del Cristianismo, que eleva a la categoría de dogma y creencia fundamental el pecado original, viendo en la historia del mundo no otra cosa que las consecuencias de aquella primera falta.

De igual modo, el Romanticismo tendió a ver y sentir el mundo a la manera antigua, como una caída, como un descenso. Así, en el

gran precursor, en el siglo XVIII, del romanticismo del siglo siguiente, en J. J. Rousseau, para quien la civilización es un factor de decadencia que perturba la armonía de la vida social y enturbia la pureza de sentimientos del hombre en el estado de naturaleza. Pero durante unos tres siglos, se dió el hecho inaudito de que los hombres colocaban el paraíso, la edad dorada, en el porvenir. Pero no a la manera de las otras épocas, que por el hecho de que creían perdido un paraíso real, tendían a sustituirlo por uno artificial, para después de la muerte. No. Los hombres del Renacimiento poseyeron el raro privilegio de sentir la historia como un ascenso regular. Por eso, amaron la acción, y creyeron en la misión trascendental de sus vidas, como aceleradoras del progreso.

Me permito indicar a Uds. que estoy intentando hacer una reconstrucción histórica del ser del hombre de otras épocas, tratando de explicar psicológicamente sus sentimientos e ideas. Reconstruyo, pero no valoro. Intento explicar los sentimientos que las diferentes maneras de sentir la historia, necesariamente tienen que provocar en los individuos. En quien ve la historia como algo ascendente obrará el deseo de acelerar la marcha progresiva de la misma. Tendrá optimismo, un como anhelo de colaborar con todas las energías en ese proceso de ascenso y mejoramiento. Para quien ve en la historia el relato de una caída, sólo habrá pesimismo, desaliento, tendencia a la inactividad, refugio melancólico en el pasado. Y finalmente, quien la contempla como un devenir inevitable de las mismas cosas en grandes periodos cósmicos, que se repiten sin cesar, tenderá a sumirse en la indiferencia, en la apatía. Sentirá su personalidad anulada ante la grandeza del destino, que hace rodar el mundo de las cosas y de la historia por cauces predeterminados. Si es sabio, esperará indiferente a que se cumpla el destino que le toca en este gran drama del Universo.

La creencia firme en el progreso es la consecuencia necesaria de unos hombres que contemplaban todos los días las nuevas maravillas que traía consigo la más formidable revolución económica que hasta entonces había registrado la historia y que, además, justamente, por eso, se sentían dotados de energías capaces de enfrentarse con las más áridas y difíciles empresas. La idea del progreso, tan fecunda, es hija del Renacimiento, si bien no llegó a plena madurez y vigencia intelectual hasta la época del idealismo alemán. Aquí es donde halla consistencia y pleno significado filosófico. El progreso

ya no es sólo el progreso de los hombres, sino también avance y perfeccionamiento del Universo que, en el fondo, no es otra cosa sino una automanifestación de lo Absoluto. Así les es posible a estos pensadores tratar filosóficamente el Universo o la historia en particular, por ejemplo, Hegel. La Filosofía, el Arte, la Religión, la Historia de la Humanidad están sujetas a una evolución en sentido ascendente. Etapas diversas en la evolución de lo Absoluto, tienden al pleno autoconocimiento del mismo.

Yo sé muy bien que no hay nada tan fácil como hacer filosofía de la historia. Cada pensador puede ver en un hecho aislado la causa de todos los demás. Con un poco de ingenio es posible la defensa de cualquier postura. Dios, las razas, la selección natural, los factores económicos, los héroes, etc., han sido considerados, por otros tantos filósofos, como las causas reales de los diversos fenómenos históricos. La interdependencia que existe entre todo lo social es la razón por lo cual todas estas teorías son fácilmente defendibles, pero también fácilmente atacables. Para mí, los fenómenos históricos se explican siempre por dos géneros de causas. No soy materialista, ni idealista, sino las dos cosas a la vez. Las ideas, sin los impulsos, son ineficaces, no sirven para la acción. Pero los impulsos, sin las ideas, son ciegos. Me explicaré con un ejemplo clásico, la Revolución Francesa. Dos géneros de explicaciones se han dado para la interpretación de este hecho. Unos, han insistido en las malas cosechas, que precedieron al estallido de 1789, y el hambre que trajeron consigo, como las causas fundamentales de la Revolución. Otros, por el contrario, han hecho hincapié en la labor corrosiva de los filósofos y enciclopedistas. Ambas posiciones son sólo aspectos parciales de la cuestión. Europa había pasado hambres atroces, en la Edad Media, por ejemplo, y a nadie se le había ocurrido quejarse. Es falso, totalmente, que el desamparo económico, sin más, lleve a los hombres, fatalmente, a la insubordinación contra los poderes constituidos. Podrá haber un motín, pero nunca una revolución. Y un motín, sólo en cuanto en la mente de los hombres surja la idea, por ejemplo, de que la culpa del desamparo en que se hallan, es de alguien, es decir, sólo en cuanto estén en posesión de unas ideas como las de justicia e injusticia. El hambre puede ser el motor, el impulso que mueva a los hombres. Pero para que este impulso se dispare, efectivamente, es necesario que en la mente de los hombres existan unas ideas o teorías. En este sentido soy idealista.

Permitanme Uds. señores, que proponga esta reflexión de actualidad a la consideración de Uds. Yo estoy completamente convencido que si se logran desterrar de las mentes de los hombres, de las grandes masas más o menos proletarizadas del mundo de hoy, las ideas básicas que laten al fondo de las doctrinas revolucionarias, socialismo, comunismo, etc., no habría necesidad de gastar tantas energías en las cuestiones del rearme o en crear esas armas de terror psicológico más que de destrucción real que son las bombas atómicas, las de hidrógeno o las de cualquier otro gas con que mañana nos salga cualquier profesor Smith de Pensylvania. Si los hombres, de repente, creyeran, con la fe viva con que los japoneses, por ejemplo, creen en la descendencia divina de su Emperador, que la igualdad social, a más de ser imposible, no es deseable, con esta sencilla cosa el peligro de la revolución social de nuestro tiempo habría desaparecido, aún en la hipótesis de que la explotación del hombre por el hombre fuera más violenta que en ninguna otra época de la historia. Sin Marx y tantos otros teóricos del socialismo, no habría socialismo militante en el mundo, por mucha hambre que el hombre contemporáneo hubiera podido pasar y por extremas que fueran las diferencias y desigualdades sociales.

Pero a la inversa, todos los líderes del socialismo no habrían conseguido el más mínimo estremecimiento revolucionario en ningún país del mundo, aunque, en hipótesis, hubieran logrado convencer de sus doctrinas a las dos terceras partes de la humanidad, de faltar en los hombres el motor, el impulso físico que conduce a la acción, a la lucha, la pobreza o la menesterosidad económica, en este caso concreto. Las ideas iluminan, pero carecen de eficacia motora y necesitan del impulso, de la pasión, para que el hombre intente llevarlas a la práctica. En este sentido, soy materialista.

Aplicando esta ley de Filosofía de la Historia al caso que ahora nos interesa, vemos que nuestra concepción acerca de la génesis de toda filosofía, es una aplicación parcial de esta ley general. La pasión, el elemento motor, es lo que yo llamaba sentimiento cósmico primitivo. El elemento ideal es lo que llamaba cultura vigente de la época del pensador.

Pero el Renacimiento no es sólo una filosofía, sino un vasto movimiento cultural que, como decíamos, abarca todos los aspectos del

hacer humano. Hay, por consiguiente, en él un impulso, ese impulso vital de sus hombres que he intentado describir y luego explicar, y unas ideas, un elemento ideal, que es justamente lo que vamos a comenzar a ver ahora, bien entendido que no vamos a exponer las ideas del Renacimiento, sino las que los renacentistas aprendieron y recibieron del pasado, sirviéndoles, después, para crear sus propias ideas.

Hay una diferencia capital entre la filosofía moderna y medioeval, a saber, la desigual importancia que en una y otra filosofía se da a lo divino. Todo el interés de los filósofos medioevales apunta hacia lo trascendente. Incluso cuando se interesan por las cosas de este mundo, súbrepticiamente, el afán que los mueve es aclarar algún extremo que conduce al mejor conocimiento de la divinidad. En cambio, en la filosofía moderna la posición es, justamente, la contraria. No que se secularice el saber hasta el punto de que la divinidad desaparezca, pero sí que ésta ocupa ahora un segundo plano. Malebranche, Leibnitz, Spinoza son espíritus sumamente religiosos. Dios ocupa todavía un lugar importante en sus respectivos sistemas. Pero cualquiera que lea sus obras, nota al punto que el espíritu que anima a estos autores es completamente distinto del de cualquier pensador medioeval. Dios garantiza un origen a la substancia, la permanencia del movimiento, la realidad de una materia trascendente, la verdad de nuestros conocimientos claros y distintos, etc. Pero llegados a Dios por la necesidad de la tendencia unitaria de la razón y demostrada su existencia, la atención se desvía de Dios para centrarse en el conocimiento del Universo. Si antes el conocimiento de las cosas era una vía para llegar a Dios, en Sto. Tomás, por ejemplo, ahora es Dios quien sirve para el conocimiento de la naturaleza. El conocimiento y el saber se despojan de todo sentido utilitario. Se investiga por el goce interno que produce ver cómo las maravillas de la naturaleza se muestran a la razón o a los sentidos del hombre que sabe interrogarla. El saber por el saber mismo es el fin último de la actividad humana. La verdad es como una diosa a la que rinden sus más cálidos elogios los hombres de los siglos XVI y XVII. La verdad por la verdad misma. "De la recherche de la verité" titula Malebranche su obra fundamental y un mismo espíritu parece presidir sus investigaciones y las del inflexible y lógico Parménides de Elea, en la antigüedad. Me imagino a estos hombres como a sus contemporáneos, los conquistadores. Quizá el motivo inicial de su espíritu de empresa fuera la posesión

de algún mítico El Dorado. Pero a fuerza de caminar por trochas y veredas, por cerros y selvas, fueron perdiendo de vista el fin primitivo, para convertirse sólo en eso, en andariegos descubridores de horizontes siempre nuevos. O también como el jugador que, al principio, tienta la suerte por ganar, para terminar por perder voluntariamente con tal de tener la oportunidad de poder seguir jugando.

Ahora, esta secularización del saber y este afán de verdad, de posesión de los secretos de la naturaleza, que es una manifestación del espíritu de conquista y de la voluntad de poderío del hombre moderno, tiene sus orígenes en la Edad Media, en el último período de la escolástica.

No les digo a Uds. nada nuevo al afirmar que una de las oposiciones más acusadas de la Edad Media fué la que hubo entre la razón y la fe, entre la Filosofía y la Teología. La tendencia más general fué la de que la razón debe estar sometida, subordinada, a la fe. *Philosophia ancilla est theologiæ*. La razón es mera aclaradora o confirmadora de aquellas verdades fundamentales a las que llegamos directamente por la fe. Pero no dejó de haber, sin embargo, hombres que intentaron conciliar ambas tendencias. Ya en el siglo XI, un pensador, el más original de este antiguo período, Juan Scoto Erigena, dice literalmente que "veram esse philosophiam veram religionem, conversimque veram religionem veram philosophiam". La verdadera filosofía es verdadera religión y a la inversa. Esta misma tendencia es la de Santo Tomás. Tal es el acuerdo que debe de existir entre la razón y la fe que, cuando una conclusión filosófica contradice una verdad dogmática, es señal y prueba evidente de que la conclusión está mal sacada y de que, por consiguiente, es falsa. Cuando la razón procede rectamente coincide, necesariamente, con la fe.

Pero a medida que se afinó el sentido para la demostración y se exigió una mayor pureza en las deducciones lógicas, para considerar como ciertas las conclusiones, se vió con claridad que muchas de las pretendidas demostraciones con que se habían querido fundamentar tales o cuales cosas o explicar determinados fenómenos, estaban sujetas a reparos, es decir, no concluían con plena evidencia. Duns Scoto combate las demostraciones de la existencia de Dios propuestas por Santo Tomás y Guillermo de Occam combate algunas argumentaciones de su ilustre compatriota el "doctor subtilis". Particu-

larmente se va viendo, cada vez con mayor claridad, que la razón humana es impotente para entrar en el terreno de las verdades dogmáticas. Adquiere, de nuevo, primacía la fe sobre la razón. Pero esta razón que ahora hace caso omiso de toda preocupación trascendente, va a encontrar un campo propio de actuación en el conocimiento de las cosas de este mundo. Se reduce el campo de las cosas accesibles a la razón, pero, en cambio, como compensación, en este ámbito de las cosas finitas, la razón y la experiencia son las únicas con títulos legítimos para decidir acerca de la verdad o falsedad. Se abre, pues, una sima entre estas dos cosas: Fe y Teología de un lado y razón y Filosofía, de otro.

Esto coincide con la natural preocupación del hombre moderno por el cosmos y la naturaleza. El saber medioeval estaba teñido de intereses éticos y religiosos. Al pasar ahora al primer plano el interés puramente teórico, el filósofo moderno, como el griego primitivo, vuelve los ojos a la naturaleza. Primero, porque todo nacimiento lleva consigo la apertura de los ojos, atónitos, hacia el exterior y segundo, porque la complejidad creciente de la vida, la necesidad de resolución de innumerables problemas técnicos, conducen el interés científico hacia la ciencia de la naturaleza. Si a esto se añade que la tendencia venía favorecida por la propensión, cada día mayor, a ver en el mundo una "explicatio Dei", una manifestación de la divinidad, en una palabra, una obra de Dios y, por consiguiente, valiosa y plebética de perfecciones, se comprenderá perfectamente el auge extraordinario de la Física durante los siglos XVI y XVII.

Las corrientes más importantes del pensamiento filosófico, al final de la Edad Media, son las siguientes: El tomismo, el scotismo, el terminismo y la mística.

Como Uds, saben, el tomismo es una de las más poderosas labores de síntesis que se han realizado en todos los tiempos. Es la aplicación de una filosofía pagana, el aristotelismo, surgida 17 siglos antes, a la comprensión del mundo y de los problemas cristianos. El vestido, el ropaje intelectual de conceptos con que se va a adornar ahora el cristianismo, es totalmente exótico, como surgido en otros tiempos y en otras latitudes para solucionar problemas que nada tenían que ver con los del siglo XIII. Y, sin embargo, la suma habilidad con que Santo Tomás realiza esta labor es tal, que el vestido le vie-

ne al cuerpo admirablemente, como anillo al dedo. Tanto, que apenas se nota el esfuerzo intelectual, la titánica labor sintética que el dominico tuvo que realizar para llevar a cabo su tarea.

Es sintomático de la decadencia de un país, de una cultura, que ésta empiece a cultivarse fuera del ámbito de la ciudad donde cosechó sus mayores glorias. Así, en el mundo antiguo, un buen día Atenas deja de ser la ciudad a donde, como insectos atraídos por los rayos de luz, acudían arquitectos, artistas, literatos y filósofos de todas las regiones de Grecia. Surgen otros centros intelectuales en ciudades situadas dentro del mundo griego o helenizante: Antioquía, Alejandria, etc. Pero eso significa que Atenas, la ilustre capital del Atica, había desempeñado ya su papel en la historia. Lo mismo podemos decir de Roma. De todas las partes de la República o del Imperio marchan a Roma intelectuales y artistas. Pero a partir del siglo III se da el hecho de la aparición de focos intelectuales en la Galia, en el norte de Africa, en el oriente. Y es que también en el reloj de la historia había sonado la hora de la decadencia de Roma.

Así va ahora a ocurrir también. París, fué, a mediados del siglo XIII, el centro intelectual más importante de Europa. Pero poco a poco va a ir compartiendo el privilegio de la investigación científica con otros centros como Oxford, Heidelberg, Viena, etc. Sobre todo Oxford, que hereda la gloria de la Escuela de Chartres, se va a convertir, cada día más, en un formidable centro de estudios humanistas, en donde se enseñan fundamentalmente una filosofía de tendencia agustiniana, las lenguas y las matemáticas. Allá enseñará, en la primera mitad del siglo XIII Roberto Grosseteste, obispo de Lincoln, autor de un interesante libro titulado "De luce seu de inchoatione formarum", especie de cosmología de tendencia neo-platónica en que se explica el origen del universo por la luz, que Grosseteste considera constituida por una materia sutilísima. Fué el primer pensador que tuvo una idea clara de la importancia que tienen las matemáticas para el conocimiento del universo físico. En su obra se encuentran párrafos tan significativos como éste: "Utilitas considerationis linearum, angulorum et figurarum est maxima, quoniam impossibile est scire naturalem philosophiam sine illis", la utilidad de considerar las líneas, los ángulos y las figuras es grande, porque, sin ellos, es imposible conocer la filosofía natural.

En Oxford enseñó también otro gran pensador, Roger Bacon, que añadió a la enseñanza de las matemáticas, como auxiliares de la ciencia natural, otro imperativo: El de la observación y el experimento. Respecto al primer punto Bacon es tan explícito como Grosse-teste y parece que estamos oyendo a Descartes o a Galileo. "Impossibile est res hujus mundi sciri, nisi sciatur mathematica", imposible es conocer las cosas de este mundo si no se conocen las matemáticas. Por lo que toca a la experiencia, *scientia experimentalis*, nombre que, por primera vez, aparece en este autor, permitanme Uds. que les lea esta cita: "Hay, en efecto, dos maneras de conocer: el razonamiento y la experiencia. La teoría concluye y nos hace admitir la conclusión, pero no da esa seguridad exenta de duda en que el espíritu reposa en la intuición de la verdad, en tanto que la conclusión no ha sido hallada por la vía de la experiencia. Muchas gentes tienen teorías sobre ciertos objetos, pero como no han hecho experiencias sobre los mismos, resultan inútiles para ellos y ni les incitan a buscar el bien ni a evitar el mal. Si un hombre que no hubiese visto jamás el fuego, probase, por argumentos concluyentes que el fuego quema, que destruye las cosas, el espíritu de quien le oyese no quedaría satisfecho y no evitaría el fuego antes de haber puesto la mano o un objeto combustible, para probar, por la experiencia lo que la teoría probaba. Una vez hecha la experiencia de combustión, el espíritu se convence y reposa en la evidencia de la verdad."

Me he detenido con algún detalle en la exposición de estas opiniones para que vean Uds. cómo en el siglo XIII asistimos ya a los primeros ensayos de una ciencia matemático-experimental, 300 años antes de que Galileo la constituyese definitivamente.

Pero para que el nuevo método de conocimiento triunfase plenamente era necesario que la vieja tradición aristotélica se quebrantase. Era necesario demostrar que sólo conducía a pura charlatanería y a discusiones inútiles. En este punto, tenemos que referirnos a la labor de dos pensadores, también franciscanos y de Oxford, Duns Scoto y Guillermo de Occam.

Ya hemos dicho anteriormente que Duns Scoto, con sus críticas de Santo Tomás y sus exigencias respecto a la validez de las pruebas y demostraciones, contribuyó grandemente a limitar el uso de la razón al campo de la filosofía y de las ciencias. Ahora nos interesa otro aspecto de su obra.

Uds. saben muy bien que Aristóteles fundió los dos mundos de Platón, el de las Ideas y el de la realidad sensible, en uno solo. La substancia es un compuesto de materia y forma. La forma es la esencia de la cosa, lo que la cosa tiene de común con las otras de su misma especie, aquello sin lo cual la cosa dejaría de ser lo que es, silla o mesa. En una palabra, el eidos, la Idea platónica, que ahora inside en la cosa misma. Lo que individualiza, pues, a los seres es la materia.

Sin variaciones apenas, esta doctrina fué aceptada en la Edad Media por Santo Tomás. Ahora bien, nuestro pensador, Scoto, se separa en este punto de Aristóteles y de Sto. Tomás. Resultaba un poco extraño que un hombre sólo fuera lo que es por la presencia de la materia. Un fuerte sentido de la personalidad se rebela contra esta teoría, que nos hace diferenciarnos de los demás, ser el individuo único e inconfundible que somos, por el elemento más bajo y, al parecer, menos importante que poseemos, la materia corporal. Duns Scoto piensa, pues, por esta y otra serie de razones, que no es sólo la materia lo que individualiza a los seres, sino la forma misma. A más de la materia, existe en el individuo la forma general por la cual se es hombre y una forma particularizada, que nos hace ser, efectivamente, Pedro o Juan, que Scoto denomina "haecceitas". Pero con esto queda destruido de golpe el aristotelismo. De aquí sólo falta un paso para llegar a la conclusión de que la presencia en el individuo de tal o cual nota, se debe a la existencia en el mismo de otras tantas formas o esencias. Esto, que efectivamente se hizo en las postrimerías de la Edad Media, va a dar lugar al desprestigio del aristotelismo y de la ciencia natural construida en sus moldes, pues la ciencia se va a convertir en mera charlatanería. Cuando se va a preguntar por el por qué de alguna cosa, se contesta diciendo que obedece a la presencia en el sujeto de una "forma substancial", lo cual se prestará al ridículo del médico aquel de la comedia que, a la pregunta de por qué razón hace dormir el opio, contestaba tan satisfecho que porque tiene "virtud dormitiva".

El realismo de las formas o de las esencias se va a convertir en Guillermo de Occam en nominalismo o terminismo. Lo universal no existe en la realidad. Sólo existe lo concreto. De ahí, una serie de consecuencias epistemológicas. La principal que sólo la intuición sensible nos garantiza, junto a la verdad del conocimiento, la exis-

tencia del ente sobre que recae dicha verdad. "Por oposición al conocimiento intuitivo, dice Occam, el conocimiento abstracto no nos permite saber si una cosa que existe, existe efectivamente, o si una cosa que no existe, no existe."

La exageración de los universales, de las formas en Duns Scoto y otros escolásticos, de un lado, y de otro, la negación del "universale in re", en Occam, van a conducir al desprestigio de la filosofía aristotélica y a favorecer la aparición de nuevos puntos de vista. Añádase a esto que la escolástica, en su último periodo, se enfrascó en una serie de discusiones ridículas e intrascendentes, tales como si Jesucristo hubiera podido venir al mundo en forma de asno o no, o cosas por el estilo. Se comprende que, ante este cúmulo de majaderías, los mejores espíritus se fueran separando de estas vanas discusiones, para ir a buscar el saber y la ciencia en otros maestros y en otras influencias. Afortunadamente, los maestros y las fuentes existían. La toma de Constantinopla por los turcos, dió lugar al traslado, en masa, de los eruditos y sabios bizantinos, a Italia. Su influencia fué decisiva para operar en el siglo XV el gran cambio en las ideas e ideales de vida que trajeron consigo el Renacimiento. Entre los sabios orientales, venían aristotélicos y platónicos. Pero los que causaron más viva impresión fueron los segundos. Por tres razones: Porque Platón resultaba más nuevo que Aristóteles a los espíritus ansiosos de saber de la segunda mitad del siglo XV. Segundo, porque Aristóteles era el pensador que más ligado estaba a la Iglesia, por lo cual todo ese movimiento de resentimiento contra la misma que venía fraguándose desde la época de las investiduras y que había dado lugar a las escisiones de Wicief en Inglaterra y de Juan Huss en Bohemia, se volcó en masa a favor del platonismo. Y tercero, por el mismo encanto estético de las obras y de la filosofía de Platón. Su concepción del Eros y de la Belleza tenía que impresionar vivamente a unos hombres que asistían al mayor renacimiento artístico que veían los siglos. Así se fundó en Florencia, la Atenas del Renacimiento, la Academia Platónica, bajo la protección de Cosme de Médicis, quien después de sus tareas diarias de gobierno, se aniquilaba o destruía a alguno de sus opositores, marchaba tranquilamente a la Academia a conversar serenamente con hombres como Gemistos Plethón, Marsilio Ficino o el Cardenal Bessarion, tres de los más ilustres miembros de la misma.

Hay otra dirección importante en la filosofía de la Edad Media, la mística, sobre todo la mística alemana de la época que estamos estudiando. A lo largo de la Edad Media luchan dos tendencias por la supremacía del espíritu y del pensamiento: La mística y la Teología racional. Con Alberto Magno y Santo Tomás de Aquino pasa, al primer lugar en importancia, la dirección aristotélica. Pero la dirección platónica, o mejor aun, neo-platónica y agustiniana, no desaparece en ningún momento. Cuando Sto. Tomás triunfaba en París, también allí esta otra dirección estaba representada por San Buenaventura, pensador y místico importante.

La mística ha sido mirada siempre con un cierto recelo por la Iglesia. Primero, porque es natural que el hombre que se pone directa e inmediatamente en contacto con Dios, propenda a prescindir del papel mediador de la Iglesia. Segundo, porque el místico, en el deseo natural de comunicar a los demás las inefables sensaciones y sentimientos experimentados en la unión mística con Dios, en el momento del éxtasis, tiende igualmente a expresarse en términos difíciles, oscuros, con metáforas que, muchas veces, son un auténtico peligro para el dogma. El místico siempre está al borde de la heterodoxia y del panteísmo.

Ahora, lo que de positivo adopta la mística para el pensamiento moderno son, a mi juicio, tres cosas importantes: La acentuación de la superior importancia de los individuos frente a los géneros y las especies, la valoración del mundo físico como una manifestación espléndida de la esencia divina y, por último, la existencia en el individuo de potencias cognoscitivas, aparte de la razón y la sensibilidad.

Tenemos, en primer lugar, el individuo. Les mostré ya a Uds. cómo en este problema de la individuación es esencial la posición de Duns Scoto. Realista, pues si los universales no existiesen no habría posibilidad de ciencia y la lógica y la metafísica serían una y la misma ciencia, no cree, sin embargo, como pensaba Platón, que el ser verdadero esté constituido por las esencias universales. La individualidad de los seres no es una imperfección, sino la culminación existencial del verdadero ser. Dios ha querido que el ser, la verdadera substancia, se de bajo la forma de la multiplicidad de seres de una misma especie. La individualidad no puede residir en la materia, lo más bajo e imperfecto que tenemos. Además, el hecho de la subsis-

tencia del alma humana, demuestra ya que en la forma y no en la materia se encuentra un principio de individuación, puesto que el alma humana es forma del cuerpo. Así como a los conceptos generales les corresponde una realidad, así también corresponde una realidad formal al momento de la individuación. En lugar de por la materia, los individuos se diferencian por la forma, formaliter. Ya explicamos, en efecto, como en todo ser existe, junto a la *quidditas*, es decir, la forma específica, una forma individualizadora, que Scoto denomina *haecceitas*. Sócrates, además de poseer una materia orgánica y una forma esencial, por la que es hombre, posee otra forma individualizante, la socrateidad, si Uds. me permiten el vocablo. De aquí deduce Duns Scoto, entre otras cosas, la posibilidad de ángeles de la misma especie, cosa que había negado Santo Tomás, mucho más ortodoxo del aristotelismo.

Es sobremanera interesante ver cómo los místicos luchan entre las tendencias opuestas del panteísmo y de la individuación de las substancias. La mística procede del neo-platonismo y, consiguientemente, propende al panteísmo, a disolver las distintas individualidades en el ser uno de la Divinidad. Pero, por otro lado, la tradición cristiana, esencialmente deísta, y el sentimiento íntimo del superior valor de todas las cosas creadas, como manifestación o explicitación de Dios, les lleva al reconocimiento de la independencia, valor y plenitud del ser de lo individual. Esta oposición es patente en el último gran pensador medioeval, que sirve ya de tránsito a la filosofía renacentista e incluso moderna, en Nicolás de Cusa. Ninguna cosa es semejante a las demás. Dos cosas que fueran iguales serían indiscernibles. Ya el hecho de que cada cosa ocupe un lugar en el espacio y en el tiempo, da a esa cosa un carácter peculiar, que no puede darse en ninguna otra. En Dios no hay diferencias, sino plena coincidencia de las cosas opuestas. Por eso, el cusano lo piensa como un infinito *coincidentia oppositorum*. Dice así con toda claridad: "Nada hay en el universo que no goce de un ser determinado y singular, que no se halla en ningún otro ser." A pesar de la diversidad hay una gran armonía entre los diversos seres individuales. Cada ser se encuentra satisfecho de ser lo que es, de desempeñar el papel único que, en la gran armonía del universo, le ha señalado el Señor. "La más hermosa armonía, dice Nicolás de Cusa, consiste justamente en la mayor diversidad."

Llegados a esta altura, señores, debemos detenernos un momento y contemplar, en rápida ojeada panorámica, el camino recorrido hasta ahora.

Nos proponíamos llegar a una comprensión histórica, lo más acabada posible, de la Filosofía Renacentista. Dijimos que toda filosofía, lo mismo la propia de un individuo que la de una época determinada, resulta de la integración de tres elementos: El sentimiento cósmico preintelectual que todo hombre, naturalmente, posee, la tradición cultural vigente en la época de que se trate y el genio del pensador que le lleve a realizar una síntesis de los dos elementos anteriores, elevando a la categoría de sistema lógico de conceptos aquel sentimiento cósmico primitivo, con ayuda de la filosofía y cultura recibidas.

Pasamos, después, a examinar el primer punto. Para ello, tuvimos que preguntarnos cuál era el sentimiento cósmico predominante en los hombres de los siglos XV y XVI. Lo caracterizamos como un sentimiento de seguridad, de fuerza y de alegría ante la vida propia y ante la ajena. No contentos con esto, intentamos explicarnos la causa de este sentimiento. Para ello tuvimos que hacer referencia a los cambios substanciales operados en Europa como resultado del nacimiento del capitalismo. Y vimos que todos éstos, tendían a afirmar el dominio del hombre sobre la naturaleza, mediante la secularización del saber, la creación de la ciencia físico-matemática y su consecuencia inmediata, la técnica.

Una vez llegados a este punto, comenzamos a estudiar el segundo elemento constitucional de toda filosofía, la filosofía entonces vigente, que, en este caso, era la filosofía medioeval. Vimos cuáles eran algunos de los problemas más importantes en la escolástica, el de la relación entre la razón y la fe y la Teología y la Filosofía. Pasamos luego al estudio de las direcciones más importantes de la escolástica en el periodo de su decadencia y vimos, al vuelo, aquellas doctrinas que, evidentemente, tuvieron una mayor importancia en la formación de la filosofía moderna: Cientifismo de Oxford, tomismo, scotismo, nominalismo de Occam, para terminar haciendo una ligerísima mención de la mística medioeval.

Estos son, señores, a mi modo de ver, los supuestos básicos de

la Filosofía del Renacimiento. De aquí, parte el impulso que, a través del entusiasmo y de la apoteosis renacentista, va a dar lugar a la filosofía y a la cultura modernas. La filosofía del Renacimiento es una filosofía de transición. Se entrecruzan en ella todavía demasiados motivos distintos y antagónicos para que pudieran cristalizar en una filosofía sólida y duradera. Serán ya hombres de otra generación, los del siglo XVII, quienes construyan esta filosofía, serenamente. Serenidad ésta que no podía exigirse a los hombres y pensadores del Renacimiento. Hombres que vivieron ebrios de dominio de lo Absoluto. Que fueron pintores, músicos, soldados, conquistadores, audaces navegantes, frailes apasionados, humanistas, filósofos, arquitectos. Ah, y sobre todo, una cosa: Hombres.

II

Conocer es ordenar. Desprezarse, abrir los párpados y dejar que el mundo de los objetos sensibles se despliegue ante nuestra mirada llena de asombro, es estar ya ordenando la realidad. No en el sentido profundo, kantiano, de que, por ejemplo, estemos ordenando el caos de sensaciones por medio de las intuiciones puras de espacio y tiempo y de las categorías, sino en el más simple de que toda visión, toda percepción, supone una perspectiva y, como tal, una selección. Mirar supone colocarnos en un centro a partir del cual las cosas se ordenan, en profundidad, dentro del círculo del horizonte. Y ordenamos las cosas en próximas y lejanas, claras y confusas, pequeñas y grandes, de acuerdo con la perspectiva natural que encierra toda visión. ¿Han meditado Uds. alguna vez en cómo sería el mundo fuera de la inevitable perspectiva del aquí y del ahora? ¿Cómo sería nuestro mundo si el ojo que ve pudiera ver no aquí, sino desde todos los puntos y no ahora, sino desde todos los tiempos? ¿Podríamos continuar todavía hablando de nuestro mundo? ¿Continuarían siendo las cosas como son para nosotros? Ya no habría para, pues la preposición supone un punto de referencia. Todo estaría confundido y no habría oposición de contrarios. La protuberancia del monte requiere la visión desde el valle y éste no adquiere sentido, como concavidad, sino contemplado a vista de pájaro o desde la cima de la colina.

Nunca vemos el tronco de un árbol. Necesitamos ir dando la vuelta, pero en cada momento no vemos todo el árbol y es preciso ir superponiendo las distintas visiones aisladas para tener una visión

total. ¿Cómo sería un árbol visto al mismo tiempo desde dentro y desde fuera, desde las raíces y desde la copa, desde todos los puntos del espacio circundante y desde el interior de cada una de sus fibras u hojas? Confesemos modestamente que ni siquiera tenemos capacidad para imaginárnoslo. Pero estamos seguros que su realidad sería una realidad completamente distinta de esta otra que, familiarmente, denominamos árbol.

Si ver es ya ordenar, pensar, es decir, establecer relaciones, sacar analogías, dividir, clasificar, etc., es un aún más minucioso ordenamiento que hacemos con la realidad.

No nos atormentemos vanamente pensando que es una lástima que no podamos tener una visión total de la realidad, como si sólo ésta fuese capaz de darnos las cosas como verdaderamente son. No hay razón para admitir que aquella, aunque fuese posible, fuera más real que esta otra, por ejemplo, que tengo yo ahora, de Uds., desde esta sala y desde este estrado. Contentémonos, pues, con nuestra visión finita, con nuestro conocer limitado y contemplemos las cosas con ojos de pintor, en perspectiva, desde esta circunstancia en que el capricho de la vida ha querido situarnos.

Me han venido estas modestas reflexiones a la mente al coger la pluma para ponerme a redactar esta segunda conferencia sobre la filosofía del Renacimiento. Se trata de exponer la filosofía de una época, no de un hombre, y no he podido por menos de esforzarme por introducir un cierto orden en las ideas de este período, tan impreciso en el tiempo, y en el que se entrecruzan tantas doctrinas e ideologías extrañas.

Creo interesante decirles a Uds. desde ahora mismo, que el humanismo renacentista, la admiración por el pasado, trajo consigo una renovación de multitud de corrientes y de filosofías antiguas. Citemos, en primer lugar, a los platónicos. Ya les dije a Uds. que la Academia platónica fué fundada en Florencia por Cosme de Médicis. Entre los platónicos más importantes tenemos a Gemistos Plethón, al Cardenal Bessarión, a Marsilio Ficino, a Pico de la Mirandola, a Erasmo, etc. Ya al final del siglo XVI, cerrando la gran época del Renacimiento, son platónicos también Telesio, Patrizzi y, sobre todo, Giordano Bruno.

El platonismo, por regla general, de estos pensadores y humanistas, es bastante curioso. En primer lugar, debo de advertir que más que platonismo se trata de neo-platonismo. En segundo, que estos escritores, cuya dimensión común es la oposición a la filosofía inmediatamente anterior, la escolástica, sin embargo, están mucho más ligados de lo que creen al pasado y a las aspiraciones y fines del pensamiento medioeval. Escogen el platonismo porque les parece que esta filosofía se opone, mejor que ninguna otra, al naturalismo aristotélico. El hecho de que Aristóteles tuviese la primacía durante la Edad Media, es también aquí decisivo para la elección de todos ellos. La oposición a la escolástica lleva consigo el desvío del estagirita. Pero fundamentalmente, lo que les lleva a Platón es que su filosofía encaja perfectamente dentro de las creencias cristianas. La inmortalidad del alma, punto de vital interés en la dogmática cristiana, está, en verdad, mejor garantizada en la filosofía de Platón, así como la creación del mundo por Dios. Este afán por hacer accesible a la razón el cristianismo, mediante el sistema de conceptos de una filosofía extraña, está todavía dentro del espíritu clásico del pensamiento medioeval. En todos estos pensadores hay una mezcla extraña. Hablan todos ellos el lenguaje anunciador de unos nuevos tiempos, pero todavía se hallan ligados al pasado con lazos mucho más fuertes de lo que generalmente ellos mismos creen.

Una segunda corriente filosófica muy importante durante el Renacimiento es la representada por el aristotelismo, cuyo centro era la Universidad de Padua. La oposición de sistemas filosóficos es aquí también oposición de verdaderos Estados-ciudades: Florencia y Venecia, pues esta última era la que en realidad regia la Universidad de Padua.

La figura más importante del aristotelismo paduano es Pampozzi. Quiero advertir que este aristotelismo se oponía resueltamente al aristotelismo medioeval de un Santo Tomás, por ejemplo. Pero también, con no menos rigor, al averroísmo. El problema fundamental era el de la inmortalidad. En verdad Aristóteles no se porta con demasiada claridad en un punto tan interesante como éste. ¿No es esto ya indicio de que no se atrevía a enfrentarse con las opiniones vigentes de su tiempo? Porque no puede admitirse que un pensador agudo, profundo y serio, como Aristóteles, que tanto y sobre tantas cosas escribió, dejara pasar, sin prestarle la debida atención, uno de

los más importantes problemas filosóficos de todos los tiempos. La opinión sobre este problema, vigente en su época, la de la religión popular y oficial en Atenas, era favorable a la inmortalidad. Razón ésta para admitir que la verdadera opinión de Aristóteles era contraria a la misma. Pero para que no crean que se trata aquí de una interpretación caprichosa mía, les voy a leer a Uds. señores, los textos en que Aristóteles habla de la inmortalidad. Pero no se impacienten, la lectura no será larga. En su tratado del alma, toca este punto en el capítulo IV del libro 1º, párrafo 14. Dice así: "Y así, destruida esta cosa (se refiere al cuerpo) el principio no puede acordarse, ni amar; porque el amar, el acordarse, no eran atributos suyos, sino de esta cosa común que ha perecido. Pero la inteligencia es, quizá, algo más divino, algo impasible." Hasta aquí el texto de Aristóteles. Observen Uds. la diferencia de energía con que Aristóteles afirma la caducidad y muerte del alma en cuanto fuente de las operaciones de amor y de los recuerdos, con el juicio problemático con que enuncia la divinidad de la inteligencia. Nuevamente, en el capítulo V del libro III, párrafo 2º, dice así: "Pero la inteligencia es verdaderamente lo que es, no cuando tan pronto piensa como no piensa, sino tan sólo cuando está separada; y esta inteligencia es la única que es inmortal y eterna." Siempre el afán de restringir la inmortalidad a un aspecto del alma, al nous poietikós, al intelecto agente. Un problema así no merece ser tratado tan superficialmente por un filósofo como Aristóteles. Esto es todo lo que dice en el libro especial dedicado al estudio del alma.

En el libro XII de la Metafísica, capítulo III, dice lo siguiente: "Preguntémonos ahora si subsiste algo después de la disolución del conjunto. Tratándose de ciertos seres nada se opone a ello: el alma, por ejemplo, está en este caso, no el alma toda, sino la inteligencia, porque respecto al alma entera será quizá aquello imposible." Siempre las restricciones y el tocar el tema como de pasada, sin dedicarle la atención que indudablemente merece.

Cojamos un tercer texto. En la Ética a Nicómaco, libro X, capítulo VII, dice Aristóteles: "Si el entendimiento es cosa divina, comparado con el hombre, la vida de conformidad con él será divina comparada con la humana." Observen el si condicional y el problematismo que ello encierra. Y a esto se reducen los textos que yo recuerdo en los que Aristóteles aborda este transcendental problema.

Yo les pido a Uds. perdón, señores, por esta libertad que me he permitido de acudir a las fuentes aristotélicas referentes al problema de la inmortalidad del alma. Pero era necesario para que comprendieran Uds. las polémicas que suscitó, ya en la antigüedad, en la Edad Media, en que el problema ocupaba un primer plano, y también en esta época del Renacimiento, cuya filosofía estamos estudiando. Los intérpretes de Aristóteles se dividieron en tres grupos principales. La tendencia representada por Alejandro de Afrodisia. La inteligencia, va a decir en síntesis, necesita de los fantasmas, de las imágenes de la sensación, para pensar, para sacar los inteligibles. Ahora, como la facultad de tener sensaciones e imágenes sensibles, desaparece con la destrucción del cuerpo, la inteligencia también es perecedera. No hay posibilidad de pensamiento sin imágenes.

Otra tendencia distinta está representada por Santo Tomás. De acuerdo con el cristianismo, no tiene más remedio que hacer cierta violencia al aristotelismo para demostrar la inmortalidad del alma.

En tercer lugar, tenemos la interpretación de Averroes. El alma, la inteligencia, el entendimiento activo es inmortal. Ahora bien, dicho entendimiento, desligado del cuerpo, del alma vegetativa y del alma sensitiva, ya no es algo personal, sino puramente formal o esencial, y, por tanto, general. Admite una inmortalidad, pero no la del alma individual, pues el alma, conforme a la concepción aristotélica es forma del cuerpo y la forma es lo que de general hay en las substancias, siendo la materia el principio de individuación, lo que da lugar a la multiplicidad de seres de la misma especie.

Pomponazzi, en Padua, se inclina por la opinión de Alejandro de Afrodisia, opuesta, como hemos visto, a la inmortalidad del alma.

Otro de los problemas que preocupan seriamente a Pomponazzi es el de la oposición entre providencia y libre albedrío. Rechaza los intentos hechos para conciliar ambas cosas, afirma, influido en esto por las doctrinas estoicas, la inexorabilidad del destino y, sobre esta base, deduce una moral en que la virtud consiste en la *ataraxia* de los antiguos, en la impasibilidad y conformidad con los decretos del destino.

Hay también, en este periodo, una corriente científica, que al-

gunos historiadores de la filosofía, han creído estaba representada por Leonardo de Vinci, mejor que por ningún otro, en este período. El ideal, ahora, no es Aristóteles, ni Platón, sino Arquímedes, "el primer hombre que supo unir la matemática a la experiencia". Esta tendencia sigue los pasos del cientifismo de la escuela de Oxford, que estudiamos en nuestra primera conferencia.

Leonardo no es un sistemático de la filosofía. No tuvo tiempo, pero aun cuando su vida hubiera sido más larga, no se hubiera preocupado mucho de ello. Amaba demasiado la acción. Sus cuadros y sus máquinas, esas máquinas de Leonardo, que son el mejor símbolo de la voluntad de poderío del hombre renacentista y de su afán de sojuzgar a la naturaleza, ocupaban todo su tiempo. Pero a lo largo de sus escritos se encuentran multitud de pasajes que indican bien a las claras cuál era su posición respecto a una buena cantidad de problemas estrictamente filosóficos.

Le es común con los franciscanos de Oxford, con Bacon, con Descartes, la preocupación por el método. De pesada, les digo a Uds. lo siguiente: Estoy firmemente convencido de que el gran edificio de la ciencia natural, la más soberbia aventura del espíritu humano en los tiempos modernos, fué en gran parte posible, gracias a que ha sido la única ciencia que tuvo en sus más grandes cultivadores, sus más grandes epistemólogos. Es un caso único en la historia de las ciencias. Galileo, Descartes, Leonardo, Leibnitz, Newton, etc., fueron físicos y filósofos, que atendieron al método y condiciones del conocimiento de su ciencia, sin haber, por eso, dejado de experimentar y buscar las leyes de la naturaleza física. Los triunfos en esta rama del saber humano se debieron, en gran parte, a la firmeza que a la construcción daba la claridad respecto al método y problemas epistemológicos peculiares de estas ciencias. Pero la cosa no dejó de tener sus inconvenientes. La tendencia natural del hombre, que le lleva a pensar cualquier clase de ser, orgánico, psíquico, por analogía con el ser físico inorgánico, unido al prestigio de los métodos de la ciencia física, trajeron como consecuencia lógica, la extensión de éstos a todas las ciencias. Y esto condujo a dos graves inconvenientes. Que los cultivadores de otras disciplinas se creyeran exentos del deber de preocuparse por sus propios métodos de investigación, lo que supuso una falta de claridad respecto al propio objeto investigado y que, muchas veces, no se delimitasen bien los cam-

pos de las diferentes ciencias y, segundo, que, de hecho, las ciencias tomaran rumbos y derroteros errados.

"En todo, dice Leonardo, invoca la experiencia primero, y luego, la razón." Y más adelante: "Invoco ante todo la experiencia y muestro, en seguida, con el razonamiento, por qué esa experiencia está encerrada en tal modo de operación; esta es la verdadera regla que siguen los operadores. Aunque la razón procede de la razón y termina por la experiencia nos es necesario seguir la vía contraria; procediendo por la experiencia, se descubrirá la causa."

"En todas partes donde se ergotiza no existe verdadera ciencia. La verdad es única y su conclusión anula todo litigio para siempre. Si el debate continúa, ten por seguro que se trata de una falsa ciencia." En otro lado dice: "No se discute para saber si dos veces tres hacen más o menos seis, si la suma de los ángulos de un triángulo es menor que dos rectos. No es posible discutirlo, y los devotos de estas ciencias gozan en seguridad de sus frutos." Una cita más: "En cuanto a las supuestas ciencias que no nacen de la experiencia, madre de toda certidumbre y que no llevan a una demostración precisa son vanas, simples tejidos de errores." Y aun me permito otra: "Antes de hacer de un caso una regla general, débese repetir dos o tres veces la experiencia, observando si cada vez se repiten los mismos efectos."

Veán Uds. por estos ejemplos la admiración de los hombres renacentistas por las matemáticas, a las que se toman una y otra vez, como modelos de claridad y evidencia. Lo mismo hará Descartes. Y también la valoración de la experiencia como fuente de todo conocimiento. Es el ápice y la culminación de la tradición cientísta de la Edad Media, tal como la representó la escuela de Oxford. Y de pasada, permitanme Uds. una observación. Son muchos los pasajes de Leonardo en que éste nos habla en primera persona. Lo mismo va a hacer Descartes, en las Meditaciones Metafísicas y sobre todo, en el Discurso del Método. Hay una clara tendencia en los hombres del Renacimiento a enseñar a los demás presentándose, mostrándose como modelos a imitar. No es esto frecuente en la Historia de la Filosofía. Se ha usado comúnmente la tercera persona o el diálogo entre personajes ficticios. La personalidad del filósofo ha quedado siempre nebulosa, en el transfondo de la selva de ideas que ocupa-

ban el primer plano. ¿A qué puede deberse este cambio en el estilo o mejor, en la forma de exposición de la filosofía? La cosa no es tan nimia como parece. Si tiráramos del hilo y nos planteáramos el problema en toda su generalidad, probablemente encontraríamos cosas insospechadas respecto a la naturaleza de la filosofía y a la posición del filósofo. Pero la vida es hacer y en todo momento, elección entre haceres diversos. Si emprendiéramos ahora este camino, perderíamos el rumbo de nuestra conferencia. Baste lo siguiente: La aparición del filósofo en el drama de la filosofía en estos momentos, es una prueba de la seguridad en si mismo del hombre renacentista, de esa confianza en sus fuerzas que le lleva a las empresas más audaces. A conquistar continentes, a surcar los océanos desconocidos, a construir la cúpula de San Pedro o a dejar testimonio durable de que su habilidad y ciencia son tan grandes que pueden burlarse, casi, de las leyes de la naturaleza al construir la torre inclinada de Pisa.

Su ideal de vida, en efecto, es el conocimiento de la historia pasada y de la naturaleza, como medios para elevar al hombre y ejercer imperio sobre el medio físico. "El conocimiento del tiempo pasado y del estado de la tierra es ornamento y alimento del espíritu humano", dice Leonardo. Como artista, se extasia ante las bellezas del mundo y canta, líricamente, las excelencias del órgano mediante el cual aprehendemos, plásticamente, dichas bellezas. Así, dice: "Oh, superabundancia de todas las cosas creadas por Dios. ¿Cómo alabarte, cómo expresar tu nobleza? ¿Qué raza, qué lengua podría describir tu verdadera operación, ventana única del cuerpo humano, por la cual el alma contempla y goza de la belleza del mundo y se consuela así de estar aprisionada en el cuerpo, y cuya existencia sería un tormento sin la contemplación de la belleza?"

Leonardo ve en la ciencia el destino normal y como tal moral del hombre verdadero. Ahora el arte, y sobre todo, la pintura, forman parte de la ciencia. La bondad de un hombre, dice, se manifiesta por su deseo de saber. Y añade también "Lo que hayas aprendido en la juventud servirá para reparar el daño inevitable de la vejez; si quieres que tus últimos días tengan el único alimento que les conviene, esfuérzate en adquirir sabiduría y proveerte bien de ella." Frases éstas que parecen pronunciadas por cualquier filósofo estoico de la antigüedad.

Porque ya es hora de decir que la filosofía de la antigüedad que más influyó en este periodo, no fué la de Platón, ni la de Aristóteles, sino la filosofía estoica. Estoicismo y escepticismo, estos dos frutos de lo que se denomina decadencia de la cultura griega, reviven en el Renacimiento y no efímeramente, sino por largo tiempo, en contraste con el renacer de la Academia Platónica de Florencia, por ejemplo, que fué algo pasajero. La paradoja de que sean estas filosofías decadentes, las que, de verdad, han influido más en la formación del espíritu y pensamiento modernos, no ha pasado desapercibida a algunas mentes claras de nuestros días. Así, Ortega y Gasset, dice a este respecto: "Más aún: En el Renacimiento, tras un superficial rebrote de la influencia neoplatónica (se refiere, claro es, a la Academia de Florencia) son esas tres filosofías, (estoicismo, epicureísmo y escepticismo) las que de verdad transmiten la savia antigua a los hombres novísimos que van a abrir las puertas de la Edad Moderna. Las tres filosofías, como tres hadas madrinas, se hallan en torno a la cuna del cartesianismo, y por tanto, de todo el racionalismo clásico europeo."

El escepticismo en primer lugar, va a influir poderosamente en el más importante de los escritores franceses del Renacimiento, en Miguel de Montaigne. Escéptico respecto a la verdad absoluta de los sistemas metafísicos, de las normas y preceptos morales, del contenido positivo de las distintas religiones, la filosofía, para Montaigne, consiste en el arte de bien vivir, de vivir una vida serena, sin perturbaciones. La ciencia es algo muy noble, "la más alta y poderosa adquisición de los hombres", dice, pero su valor depende del temple del hombre que la posee. Por ello, el verdadero objeto de la ciencia y de la sabiduría de Montaigne es el hombre y no el hombre abstracto de quien tanto hablan los filósofos, sino el hombre concreto, de carne y hueso. Montaigne se analiza y estudia a sí mismo, procurando penetrar en los mil recovecos de su espíritu. Dice en una ocasión: "Hace muchos años que no me tengo sino a mí mismo como objeto de mis pensamientos, que no examino ni estudio sino a mí mismo; o, si estudio otra cosa, es para echarla al instante sobre mí, o por mejor decir, en mí... No hay descripción que se asemeje en dificultad ni, efectivamente, en utilidad, a la descripción de sí mismo."

Volvemos a encontrar en Montaigne al hombre que habla de sí y en primera persona: Al difuminarse Dios en la nebulosa de lo inase-

quible, el hombre se queda solo consigo mismo y se delifica. Surge la religión del hombre, el humanismo.

La tradición escéptica se mantiene en el médico portugués Francisco Sánchez, autor de una obra titulada "Que nada se sabe". Arremete, usando los argumentos tradicionales de la *skepsis*, contra la ciencia vana de la palabrería y de las discusiones y distingos sofisticados. Defiende, en cambio, la experiencia y, sobre todo, la experiencia interna, como más segura y evidente. La misma tendencia se observa en Pierre Charron, autor de una obra titulada "De la sagesse".

Pocos autores antiguos son más estudiados en este periodo que Marco Aurelio, Epicteto, Séneca y Cicerón. Se procura hacer compatibles el fondo principal de las enseñanzas estoicas con las ideas básicas cristianas. Merece destacarse en este intento Justo Lipsio, autor de una Guía de la filosofía estoica y de una Fisiología de los estoicos.

Ahora, donde el estoicismo influye más intensamente es en los escritores interesados en la creación de una religión y de un derecho naturales.

El conocimiento cada vez más profundo y completo de la filosofía antigua dió a conocer la existencia en la misma de muchas doctrinas comunes al cristianismo y que, claro es, no podían encontrarse en ella por la revelación. Tales, la doctrina de un Dios único, de la inmortalidad del alma, del juicio final después de la muerte (libro X de la República de Platón), etc. Esta semejanza hizo pensar, a hombres que eran propensos a sobrevalorar la razón y a ver en ella el instrumento adecuado para la solución de todas las dificultades y problemas, que, al lado de las religiones positivas, existe una religión natural, producto de la razón, en la que se recoge lo que de verdadero hay en todas las religiones, el núcleo común de todas ellas, que precisamente, por común, es lo verdadero, siendo las demás cosas productos históricos que se explican por un sinnúmero de circunstancias diferentes. Y precisamente el argumento o teoría que va aquí implícito, en toda esta fundamentación, procede del estoicismo. Me refiero a la teoría de las *koínai ennoiai*, o nociones comunes, como va a traducir Cicerón. Hay una serie de nociones, comunes a todos los hombres y pueblos, que, por el hecho de esta extraña coincidencia, garantizan la realidad de su objeto, por ejemplo, la idea de Dios.

La idea de una religión natural, producto de la razón humana, va a ser defendida ahora, en la época del Renacimiento, por múltiples pensadores. Entre ellos quiero citar a Tomás Moro, el canciller inglés, quien en su novela filosófica *Utopía*, nos muestra la existencia idílica de los hombres en un Estado gobernado por la razón, de tipo socialista, y en que existe la más absoluta libertad de conciencia, pues se tolera hasta el ateísmo. No obstante, la religión, en este Estado utópico, está constituida por tres creencias o doctrinas fundamentales: La existencia de un Dios, gobernador del universo, la inmortalidad del alma y los premios y castigos en una vida de ultratumba.

A esta misma tendencia pertenece el "Colloquium heptaplomeres" del filósofo, economista y jurisconsulto francés Juan Bodino, escrito al final del siglo XVI. En esta obra intervienen siete personajes, representantes de otras tantas religiones. Uno de ellos, Toralba, que representa al propio autor, es el defensor de la religión natural, la más antigua de todas, depositada por Dios mismo en el corazón del hombre. Las creencias fundamentales son aquí, con escasas variantes, las mismas que hemos encontrado en Tomás Moro.

Ahora, el más ilustre representante de esta religión natural es Herbert de Cherbury. Habla de un *instintus naturalis*, creador de las nociones comunes, órgano supremo de conocimiento. No admite el *fatum* de los estoicos, pero sí la Providencia, lo que, en el fondo, viene a ser lo mismo. Quiso, sin duda alguna, salvar así el libre albedrío. Esas nociones o conceptos comunes, por lo que se refiere al aspecto religioso, *sacra principia*, como los llama, son incuestionables, absolutamente evidentes y ciertos. *Disputare nefas*, no es posible ni lícito ponerlos en duda. Admite Herbert los cinco siguientes: Existencia de Dios, veneración que las criaturas racionales debemos otorgarle, la virtud como el primer deber para con Dios, la existencia de recompensas y castigos después de la muerte y que los vicios se purgan con el arrepentimiento.

El Tratado Teológico - Político de Spinoza y el Emilio de Rousseau son también manifestaciones tardías de esta religión naturalista que surge en el Renacimiento por influencia de la doctrina estoica.

Vamos ahora algo sobre el derecho natural. Uds. saben muy

bien que el pueblo que más ha influido en la formación del derecho moderno, ha sido el pueblo romano. Los romanos distinguían tres clases de derechos, el *ius civile*, el *ius gentium* y el *ius naturale*. Claro que, al principio, no existía sino el *ius civile*, derecho positivo de Roma para los ciudadanos romanos. Para ser sujeto de derecho y obligaciones, de conformidad con este Derecho, de carácter extremadamente formal, se necesitaba poseer los tres estados: el *status civitatis*, o derecho de ciudadanía, del que sólo gozaban, en los primeros tiempos de la República, los romanos; el *status familiaris*, que sólo poseía el *pater familias* y el *status libertatis*, o derecho de libertad, privativo de los hombres libres.

Como fácilmente se comprenderá, las excesivas restricciones impuestas a la personalidad jurídica por este derecho, junto con su carácter exageradamente formal, determinaron la lenta elaboración de un derecho más elástico, flexible, construido sobre las bases del consentimiento y no de la forma, y, al mismo tiempo, menos particularista, aplicable a todos. Este derecho, en parte creación de los pretores romanos, recibió el nombre de *ius gentium*, derecho de gentes o de los pueblos. Es un derecho basado en la *æquitas*, sentimiento de justicia o equidad inspirador de todas las legislaciones, por distintas que éstas sean. Pero a medida que fué prevaleciendo la doctrina estoica de que el Estado es un producto natural, algo fisei, por naturaleza, decían los griegos, frente a la de que procedía de la mera convención, acuerdo entre los hombres, doctrina esta defendida fundamentalmente por los epicúreos, se fué también abriendo paso la doctrina de un derecho natural, producto de la razón, válido para todos los pueblos e incluso para todos los animales según las definiciones de Ulpiano y de Séneca. Este último, por ejemplo, habla de un *commune ius animantium*. El jurisconsulto Gayo lo definió como "*ius, quod naturalis ratio inter omnes homines constituit*".

Hay una característica fundamental de la Filosofía y del pensamiento modernos. La de que el hombre se define por la razón, por ser ésta su esencia verdadera. La Edad Moderna ha traído consigo la divinización de la razón. La razón constituye lo más valioso que el hombre posee y, además, constituye el más poderoso instrumento para la aprehensión de la verdad. Piénsase igualmente que la razón es semejante en todos los hombres y pueblos. Las diferencias regionales, de raza, de psicología, de religión, de cultura, fueron conside-

radas en la Edad Moderna como meros accidentes sin importancia, que en nada afectan a la esencial igualdad de los hombres en cuanto seres racionales. Si hay, por consiguiente, un derecho, unas normas jurídicas de convivencia social dictadas por la razón, esas normas serán válidas, aplicables a todos los hombres. Esto es, justamente, el Derecho Natural. En la época que estamos estudiando sus más ilustres representantes van a ser Althusio y Hugo Grocio.

Uds. comprenden, por lo dicho, el carácter antihistoricista que va a tener la cultura europea hasta el siglo XIX. El hombre es en la historia, pero él no es historia. La historia explica determinadas características o accidentes de la vida humana, pero justamente la razón debe actuar para desalojar esos añadidos del núcleo central, racional, de la vida humana. En la política, en la ciencia, en la religión, en el Derecho, etc., es decir, en todas las diversas manifestaciones de la vida humana, la razón es la que debe pronunciar la última palabra. Se tiende, por todos lados, a pulir las diferencias y a unificar al hombre. Pero ello no se logra, sino haciendo del hombre un ser abstracto, desvitalizado, irreal.

Hemos dicho que el Renacimiento se nos presenta como una época de lucha por la supremacía entre diversas tradiciones de la vieja cultura clásica. Hemos visto cuáles fueron las principales tendencias y, dentro de cada una de ellas, los más destacados pensadores.

Un gran historiador de la filosofía Wilhelm Windelband, dice, a propósito de la del Renacimiento: "Es, en lo esencial, esta pausada faena de la concepción científico-natural del mundo, partiendo de la renovación humanística de la ciencia griega." La fecha que este historiador pone como límite de ambos periodos, el humanista y el científico-natural, es la de 1600. Ahora, en esta fecha ya no se puede hablar propiamente de la filosofía del Renacimiento. Lo que vamos a encontrar en el siglo XVII son los grandes sistemas metafísicos del racionalismo europeo y del empirismo de matiz anglosajón. Pero esto es ya propiamente filosofía moderna. La filosofía del Renacimiento vino a parar a esto, pero ella es otra cosa: Esa lucha de tradiciones que hemos venido estudiando, esa renovación humanista de la ciencia griega de que nos habla el historiador alemán.

La palabra humanismo es una de las palabras que hoy como ayer, en la época del Renacimiento, están más en boga. Yo sé que a lo largo de estas conferencias la van a oír Uds. infinidad de veces. Les van a decir qué fué el humanismo y quienes fueron sus más ilustres representantes. Pero no creo que nadie les vaya a presentar a Uds. a los humanistas bajo el aspecto como yo ahora se los deseo mostrar.

Los humanistas, Erasmo de Rotterdam, el valenciano Luis Vives, Tomás Moro, Budeo, etc., me atrevo a afirmar que fueron los grandes fracasados de la época. Me explicaré.

¿Qué representa y cuáles fueron los ideales del humanismo? Desearon renovar la antigüedad, dieron nuevo vigor a los idiomas clásicos, griego y latín, y quisieron, sobre todo, conformar todos los aspectos de la vida de acuerdo con los preceptos dictados por la razón. Ahora bien, Uds. saben que la razón, esta facultad humana, tiende a la unidad en todo. Razonar es intentar sacar una o varias verdades de otras previamente conocidas. Es partir de lo general para descender a la intelección de verdades cada vez más individuales y concretas. Pero también partir de la verdad de éstas e ir ascendiendo a la comprensión de las últimas causas y fundamentos de todo lo existente. Ahora, a medida que ascendemos a los últimos fundamentos, éstos son en menor número y la razón no descansa hasta que no ha logrado abrazar el vasto dominio de lo existente y de la realidad, intuyendo el más elevado y solitario principio de que todo procede. En Física, el último elemento, llámese átomo o electrón, como en la ciencia moderna, o apeirón, como en la vieja cosmología griega. En Etnología, la última y primitiva raza o primitiva pareja. En Zoología, la antigua y más simple partícula de materia animada de que todas las demás especies proceden, por evolución. En Cosmología, la enrarecida nebulosa primitiva perdida en la oscuridad escalofriante de los tiempos que se cuentan por billones y billones de años, de donde, a través de un sinnúmero de combinaciones y fenómenos físicos, surgieron los soles, los planetas y, finalmente, en algunos de éstos, la vida. En Teología, el motor inmóvil o el Dios voluntarioso e inteligente, de donde procede toda esta cálida y variada creación que ahora contemplamos. En Geografía, el continente primitivo, el primer trozo de tierras emergidas de los inmensos océanos antiquísimos, de donde, lentamente, en virtud de cataclis-

mos inimaginables para el hombre, se fueron separando los otros continentes e islas. En Filología, la lengua, el idioma arcaico, el tronco idiomático primitivo, de donde se fueron desmembrando, con la división y separación de las razas y pueblos, los miles de dialectos con que esta humanidad actual, de nuestros días, intenta expresar y comunicar sus ideas, sus sentimientos, sus esperanzas, sus mandatos. Y así en todos los demás órdenes del saber. Donde la razón tiende a dominar el caótico marasmo de la realidad, no descansa hasta que no ha logrado reducir la multiplicidad a unidad.

Equipados ahora con este conocimiento, volvamos de nuevo la mirada a los humanistas. ¿Qué pretendían? Sus ideales racionalistas les llevaba a la unidad. Veamos lo que pretendieron y qué es lo que, efectivamente, aconteció en su época.

Comencemos por la política. En la Edad Media había una atomización extraordinaria de la soberanía. En teoría, existían una serie de monarcas y emperadores, pero, prácticamente, el poder efectivo estaba en manos de un gran número de personajes, de señores feudales. Ahora, esta atomización de la soberanía, como nos gusta denominar el estado político reinante en la Edad Media, esta multiplicidad de poderes soberanos, favorecía, paradójicamente, más que perjudicaba a la unidad. Por lo mismo que eran muchos los que mandaban se equilibraban entre sí y Europa, en medio de su multiplicidad, formaba un todo coherente y homogéneo. Las Universidades, favorecidas por los pontífices y por los reyes, eran verdaderas comunidades, como indica su nombre, de estudiantes y de maestros, no nacionales sino venidos de todas partes de la Europa culta y ávida de saber. No existían, prácticamente fronteras. Dentro de la inseguridad de los tiempos, la pobreza de caminos, etc. no había dificultades de tipo legal para trasladarse de un punto a otro dentro de ese gran cuerpo que era Europa. Un inglés, un italiano o un español, se sentían en París, en el París intelectual del siglo XIII, tan a gusto como en sus propias casas. Un mismo sentido de comunidad y parentesco entre los distintos pueblos, una misma lengua, el latín, una misma religión, un mismo pasado glorioso, una misma cultura. Pervivían en la mente de todos, los tiempos heroicos del Imperio Romano o de ese otro imperio, más cercano, de Carlomagno.

Pero al finalizar el siglo XV, España se unifica y, aproximada-

mente, hacia la misma época, ocurre un fenómeno similar en Inglaterra y Francia. Surgen, por primera vez en la Historia, las grandes nacionalidades. Se concentra el poder en manos de unos pocos. Pero en los límites de esos poderes, en las fronteras de los grandes reinos, se abren ahora abismos colosales.

Explicamos en nuestra conferencia anterior las causas, predominantemente de orden económico, que dieron lugar a estos fenómenos. Entre las nacionalidades recién formadas van a surgir oposiciones de intereses. La vida comienza a discurrir dentro de las propias fronteras. Salir de éstas, cada día más, va a ser salir a un país y a unos aires extraños. La cultura, la lengua, las tradiciones, el arte, el derecho, las costumbres, en cada nación, marchan ahora por cauces distintos. Si antes se era europeo, ahora se va a ser español o francés, va a surgir el sentimiento de la nacionalidad, el patriotismo y con él una buena dosis de odio y de rencor contra los demás, que ahora son los extraños. Los odios se fomentan a causa de las guerras. Resumiendo: En lo político, en lugar de unidad totalizadora, los tiempos tendían a una separación cada vez más aguda y extremada.

No hace mucho nos ocupamos de la religión natural, como una manifestación de las ideas estoicas en el Renacimiento. Aún sin estoicismo, las tendencias unificadoras del racionalismo moderno hubieran conseguido, probablemente, llegar al mismo resultado. Los humanistas, religiosos, sacerdotes, la mayoría de ellos, se ocuparon mucho de religión. Trataron, como hemos visto al hablar del platonismo y del aristotelismo renacentista, de aprovechar la filosofía antigua a los fines de reafirmar y fundamentar racionalmente los grandes principios y dogmas de la religión cristiana. En general, fueron hombres de una gran pureza. No es desconocido para nadie el estado de descomposición en que entonces se encontraba la Iglesia, como consecuencia de la corrupción de una gran parte del clero. Hacia mucho tiempo que por todas partes se clamaba por la necesidad de una reforma en la cabeza y en los miembros. De todos era conocida la manera como entonces se acostumbraba nombrar a los Papas: Promesas, empleos, cargos, reparto de dinero, amenazas, etc. El orador florentino Manfredi, refiriéndose al nombramiento de Alejandro VI, de este español, valenciano, lleno de hijos a quienes trató de colocar y enriquecer desde el pontificado, dice: "Se sabe que Su Santidad ha pagado grandes sumas de dinero: 150.000 ducados

dos de oro, se dice." Es este el Papa a quien el exaltado Savonarola decía: "Aquel a quien vos llamáis *filius perditionis* no tiene ni hijos ni concubina; por el contrario, se dedica a predicar la fe de Cristo. Quienes le oyen exponer su doctrina, no emplean su tiempo en infamias: Se confiesan, comulgan y viven honestamente. Este hermano se dedica a exaltar a la Iglesia, mientras que Vos a destruirla. Pero paciencia. Llegará el día de abrir la casilla donde se hallan los secretos de la corrupción romana. Daremos una vuelta a la llave y entonces saldrá tanta ponzoña que el olor inficcionará a toda la Cristianidad." Y en otra ocasión, dirigiéndose a los Principes de Europa, decía: "Os juro que este hombre no es Papa; afirmo que no es cristiano; no cree en Dios."

Todo el mundo sabe también las críticas que de Roma hace Erasmo, sin abandonar, sin embargo, la Iglesia católica, motivo éste que le enemistó, al final, con Lutero. Lo mismo encontramos aproximadamente, en todos los mejores espíritus de la época. Los humanistas deseaban corregir los abusos y que una misma creencia religiosa dominase a la humanidad entera. Y esto, precisamente en la época en que la unidad religiosa europea, mantenida a través de los siglos, salvo pequeñas escisiones sin importancia, se iba a resquebrajar, para dar lugar al protestantismo de Lutero, al Calvinismo, a la Iglesia anglicana y después, a las mil sectas derivadas de estas otras más importantes. Y cuando las luchas por el predominio en Europa de las dinastías reinantes, se iban a complicar con las cruentas contiendas confesionales de la primera mitad del siglo XVII, durante la guerra de los Treinta Años.

Los humanistas pretendían la generalización del latín y del griego, del primero sobre todo, como lenguas cultas y científicas. Y soñaban con esto precisamente en unos momentos en que Europa comienza a convertirse en una torre de Babel, en que, con el surgir de las diversas nacionalidades, adquieren de día en día mayor importancia las lenguas nacionales, como vehículos no sólo de los intereses cotidianos, sino también de las ideas científicas, filosóficas y de los sentimientos religiosos. Los místicos alemanes se van a dirigir al pueblo en la lengua vulgar. El español Juan de Valdés, en su *Diálogo de la Lengua*, una de las maravillas de la prosa castellana en el siglo XVI, va a ensalzar este idioma como absolutamente apto, como el que más, para ser expresión de las ideas literarias y científicas.

Déscartes va a escribir filosofía en Francés y Lutero emprende la traducción al alemán de la Biblia en su retiro de Würzburg.

Los humanistas son gente pacífica, amantes de las libros y de la tranquilidad favorable a la meditación y al estudio. En este sentido, la vida de un Erasmo de Rotterdam es extremadamente significativa y ejemplar. Rehuye los compromisos, las decisiones radicales que puedan comprometer su paz interior, tan ardientemente amada por el filósofo y el erudito. Pero vive en unos tiempos belicosos, guerreros. Luchas religiosas en Inglaterra, en Alemania y los perpetuos conflictos entre los reyes de España y Francia, entre Carlos V y Francisco I.

Del mismo modo los humanistas quisieron la igualdad económica de los hombres, la igualdad de legislaciones, de usos y costumbres. Pero les toca vivir en una época en que, con la aparición del gran capitalismo financiero y de la gran industria, el mundo comienza a dividirse en clases sociales, cada día más marcadas, separadas por barreras que, continuamente, se ahondan más y más. Y, finalmente, el aislamiento entre los pueblos, como consecuencia de las divisiones en fronteras, trae consigo derechos diferentes y usos, costumbres y maneras cada vez más distintas. ¿Cabe mayor fracaso?

Por eso, Erasmo en su "Laus stultitiae", o *Stutiae laudatio*", en su Elogio de la Locura o de la Estupidez, imagina que los hombres y los pueblos marchan a rendir honores a la locura. Para el pobre Erasmo, Europa está loca. ¿Cómo si no, en lugar de regular la conducta racionalmente, se entregan a las guerras, a las divisiones, a las diatribas, a las polémicas violentas y al loco frenesí de los placeres y de la ciega conquista del poder económico? Pero los escritos y la fina ironía del humanista, no hacen mella en la humanidad que, adoradora de la razón, parecía, sin embargo, regular su conducta no por ella, sino por la necesidad o estupidez.

Nada tiene, pues, de extraño que el ideal humanista fracasara y se volatilizara ante los vientos huracanados que, por entonces, corrían por Europa. Y es significativo que los humanistas, casi contemporáneos y amigos unos de otros, se llevaran su ideal a la tumba y que no lograsen sobrevivirse ni siquiera en una segunda generación.

Vamos ahora a ver cuál fué la posición de los filósofos del Renacimiento, respecto de algunos de los más importantes problemas filosóficos.

Empezamos por el problema de la naturaleza, el más importante problema metafísico abordado por los filósofos renacentistas.

Ya he dicho en algún punto de estas conferencias que para mí es indiscutible el hecho de que la moderna ciencia de la naturaleza, si bien surgida de las necesidades imperiosas que imponía el desarrollo del capitalismo naciente, sobre todo del industrial, recibió, sin embargo, un formidable impulso del cambio que en las postrimerías de la Edad Media sufrió el concepto de naturaleza, por motivos religiosos. Podemos decir que hasta entonces el camino hacia Dios había sido el de la interiorización en sí mismo, por ejemplo, en San Agustín cuando predicaba su *in te ipsum redi, in interiore hominum habitat veritas*, o el de la revelación por las Escrituras. Pero ahora se abre un camino distinto a las almas ansiosas de llegar a un conocimiento de la divinidad: el de la ciencia natural. El sentimiento fundamental, la creencia latente en todos estos pensadores, es la de que el mundo es una manifestación bellísima de la divinidad, una obra magnífica, cuya propia magnificencia es ya un canto de alabanzas al Creador. Esta idea se fué abriendo paso poco a poco a lo largo de la Edad Media. He dicho en alguna ocasión que San Francisco, sin necesidad de ser filósofo, influyó poderosamente en la formación de este cambio radical que habría de traer como últimas consecuencias, la creación de la ciencia natural del siglo XVII. Esta idea se encuentra ya expresada claramente en el místico alemán maestro Eckehart y en algunos de sus discípulos. Uno de éstos, Enrique Susón, habla de las criaturas "que Dios creó en el cielo, en la tierra y en todos los elementos... , los pájaros del aire, los animales del bosque, los peces del agua, las frondas y el césped de la tierra, y las innumerables arenas del mar, y todo el finísimo polvo que brilla al sol, y todas las gotitas de agua que caen y caen con el rocío, o la nieve, o la lluvia..." Un nuevo espíritu se revela claramente en estas bellas frases líricas, distinto completamente del tradicional. Porque lo usual es que se considerase el mundo, la materia, como algo negativo, incluso como un no ser. Esta manera de pensar viene de muy lejos, de Platón. Incluso en un pensador como Aristóteles que reivindica el carácter substancial de las cosas individuales frente al

realismo de las Ideas platónicas, el acento recae significativamente sobre el aspecto general de las cosas, es decir, en última instancia, como Platón, en su forma El Plotino y en el sistema de la emanación, la idea se expresa todavía con mayor rigor. El ser de la materia, aparte de ser lo más bajo y malo por ser lo más alejado de Dios, del Uno primitivo, es en realidad un no-ser comparado con aquél.

El Cristianismo aceptó, en sus orígenes, esta idea de la materia como el no-ser y la fuente originaria de los males y pecados del mundo. La huida del mundo y la interiorización en sí mismo, tal como la encontramos expresada en San Agustín, es la consecuencia lógica de este punto de vista, de este sentimiento.

El motivo fundamental que llevaba a esta posición que examinamos era la existencia de tantos contrarios y oposiciones en el mundo material. ¿Qué relación podrían tener con Dios los aspectos negativos del mundo, sobre todo la existencia del mal? Era imposible pensar el mal como algo positivo, pues ello comprometía la bondad del Ser supremo. A veces se acudía al expediente de atribuirlo a un principio especial, como en los maniqueos. Pero todo esto va a sufrir un cambio radical en las postrimerías de la Edad Media.

Quien resueltamente se enfrentó con el problema y le dió una solución original, fué Nicolás de Cusa, concibiendo a Dios como *coincidentia oppositorum*. No deteniéndose en las cosas finitas en donde reinan los contrarios y las oposiciones sino prolongándolas al infinito llegamos a Dios en donde los contrarios coinciden y la multiplicidad se convierte en unidad. Así, una curva, una circunferencia de diámetro infinito, tiende a convertirse en su contraria la recta. Pero quien sabe leer en el gran libro de la naturaleza, (esta expresión, libro de la naturaleza, resuena ahora con singular vigor), la multiplicidad, la oposición, es fuente de belleza y armonías. No puedo detenerme a ver cómo esta idea resuena en todos y cada uno de los metafísicos del Renacimiento, pero se halla expresada, con singular encanto, no sólo en los filósofos propiamente dichos, sino incluso en los científicos. Así, un moderno historiador de la filosofía, Heimsoeth, dice que el descubrimiento de la forma elíptica de la trayectoria de los planetas, nació en Keplero "de la convicción de que la gran armonía del mundo sideral no llega a la riqueza de lo acorde en lo igual y uniforme, sino en lo diverso y antagónico". Esta idea

llega a su máxima y más profunda concepción filosófica en la armonía preestablecida del pensador alemán Leibnitz.

Pero si Dios aparece ahora como la unidad de los contrarios, ya no existen motivos de ninguna clase para separar por un abismo Dios y el mundo. El motivo fundamental de esta separación había sido justamente ese: ¿Cómo tender un puente entre el ser de Dios y el ser del Universo, dividido en oposiciones irreconciliables, bien y mal, luz y oscuridad, grande y pequeño? Si Dios encierra en sí todas las oposiciones, el mundo va a aparecer ahora, empleando la expresión de Nicolás de Cusa, como *explicatio Dei*, como una manifestación y desarrollo al exterior, por así decir, de lo que Dios mismo, en la superabundancia de su ser, encierra en sí. Un motivo más para evitar el dualismo irreconciliable entre Dios y el mundo y para ver en éste una imagen de la divinidad. Pero esto va a dar lugar a graves consecuencias. Va a traer consigo una divinización del mundo y la concepción optimista de que este mundo es el mejor de todos los mundos posibles, tal como la hallamos en Leibnitz. Con la consecuencia inevitable del panteísmo. Ya en Nicolás de Cusa se encuentran expresiones equívocas. Así, cuando afirma del mundo que es "por decirlo así, una infinidad finita o un Dios creado". Pero en pensadores menos ligados que Nicolás de Cusa a la tradición cristiana, esta idea, desarrollada, dará lugar al panteísmo de un Giordano Bruno, cuando afirma que el mundo no es otra cosa sino la auto-manifestación de la esencia divina o al más resuelto y concluyente de Spinoza, para quien son sinónimas las expresiones de Dios o la naturaleza, *Deus sive natura*.

Pero la intelección del mundo como la manifestación y exteriorización en forma de multiplicidad y oposición de lo que, implícitamente, se encuentra en Dios en forma de unidad, trae consigo otra consecuencia también muy importante. La antigua separación entre Dios, ser infinito, y las cosas finitas desaparece. El mundo, en cuanto es la explicitación de la divinidad, posee ahora también la nota de la infinidad. "Yo enseño un universo infinito, obra del infinito poder divino", dice Giordano Bruno. El tiempo, el espacio y los innumerables mundos en esos espacios y en esos tiempos son infinitos. La supremacía de lo infinito y limitado, esta herencia del pensamiento griego, que difícilmente fué capaz de pensar los abismos de lo infinito, sobre lo infinito e ilimitado, va a desaparecer de

la historia de la filosofía. Existen infinitos mundos, que ya no son el asiento de almas, como en las viejas cosmologías, sino astros como el nuestro, compuestos de materiales análogos y en los que existe también la vida. El entusiasmo cósmico de un Giordano Bruno adivinó, presintió, lo que no tuvo confirmación científica sino al final del siglo pasado, mediante el descubrimiento del análisis espectroscópico. Esta idea de la infinitud del universo ya no se perderá en la filosofía moderna e influirá, poderosamente, en los sistemas de Descartes, de Leibnitz, de Newton, de Kant, etc.

Ahora, en casi todos estos filósofos del Renacimiento, en Giordano Bruno, en el alemán Agrippa von Nettesheim, etc., este universo físico que nos rodea y del cual formamos parte, infinito en el tiempo y en el espacio, no es un universo completamente material. Si el universo es la explicitación de Dios no es posible prescindir del aspecto anímico. Si el mundo es Dios, entonces es inconcebible que sea meramente materia. O por lo menos, si es materia, ésta tiene que ser una materia viva, que explique el por qué de los movimientos y relaciones entre las cosas. Antes de llegar la filosofía al puro mecanicismo de Descartes, tuvo que pasar por esta fase, parecida a la del antiguo hilozoísmo de los pensadores jónicos, en Grecia. El mundo, pues, hay que considerarlo como animado. Es frecuente en estos pensadores encontramos con la vieja doctrina neoplatónica del alma del mundo. En este sentido, la filosofía natural del Renacimiento es el polo opuesto a la de Descartes. Este pensador, como es sabido, creía que los cuerpos tienen como esencia, como nota fundamental, como atributo, la extensión. Pero la materia es absolutamente inerte. Si está dotada de movimiento, ese movimiento, extrínseco a la naturaleza de la materia, le tiene que advenir de fuera. Y efectivamente, es Dios el que ha dado el impulso motriz a la materia, primitivamente estática. De otro lado, los fenómenos que llamamos vitales en los cuerpos orgánicos, lo son sólo aparentemente. En el fondo, los animales y plantas son sólo mecanismos complicados. Existen substancias finitas espirituales, pero la nota característica, el atributo de éstas es el pensamiento y no dar vida a la materia. La categoría de vida desaparece de la metafísica cartesiana al convertirse los organismos en meras máquinas.

En el Renacimiento la situación es la contraria. Aquí, nada es inerte. La materia, en su totalidad, está animada y aun eso que lla-

mamos mundo inorgánico, lo es sólo a nuestra percepción sensible, tan limitada e imperfecta. El estatismo y la quietud, el reposo, se sacrifican en beneficio del concepto de vida. El mundo es entonces comparable a un inmenso organismo. Un alma cósmica anima hasta las más pequeñas partículas de la materia. Las comparaciones, por consiguiente, con el organismo animal, son frecuentes. "Así como en el cuerpo humano el movimiento de un miembro determina el del otro, y así como en un laúd al vibrar una cuerda vibran todas las demás, así cada movimiento de una parte del mundo se rastrea en las otras", dice Agrippa von Nettesheim.

Esta concepción animista de la filosofía natural del Renacimiento, desembocará también en la filosofía de Leibnitz, y en su concepción de la substancia, la mónada, como átomo espiritual. Por eso también, los filósofos del Renacimiento, en lugar de las desacreditadas formas substanciales del aristotelismo y de la escolástica, acuden al concepto de un alma activa o fuerza. La filosofía ahora parece enlazar con la genial intuición del griego Heráclito y gritar también *panta rei*, todo fluye. Asistimos al comienzo del primado de lo dinámico sobre lo estático. La filosofía de la Edad Moderna va a ser una filosofía del ser, pero de modo que este ser se entienda cada vez más por analogía con la vida en general, y después, por analogía con la vida humana. Sólo una filosofía como ésta puede ser capaz de descubrir una ley como la ley de inercia, tan inconcebible dentro de la física de Aristóteles. Bruno, que unía a su talento de filósofo el don de una extraordinaria sensibilidad poética, habla del "pulso de la vida universal divina" para referirse a este infinito cambiar, creación y recreación de mundos siempre nuevos.

Però esta verdadera sumersión de los filósofos del Renacimiento en el ser total, infinito, de naturaleza divina, no les impide valorar en alto grado a los seres más pequeños y minúsculos. El sentimiento que aquí predomina es el de que los más pequeños seres, los microcosmos, reproducen a la perfección las notas y propiedades de macrocosmos. Tanto en lo infinitamente grande, como en lo infinitamente pequeño, se revela la perfección del ser divino.

Yo quiero hacerles a Uds. una pequeña advertencia. Acostumbrados como estamos a estas ideas como hombres que somos de la época moderna, quizá no seamos capaces de valorar debidamente

el carácter revolucionario que tenían las mismas en el siglo XV. Tenemos, pues, que tener siempre presente que estas ideas, que solamente estoy exponiendo a Uds. como características de la filosofía renacentista, eran la más resuelta oposición, repulsa, a las ideas tradicionales de la filosofía griega, conservadas durante los largos años de la Edad Media. Para los antiguos, el individuo era nada frente a la plena realidad de las especies y de los géneros. Lo individual surgía de la presencia en el individuo de un elemento caótico, indeterminado, impensable, a saber, la materia. Ya vimos algo acerca del problema de la individuación a propósito del desprestigio de las formas substanciales en la filosofía moderna. La filosofía del Renacimiento va ahora a valorar en alto grado al individuo. Quizá no dejara de influir en esto también, aparte de la inevitable evolución de las ideas filosóficas, el concepto elevado que de sí mismos y de sus capacidades tenían estos voluntariosos hombres del Renacimiento.

El pensador de quien tantas veces hemos hablado ya, Nicolás de Cusa, es en esta cuestión también uno de los primeros que inician el cambio. El mundo está compuesto de una multiplicidad de seres individuales, cada uno de los cuales representa una especie de contracción de la simplicidad y unidad del ser infinito que es Dios. Los seres son todos distintos unos de otros. "Nada hay en el universo, dice el cusano, que no disfrute de cierto ser singular, que no se encuentra en ningún otro ser".

Esta misma idea la encontramos en Paracelso, expresada con un singular vigor. Su principio célebre, lo que él llamaba "archeus", es a manera de un principio vital, de un germen singular que está depositado en cada ser individual y que determina la evolución y desarrollo singularísimo del mismo. Paracelso era médico y consideraba que la curación de las enfermedades no consistía en otra cosa sino en librar al "archeus" de todas aquellas cosas que podían impedir su desarrollo o simplemente lesionarle.

Bruno contrapone al máximo, que representa el supremo ser infinito, de carácter divino, el mínimo, es decir, el ser indivisible y singular, que se encuentra a la base de todas las composiciones. Los mínimos, las últimas individualidades indivisibles en las matemáticas, en la física y en la metafísica, van a dar lugar al concepto de mónada, últimas realidades de que se compone el universo. Este no es

sino un compuesto de infinitas mónadas, que, como ya hemos dicho, tienen un doble carácter material y psíquico, que se atraen y repelen, resultando, del conjunto de todas estas relaciones, la gran armonía del universo.

No es necesario apenas insistir en cómo todas estas ideas adquieren su máxima expresión filosófica en el gran sistema metafísico de Leibnitz. Frente al atomismo físico de la época del Renacimiento, tal como lo representa, por ejemplo, el filósofo francés Pierre Gassendi, Leibnitz sostiene que la materia es infinitamente divisible y que el concepto de átomo material es inconcebible. Piénsese que justamente Leibnitz descubre, al mismo tiempo, pero con total independencia de la obra de Newton, el cálculo infinitesimal. Ahora, frente a la concepción física plerística de Descartes, del monismo de la materia y de la ausencia de vacío, Leibnitz va a defender la teoría de que el mundo está compuesto efectivamente de átomos, de individualidades, pero de átomos no materiales, sino espirituales, de fuerzas vivas. El mundo, como en Giordano Bruno, se compone de una serie infinita de átomos espirituales o mónadas, que forman una inmensa jerarquía, desde las mónadas más inferiores, las "mónadas nudas", como las denomina el filósofo alemán, hasta la mónada suprema o Dios, pasando por las almas y los espíritus. Ahora, las mónadas, como gráficamente dice Leibnitz, carecen de puertas y ventanas, es decir, son microcosmos absolutamente aislados unos de otros, sin posible comunicación entre sí. Cada mónada lleva dentro de sí, desde el momento de la creación, el principio determinante de su futura evolución y desarrollo, algo así como el "archeus" de Paracelso. Sin necesidad de influencias extrañas, las mónadas se desarrollan conforme a la propia ley interna de su constitución. Y si a pesar de este aislamiento metafísico de las mónadas es posible el conocimiento y la regularidad maravillosa de las leyes del universo, es porque existe una armonía preestablecida por la mónada suprema, quien concilió, de una vez para siempre, el ritmo del desarrollo de las infinitas mónadas creadas. Ahora, las mónadas no solamente son substancias independientes en el sentido de que no sufren las acciones o estímulos de las restantes mónadas, sino en el sentido también de que cada una de ellas es absolutamente distinta de todas las demás. No hay dos flores, dos hojas en un bosque de árboles de la misma especie, que sean absolutamente iguales. En esto se manifiesta la inagotable originalidad de la Mónada Suprema. Leibnitz

lo expresa en su *principium identitatis indiscernibilium*. Dos cosas que fueran idénticas no se podrían distinguir y dejarían, por consiguiente, de ser dos cosas diferentes.

Tratar de otros problemas filosóficos de los abordados por los filósofos del Renacimiento, sería, señores, labor no de dos, sino de muchas conferencias. Cosas importantes aportaron en el campo de las ciencias filosóficas especiales, en la teoría del conocimiento, en la lógica, en la antropología o en disciplinas marginales a la filosofía, como la filosofía del derecho, la economía, etc., pero la exposición de todo ello, repito, excedería de los límites que me he propuesto al trazar estas conferencias. La Filosofía del Renacimiento, como Uds. han podido ver, es hija de su tiempo, posee unos caracteres acordes con el tono general de la vida y de las ideas de aquella época. Está toda ella impregnada de un gran pathos lírico. El amor por la naturaleza se manifiesta, la más de las veces, sobre todo en Bruno, en conceptos filosóficos que van mezclados con visiones y teorías de gran belleza poética. En este sentido, la filosofía del Renacimiento es originalísima. Pero los conceptos que maneja, son, en su mayor parte, recogidos de la tradición filosófica antigua y medioeval y no dieron su pleno fruto sino en los siglos siguientes, en el XVII, cuando fueron depurados de todos los ingredientes y mezclas con que fueron pensados en el Renacimiento, por causa de la lucha entre las más diversas y opuestas tradiciones. En el Renacimiento, como en todo nacer, son mayores los proyectos e ideales que las realizaciones, más los impulsos de crear que los frutos. Pero ese fué el destino de los filósofos del Renacimiento y lo cumplieron. Esa es su gloria.

Evocación de Ramón y Cajal

Conferencias sustentadas en la Universidad de Cuenca al conmemorarse el primer centenario del nacimiento del Ilustre científico español.

Aparte de la legitimidad o de la necesidad de ese movimiento irresistible y tan natural que nos impulsa y nos proyecta hacia el porvenir, no tenemos el derecho de rechazar ese movimiento inverso que nos lleva hacia el pasado, que es sedimento de nuestra cultura, patrimonio espiritual, marcha de la historia.

En Historia Natural se llama **habitat**, habitación, a la zona donde se desarrolla adecuadamente una especie vegetal o animal. En historia espiritual, el pasado es la habitación natural de la cultura. El pasado, vasta presencia innumerable, como el aire circunda nuestra vida intelectual y espiritual. lo mismo que en nuestro existir fisiológico se hallan presentes —sin que nos acompañe, en cada instante, la conciencia de ellos— los hábitos funcionales de nuestro cuerpo.

Cuando el espíritu sube a un cierto nivel de potencia, necesita tenderse por los cuatro puntos cardinales; y el pasado es la enorme reserva de materiales con los que el hombre puede rodearse de sus horizontes.

El mismo presente nuestro está constituido, en su mayor parte, de pasado, de cosas cronológicamente pasadas, pero en plena función de vida. Podemos afirmarnos orgullosamente en nuestro presente, con la misma certidumbre con que se ahincan los pies en el suelo; pero conviene no olvidar que ese pedazo de superficie que pisamos es la apariencia última de capas terrestres, obra de millones

de años: nuestro piso existe por ellas y sobre ellas; y, aunque las oculta a la mirada, las contiene a todas, a todas las presupone. La pradera suave, deliciosa, superficial, donde se reclina nuestra fatiga, no es más que el estado presente del pasado geológico. En cualquier forma de espacio cultural que acoja el espíritu para asentarse, se repite el mismo caso: se vive sobre las profundidades del pasado.

"Nunca se ve a los espíritus grandes temer las influencias del pasado; al contrario, las buscan con una especie de avidez, que es como la avidez de ser", ha dicho André Gide.

EVOCACION

Y esa fuerza del pasado, ese criterio sociológico y cultural del pasado, nos lleva hoy —dentro de la perspectiva secular— a la evocación de una vida excepcional y edificante, humana y recia; noble símbolo, denominador común de la grandeza de esa raza hispana que cobijó ambos hemisferios, aunando nacionalidades diversas: Don SANTIAGO RAMON Y CAJAL, el científico y el patriota, que engrandeció su propia vida para, de esta manera, magnificar el destino de su raza. De ese hombre —fuente de luz viviente— que sintió en su carne el aguijón de la historia y que, con fortaleza y arrojo para la acción e inquebrantable fe para ordenar los actos humanos, hizo el milagro de la resurrección de la ciencia española, como el divino Maestro cuando supo pronunciar, ante el sepulcro de Lázaro, las taumatúrgicas palabras: "Levántate y anda..."

La vida y la obra de Ramón y Cajal son de aquellas en que se cumple el ansiado destino, venciendo las vacilaciones, dominando todos los obstáculos morales y materiales. Fué el único hombre que bebió el espíritu de su tiempo y lo sintió arder en sus entrañas, pero conservando, intactas, las puras calidades españolas. Hombre de la hora histórica y, a la vez, español incorruptible, que sin creer en el milagro de los hombres, realizó uno, maravilloso: el de hacer compatible el ansia de saber, de explorar la realidad de la vida con los ojos y no con las doctrinas; el ansia de razonar; el afán de someter cada conocimiento a una rigurosa comprobación, a lo que entonces —y ahora— llamamos, con pueril vanidad, experimentación; el de hacer compatible, todo esto, con una fe intangible en esas dos aparentes antinomias que ha ofrecido la raza de Don Quijote: su exis-

tencia de más recio individualismo imaginable y la mayor unidad de pensamiento de que hay ejemplo en el mundo; y de otra parte, el idealismo y el realismo, el anverso y el reverso del alma hispánica, los dos extremos de una oposición reveladora entre lo que hay de más original, modificador y sustantivo, a la vez, en el pueblo ibérico.

Se diría que, en Don Santiago Ramón y Cajal, es el patriotismo o conciencia histórica de la nacionalidad, tanto más que el puro amor a la ciencia, la raíz creadora de su obra. No es su patriotismo de la estirpe de aquellos que adoran a su nación como el parásito al cuerpo de que vive, ya siendo pasivo y ufano reflejo de la grandeza colectiva, que han encontrado hecha, y poco o nada hacen para acrecer su caudal; ya encubriéndose de continuo con el nombre de la patria para mejor envilecerla y depauperarla en su propio beneficio. Hay un mentido, hipócrita patriotismo que destruye la patria a tiempo que finge ampararla y enaltecerla, como el del hoy Dictador de España, cuyo sombrío advenimiento no fué sólo un oprobio para la Madre Patria, sino para toda la humanidad, porque es la antihistoria de la España inmortal, la contradicción de toda su leyenda, de toda su cultura, de toda su civilización.

Hay otro patriotismo, afortunadamente, que es creación de nacionalidad histórica por medio de imperecederas obras individuales. Y de ese género de patriotismo fué el de Ramón y Cajal. Tanto o más que hacer ciencia, le preocupó hacer o rehacer el prestigio histórico de ese país a través de la ciencia. Es la conciencia dolorida de su nación, menospreciada por el mundo, lo que le mueve, no a revolverse airada y estérilmente, como tantos otros, contra el juicio de la historia, ni a atribuirlo a envidia ajena, ni a acogerse al consuelo de un pasado mítico, sino a rectificar ese fallo de los demás pueblos con una heroica obra personal, encaminada a salvar el presente y el porvenir, más que a rehabilitar el pasado.

Pero esto, el propio Ramón y Cajal lo dijo de modo insuperable en 1900, con ocasión de haberle otorgado el Premio Internacional de Moscú, dirigiéndose a la juventud universitaria que le oía, con estas palabras:

"Habéis, cariñosamente, aludido a lo singular de mis facultades y a lo peregrino de mis aptitudes para el cultivo de la Ciencia, y en

ello habéis mostrado más bondad que justicia. No soy, en realidad, un sabio sino un patriota; tengo más de obrero infatigable que de arquitecto calculador... La historia de mis méritos es muy sencilla: es la vulgarísima historia de una voluntad indomable, resuelta a triunfar a toda costa. Al considerar, melancólicamente, allá en mis mocedades, cuánto habían decaído la Biología y la Anatomía en España, y cuán escasos habían sido los compatriotas que habían pasado a la historia de la Medicina científica, formé el firme propósito de abandonar para siempre mis ambiciones artísticas, dorado sueño de mi juventud, y lanzarme osadamente al palenque internacional de la investigación biológica. Mi fuerza fué el sentimiento patriótico; mi norte, el engrandecimiento de la toga universitaria; mi ideal, aumentar el caudal de ideas españolas circulantes por el mundo, granjeando respeto y simpatía para nuestra ciencia, colaborado, en fin, en la grandiosa empresa de descubrir la Naturaleza, que es tanto como descubrirnos a nosotros mismos..."

Y en el mismo maravilloso discurso, aludiendo al entonces reciente desastre de Cuba, que lo afectó profundamente, está definido de manera insuperable, el sentido de la Patria, cuando dice:

"Hoy, más que nunca, surge este supremo llamamiento al heroísmo del pensar hondo y del esfuerzo viril. Me dirijo a vosotros, los jóvenes, esperanza del mañana. En estos últimos luctuosos tiempos la patria se ha achicado; pero vosotros debéis decir: "A patria chica, alma grande". El territorio ha menguado; juremos todos dilatar su geografía moral e intelectual. Combatamos al extranjero con ideas, con hechos nuevos, con invenciones originales y útiles. Y cuando los hombres de las naciones más civilizadas no puedan discurrir ni hablar en materias filosóficas, científicas, literarias o industriales, sin tropezar a cada paso con expresiones o conceptos españoles, la defensa de la patria llegará a ser cosa superflua; su honor, su poderío estarán firmemente garantidos porque nadie atropella lo que ama, ni insulta o menosprecia lo que admira y respeta..."

Este sentimiento de la decadencia nacional y el anhelo de superarla, no con quejidos retóricos, sino con una obra personal eminente, forman la razón y el motivo de su fecunda existencia. En vez de desligarse de las desdichas de su nación y de procurar salvarla individualmente, volviendo la espalda con un gesto de desdén hacia

su nacionalidad histórica, Ramón y Cajal funde su conciencia de hombre con la de ciudadano y no piensa en la perpetración de su esfuerzo sino como medio de eternizar a su patria.

Acaso tantos años de estudios histológicos, en ese complejo mundo de los elementos anatómicos, sobre todo de las células y fibrillas de los tejidos orgánicos, le condujeron a concebir también el grupo humano, que llamamos nación o patria, como una organización en que los individuos son las células, sin que el conjunto pueda existir sino precariamente con partes enfermizas o perezosas, ni tampoco las partes en un conjunto sin grandeza ni prestigio. Ramón y Cajal, el explorador de esa inmensa selva secular, casi virgen aún, de la materia orgánica, en cuyos misteriosos e intrincados caminos, atajos y vericuetos, se establece el continuo milagro de la relación entre el mundo externo y los centros nerviosos superiores, engendrando la sensibilidad y el movimiento, fué él mismo una de las células más elevadas y aptas para la conciencia histórica de la organización nacional española, y por serlo, fundió su destino con el de su país, guiado del nobilísimo afán de que su pueblo se salve en su obra y su obra en su pueblo.

Dn. Santiago Ramón y Cajal fué, en España, el ejemplo más próspero de lo que una voluntad enérgica y paciente puede hacer al servicio de un ideal, en que coincide un anhelo de supervivencia de un hombre con su conciencia histórica de la nación a la que pertenece. Veinte hombres como Ramón y Cajal animados de la misma ambición personal e histórica, habrían bastado para renovar y engrandecer otras especialidades científicas y filosóficas, la política, la técnica, la economía, las artes. La vida de este hombre ejemplar, como esfuerzo y como ideal para rehacer la personalidad histórica de España por conducto de la ciencia, constituye, para nosotros, su mayor enseñanza.

Fué ese amor de la tierra el resorte primero de su comprensión intelectual y científica. La culminación de tamaño comprender, coincide con el renacimiento cultural español, apercibido cuando, sobre el oriente auroral, aparece el signo más certero de un porvenir esplendoroso. Como si frente a aquella universalidad de la ciencia, hubiera querido descubrir la nota distintiva y original del aporte español.

Por esa generosa fe que Cajal tuvo de España, con pasión y con ternura, dedicó su libro magno sobre la textura del sistema nervioso, para que fuera "ofrenda de generoso amor rendida por un español a su menospreciado país". Y cuando tenía que elegir a alguien para el servicio de la ciencia de la patria, jamás preguntó su nombre ni su filiación política, ni nada que fuera su haber, sin discernir en él, según sus propias palabras, "otros colores que los gloriosos de la española bandera".

Ese aire de ensueño con que ahora se nos aparece el gran histólogo español, se nos antoja consustancial con su aptitud creadora: es la imagen de la ciencia, acaso temblando de zozobra y de mística embriaguez de sí misma en el confín de su reino. Porque en toda ciencia hay un fondo dramático, no sólo en cuanto a sus orígenes y finalidades, sino en su propio proceso que se desarrolla en el mundo irreal del pensamiento.

LA CIENCIA ESPAÑOLA ANTES DE CAJAL

Gregorio Marañón nos ha dicho que el siglo XVIII —dentro del contenido científico de la centuria— bien exprimido y estrujado, da muy poca sustancia a la gloria del genio español. Y califica de error la apología que hizo Don Marcelino Menéndez y Pelayo de la ciencia de España. Error de falta de juicio propio, al clasificar los valores que no caían dentro de su prodigiosa preparación, como ocurre con los que se refieren a las ciencias naturales, en lo que, por fuerza, hubo de fiarse de criterios ajenos, no siempre desapasionados, cuando no de meras apariencias.

"Las seis **Cartas** que forman la parte principal de la doctrina de su ciencia española —dice Marañón— no son otra cosa que fuego de guerrilla, declamaciones tribunicias, escritas como si estuviera recitando ante una asamblea; de maravillosa erudición y elocuencia, pero sin reposo de juicio y sin serenidad; aprovechables por su inmenso material bibliográfico, pero no por su criterio para enjuiciar el gran problema de la ciencia española."

En esta polémica científica, efectivamente, Menéndez y Pelayo representaba, con suprema y nunca igualada categoría, a la ciencia tradicional. Los de enfrente eran la ciencia nueva, racionalista, abier-

ta al libre examen. De un lado, pues, el intento de edificar la grandeza intelectual de España con material genuino, intensificado y depurado, pero sin mezcla, en lo sustancial, de nada exótico. De otro, el deseo de fundir la vena tradicional en la ancha corriente del saber, pero también a la mayor gloria de la patria. El hecho es que en las famosas Cartas de Menéndez y Pelayo, cuando se leen hoy, se adviene que el afán explícito de las mismas, esto es, la demostración de la superioridad de la ciencia española, queda, en realidad, en segundo plano, tras el objetivo verdadero, que no era otro que guerrear contra los pensadores europeizantes.

Y no fueron tan exactas e inmovibles sus palabras cuando hablaba, cabalmente, de la ciencia española. Sin duda hubo, en el siglo XVIII, hombres de fino espíritu, de profundo saber y de impetu creador; mas eran, por lo menos, al principio de la centuria, personalidades aisladas y perdidas en un ambiente hostil a todo progreso. Y para gloria de España hay que recordar aquí que, dos siglos antes, el español Luis Vives, nacido en Valencia en 1492, es la figura más brillante del Renacimiento, que, por primera vez, con la publicación de su libro "De Anima et Vita", en 1538, crea la primera psicología humana. La figura de Vives, que muchos han parangonado con la de Erasmo de Rotterdam, tan cautivadora y tan poco conocida todavía por sus afirmaciones psicológicas, se anticipó al concepto de las asociaciones inconscientes y al hecho de la dinámica en las emociones y en la ambivalencia afectiva.

Pero sin un ambiente de mediana densidad científica, no puede hablarse de cultura de una época, aun cuando cumbres elevadísimas emerjan, aquí y allá de la llanura. Pese a la serie de figuras eminentes, pero aisladas, la ciencia no ha sido en España, como no lo es todavía entre nosotros —"Colonias fuimos de España y lo somos en espíritu y en verdad", dijo nuestro insigne Crespo Toral— una preocupación dominante de su espíritu. Y sin esto no hay ciencia posible, por altas que sean algunas de sus figuras aisladas.

El mismo Ramón y Cajal, la máxima autoridad científica en España, en todos los tiempos, escribe lo siguiente: "España es un país intelectualmente atrasado, pero no decadente. Estudiando imparcialmente la historia de la producción científica y filosófica española, durante el siglo XVIII —considerada con alguna exageración a nues-

tro juicio, como la cima de nuestra intelectualidad—; comparando, con absoluta sinceridad, intensiva y extensivamente, la ciencia española, forjada en cada uno de sus periodos; si cotejamos, en fin, en cada una de sus épocas, las conquistas intelectuales hechas por los españoles con las debidas a sabios extranjeros, nos veremos obligados a reconocer que ni la raza ni la ciencia española han decaído ni se han estacionado por completo. Sobre poco más o menos, su rendimiento científico se mantuvo al mismo nivel. La imparcialidad obliga, empero, a confesar que, apreciado globalmente nuestro rendimiento, ha sido pobre y discontinuo, mostrando, con relación al resto de Europa, un atraso, y, sobre todo, una mezquindad teórica deplorable. Dominó en nuestros cosmógrafos, físicos, matemáticos y médicos, la tendencia hacia lo inmediato, al practicismo estrecho. Se ignoró recetas, fórmulas de acción, atrofiáronse las alas del espíritu, incapacitándonos para las grandes invenciones. Además, en cada periodo, nuestros hombres de ciencia fueron escasos, y los genios, como las cumbres más elevadas, surgen en les cordilleras. Para producir un Galileo a un Newton, es preciso una legión de investigadores estimables. A semejanza de Rusia o del Japón, hasta hace poco, o de los germanos y franceses antes del Renacimiento, España ha permanecido del todo ajena a la preocupación de ensanchar los horizontes del espíritu. Pero la semibarbarie no es la decadencia, como el estado embrionario no es la decrepitud. Fuera indisculpable ligereza desesperar de una raza casi virgen, riquísima en subtipos y variedades, creadora en todo tiempo de individualidades geniales y vigorosas, detenida en casi todas sus capas sociales en la fase infantil y, por lo tanto, muy lejos todavía de la plenitud de su expansión espiritual."

Alguna ocasión, y con causticidad urente, dijo también Ramón y Cajal: "Me apena la frase fanfarronamente hiperbólica, atribuida a nuestros mayores, de que el sol no se ponía jamás en los dominios de España, porque el desdén o el menosprecio del extranjero podían contestarnos —en realidad se nos ha dicho ya— que por compensación bochornosa y denigrante, jamás alboreó el sol de la ciencia en nuestros cerebros..."

Así hablaba quien, por su obra prodigiosa, y por su recio, aragonés, sentido de la hispanidad, no pudo ser tachado por nadie de antiespañol. Su visión serena de la verdad era, como siempre es la

verdad, optimista; y este optimismo no fué en Ramón y Cajal retórica de juegos florales, sino conciencia de su propia eficiencia, porque con su esfuerzo, logró que la ciencia española dejase de ser patrimonio esporádico de algunos hombres geniales para convertirse en preocupación general, no sólo de los sabios puros, sino de los profesionales.

Qué cantidad y qué ímpetu de energía se necesitaron, en Ramón y Cajal, para vencer, no el ambiente hostil, sino la ausencia del ambiente. Como dijo Lugaro, su discípulo, cuando murió el Maestro, lo portentoso no es lo que hizo, sino lo que hiciera en una atmósfera casi de vacío.

Se diría que Don Santiago Ramón y Cajal, fué el discípulo espiritual del Padre Feijóo, que tomó sobre sí la empresa ciclópea de arrancar de la mente de los españoles la infinita cantidad de supersticiones, errores y fantasías que la ahogaban. Porque, además de su estudio insuperable de la ignorancia del alma popular, trató el benedictino, con minucia y sapiencia, de la organización de la enseñanza, del estado de las universidades y de los posibles remedios para poner fin a tanto atraso. Recuérdese, sobre todo, sus **Cartas** acerca de "Las causas del estado de atraso que se padece en España, en orden a las Ciencias Naturales", o las que dedicó al "Adelantamiento de Ciencias y Artes en España", en las que hace un cuadro viviente y animado del lamentable estado de retraso de los españoles sobre las teorías, a las que la "envidia y la ignorancia llaman curiosidades", sin pensar que de esas curiosidades, y sólo de ellas, surgen los adelantos prácticos que hacen el bienestar de las naciones.

Es decir, la misma actitud que había de sostener después Ramón y Cajal, y que, más recientemente aún, desenvuelve Ortega y Gasset en su "Rebelión de las Masas". En bellas páginas, sobre "Los Amigos del Padre Feijóo", leídas en el Centro Gallego de Montevideo, en el mes de abril de 1937, Gregorio Marañón decía:

"Cuando yo visitaba la celda donde vivió el benedictino genial en San Vicente de Oviedo, o la soledad, llena de misterios, de la Abadía de Samos, en que se hizo adolescente, o aquel oasis dulce de Severo, que parece una isla encantada infinitamente distante del alma universal, entonces es cuando pude darme cuenta del milagro

de agudez, de percepción de lo remoto que hubo de realizar Feijóo para plantearse el problema intelectual de su patria frente al mundo y para resolverlo con tanta gallardía. ¿Cómo llegó hasta él el espíritu del siglo? ¡Quién lo sabe! El alma de cada edad no está en los hombres ni en sus obras, sino en algo impalpable, que flota en los aires, que nadie percibe y que se posa, como el polen invisible de las plantas, en los rincones más apartados de la tierra, sin previo acuerdo; sin comunicación directa; sin que el elegido ni lo desee, ni lo solicite. Así ocurrió con el Padre Feijóo. Pero este asombro es menor que el que produce el que el alma dieciochesca, al fecundar el espíritu del fraile, se fundiese con su españolismo, perdiese su acento cosmopolita, y se recreara en un molde estrictamente español. . . .”

Vosotros conocéis, "Las Ideas Biológicas del Padre Feijóo", ese libro admirable y sugeridor, aristotélico en cuanto a la sutil elaboración de sus conceptos, y platónico en cuanto al efluvio ideal que envuelve, como una atmósfera, el análisis de la realidad científica. Libro a un tiempo clásico, como construcción intelectual, y romántico como sentimiento que resume de su forma; libro categórico y poético, que suscitó en mi espíritu la similitud y el paralelismo entre el Benedictino de la España legendaria y el Franciscano de la América India, nuestro sabio Fray Vicente Solano, otro político, periodista, teólogo, orador sagrado, ensayista, botánico, zoólogo, higienista, crítico, polemista, gramático, hombre de acción, profesor en todo; pues el denominador común de sus bellas facultades fué el anhelo de enseñar. Como ninguno de sus contemporáneos, exlaustró la Ciencia y él solo representa algo así como la Universidad Popular de Cuenca en el Ecuador, a fines de la Colonia y a principios de la República. El título del libro de Marañón, me sirvió, igualmente, para la visión del temperamento y la crítica de las concepciones biológicas de este otro sabio, descalzo de la Orden de San Francisco de Asís, ávido de luz y de contorno, y que necesita del biógrafo y del erudito de recia mentalidad, que nos enseñe con amor y sagacidad, las intimidades de su espíritu y la belleza de sus concepciones científicas, intuidas más que asimiladas, en proceso de adivinación mental, en floración exuberante y prematura, en el ambiente de su época, raquítico y endeble para todas las disciplinas del conocimiento.

“Salvo muy secundarios detalles de matiz y modalidades de forma; —decía yo en mi ensayo "Las Ideas Biológicas del Padre Sola-

no"— en que el Padre Solano es incomparable por la gracia y la densidad del estilo, a un tiempo color y línea, música y concepto, con poquísimos escritores españoles del siglo XVIII, su temperamento y sus conceptos científicos, la razón y las finalidades de su obra vulgarizadora, son tan afines como con el Padre Feijóo. El mismo Padre Solano se anticipó en el sentido de la similitud e identidad de su obra —que es preciso rubricarla hoy en su certera posición— con la del Padre Feijóo, cuando dice: "Al Padre Feijóo le parecía que la España estaba sumergida en la ignorancia, porque no se cultivaba en ella las matemáticas, la física, la historia natural, y con esta idea emprendió la obra del Teatro, que arrojó el germen de la ilustración. Lo que el sabio benedictino decía de su patria, digo yo de la mía. No basta que tengamos doctores en Derecho, teólogos y gramáticos. En suma, si el Ecuador quiere elevarse a la altura de las naciones ilustradas, es menester que se persuada de que no debe contentarse con lo que tiene: porque entonces, se dirá lo que Rousseau dijo de España..."

Cómo se revela la similitud de sus pensamientos y de sus intenciones en las palabras plenas de una profunda y genial ironía, que guardan los dos monjes en el fondo de su rebeldía acusadora: "mientras en el extranjero —exclamaba el Padre Feijóo— progresa la física, la anatomía; la botánica, la geografía, la historia natural, nosotros quebramos la cabeza y hundimos con gritos las aulas sobre si el Ente es unívoco o análogo; sobre si trascienden las diferencias; sobre si la relación se distingue del fundamento..." Y el Padre Solano, se burlaba también de "los doctores en ambos derechos, médicos y gramáticos". "Nada somos, dice, si no comemos, dormimos, bebemos, vestimos, pensamos, leemos, escribimos a la europea; pero al mismo tiempo charlamos como unas cotorras sobre la libertad, independencia absoluta... y doscientos mil disparates de ese tenor."

Las vidas de Feijóo, de Ramón y Cajal, en España, y de Espejo y Solano, en el Ecuador, que supieron hermanar el aire vivo del impetu renovador con la serenidad del pasado, rehaciendo la personalidad científica de la Península o de este pedazo de la América, son enseñanzas perennes para las nuevas generaciones de este Continente del tercer día de la creación, que diría Keyserling.

INTENTO DE UNA BIOGRAFIA

Al evocar hoy la personalidad de Don Santiago Ramón y Cajal, el maestro más permanente y más venerable de la ciencia española, es preciso contemplar su obra densa y múltiple por el poderoso aliento creador que ella representa, por los diferentes panoramas que ella comprende, por el sublime pensamiento que la concibe, por su aspecto humanístico, por la perfección académica, por el signo de universalidad, de proyección y de trascendencia; por su perenne resplandor en el ámbito de las letras y de la ciencia, lustre de España y estímulo de otras culturas.

Es difícil intentar un bosquejo de biografía de una vida tan titánica, tan trascendental, tan llena de vicisitudes, de pruebas, sufrimientos y derrotas, como la del sabio aragonés, figura encumbrada y señera de la ciencia de España y del mundo; una de las significaciones más altas del pensamiento libre y de la cultura universal; voz elocuente de patriotismo; bella palabra escrita; profundo pensamiento; personalidad medular, hecha de talento, de virtud, de carácter; hecha de hombre total, de civismo y de ciencia.

Quien se penetre del espíritu y de la atmósfera que la autobiografía de Ramón y Cajal exige, no sólo hallará en ella una cantera inagotable de nobles enseñanzas, sino que experimentará después, cuando retorne al mundo real, la sensación de que la personalidad del sabio biólogo español se ha hecho más honda, más llena de interés humano. No ha tratado Ramón y Cajal de referir en "Memorias de mi Vida" —en "Infancia y Juventud", sobre todo— acontecimientos, ni de contar aventuras, sino de examinar éstas y analizar aquellas, como si dijéramos al microscopio, estudiarlas física, química, biológicamente, discernir sus moléculas y hacerlas dar a sus átomos imperceptibles todos los efectos posibles de luz y colorido. Esta infinita abundancia de pequeños detalles de su vida, nunca tiene por objeto el detalle mismo, la cosa pequeña y anecdótica: siempre va hacia una ley profunda de la naturaleza, siempre se enlaza progresivamente a situaciones y fenómenos de su vida más y más amplios hasta topar, con sus últimos círculos, en las riberas del genio.

Bueno, alentador y agradable es acercarse a su vida. Acerquémonos, pues, hacia ella, con el asombro, en primer lugar, de cómo

una vida humilde y desde un provinciano rincón de España, pudo empaparse del espíritu científico del siglo, de modo tan perfecto. "Si la aldea es la concha donde vegeta el protoplasma de la raza, sólo en la ciudad anida el espíritu", dijo el mismo Ramón y Cajal. Interesante es, en verdad, considerar la trascendencia de estos focos de intuición y de ciencia, perdidos fuera de los grandes centros de cultura y de técnica, de las grandes ciudades universitarias. En la vida sin tregua de la ciudad conventual y callada, al margen de los centros oficiales, es donde florecen, a veces, los espíritus geniales sin contacto con la superficie aparatosa del saber experimental, hecha frecuentemente de momentáneas curiosidades, pero, en cambio, en conexión profunda con el eje eterno de la sabiduría que se mueve allá adentro, con el ritmo majestuoso de los mundos.

Santiago Ramón y Cajal nació el 1º de Mayo de 1852, en Petilla de Aragón, humilde lugar de Navarra, enclavada en medio de la Provincia de Saragozá, uno de los pueblos más pobres y abandonados del Alto Aragón.

Su educación e instrucción comenzaron en Valpalmas, pueblo de la misma Provincia, en la modesta escuela del lugar, donde aprendió los primeros rudimentos de las letras; pero, en realidad, fué su padre, el cirujano Justo Ramón Casasús, quien tomó sobre sí la tarea de enseñarle a leer y escribir y de inculcarle nociones elementales de Geografía, Física, Aritmética, Gramática y, sobre todo, francés.

En el orden de los afectos y de las tendencias, era el niño entusiasta de la vida al aire libre, incansable cultivador de los juegos cinegéticos, en los cuales sobresalía entre sus compañeros. De sus inclinaciones naturales, había una, sobre todo, que predominaba sobre las demás: era la curiosidad por los fenómenos de la naturaleza. No se saciaba de contemplar los esplendores del sol, la magia de los crepúsculos, las alternativas de la vida vegetal, el misterio de la resurrección de los insectos y la decoración variada y pintoresca de las montañas.

Cumplidos los ocho años de edad, su padre obtuvo un puesto de médico en Ayerbe, villa importante de la Provincia de Huesca, en donde prosigue, desdefiosamente, sus estudios primarios, bajo la férula del único método pedagógico conocido: el memorismo puro;

y a guisa de infalibles estimulantes de las retentivas tardas, o de las inteligencias atrasadas, las feroces disciplinas, los encierros y todos los medios coercitivos y afrentosos. "El viejo adagio: **la letra con la sangre entra** —nos dice en su autobiografía— reinaba entre aquellos buenos padres sin oposición; pero la letra resbalaba en mi cabeza sin grabarse en el cerebro. En cambio, penetraba la aversión decidida a la lengua latina y antipatía a los maestros. Así se perdía —continúa— esa intimidad cordial, mezcla de amistad y de respeto, entre maestros y discípulos, sin la cual la labor educadora constituye el mayor de los martirios..." Por otra parte, su padre, severo, rígido, intelectualista y practicista a ultranza, no toleraba las tendencias idealistas del niño, tímido e introverso, cuyo horizonte mental se abría a las excelsitudes del arte. Y de esa pedagogía y de esa dominación paterna, capaces de anular toda personalidad en formación, surgió, acaso por una reacción psicológica explicable, el muchacho rebelde, capaz de figurar en el índice de las malas compañías, formado por todos los padres de familia de Ayerbe, el jefe de la pandilla escolar, asaltadora de huertos y diestra en la lucha a pedradas, que mereció el equivocado pronóstico de un maestro de escuela: "Este chico parará en el presidio, si no lo ahorcan."

No sobresalía, en cambio, por la brillantez de sus calificaciones; pues, aparte del dibujo, todo lo demás estudiaba a regañadientes, y hasta vióse obligado a repetir algunas asignaturas. A tal extremo hubieron de llegar su desaplicación y mal comportamiento, que, como castigo, su padre le obligó a abandonar sus estudios e ingresar de aprendiz de una barbería; hecho que recuerda Ramón y Cajal con estas sabias observaciones: "No me pesa hoy la resolución de mi padre, que reiteró después en Saragoza —se refiere al segundo castigo, cuando su padre creyéndole fundamentalmente incapacitado para el estudio, le puso en un taller de zapatería—. Ella me puso en contacto con el alma del pueblo, a quien aprendí a conocer y estimar; y domando el nativo orgullo, desarrolló en mí sentimientos de humildad y modestia, anejo a la pobreza laboriosa."

Terminado este paréntesis de corrección, Ramón y Cajal llega al último curso del bachillerato, en el que se hace acreedor de muy ahalagüeñas notas, sobre todo en Física, Química e Historia Natural. Como un reflejo sintético de la biografía de esa época de su vida, no me resisto a copiar algunos párrafos de un artículo del doctor

Salillas, el eminente antropólogo y criminalista español, amigo y condiscipulo de Cajal, escrito con ocasión de uno de los tantos triunfos académicos del sabio aragonés, bajo el título de "La Isla de Cajal":

"El anuncio de la autobiografía del insigne histólogo —dice el doctor Salillas— me hace recordar vivamente la época en que lo conocí. Y la recuerdo por un detalle singular. El muchacho de entonces, de la época en la que cursábamos el segundo año de Humanidades —como antiguamente se decía— en el Instituto de Huesca, no era un inominado, un desconocido, una figura de montón. Tenía una personalidad que, bien considerada, coincide con la que ya puede llamarse personalidad histórica. Los panigiristas de Cajal, todos ellos ilustres, reconocen que no ha tenido maestros... Ni los quiso tener, añadiría yo. Aquel muchacho de apariencia arisca, no muy sociable, que se aislaba siempre que podía y que, por su actitud de reconcentración reflexiva, siempre estaba aislado, era clasificable entre los caracteres que, según Juan Huarte —otro escolar de la universidad de Huesca— llaman los toscanos caprichosos, en el sentido de su semejanza con las cabras, que viven aisladas en los cerros. Cajal, en la época que lo conocí, no fué discípulo de ningún catedrático... Y así lo trataron ellos más de una vez!... El Instituto no le atraía con ningún género de curiosidad ni estímulo. Iba, cuando iba, a la cátedra venciéndose a sí propio. Su inclinación era muy otra. Al dejarse llevar de su tendencia, salía al campo libre, solo, generalmente, alguna vez con muy pocos amigos, que lo secundaban más bien que lo comprendían, y en largas o pequeñas excursiones, sentía siempre la contrariedad de tener que volver... La primera vez que merecí una confianza de Cajal, fué leyéndome una novela que escribía e ilustraba. No sé cómo le admiraba más, si como novelista o como dibujante. Aquella novela que entonces no la podía comparar, la clasificaría ahora entre las robinsonianas. Un naufragio, la salvación en un leño, el arribo a una isla desierta y la continuación de la aventura en aquel territorio, descubriendo la flora, la fauna y los salvajes pobladores. Todo esto no tendría nada de particular en la historia del autobiografiante, si se considera que el hacer versos o el hacer literatura y fantasear, es, como ha dicho el mismo Cajal, un sarampión, una fiebre eruptiva. Lo importante es que la novela coincide con la acción personal, y que esa acción, constantemente manifestada, conduzca a un resultado efectivo. Cajal era un novelista de acción. Nos leía su novela y la representábamos juntos más de

una vez. Una avenida de un modesto río, más modesto que el Manzanares, caracteriza la escena del naufragio. En los zotillos de Izuela, que es el río de que se trata, se vieron a la hora algunos salvajes pintados con el lodo de la orilla, saltando y trepando muy bizarramente, y manejando con cierta habilidad sus arcos al disparar sus flechas. No fué un juego; fué una representación. Cajal creía, y nos hizo creer, en la posibilidad de que la novela se realizara. Poco a poco, la novela infiltrándose en nuestro espíritu y avasallándolo, fué tomando proporciones realizables, y entonces, conociendo con minuciosidad los peligros que habíamos de correr, las luchas con los elementos, con las fieras y con los hombres, decidimos emprender la aventura, pero con una condición motivadora: la de salir suspensos o la de perder el curso. Eramos tres. Yo era el único a quien la condición no le comprometía; pero asistí lleno de inquietudes a los preparativos de la expedición; los acompañé hasta la salida, los seguí con los ojos y regresé a mi casa con tal pena, que no recuerdo una pena semejante. Sin poderlo disimular, rompí en llanto de desesperación, y alarmados mis padres les tuve que decir, entre sollozos, lo que les ocurría a mis amigos. Volvieron y su vuelta contribuyó mucho a que la novela en acción empezara a no tener éxito. Pero, después, tras muchos años en que no supe nada de mi compañero escolar, cuando supe lo que hacía, cuando lo ensalzaron sus descubrimientos científicos, no había siquiera variación del asunto. Ganivet ha dicho que lo que importa es tener la fragua encendida, y Cajal ha dicho que lo que le importa es tener una hipótesis directriz. Lo que importa es creer y poder. Cajal siguió creyendo en su isla. Navegó, se orientó y llegó victoriosamente. La Isla existía! En los centros nerviosos, en la médula y en el cerebro se encuentran, efectivamente, la Isla de Cajal. . . ."

En Saragoza, donde Don Justo Ramón y Casasús era médico de la Beneficencia Provincial y profesor interino de D'sección, Ramón y Cajal hace, lucidamente, y siempre bajo la dirección de su padre, la carrera de Medicina. A decir verdad, estudió con mayor esmero la Anatomía y la Fisiología, llegando a obtener el cargo de Ayudante Disector. Su lápiz, antaño responsable de tantos rechazos, halló gracia a los ojos de su padre, que se complacía, ahora, en hacerle copiar cuanto mostraban las piezas anatómicas. Con ello enriquecía sus aptitudes y daba base objetiva a sus conocimientos.

En el año de 1873, y a la edad de veintiún años, obtiene el título de Licenciado en Medicina. Deseaba su padre conservarle a su lado para estudiar, a conciencia, la Anatomía General y Descriptiva, con el objeto de tomar parte en las primeras oposiciones a las cátedras de esta asignatura, pero la llamada quinta de Castelar, es decir, el servicio militar obligatorio ordenado por el célebre tribuno, para hacer frente a la gravedad de las circunstancias políticas, malogró el programa paterno. Fué declarado soldado; pero en seguida hizo oposiciones y ganó una de las treinta y dos vacantes de Sanidad. Al año siguiente, recibió la orden de trasladarse a Cuba, con el inmediato ascenso de grado de Capitán o Primer Ayudante Médico. Su padre trató de disuadirle del viaje, pintándole con los más vivos colores la insalubridad de la Isla y el peligro de una campaña en la cual se exponía a perecer oscuramente; le recordó que su porvenir estaba en el profesorado y no en la milicia; pero el joven licenciado, tenaz siempre en sus propósitos, le contestó a su padre con estas palabras: "Cuando termine la campaña sera ocasión de seguir sus consejos; pero ahora, mi dignidad me ordena compartir la suerte de mis compañeros de carrera y satisfacer la deuda de sangre con la Patria."

En la enfermería de Vista Hermosa, en plena manigua, la zona más asolada y despoblada por la guerra, al cuidado de más de doscientos enfermos, casi todos palúdicos o disintéricos, procedentes de las columnas del Camagüey, pésimamente alimentado y con un trabajo superior a sus fuerzas, no obstante su gran resistencia física, fué bien pronto atacado de paludismo, experimentando terribles accesos de fiebre y las exaltaciones delirantes, características de la misma enfermedad. Y por si ello no fuera poco, en este estado de ánimo, alguna vez tuvo que empuñar el fusil e invitar a que le imitaran los enfermos de menos gravedad, a fin de apercebirse a la defensa contra el enemigo que acribillaba a tiros las paredes de aquel barracón-hospital, con inminente peligro de sus desdichados moradores. Trasladado a la enfermería de San Isidro, por muerte del médico que la regentaba, y cuyas condiciones higiénicas eran aún peores que las de Vista Hermosa, fué agudizándose la fiebre, y hubo necesidad de llevarle a ocupar una cama en el Hospital de San Miguel, en donde, tras no pocas súplicas y recomendaciones, pudo conseguir que se le declarase inutilizado en campaña, concediéndosele, en consecuencia, su separación del ejército.

De regreso a Saragoza, notablemente repuesto, ya que no por completo, se dedica de lleno al estudio de la Anatomía y la Embriología y ayuda a su padre en las operaciones quirúrgicas del hospital. Doctorado en Madrid en el año de 1877, vuelve a la ciudad del Ebro. En esta época empieza su preparación para oposiciones a las cátedras, que habian de acarrearle algunos disgustos, siendo por dos veces derrotado por otros tantos tribunales de oposición de cátedras de Anatomía General y Descriptiva, en Saragoza y Granada. "Perjudicóme sobremanera, ha dicho el mismo Ramón y Cajal —a propósito de su primer fracaso—, mi ignorancia de las formas de la cortesía al uso de los torneos académicos; me deslució una emotividad exagerada, achacable sin duda a mi nativa timidez, pero sobre todo a la falta de costumbre de hablar ante públicos selectos y exigentes; hizome, en fin, fracasar la llaneza y la sencillez de estilo, y hasta, a lo que pienso, la única de mis buenas cualidades: la total ausencia de pedantismo y de solemnidad expositiva. Entre aquellos jóvenes almiarados, educados en el retorcismo clásico de nuestros Ateneos, mi ingenuidad de pensamiento y expresión, sonaban a rusticidad y bajeza. En mi candor de doctrino, asombrábame del garbo y gallardía con que algunos expositores, de la clase de facultos, hacian excursiones de placer por el dilatado campo del evolucionismo o del vitalismo, o, cambiando de registro, proclamaban, sin venir a cuento y llenos de evangélica unción, la existencia de Dios y del alma con ocasión de referir la forma del calcáneo o del apéndice ileo-cecal. A la verdad, ni entonces ni ahora, fui bastante refinado para cultivar tan transparentes habilidades, ni para exornar mi pobre ciencia con filigranas y coloridos, reñidos a mi modo de ver, con la austeridad y el decoro de la cátedra."

En sus "Reglas y Consejos" criticó, después, Cajal esta actitud con resultado incierto; y lo vuelve a hacer, en estos días, el profesor Marañón al referirse a los ejercicios de oposición que, por el natural proceso degenerativo de todo lo que no es razonable, han ido perdiendo lo que en otros tiempos, pudieron tener de justificativo; "porque hoy, como ayer, se valoran no por méritos reales sino por meras circunstancias objetivas, que son como verdaderos flotadores de un peso muerto que se hunde porque ya no sirve para nada".

En 1879, Ramón y Cajal es nombrado Director de los Museos Anatómicos de la Universidad de Saragoza, cargo que conserva hasta

que, en 1883, obtiene la tan perseguida cátedra de Anatomía de la Universidad de Valencia. Antes de esa fecha, estuvo gravemente enfermo, pero curó. Y aquí, en este paréntesis, hay que incluir la boda de Ramón y Cajal, celebrada poco después de su curación y en condiciones nada favorables para el porvenir económico de una familia.

El cólera en 1885, más extendido que en parte alguna de España en la ciudad del Turia, obligó a Ramón y Cajal a abandonar sus estudios de células para dedicarse al bacilo comma, descubierto no hacía mucho por Koch en la India y causante de la terrible epidemia. Cuanto mayores eran las dudas y más acaloradas las discusiones entre los médicos, creyentes unos, los viejos, en la clásica teoría de los miasmas y en el láudano de Sidhemham, y los jóvenes, Ramón y Cajal entre ellos, en la eficacia del agua hervida, aparece en Valencia el doctor Ferrán, trayendo la buena nueva de la vacuna anticólerica, que decía haber experimentado en el Conejillo de Indias y en algunas audaces autoinoculaciones, hallando el cultivo del virgula que, inoculado en el hombre, le inmunizaba contra el microbio. Algunos devotos de Ferrán intentan constituirse en sociedad de propaganda para fabricar en gran escala la vacuna y conseguir la autorización del Gobierno a fin de aplicar aquella en los atacados de toda España. Receloso, Ramón y Cajal, de los buenos resultados de tal procedimiento, prefiere conservar su independencia de investigación, y entre tanto propone, con afinados argumentos basados en fines morales y patrióticos, que el doctor Ferrán declare explícitamente el secreto de la vacuna para no defraudar la expectación de las delegaciones extranjeras y españolas reunidas en Valencia, foco principal del cólera, y a la vez para evitar sospechas y juicios poco favorables, Ramón y Cajal, con dolor de gran patriota, advierte que nadie escucha su proposición y que, al cabo, sus vaticinios se cumplen: el método de Ferrán fracasa y los doctores extranjeros, que habían concurrido guiados por el interés y la curiosidad de comprender el nuevo descubrimiento científico, regresan a sus países malhumorados, defraudados en sus esperanzas y hacen, como consecuencia, en sus periódicos y revistas, una campaña muy poco halagüeña, en verdad, para la Medicina Española.

Otra vez en Valencia, luego de su recorrido por las zonas epidémicas, dedicase otra vez y con asiduidad a su estudio predilecto: el de los tejidos vivos; dando en dos años varias comunicaciones his-

tológicas con respecto al lente del cristalino, a la estructura del cartílago, y muy particularmente, a la fibra muscular de los insectos y vertebrados. Fruto de aquellos trabajos es la publicación de su obra "Histología y Técnica Micrográfica" en 1888. Al mismo tiempo, é imitando, según su propia confesión, el estilo literario de Castelar y usando, a veces, el seudónimo de El Doctor Bacteria, colabora en la "Crónica de las Ciencias Médicas", de Valencia y en "La Clínica" de Saragoza.

En esta época, Ramón y Cajal, con la base sólida de sus estudios, es invitado por Krause, Profesor de Gotinga, a colaborar en su Revista, con artículos que el histólogo español escribe en francés, acerca de temas trascendentales como la estructura de las células epiteliales de algunas mucosas; algunos a la textura de la fibra muscular de los insectos, etc. Y es también por aquel entonces cuando hace, con maravillosos resultados, sus primeros experimentos de hipnotismo, sobre todo en enfermos histéricos y neurasténicos, entre los que adquiere fama, que habría podido proporcionarle muy pingües ganancias si no hubiese cerrado la clínica y licenciado a numerosa clientela, luego de satisfacer su curiosidad, único objeto por él perseguido.

A mediados de 1887, Ramón y Cajal obtiene, por oposición, la cátedra de Histología en la Universidad de Barcelona. En su casa de la ciudad condal establece un magnífico laboratorio con espléndido jardín para conservar los animales de experimentación. Y llega el año de 1888, el año cumbre para Ramón y Cajal, el de sus codiciados descubrimientos "las leyes que rigen la morfología y las conexiones de las células nerviosas en la sustancia gris, halladas primero en el cerebro y luego en los otros órganos del sistema nervioso, confirmando así las incipientes teorías de Ranvier, Krause, Deiters y Golgi. Sin embargo de esto, y a pesar de sus frecuentes artículos en la "Revista Mensual Internacional", dirigida por Krause, el nombre de Ramón y Cajal parecía permanecer inédito para la mayoría de los sabios extranjeros. Ello le decidió ir a Alemania e incorporarse a la Sociedad Anatómica que celebraba Congresos mensuales en Berlin. En la capital alemana, el infatigable histólogo español tuvo una de las mayores decepciones de su vida, al ver el recibimiento frío, casi indiferente que se le hizo. Únicamente al mostrarles el trabajo sobre el axón de los granos del cerebelo, las cestas pericelulares, las fibras musgosas y trepadoras, las bifurcaciones y las ramas ascendentes y

descendientes de las raíces sensitivas, las colaterales largas y cortas de los cordones de la sustancia blanca, las terminaciones de las fibras retinianas en el lóbulo óptico, etc., algunos congresistas le colmaron de felicitaciones y le asediaron a preguntas. Tanto apasionaron a Koliker, sobre todo, los ensayos de Ramón y Cajal, que, desde entonces, empezó a tomarlos como base, a propagarlos y a leer todos sus trabajos para lo que tuvo necesidad de aprender el castellano. Fue, pues, el histólogo alemán, de enorme fama en todo el mundo científico, que descubrió a Ramón y Cajal no sólo ante el extranjero, sino ante sus mismos compatriotas.

Durante los años de 1880 y 1891, Ramón y Cajal descubre las primeras mutaciones de la neurona, y hace definitiva confirmación de la unidad genética de las fibras nerviosas y de los apéndices protoplasmáticos. Al finalizar el año de 1891, disminuye un poco el trabajo de investigación del sabio español, debido a que comienza a prepararse para las oposiciones a las cátedras de Madrid; no obstante, es en ese tiempo cuando formula el principio de la polarización dinámica de la neurona, auxiliado por Von Gehuchten; completa una de sus observaciones sobre el cerebro y la retina y acomete el análisis de los ganglios simpáticos. El libro que contiene estos estudios fue traducido al alemán y al francés. En 1892 obtiene la cátedra de Histología Normal y Patológica de la Facultad de Medicina de Madrid, en brillantes oposiciones.

Instalado definitivamente en Madrid, Ramón y Cajal reparte su tiempo entre la cátedra y los trabajos de laboratorio, reanudados bien pronto, sin que le falten unos momentos que dedicar a su tertulia del café Levante y a la familia: su esposa, Doña Silveria Fañán y sus hijos: Fé, Santiago, Pablo, Jorge, Pilar y Luis.

En plena actividad de su trabajo sorprendió a Ramón y Cajal la invitación de la Sociedad de Londres para dar una conferencia basada en los estudios de investigación que más le preocupaban entonces; el 8 de Marzo de 1894, el histólogo español era aclamado en Burlington House por su trabajo sobre la morfología y conexiones de las células nerviosas de la médula espinal, ganglios, cerebelo, retina, bulbo oftatorio, etc. Gran sorpresa e inmensa alegría recibió Ramón y Cajal al ser reclamado en Junio de 1899 por la Clark University, Universidad americana de Worcester, una de las más prestigiosas del

mundo, para exponer en una serie de conferencias sus investigaciones acerca de la corteza cerebral. Y luego de consultar el caso con el Ministro de Fomento, Márques de Pidal, teniendo en cuenta los acontecimientos recientes, y de escuchar sus consejos y los consejos del Gobierno en sentido afirmativo, allá fué, acompañado por su esposa, produciendo con sus disertaciones en la Clark University, el asombro de un auditorio de las más grandes eminencias médicas. Otra nueva y grata sorpresa fué para Ramón y Cajal, saber que el Congreso Internacional de Medicina, reunido en París, le había concedido el premio Moscú, consistente en 6.000 francos. Recibió la noticia en una pequeña casa de campo recién construida, con sus no abundantes ahorros, en las afueras de Madrid, donde había ido a buscar curación de la neurastenia, adquirida en su intensísima y constante labor.

El gobierno de entonces, presidido por Francisco Silvela, deseando recompensar de algún modo los éxitos científicos del sabio español, acordó, en Consejo de Ministros, crear con cargo al presupuesto de Instrucción Pública, el Laboratorio de Investigaciones Biológicas, con una Revista titulada "Trabajos de Laboratorio" y que vino a sustituir a la "Revista Trimestral Micrográfica", que, desde 1897, publicaba Ramón y Cajal por su cuenta.

En la primavera de 1903, Ramón y Cajal preside la sesión de Anatomía y Antropología del Congreso Internacional de Medicina, celebrado en Madrid; y luego de un viaje de turista y de amateur de la fotografía por Génova, Milán, Turín, Venecia, Florencia, Roma, Pisa y Nápoles, termina y publica, entre otros trabajos, su obra en tres volúmenes: "Histología del Sistema Nervioso del Hombre y de los vertebrados", que suele ser llamada la obra cumbre de Ramón y Cajal, y es, en efecto, el resumen de su enorme labor de quince años.

En el año de 1906, el Instituto Carolino de Estokolmo, concedía a Don Santiago Ramón y Cajal, convertido por su voluntad indomable en la figura máxima de la Histología mundial, el Premio Nobel de Medicina. Siendo con Echegaray y Benavente, uno de los tres españoles que han sido objeto de tan revelante distinción.

Las Universidades de Cambridge, París, Wutsburgo, Lovaina,

Cristiania, México, Barcelona, Estrasburgo, Guatemala y otras, le concedieron la graduación de *doctor honoris causa* en Medicina, y la Norteamericana de Clark, le concede el doctorado honorífico en Derecho. Centenares de Academias tienen a gala conceder el ingreso en su seno al sabio español, entre ellas la de Medicina de Nueva York.

El 1º de Mayo de 1922, en que cumplía la edad reglamentaria, fué jubilado en las cátedras de Histología y Anatomía Patológica de la Facultad de Medicina de Madrid. El 7 de Mayo de aquel año celebró la Real Academia de Ciencias Exáctas, Físicas y Naturales solemne sesión - homenaje, bajo la presidencia del Rey de España, para hacer entrega a Ramón y Cajal de la medalla "Echegaray".

Hasta su muerte, acaecida el 17 de Octubre de 1934, conservó la dirección del Laboratorio de Investigaciones Biológicas, completando su grandiosa labor de investigación. Le llegó la muerte en plena tarea y cuando terminaba su última obra "El Mundo visto a los Ochenta Años", en la que nos legó su profunda experiencia del mundo y de la vida, y en la que late su permanente preocupación por la juventud y por el destino de su pueblo, cuyo impetu no se extingue ni se extinguirá jamás.

Porque la videncia del sabio y la profecía del anciano, le dictaron esta maravillosa sentencia, que la dejó escrita en su último libro, que fué como la sinfonia terminal e inconclusa de su noble vida: "España padecerá eclipses, atonías, postraciones, como las han padecido otros pueblos. De su letargo, contristador y deprimente, se levantará algún día cuando un taumaturgo genial, henchido de viril energía y de clarividente sentido político, obre el milagro de galvanizar el corazón descorazonado de nuestro pueblo, orientando las voluntades hacia un fin común: la prosperidad de la vieja Hispania..."

EL HISTOLOGO Y EL NEUROLOGO

En el banquete de la Medicina, la Histología es un huésped de honor, extraño y misterioso, al que todos escuchan y muy pocos entienden, dijo, alguna vez, ese otro ilustre histólogo, discípulo de Ramón y Cajal, Pió del Río Hortega.

La Histología para Ramón y Cajal fué una asimilación exclusiva de autodidactismo; pues no había en la capital aragonesa quien pudiera enseñársela. Cuando en el mes de Junio del año de 1877 llega a Madrid a sufrir la prueba de curso para aspirar a la codiciada boria doctoral, conoce al doctor Maestre de San Juan, Profesor de Histología Normal y Patológica, quien pone en sus manos algunas bellas preparaciones microbiográficas. Deseoso, además, de aprender la Anatomía General, complemento de la Descriptiva, resuelve a su regreso a Saragoza crearse un laboratorio micrográfico, en donde comienza a trabajar en la soledad, sin maestros y con escasísimos medios. Lo esencial para el futuro sabio era modelar su cerebro, adaptarlo rigurosamente a las tareas de la especialización. Con su espíritu observador, examinó, por primera vez, los glóbulos de la sangre, las células epiteliales, los corpúsculos musculares y nerviosos, deteniéndose siempre para dibujar o fotografiar las escenas más cautivadoras de la vida de lo infinitamente pequeño, en un medio en el cual —como nos lo ha contado en sus deliciosas páginas autobiográficas— los profesores universitarios se pasaban el tiempo hablando prolijamente de células sanas y enfermas, sin hacer el menor esfuerzo para conocer de vista a esos trascendentales y amistosos protagonistas de la vida y del dolor. "A juicio de muchos misonicistas —dice Cajal— las maravillosas descripciones de células y parásitos invisibles constituían pura fantasía. Recuerdo que, por aquella época, cierto catedrático de Madrid, que jamás quiso acercarse al ocular del instrumento amplificante, calificaba de **Anatomía celestial** a la Anatomía microscópica. La frase, que hizo fortuna, retrata bien el estado del espíritu de aquella generación de profesores..."

Así comenzó Ramón y Cajal a deletrear —como él dice—, con deleitación el admirable libro de la organización íntima y microscópica del cuerpo humano, para llegar a destacarse como un formidable histólogo del sistema nervioso, al calor de la llama de su espíritu que se irradiaba en tres direcciones: la policroma de su sensibilidad artística; la blanca, movible y luminosa de su inquietud para descubrir nuevas verdades; y la azul, serena e inmortal, cuyo vértice se eleva muy alto y busca la eternidad.

La obra de Cajal no es un conjunto de descubrimientos, que, aun siendo trascendentes, pudieran haber sido obra del azar, sino un edificio científico, armónico y completo, en el que cada hallazgo ha

sido precedido de un razonamiento; y todo el conjunto, con su armazón de lógica y sus bloques de hechos definitivos, tiene la lograda unidad de algo previsto, o entrevisto, desde el día en que, por primera vez, se sentó su autor ante la mesa de trabajo.

Estoy seguro de que en la era científica contemporánea, no se podrá presentar ningún otro ejemplar de esta realización total de una vasta obra y de esta compenetración absoluta entre una labor y una vida, como si se hubieran hecho, sin transferencia posible, la una para la otra.

Por todo ello, la obra de Ramón y Cajal, además de su importancia directamente histológica, tuvo una enorme, una honda y difusa trascendencia en la mentalidad de los científicos españoles y de los de la América Latina. Hoy, al cabo de los años, esta influencia general perdura tanto como sus descubrimientos y nos permiten medir la calidad del genio del sabio español.

El desarrollo de su ingente labor responde a una intuición maravillosa y da una idea exacta del fecundo ajuste entre el pensamiento y la técnica, y de la sumisión de ésta a aquél, tal como no alcanza a verse en ningún otro naturalista.

Gregorio Marañón, en su último libro "Cajal, su Tiempo y el Nuestro", nos recuerda una conversación memorable que tuvo con Bergson, muy pocas semanas antes de morir, en la que su prodigiosa inteligencia, más prodigiosa que nunca en aquella hora transida de lucidez premortal, pasó revista a sus recuerdos y a sus meditaciones, que eran muchos, sobre España. Recordaba Bergson una plática que tuvo en Madrid con Cajal, cuya obra conocía a la perfección y admiraba en todo lo que tenía de trascendente para la vida del pensamiento. "Yo estoy seguro —dijo el filósofo— de que los grandes hallazgos de Cajal no fueron más que comprobaciones obtenidas de hechos que su cerebro había previsto como verdaderas realidades. Por esto era un genio; y en este sentido le he comparado siempre con Ranver, hombre extraordinario y gran técnico, pero no genial, porque iba siempre a la zaga de los hechos y no por delante..."

Por esto, la obra de Cajal es permanente, al través de un periodo de años que han visto nacer y morir tantas y tantas concepciones

científicas. De aquí su formidable influjo en el pensamiento científico universal, no sólo en el terreno de la pura Histología, sino en todas las disciplinas médicas, sobre todo en las neurológicas.

Es evidente el abismo que separa un libro de Neurología anterior a 1880 de otro de hoy; o el más hondo aun, que diferencia a dos tratados de Psiquiatría de las mismas fechas. Pues ese abismo de progreso salvado, se debe, en gran parte, al genio de Ramón y Cajal. Porque, Cajal, Serengeth y Pavlov son los tres hombres que han hecho más por acercar a una explicación racional el estudio de la vida nerviosa.

Así como se ha escindido a la Biología en dos épocas diversas, decisivas y definitivas, separadas por la presencia de un genio que supo revelar sus misterios, echando por tierra el mito de la generación espontánea: antes de Pasteur y después de Pasteur; también la Histología del sistema nervioso tiene dos épocas reconocidas por todo el mundo científico: antes de Cajal y después de Cajal.

Antes se sabía que los centros nerviosos son los puntos de convergencia de las fibras. Para la fisiología general, sólo son centros las partes grises de lo que la gruesa Anatomía llama con ese nombre. La sustancia blanca —cordones laterales de la médula, corona radiante del cerebro, etc.—, no es más que un conjunto de conductores, de fibras nerviosas generalmente mielinizadas, que marchan lado a lado, sin comunicación entre sí; se puede, como los nervios **disociarlas** sin romperlas. En consecuencia, esta formación es completamente asimilable a los nervios. Pero, en la sustancia gris, estas fibras pierden su mielina y ya no es posible disociarlas; ahí van a ponerse en relación unas con otras.

¿Cómo se constituye esta convergencia en la escala microscópica? Hasta fines del siglo pasado, la hipótesis histológica generalmente admitida, de la cual los fisiólogos habían sacado los esquemas para su razonamiento, era completamente falsa. En los vertebrados, la sustancia gris contiene células, a menudo muy grandes, fácilmente visibles aun con las técnicas más elementales. Al rededor de un núcleo, parte esencial de toda célula, se encuentra una cierta masa de protoplasma, de forma diversa, pero netamente estrellada cuando la observación se dirige hacia los cuernos anteriores de la sustancia

gris medular. Este tipo, fácilmente accesible y perteneciente a la formación nerviosa responsable del reflejo, ha sido generalizado, y aceptado, además, que la gran célula piramidal de la corteza gris del cerebro es un caso particular, muy análogo. ¿Qué hay en las puntas de esta estrella? La disociación, después de la acción de diversos reactivos empíricos, permitía, a veces, aislar una célula; se veía, entonces, saliendo de ésta, brazos que iban más o menos lejos, generalmente afilándose, a veces bifurcándose, pero siempre interrumpidos por una rotura manifiesta. Deiters, en 1865, notó que una de esas prolongaciones —una sola—, en vez de ser cónica, era cilíndrica; era el origen del cilindro-eje motor. En cuanto a las demás, Deiters admite que, antes de su ruptura, estaban en continuidad con las prolongaciones semejantes de otras células, formando así una red.

Mientras tanto, Gerlach, estudiaba la sustancia gris por el método de los cortes, después del endurecimiento en el ácido crómico. Al rededor de las células, lo que advierte es un enredo inextricable de filamentos diversos. Gerlach lo interpreta como una red continua, tejida más finamente tal vez que en la concepción vaga de Deiters. Además, como las fibras sensitivas, a su llegada en el cuerno posterior no van a acercarse directamente a una célula en la misma forma que las prolongaciones de Deiters, Gerlach admite que se pierden en la red y no tienen conexión con las células, sino por su intermedio. Esta concepción particular es la que debe ser llamada red de Gerlach; esencialmente no difiere de la de Deiters que, más sencilla, no había sido escogida preferentemente por los fisiólogos para establecer esquemas funcionales. La célula estaba encargada del cambio de vía, supliendo con un papel antropomófico la ausencia de explicación real, para ese cambio de vía.

Sin embargo, Golgi, en 1873, al operar —por casualidad, sugiere Ramón y Cajal— completamente fuera de las reglas de la técnica histológica, advertía extrañas figuras en los centros nerviosos. Un trozo de tejido nervioso estaba, desde hace algunos días, en líquido de Müller; distracción de histólogo o curiosidad de sabio, le sumerge en un baño de nitrato de plata. Agujas rutilantes, con reflejos de oro, atraen su atención. Después del recorte de los cortes y montajes, se mira al microscopio. Espectáculo inesperado: sobre un fondo amarillo, de una translucidez perfecta, aparecen esparcidas formas negras, que se dirían dibujadas con tinta china. El ojo, acostumbrado

a las inextricables redecillas de los cortes al carmin y a la hematoxilina, en que el espíritu se esfuerza en prodigios de interpretación, siempre suspenso, está desconcertado ante esa simplicidad y esa claridad. Golgi, mismo, no supo interpretar las figuras así obtenidas. Esta labor estaba reservada a Ramón y Cajal. Una admirable serie de investigaciones, comenzada en 1877, llegó en 1893 al **Nuevo Concepto de la Histología de los Centros Nerviosos**, que abre la era de las teorías modernas. Los resultados de la interpretación de Cajal llevan entonces a admitir que no hay fibras que comuniquen a dos células; que cada célula posee un conjunto de prolongaciones que se arborizan con más o menos finura, pero que, no obstante, siempre terminan libremente; el citado cilindro - eje de las fibras nerviosas es la prolongación del filamento de Deiters; este cilindro - eje termina también en una arborización limitada, en el punto que llega a un centro, como cuando llega a una célula nerviosa —muscular o glandular— o cuando forma en la piel una terminal sensible.

En esta forma, la antigua célula nerviosa, la conocida antes de Cajal, no resulta más que una parte de la verdadera entidad celular, que ahora comprende el núcleo, la masa del protoplasma que rodea a éste y todas las ramas por las cuales irradia este protoplasma hacia una cierta distancia; en este caso, la rama toma una forma especial: es el llamado axón. Esta entidad nerviosa ha recibido el nombre de **neurona**. Debe ser equiparada a una célula, no sólo porque la constitución, que acaba de fijarse, entra fácilmente —a pesar de la complicación de los apéndices en que se ramifica el protoplasma— dentro de la definición de células, sino también porque su desarrollo y toda su vida siguen las leyes de la vida celular. En su origen, lo que constituiría los centros nerviosos es un conglomerado de pequeñas células redondas, semejantes a todas las células primitivas; luego estos **neuroblastos** —como se los designa— echan prolongaciones y toman así su forma de neurona. Si una prolongación es separada del núcleo, por ejemplo el axón periférico de un nervio recortado, retoña hacia la periferia y regenera en fibras, como la parte del infusorio que ha conservado el núcleo constituyente al infusorio entero.

En los centros nerviosos, estas neuronas vienen a tocarse unas con otras, conservando su individualidad. Y este revolucionario descubrimiento del sabio español, es lo que constituye la llamada **Teoría de Ramón y Cajal**, que se expresa en estos sencillos términos: las neu-

ronas entre sí establecen una relación de contigüidad y nó de continuidad.

No podría extenderme aquí sobre las relaciones que la teoría y enunciada de Cajal tiene sobre la fisiología nerviosa, dentro de los modernos conceptos de lo que se llama la sinapsis y de la cronaxia, por ejemplo, ni podría referirme a la ley de la polarización dinámica, anunciada por el mismo sabio español, ya que todos estos hechos tienen una fisonomía estrictamente técnica y fatigarían, como es natural, vuestra ya benévola atención.

Pero, en definitiva, los centros nerviosos, estas estructuras complicadas, de las cuales, durante siglos, no se poseyó más que un conocimiento exterior, base insuficiente y dispar de suposiciones diversas, hoy han sido estudiados y comprendidos, penetrando en su estructura íntima. Mediante estas investigaciones de los neurólogos, se puede proceder hoy a un análisis y a una síntesis del significado general de los centros. Antes de Cajal, un método de análisis, comparable al de los químicos, descompuso a los centros en núcleos, haces, sistemas, más o menos individualizados. Después de Cajal, el análisis ha llegado a la identificación de un solo elemento fundamental: la neurona. Y, partiendo de este elemento, se ha emprendido en la atrevida tarea de construir, por síntesis, al través del andamiaje de las piezas morfológicas, vastos sistemas de circulación de la energía nerviosa, constituidos únicamente por neuronas, y sus vías asociativas.

Además, el espíritu filosófico de Ramón y Cajal supo descubrir las terminaciones colaterales del cilindro-eje, buscándolas, no en el hombre, como Golgi, sino que, bien penetrado de la ley de la evolución, las buscó en los mamíferos inferiores, en la embriología y en la ontogenia. "En la escala animal, la célula nerviosa representa una serie de términos evolutivos —dice Ramón y Cajal en su comunicación al Congreso Internacional de Medicina, de Roma—, correspondientes a las fases que el neuroblasto de His recorre en la ontogenia de los mamíferos. Aquí, como en otros tejidos orgánicos, la ontogenia viene a ser un resumen, con algunas variantes, de la filogenia."

Se refiere, pues, Ramón y Cajal, a la ley biogénica, entrevista

por Geoffroy Saint-Hilaire, expresada por su discípulo, el embriólogo Antoine Serres, y a la que Frits Müller y Haeckel han dado su forma definitiva: "La embriogenia de los seres vivos no es más que una repetición abreviada de la filogenia." Edmod Perrier ha dado a esta ley el nombre de **ley de patrogenia**. Es decir, que el desarrollo embriogénico, lejos de conducir directamente al adulto, al cual debe llegar, ve en efecto realizarse, de manera muy frecuente, dispositivos transitorios, que desaparecen más tarde, sin dejar rastro en el animal definitivo, pero que vuelven a encontrarse en estado permanente en las formas más simples; dicho en lenguaje transformista, más primitivas, próximas a los tipos ancestrales.

Pero, la ley de patrogenia no es más que una ley límite, y el paralelismo que ella afirma entre la ontogenia y la filogenia es a menudo tan profundamente perturbado, que puede resultar difícil seguirlo. Así, por ejemplo, si los fenómenos del desarrollo embriológico, cuya duración total no necesita más que algunas semanas, y puede extenderse, cuando más, a un periodo de dos años, deben reproducir toda la serie de acontecimientos de la filogenia, que se han ido escalonando en millones de años, se concibe que la abreviación de éstos debe ser colosal. Este paralelismo ideal se halla, pues, lejos de ser realizado efectivamente. La embriogenia indica la marcha general, pero no el detalle de la historia filogénica. La ley de Haeckel, por una aplicación demasiado superficial, ha conducido a muchos engaños, y ciertos biólogos, decepcionados ante las esperanzas que ella había suscitado y que no confirmaba, han llegado a desconocer totalmente su valor. Pero hay en esto una grave exageración: si es verdad que las perturbaciones de diferente índole reducen el rigor de la ley, de hecho, el principio del paralelismo de la ontogenia y de la filogenia permanece intacto.

Aplicando, ahora, a la investigación de los lineamientos de la filogenia humana los principios generales de la ontogenia, diríamos que la gradación de las facultades psíquicas se traduce, automáticamente, en una gradación análoga en la evolución del sistema nervioso en general, y del cerebro, en particular. La serie de formas animales que se han ido sucediendo en el curso del largo desfile de milenios, para llegar al hombre, y que constituyen sus límites genealógicos, trae consigo una serie de transformaciones progresivas, un perfeccionamiento continuo de toda su organización; pero es parti-

cularmente curioso comprobar la acción preponderante que desempeña el sistema nervioso en el determinismo de esta evolución, partiendo del origen de los vertebrados.

Y Ramón y Cajal, a base de sus estudios comparativos de la evolución de los sistemas nerviosos, establece, como biólogo y como neurólogo, esta importante conclusión:

"Existe, pues, un sistema nervioso, el sensorial y el sensitivo (el sistema simpático) que ha terminado su desarrollo por diferenciación, creciendo sólo por extensión; y otro sistema nervioso, el cerebral que continúa progresando en la serie animal, tanto por extensión o multiplicación de sus células, como por diferenciación morfológica de las mismas."

De todas estas cuestiones, tan interesantes como seductoras, y sin las cuales no habría ni sociología ni psicología posibles, se deducen una serie de conclusiones relacionadas con el criterio biológico de la conciencia y con el de la genealogía de la inteligencia, a despecho —como diría Jakob— de la filosofía racionalista que no se cansa de declarar enfáticamente que ni el más completo conocimiento de las estructuras cerebrales nos acercará a la menor comprensión de lo **psíquico**. Pero, concediendo que la neurología esté lejos todavía de la solución del problema **físico - psíquico**, ¿dónde está —pregunta el mismo Jakob— la filosofía que haya realizado algo de esto, a excepción de la vacua fraseología?

Ramón y Cajal ha llegado a resumir las condiciones que, de una manera general, más o menos exclusiva, influyen en los fenómenos mentales:

Primero.—El número de las células nerviosas de la corteza;

Segundo.—El variable desarrollo de las expansiones protoplasmáticas colaterales y terminales de los cilindro-ejes;

Tercero.—Las proporciones correlativas de los corpúsculos de asociación en frente de los sensitivos, sensoriales, centrales y psicomotrices;

Cuarto.—La manera cómo está repartida la mielinización de las fibras nerviosas, pues a más de capa mielina, mejor aislamiento de la corriente;

Quinto.—La abundancia relativa del cemento intersticial, que probablemente tiene por misión impedir la difusión del movimiento nervioso;

Sexto.—La variable cantidad de células neurológicas cuyo oficio parece es separar las fibras nerviosas para evitar contactos y filtraciones corrientes;

Séptimo: El estado del retículo o trama intracelular;

Octavo.—En fin, la existencia de perturbaciones más o menos durables en la composición química de las células y del cemento intersticial.

"Es claro —continúa el sabio Cajal— que nos referimos sólo a las condiciones anatómicas de la sustancia gris; pero es el caso que podrán influir también en la vascularidad absoluta o relativa del encéfalo, la calidad del plasma nutritivo, la amplitud de las vainas linfáticas y peri-vasculares de la sustancia gris; y hasta el estado de la inervación vasomotriz, a cuyo cargo corre regular la cantidad de sangre que debe penetrar en cada región encefálica, bajo las solicitudes de la voluntad y del influjo de la atención..."

Y esta explicación neurológica de Ramón y Cajal no significa un grosero materialismo físico, con proyecciones hasta a la más espiritual de las actividades humanas. Es ciencia pura; es neurología, es fisiología cerebral que explica las diferenciaciones de la actividad psíquica, cuyo desarrollo se inscribe, en cierta manera, en el de los centros nerviosos.

Nadie ignora ya que la actividad del cerebro, entre otros órganos, es necesaria para las manifestaciones de la conciencia. Pero su configuración, su estructura, sus reacciones físico-químicas, todas las investigaciones, en una palabra, a que se presta, conciernen al anatomista, al histólogo, al neurólogo, al fisiólogo, como fué Cajal; pero su estudio, por más completo que sea, a decir verdad, no llegará sino a figuras morfológicas, a medidas eléctricas y energéticas, dosificaciones, etc., etc.; es decir, que pertenece, por sus técnicas y sus resultados, al mundo exterior. Pero llegando a los dinteles de la Psicología, parece que debe considerarse el problema bajo una faz, en cierto modo inversa: como una colección o sucesión de estados de conciencia, y no ya como un sistema de relaciones constantes. Porque la Psicología, después de haber sido atomista, a imagen de las

primeras ciencias constitutivas, tiene hoy una dirección distinta, o lo que es lo mismo, ella ejerce su influencia sobre las ciencias biológicas, pero a condición de no introducir mitos, de los que ya se liberó definitivamente.

CULTURA INTEGRAL

El ya mencionado histólogo español, discípulo de Ramón y Cajal, Pio del Río Hortega, dijo "que tan amalgamadas y confundidas están en la Histología las verdades de la ciencia y las bellezas del arte, que no puede saberse si el histólogo se apasiona por la ciencia o por su ropaje; por la belleza de la verdad o por la verdad de la belleza..."

Y, efectivamente, la ciencia que esclarece la estructura de las células y de los tejidos; esa ciencia respetada y respetable, que sirve para dar prestancia a las demás disciplinas científicas de la Medicina, tiene dos caras: la una, se diría, severa, reflexiva y estática, que mira al lado metafísico; la otra, sonriente, dinámica, que mira al lado artístico. Si sólo tuviese la primera, es seguro que Don Santiago Ramón y Cajal no habría sido histólogo. Aleteaba en su alma la pasión artística, ese divino rayo que, mediata o inmediatamente, es la fuerza impulsadora de toda actividad humana y que prendió en su alma una bipolaridad esencial: el arte y la investigación científica. Pero la pasión por el arte lo había convertido en ansia de saber, y se entregaba a la investigación científica con la continuidad y la profundidad que se derivaban de la pasión. Luego, una vez llegado a la cima de la labor intelectual y alcanzado el conocimiento, deja libre el curso de la pasión retenida durante el proceso intelectual, como se deja volver al río el agua tomada de él, por un canal, después de haber utilizado su energía. Cuando desde la altura de un conocimiento, puede abarcar ya un amplio conjunto de su creación, se entrega el sabio y el artista al pathos y ensalza, con apasionadas palabras, la magnificencia de aquello que ha sometido a minucioso estudio.

Oigámosle: "La vida —dice— representa un sistema complejo de fuerzas, de vibraciones en progresión ascendente. Semejante a una orquesta sucesivamente reforzada, la organización se inicia con la nota monorrítmica del infusorio, y acaba en la grandiosa sinfonía del mamífero, en donde colabran millones de voces celulares. Y cuando el estruendo de la orquesta orgánica llega al sumo, surge

otro vez el *ritornello* del germen, es decir, las sencillas cadencias del óvulo, a partir de las cuales la melodía se desarrolla en *crescendo*, complicándose hasta llegar nuevamente a la plenitud de las modulaciones y motivos musicales de la organización del adulto..."

Ante la perfectibilidad del cerebro, de esa *viscera* eternamente joven, Ramón y Cajal, artista de la palabra y del concepto, se expresa así: "Esclavo, primero, de las fuerzas cósmicas que esculpieron, con dolorosas mordeduras, el dédalo de sus vías asociativas, el cerebro humano está destinado a convertirse un día en tirano de esta misma energía natural a que debe su aparición. Ciertamente que los sentidos, ventanas demasiado angosta del alma, han roto la continuación de la gama de las vibraciones etéreas, obligándonos a escoger tan sólo las más sutiles al aumento y prosperidad de la especie; pero también lo es que, por sabia compensación, nuestra corteza cerebral, exquisitamente plástica y creadora, ha sabido colmar con ideas e invenciones los vacíos del menguado registro sensorial. ¿Qué son los instrumentos de la ciencia, el microscopio y el telecopio, el galvanómetro y el aparato fotográfico, la pantalla del radioscopio y los recursos de la química analítica, sino retinas y aparatos de Corti complementarios, sentidos a distancia, en cuya virtud el ingenio humano, corrigiendo a la Naturaleza, entra en la posesión de todas las palpitations de la energía cósmica?..."

En el prólogo que Ramón y Cajal escribió en el libro del neurólogo cubano, Enrique Lluvia, *Evolución Superorgánica*, y comentando la tesis de la asimilación de la vida a un ritmo, a un sistema de ondas comparables, en principio, al de las palpitations del éter o al orden más complejo de estas relaciones, marcado por las tablas de Mendelejeef, dice el insigne aragonés, con la sobria elegancia del castellano purísimo, como exigía su nativo solar: "En ningún aparato orgánico hallamos más de relieve este carácter rítmico, que en el instrumento cerebral. Nútrese nuestro espíritu de ondas llegadas de todas partes del Cosmos, y su misión principal consiste en clasificarlas, combinarlas y reflejarlas, refiriéndolas a sus orígenes. La percepción, la idea, la palabra hablada, hasta la contracción muscular, qué son, en último análisis, sino palpitations de calor, de luz, de energía química, de electricidad, etc., transformadas, refinadas y devueltas en otras palpitations más sutiles y espirituales? A la manera de una lente de singular virtualidad y potencia, nuestro sistema nervioso recoge todos

los rumores y estremecimientos del mundo, a fin de concentrarlos, ora en el espléndido foco de la idea, ora en la llama de la voluntad y de la pasión...

El sabio histólogo, foco de la resurrección científica de España, poseía una extensa e intensa cultura, bien cimentada en los estudios preparatorios de su carrera y ampliada, después, con lecturas constantes. No poco contribuyeron al exquisito cultivo de su inteligencia los viajes realizados a las grandes capitales europeas.

Le sedujo la literatura y el arte. Hombre de cultura integral, en el que los aspectos, científico y literario, celebraban un risueño esponsalicio. Fué como el mentis de aquel prejuicio negativo —desgraciadamente arraigado entre los médicos— de que las profesiones de carácter científico, excluyen las ornamentaciones propias del espíritu, aquellas que forman la sensibilidad artística y la emotividad creadora; que la ciencia, con su agresividad, aparta de su lado las voluptuosidades del espíritu y a sus escogidos les reviste de una austeridad cavernaria, propia del laboratorio, de la clínica o de la mesa de cirugía, sin reparar que el virtuoso Pasteur, el refutador de la generación espontánea, presentaba características notables de devoción estética, como nuestro Francisco Eugenio de Santa Cruz y Espejo, múltiple y perenne al través de sus concepciones científicas, se revela como un claro filósofo y un sutil escritor. Como un José Ingenieros, médico y psiquiatra eminente, en el que las aficiones sociológicas asumen en su recia personalidad de pensador proporciones ruidosas, como un Gregorio Marañón, el maestro de juventudes y auténtico portavoz de una notable cruzada de reconocimiento de los hombres del pretérito, como un Georges Duhamel, como un Valery Radott, como un Paul Rivet.

Las lecturas de Ramón y Cajal, sin la menor imposición, con el único deseo de instruirse, no cesaban de alimentarle con las obras superiores de la civilización antigua y del mundo contemporáneo. Tenía los conocimientos vastos y precisos, a la vez, de las minorías selectas, pero sin el rigor de la especialización angosta, ni esa como si dijéramos aspereza que imponen los estudios difíciles y de precisa técnica. De lo que otros muchos habrían traducido en goce o en suficiencia, hacía Ramón y Cajal las condiciones de una alta obra, fundada en su armonía singular, de seducción conmovedora.

Opinando sobre la pintura, dijo el Maestro: "Es posible triunfar por la técnica y por la estética, separadamente. Picasso, por ejemplo, con sus genialidades triunfa por el sentido estético de sus creaciones pictóricas. Solana, en cambio, el goyesco Solana, triunfa por la técnica; sus obras no tienen sustancia estética..." Sobre la ciencia tenía similares conceptos, cuando expresaba que no se hace ciencia cuando se describe con minuciosidad lo que se tiene ante los ojos, que puede ser de la mayor novedad y trascendencia; se hace ciencia cuando se interpreta lo que se vé y se escruta la esencia de los fenómenos. El artista, como el científico —decía— deben buscar el alma de las cosas, que es superior a la realidad plástica...

De su sentido artístico dió, desde joven, muestras bellisimas en los grandes dibujos a colores hechos para las cátedras de Anatomía Descriptiva y de Histología Normal y Patológica. Si pudiera admitirse una sutil diferencia, sin intención peyorativa, en voces que pueden tener acepción análoga, diríase que era Ramón y Cajal más artifice que artista. Más tarde, este artificio —primor, ingenio, habilidad— bajo una disciplinada dirección científica, dió nacimiento a sus maravillosas técnicas histológicas.

He aludido antes a la perfección y a la belleza con que escribía Ramón y Cajal. Y quiero insistir en ello, porque pocos son los hombres de ciencia que dominan el instrumento de la palabra, salvo en la Madre España, desde luego. Ramón y Cajal supo siempre ahondar en el idioma maravilloso de Castilla y encontró esa elegancia del castellano, sencillamente seductora. Si recordamos a Gabriel Miró, a Pérez de Ayala, como escritores máximos del castellano en la primera mitad del siglo; también a Don Ramón del Valle Inclán y a Ortega y Gasset, no pienso que escriban mejor que este inmenso representante de las ciencias y las letras.

Algún crítico literario ha aludido al perfume que hay en una prosa maravillosamente esculpida, como la de nuestro Stein, por ejemplo. En verdad, la prosa de Ramón y Cajal se diría es perfumada; se vuelven sus páginas, seducidos por su aroma, tal es la vibración emotiva que pone en el lenguaje. No utiliza la frase larga, pomposa, cuajada de adjetivos. El adjetivo es el justo, el exacto; no hace gala de escribir bien, precisamente por el milagro de la prosa.

Deleitémonos con el siguiente ejemplo de una página cristalina y sencilla, titulada "Cervantes y Don Quijote":

"Nació y se crió Cervantes con altas y nobilísimas ambiciones. Héroe de Lepanto, soñó con la gloria de los grandes caudillos; escritor sentimental y amatorio, ansió ceñir la corona del poeta; íntegro y diligente funcionario, aspiró acaso a la prosperidad económica, o cuando menos, al "aurea mediocritas"; enamorado en Esquivias, pensó convertir su vida en dulce y perdurable idilio, Mas ahí el destino implacable, trocó sus ilusiones en desengaños, y al doblar de la cumbre de la vida se vió olvidado, solitario, pobre, cautivo, deshonrado... Los grandes desencantos desimantan las voluntades mejor orientadas y deforman hasta los caracteres más enteros. Tal ocurrió a Cervantes. De aquel caos tenebroso de la sevillana cárcel, donde se dieron cita para acabar de cincelar el genio, cuantas angustias y miserias atormentan y degradan a la criatura humana, surgieron un libro nuevo y un hombre renovado, el único capaz de escribir este libro. Obra sin par, amasada con lágrimas y carne de genio, donde se vació por entero una alma afligida y desencantada del vivir!... Sus páginas nos ofrecen la síntesis de la vida, es decir, luces y sombras, cimas y abismos. Como en el corte de un bosque, vemos abajo, las negruras del mantillo vegetal, formado con detritus de ilusiones y despojos de esperanzas; sobre la tierra, hendidos y mirando al cielo, los robustos tallos de las ideas levantadas, de los propósitos nobles, de las aspiraciones sublimes; y arriba, bañadas en la atmósfera azul de las frondas del lenguaje natural, castizo y colorista, la delicada flor de la poesía y el acre fruto de la experiencia..."

En tiempos de descanso, de madurez fecunda, llevó Ramón y Cajal su lección cotidiana a las páginas más duraderas del libro. Enriqueció la bibliografía española con obras medulares, de recia sustancia, de pensamiento, de magnífica expresión. Su poderosa mentalidad se nos muestra, en el aspecto literario, en sus obras "Recuerdos de mi Vida", deliciosa autobiografía, en la que comienza agradeciendo la herencia biológica legada por sus progenitores: la religión de la voluntad soberana, la fe en el trabajo, la convicción de que el esfuerzo perseverante y ahincado es capaz de modelar desde el músculo hasta el cerebro, y domeñando hasta la fatalidad del carácter, el fenómeno más tenaz y recalcitrante de la vida.

"Cuentos de Vacaciones", narraciones basadas en hechos o hipótesis racionales de las ciencias biológicas y de la psicología moderna.

"Charlas de Café", una bellísima colección de fantasías, divagaciones, comentarios y juicios, ora serios, ora jocosos, escritos durante algunos años en la candente, estimuladora y muy española atmósfera del café, ante contertulios joviales y deliciosos conversadores, sobre temas tan distintos como la amistad, la antipatía, la ingratitude, el odio, el amor, las mujeres; al rededor de la muerte, de la inmortalidad y la gloria; sobre el genio y el talento; sobre el carácter, la moral y las costumbres; sobre temas de pedagogía, de literatura, de arte, de política, de cuestiones sociales, anécdotas, en fin, llenas de un fino humor y de una amarga experiencia de la vida. Se diría que, en "Charlas de Café", el maestro aragonés se revela como un inquieto y errante cazador de gustosas sensaciones, como quien caza mariposas, sin detenerse luego en la inartística faena entomológica de matarlas, disecarlas y clasificarlas. Sus mariposas, después que las ha tenido prisioneras en la mano, para delicia de sus ojos, vuelven a volar más policromas y ágiles que antes, animadas por su caricia. Obra, en suma, de impresionismo, de buen conocedor, de aparente levedad y alada gracia.

"El Mundo visto a los Ochenta Años", la visión octogenaria del hombre lleno de cultura, de estados sociales y facetas humanas separados por los años, no obstante las traiciones y eclipses de la memoria y a despecho de un cuerpo que sigue jadeante y como a remolque en sus potrimeras andanzas fisiológicas e intelectuales; en ese invierno de la vida sin retorno, el maestro de varias generaciones científicas, flagela a los vicios evidentes del pensar y del obrar contemporáneos, pero reconociendo, también, las excelencias incontestables de las costumbres y aspiraciones de la juventud. Y siempre patriota, hasta el último latido de su noble corazón. "No es que me asusten los cambios de régimen —dice a esa altura de su vida— por más radicales que sean; pero me es imposible transigir con sentimientos que desembocan en la desintegración de la patria. En este aspecto, continúa, me he demostrado siempre excesivamente apasionado. Sirvame de excusa la viveza de mis convicciones españolistas, que no veo suficientemente compartidas ni por las sectas políticas más avanzadas, ni por los afiliados más vehementes a los partidos históricos."

Ramón y Cajal, por más que lo diga, con su encantadora modestia, propia de las grandes y auténticas personalidades, que era lego en la ciencia creada por Augusto Comte y desarrollada por Spencer, considerándose apenas como una abeja obrera de la gran colmena humana, que se ha limitado buenamente a libar en el jardín de la Naturaleza, para fabricar su pequeña e individual celdilla, dejando que otros, con visión águila y genio sintético, tracen la perspectiva y hagan la filosofía de la obra común, marcando los futuros rumbos del enjambre humano, fué, sin embargo, un sociólogo y un político, en el verdadero y digno sentido del término.

No presenció ninguna crisis de la vida colectiva de su pueblo, ni echó de ver ningún peligro de su agitada historia moral o espiritual, sin que dejara oír su voz —de insuperable capacidad expresiva— para dar un consejo prudente, para proponer una solución digna o dar una lección valiosa y oportuna. Como político tuvo la aptitud de colocarse en el corazón mismo de un periodo y prever el inmediato. Tuvo de sobra lo que falta a muchos intelectuales que hacen política: la intuición de cada problema concreto, y aquello de que carecen los políticos exclusivamente prácticos: una doctrina científica y la facultad de aferrarse a la tierra sin descuidar los mayores sueños. "Noble fin de los hombres de genio —puede decirse de Cajal lo que Sarmiento dijo de Longfellow— que han sido el órgano de los dolores y de los goces de la patria, que la han alentado como Victor Hugo en los días tristes y en las noches sin luz..."

Su voz, fué siempre la afortunada cristalización de un momento histórico o político de España; o de una honda advertencia a sus compatriotas. De esta manera se captó el amor y el reconocimiento de la comunidad, en general, y de la juventud en particular, porque no fué un intransigente en las polémicas sobre el sentido social de las nuevas corrientes ideológicas. Mantuvo, frente a lo nuevo, una postura de acogedora simpatía, que era algo más, mucho más, que la actitud de un espíritu tolerante y generoso.

"El hombre social de hoy, —decía Ramón y Cajal— adulterado por la morbosa adaptación al capital, viene a ser una mezcla extraña de civilización y barbarismo." El espectáculo de la injusticia, de la absurda organización social, arranca al sabio español esta expresión: "Arriba, entronizados y venerados el vicio y la holganza; abajo, lu-

chando con el hambre y el dolor, los laboriosos y los útiles; es decir que, según diría Spencer, han adaptado mejor, aguijados por la dura necesidad, soberano escultor de la arcilla nerviosa, las relaciones dinámicas internas a las externas. De donde la inevitable decadencia y estancamiento de la raza humana...

¿El remedio contra todo este linaje de iniquidades históricas? Lo expresa Ramón y Cajal, admirablemente: "La tierra para todos, las energías naturales para todos: he aquí la hermosa divisa de la sociedad del porvenir. Urge, pues, reintegrar al hombre en las leyes de la evolución, devolver el capital, secuestrado en provecho de unos pocos, al acervo común de la colectividad." Pero Cajal siente dudas, y como es un espíritu honrado y sincero y tiene la fuerza dialéctica del científico que sabe investigar, las manifiesta en párrafos de hermosa elocuencia: "El capital colectivo —se pregunta— ¿no será medroso y carecerá de los arranques, en ocasiones románticas y soñadoras, del capital individual? ¿La gloria, pasión del genio filosófico y científico, prosperará en el ambiente gris y suave del bienestar colectivo? Desterrada la injusticia ¿no habrá cesado, acaso, de funcionar el mejor resorte de la evolución mental de la humanidad? ¡Gran modelador de voluntades y promotor de heroísmos es el dolor! Reducidos a un mínimo tolerable la miseria y la desgracia, ¿no descenderán en igual proporción la abnegación sublime de los héroes y el genio portentoso de los redentores científicos?"

Pero, a estas dudas torturantes para su espíritu, a estas interrogaciones que se hace a sí mismo, el sabio contesta con una doctrina, que es esperanza altamente alentadora: "La producción actual —dice— obra de una minoría hambrienta e inadecuada, es deficiente con relación a las necesidades de la raza. Divorciado de las leyes naturales, nuestro cerebro no rinde sino frutos desmedrados y escasos. Y como indeclinable consecuencia de la penuria alimenticia y de los rigores del trabajo de los demás, prodúcese el dolor moral y físico, la miseria fisiológica, la degeneración de la especie y, en la esfera moral, el odio de clases y el desapego a la vida. Pero tan deplorable estado de cosas, —continúa— no puede ser eterno. Tiempos vendrán en que la ciencia ilumine las conciencias y eleve los corazones. Y entonces, cuando desterrado el culto fetichista del capital, el hombre haya sido incorporado a las leyes de la evolución; cuando, escudriñadas y explotadas las fuerzas naturales, el Cosmos trabaje por

nosotros, poniendo en acción infinitas máquinas y fabricando mercancías a precios irrisorios; cuando descubierto el secreto de las síntesis químicas, el ingeniero del porvenir elabore, sin el concurso de la tierra, la fécula, el gluten, la albúmina, el azúcar y la grasa, utilizando al efecto la fuerza viva de los rayos solares, o cualquier otra forma de energía natural; cuando el ocio bien ganado permita la universalización de la ciencia y del arte, y todos puedan saborear las inefables armonías y bellezas que palpitan en el fondo de la naturaleza; cuando, en fin, redimidos por la solidaridad y el amor, todos nos sintamos ondas de una misma corriente vital, células hermanas de un mismo cuerpo, ¿qué significado tendrán las palabras rico o pobre, señor o esclavo, feliz o desdichado? ¿Qué importará, entonces, que el amor multiplique sobremanera la especie, ni que cielo adusto o tierra ingrata nos regateen sus dones? Allí estará, enérgico y avisador, para reaccionar contra toda suerte de accidentes cósmicos, el cerebro humano ofreciéndonos, generoso, nuevas y salvadoras invenciones. Nuestro será también el tesoro de la inextinguible hoguera solar, que la ciencia emancipada quizás de nuestra antigua y fatigada **nutriz**, la tierra, sabrá modelar y cuajar en rutilantes frutos y doradas espigas. ¿Quién teme el agotamiento de la fuerza solar, del movimiento del viento y de los mares, de las cataratas, de las cordilleras, de la soberana fuerza del pensamiento?"

Y, luego, para tonificar el alma, para bañarse en baño de luz científica, vigorosa, positiva, exclama con inmenso optimismo, el valiente sabio aragonés: "Cuando esta doctrina que parte de hechos y nó de teorías, nutra todas las inteligencias y penetre en todas las almas, cada cual será autor consciente de su propia vida y cada vida será una obra de arte. Ante esta visión esplendorosa, la dominación de los superhombres, autócratas e imperialistas, huye avergonzada y queda el alma llena de esperanzas en el advenimiento de una democracia universal, que tenga por fundamento la justicia..."

He aquí, señores, un evangelio y una misión para los hombres del presente, que contemplamos, con honda pena, a las juventudes que se sienten impetuosas, listas para el grito lleno de odio y de rencor. Partidos o grupos, de gente joven que se congrega en torno a ideales de acusación envidiosa y malsana, sin tener una sola —ni una sola— palabra de optimismo, de objetiva afirmación, de plan constructivo. De la auténtica España, por boca de su más eminente

hombre de ciencia, nos viene la palabra de tonificación. Recójala esa porción de juventud, contaminada de amargura que sólo cifra sus esperanzas en hombres que se creen aptos para triturar a otros hombres, y no en las virtualidades esenciales de la patria.

Y en este momento crucial de la historia, si viviera todavía el Maestro, nos diría que no hay más de dos posibilidades: que ir hacia adelante, hacia un mundo que rija la solidaridad de todos los hombres, o querer ir hacia atrás, para reeditar, en forma agravada por la técnica moderna, todos los horrores de las épocas lejanas del salvajismo y de la barbarie.

El hombre de América tiene un alto sentido cada vez más neto: es el hombre de la esperanza humana. La América es la tierra prometida donde esperamos organizar la justicia, donde queremos instaurar la concordia. Entre diversos deberes, nuestra nacionalidad nos impone, por americanos, el de no defraudar este inmenso anhelo del mundo.

"Esta es la hora de las grandes alas abiertas de América,
la hora en que las simientes vuelan hacia los cielos futuros..."

como dijo, en maravillosos versos, el divino poeta uruguayo Carlos Sabat Ercasty.

NUESTRO HOMENAJE

— Nunca he sentido, como hoy, la inseguridad y la emoción que ha de sentir toda persona que está asistiendo a un momento en que se hace la historia de una vida.

Porque este acto en el que, el Núcleo del Azuay de la Casa de la Cultura Ecuatoriana y la Universidad de Cuenca, me han dado su honrosa representación, tiene una doble significación trascendente: la de revivir la personalidad apolínea del ilustre sabio español —que transformó su genio en el arco donde se descomponen todos los matices del espíritu humano— y reviviéndola y evocándola, rendir el homenaje a la España inmortal, que nos legó su lengua y su espíritu, su idealismo sano, su genialidad innovadora, su comprensión ecuménica de la cultura y de la solidaridad humanas.

La obra del científico, del biólogo, del neurólogo, del histólogo, del sociólogo; la obra del escritor, obra densa, atildada, rica y sugere-
rente, sea recogida para norma y ejemplo de las generaciones del
presente y del futuro.

Y esta conmemoración centenaria de Don Santiago Ramón y
Cajal, sea también el homenaje que esta Cuenca de los Andes, la
ciudad azul del pensamiento, rinde a la Ciencia y a la Cultura.

Dres. TIMOLEON CARRERA COBOS
y VICENTE CORRAL MOSCOSO

La Difteria en el Azuay

DIFTERIA.— Difteria: Membrana.

Sinonimia: Ulcera Egipcia.— Ulcera Siria.— Morbus Sofocans.— Garrotillo.

DATOS HISTORICOS

Si revisamos la historia de las enfermedades infecciosas encontramos aislados datos anatomo-patológicos, que, comparando con las anotaciones y observaciones completas y después de conocer la etiología de las mismas, se llega a la conclusión de que ya en la era Hipocrática se describían procesos mórbidos que hoy guardan analogía con la enfermedad diftérica.

Cuatrocientos años antes de Jesucristo, en el Corpus Hipocrático, libro tercero, sobre las epidemias, se relatan procesos sofocantes que se inician con lesiones aparecidas en la lengua y las fauces.

Ya en nuestra Era, por el siglo II, Aretheus de Capadocia, describe ulceraciones localizadas en las fauces, distinguiendo y diferenciando las banales y benignas denominadas Aphas, de otras llamadas escaras que son pestilentes y fatales, capaces de invadir el tórax y producir la muerte por asfixia; atribuyendo la causa de semejante trastorno a la introducción o ingestión de sustancias irritantes.

Es interesante consignar que, en todas estas lesiones llamadas

escaras, se encuentran concreciones blancas, líbidas u oscuras, adherentes, que corresponderían a las membranas diftéricas hoy conocidas.

En el siglo VI Aethius de Amida, vuelve a describir estas lesiones necróticas de las amígdalas, en términos similares a la anterior relación.

Durante diez siglos, a partir del siglo VI, es decir, durante toda la Edad Media, en la cual la mayor parte de los males epidémicos eran atribuidos a causas divinas y maléficas, no se encuentran datos precisos sobre epidemias de esta enfermedad; siendo necesario llegar al siglo XVI, época en la cual, desde el siglo XII hasta el XVII, la humanidad es asolada por las más terribles epidemias, para encontrar descripciones como la de Baillón, sobre lo que sería el croup, el que aparece asociado a la epidemia de escarlatina en París, a mediados del XVI, que dice: "La gente moría con respiración angustiosa, asfíctica, después de haber tenido ronquera e hinchazón de las fauces. Tal enfermedad no se había observado hasta entonces." Autopciando un niño muerto de croup, encuentra en la tráquea una sustancia viscosa y adherente, que obturaba su luz.

Así mismo, en los siglos XVI y XVII, la Península Ibérica es invadida por este morbo, en donde los Físicos y Médicos españoles, le dan el calificativo de **Morbus sofocante** o **Garrotillo**, por su analogía a la muerte con la pena de garrote.

La epidemia se extiende a toda Europa, y en Italia la llaman *Male in canna*. Por donde avanza la enfermedad, va segando innumerables vidas, especialmente vidas infantiles.

Es indudable que el tráfico marítimo entre el Viejo Continente, los países orientales y América, y dadas las bien conocidas características de la enfermedad, y sobre todo las de persistencia de su agente productor, en los convalecientes, en los curados y aun en personas sanas, la difteria fué traída a nuestro Continente, en donde, en 1752, ya en Nueva York, se hacen las primeras investigaciones sobre el morbo, el mismo que ha tomado carta de naturalización en todo el continente Norte Americano, haciendo sentir sus letales consecuencias. Es interesante anotar, cómo el **mórbus sofocante**, hace víctima de su fatal y mortífera acción al Gran Héroe de la indepen-

dencia de Norte América y primer Presidente de esa Nación, George Washington, acaecida en 1778, en Mont Vernon, Estado de Virginia.

A las pocas descripciones clínicas de la Edad Media, se suceden las magistrales de los siglos XVI, XVII y XVIII, ya que los médicos de ese entonces se ayudan con las necropsias para sus comprobaciones clínicas, llegando a darse, en el siglo XVIII, detalles de los síntomas clínicos, los mismos que se conservan sin cambio alguno hasta hoy. Citaremos a Bretauneau, sutil y delicado observador y su genial discípulo Trousau, quienes sentaron la doctrina de la Difterite, y la rotularon con el nombre de difteria a la afección que nos ocupa.

Trousau, con su penetrante visión y su profundo sentido de clínico observador, fué más allá del criterio anatómico de la enfermedad, haciendo notar que las manifestaciones generales no correspondían a la lesión local, y que no morían muchos enfermos por asfixia, sino "por agotamiento de la energía cardíaca"; observación, posteriormente explicada por los estudios de Roux y Yersin.

En los albores del siglo XIX, se van perfilando los métodos y medios experimentales de diagnóstico, en la mayoría de las enfermedades infecciosas; y en lo que a la difteria concierne, se pueden delimitar las siguientes etapas:

1^o—Período de investigaciones experimentales y etiológicas: 1800-1830.

Se intuye que las falsas membranas características de la difteria eran producidas por la ingesta de sustancias deletéreas, ácidos minerales, nitrato de plata, sales mercuriales, etc. Se realizan aplicaciones tópicas en las fauces y tráquea de animales de experimentación y se asiste a la producción de lesiones necróticas y aun de pequeñas membranas; pero quedan todas éstas muy lejos de las verdaderas lesiones diftéricas, y, sobre todo, no se ha logrado reproducir típicamente la enfermedad en ningún animal de experimentación.

2^o—Producción de falsas membranas por inyección de material diftérico.

Por el año de 1869, Trendelenburg tuvo la feliz idea de cambiar

la inoculación de sustancias cáusticas e inyectar, más bien, en sus animales de experiencia, material recogido de las fauces de los enfermos que adolecían del peligroso y tremendo mal, teniendo la satisfacción de ver reproducida la enfermedad en el cobayo; al mismo tiempo, y a partir de las lesiones de éste, realiza inoculaciones en serie, consiguiendo reproducir en todos la afección, y observando que los animales morían cada vez a más corto plazo. Este importante hecho comprueba el carácter contagioso, inoculable y letal de los productos de la falsa membrana diftérica. Pero es Oertel de Munich quien realiza las comprobaciones; extiende y difunde los básicos conceptos que orientaron a los futuros investigadores para el descubrimiento del agente causal. Era notorio que los que asistían y manejaban enfermos, los médicos que realizaban intubaciones, y tráqueotomías, o manipulaban los productos de los enfermos, con fines experimentales, adquirían con frecuencia la enfermedad; pero se sorprendían también al observar, como otros, a pesar del contacto frecuente, y aun después de haberse prestado para que, en sus gargantas, se escarificaran productos diftéricos—como el ejemplo de autoinoculación de Trouseau— no se desarrollaba el mal.

Por la misma época con Virchoff, se perfeccionan los estudios anatómo-patológicos sobre la inflamación, estableciendo a mediados del siglo XIX la exacta diferencia entre las escaras de inflamación banal—las por el sabio llamadas de tipo crouposo— y las producidas por la difteria; así como describe también la estructura de las falsas membranas. Estas concepciones, que rectifican las de Bretauneau, hacen renacer la diferencia de causalidad entre la difteria y el croup.

3º—Periodo de las investigaciones etiológicas: descubrimiento del bacilo.

Corrían los años de la edad de oro de la época Pasteuriana, y al llegar al año 1883, el sabio Klebs, con sapiente observación y sutil paciencia, examinando el exudado faríngeo y las falsas membranas de cientos de niños enfermos, así como la garganta y tráquea de los cadáveres, observa la presencia constante de ciertos bacilos gram-positivos, de 2 a 6 micras de largo por 0,5 a 0,8 de ancho, en cuyo protoplasma, no siempre muy uniforme, se observaban dis-

cretas granulaciones, así como agrupación de los bacilos en pequeñas empalizadas, o que tomaban dos o más elementos, las formas de V o de L, o acento circunflejo, concluyendo que éste es el agente productor de la enfermedad, haciendo su enunciado científico sobre la especificidad de este bacilo en la producción de la difteria. Un año más tarde, Loeffler cultiva y aísla en suero de buey coagulado, el mismo bacilo, logrando reproducir la enfermedad a partir de inoculaciones de sus cultivos en estado de pureza, así como partiendo de los productos patológicos (falsas membranas). No cabía duda: el tan buscado, cuanto mortífero enemigo estaba ya identificado, llamándose desde entonces, bacilo de Klebs-Loeffler, y hoy dentro de la clasificación microbiológica, por sus especiales caracteres, *Corinebacterium Difteriae*, o comúnmente Bacilo diftérico. Los sabios Klebs y Loeffler, en el sinnúmero de inoculaciones experimentales, ya comprobaron que el bacilo, tanto en el hombre como en los animales de inoculación, siempre permanece localizado y que jamás pasa a la sangre y que, sin embargo, los trastornos de la infección afectan a todo el organismo, intuyendo que el bacilo, a no dudarlo, secreta venenos capaces de difundirse en la economía; venenos que serían los responsables de las manifestaciones tóxicas y letales (miocarditis, parálisis, etc.) Hicieron notar, a igual que otros autores, que no existe relación entre la pequeña superficie en donde coloniza la bacteria y las manifestaciones generales que la acompañan; no llegaron, pese a su búsqueda, a identificar el principio tóxico sospechoso; pero en 1888 Roux y Yersin, entre otros, observando y experimentando con caldos envejecidos de cultivos de bacilo diftérico, separando los cuerpos bacilares, comprueban que la inoculación del líquido decantado o filtrado de los cultivos en referencia, produce los mismos efectos tóxicos y letales que las producidas por la inoculación de bacilos; concluyendo de allí que esta bacteria secreta y libera una toxina, la misma que se difunde en el organismo y en los medios de cultivo. La toxina diftérica (exotoxina) estaba descubierta y comprobada su mortífera acción. Este descubrimiento fué la causa inmediata para que el gran Profesor Emil v. Bering con Wernicke, después de haber buscado inútilmente productos capaces de curar la enfermedad, llegaron a experimentar y a demostrar la acción antigénica que este veneno tiene sobre los animales al ser inoculado luego de atenuar su virulencia; y es así como llegaron a obtener, por repetidas inoculaciones progresivas, que el suero de estos animales manifieste, al ser

inoculado a animales enfermos, propiedades preventivas y curativas; suero que el Padre de la seroterapia llama antitoxina, el único producto capaz de curar la enfermedad y neutralizar la toxina, tanto in vitro como in vivo con caracteres de especificidad. Y es así como, después de haber comprobado hasta la saciedad su auténtico valor, es inyectado a un niño con difteria en una memorable Nochebuena de 1891, con sorprendentes resultados, demostrando así, y ya dentro de la aplicación humana, el valor de su antitoxina, legando a la humanidad el más precioso medio curativo para el temible flagelo que, en esa misma época, segaba millares de tiernas existencias. Aun más: demuestra y utiliza el valor de su suero en la protección indispensable de personas sanas expuestas al contagio. (Fundamento de la inmunidad pasiva).

Desde entonces se han seguido perfeccionando y ampliando los métodos biológicos sobre el conocimiento de este bacilo, así como de sus toxinas y los diversos métodos para obtener, en las mejores condiciones posibles, el suero antitóxico de alta potencia, empleando animales de gran talla (caballo, buey) así como toxina obtenida en óptimas condiciones de virulencia y luego tratada por diferentes agentes químicos atenuantes (yodo, ácido fénico, etc); hasta que en 1921, el profesor Ramón, haciendo actuar sobre la toxina diftérica formol al 4%, en determinadas condiciones, logra obtener un producto que, conservando el poder antigénico intacto e íntegro de la toxina activa, es completamente atóxico, al que lo llamó Anatoxina. Este nuevo derivado, por sus características biológicas tan propias, reemplazó a las antiguas toxinas yodadas en las inoculaciones para la formación de antitoxinas, superando con enorme ventaja por su inocuidad para los animales, así como por su mayor rendimiento en la formación de anticuerpos específicos. Esta misma Anatoxina de Ramón, tratada por diferentes medios y precipitada por el alumbre, ha dado origen a los llamados toxoides, productos éstos que con variadas patentes utilizamos como medio feliz para realizar la vacunación activa contra el mal que nos ocupa.

En síntesis y refiriéndonos al estudio microbiológico del bacilo, podemos decir que, así como esa pléyade de sabios investigadores nos dieron puntualizados todos los caracteres morfológicos, biológicos y patogénicos del bacilo diftérico, Klebs y Loeffler, con sus diferentes estudios, nos enseñaron todas las características peculiares del

bacilo que lleva su nombre, diferenciándolo, junto con Hoffman, de los bacilas difteriomorfos. Numerosas son las características microbiológicas capaces de realizar el diagnóstico diferencial con agentes bacterianos que suelen encontrarse presentes en el exudado faríngeo, así como a título de gérmenes de asociación. Sin embargo, es preciso recordar, sobre todo, que el bacilo diftérico tiene sus caracteres tintóreos propios (Gram positivo). Mediante métodos especiales de coloración se constatan las granulaciones de Babes y Erst, o corpúsculos metacromáticos. Es capaz de germinar en anaerobiosis. Biológicamente fermenta la glucosa. Elabora y difunde su toxina y, por último, es patógeno para el hombre y los animales. En los difteriomorfos (bacilo de Hoffman y Cuttis comunis) no se llegan a comprobar, a más de su semejanza morfológica, los demás caracteres anotados.

APARICION DE LA DIFTERIA EN CUENCA

Desde la misma época Pasteuriana, al conocer en forma cabal las peculiaridades biológicas de esta bacteria y su persistencia en combalecientes y curados, y aun en personas que no han adolecido de la enfermedad (portadores sanos), la difusión de la difteria por todos los continentes se ha efectuado merced al intercambio social, comercial, hasta convertirse en morbo cada vez más cosmopolita, a pesar de los medios profilácticos e higiénicos que las organizaciones sanitarias ejercitan para detenerlo y erradicarlo. En el ritmo de su marcha invasora llegó a la América Latina, se difundió por toda ella y vino también a nuestro suelo patrio. Seguramente el portador del morbo fué uno de tantos que, sin advertirlo, trajo en sus fauces, cual agente viajero, el germen infectado, sembrando en esta forma la semilla de la enfermedad fatal, a la que anualmente pagan su tributo muchas decenas de vidas jóvenes y prometedoras.

Por lo que a la ciudad de Cuenca se refiere, pacere que esta enfermedad tomó carta de naturalización aproximadamente por el año 1920 en que se presentó en forma esporádica, dando, luego después, lugar a pequeños brotes de tipo endemo-epidémico.

Por considerársele entre nosotros, en otro tiempo, como una enfermedad exótica, no se tienen datos precisos acerca de su real aparición; pero hemos oído relatos de labios de dos eminentes Maestros, los Dres. José Mogrovejo, Carrión y Emillano J. Crespo, refe-

rentes a que, aproximadamente en el año de 1922, en un barrio occidental de la ciudad, falleció un robusto niño de cinco años de edad, al mismo que le diagnosticaron de croup, viendo luego, con enorme pena, extinguirse esa juvenil existencia y sintiéndose desarmados por falta de medios para combatirla; ellos sabían que el único agente capaz de curar semejante dolencia era el suero antidiftérico, el mismo que en ese entonces no existía en la localidad. El enfermito presentaba el cuadro clásico de la afección: sofocación, elevación térmica, asfixia, falsas membranas, voz ronca e intoxicación profunda, y demás signos de obstrucción laringo-traqueal; falleciendo a las pocas horas de haber sido observado.

Por desgracia, ninguna comprobación bacteriológica pudo realizarse en ese entonces, por no tener medios disponibles con la urgencia que el caso requería. ¿Quizá fué el primer caso? ¿Hubieron otros sin diagnóstico? Son interrogantes a los que es difícil contestar. No se encuentran casos capaces de orientarnos. No han sido puntualizadas observaciones o denuncias de alarma sobre la presencia de este mal a las autoridades sanitarias; hasta que por el año 1935, el entonces profesor de clínica médica de nuestra Facultad, eminente y recordado médico Dr. Honorato Loyola García, al referirse en una de sus magistrales clases a las anginas, aseguraba la existencia de la difteria en Cuenca, como entidad clínica y de la cual era necesario realizar las comprobaciones bacteriológicas del caso. Citaba un caso de un niño de doce años que presentó un síndrome anginoso a falsas membranas, con profunda intoxicación y término fatal. A poco tiempo de esta memorable conferencia, ingresa en la sala "Delgado" del Hospital Civil un niño de ocho años más o menos, con el diagnóstico de difteria, y con recomendación especial de que se practicaran exámenes bacteriológicos de las falsas membranas. El entonces Jefe de Laboratorio Dr. José Carrasco A., efectuó la investigación y comprobó microscópicamente la presencia del bacilo cuya morfología era idéntica al de Klebs-Loeffler. No fué posible continuar el estudio bacteriológico cabal, por cuanto el enfermo falleció ese mismo día; sin embargo, retirando falsas membranas de las fauces del cadáver, se comprobaron en ellas las observaciones anteriores.

Ante la presencia de esta enfermedad y como los estudios bacteriológicos no fueran completos porque los medios disponibles dejan mucho qué desear, surgen divergencias de opinión entre nuestros

clínicos: unos dudan, otros niegan, y otros aseguran la presencia de este proceso patológico en nuestra urbe; pero, en medio de todo esto, y a partir de ese año se siguen presentando casos de morbus sofocante, la mayor parte letales, porque aun no se importa hasta ese año suero antidiftérico, o su consecución es difícil y en cantidad relativamente pequeña.

Los casos de mortalidad, en las mismas condiciones de intoxicación y asfixia, hacen que casos sospechosos sean denunciados por los médicos tratantes a las autoridades sanitarias que se preocupan ya, con vivo interés, en la comprobación de la presencia de dicho mal; y así en 1937 es denunciado un caso al Director de Sanidad, autoridad que ordena al Jefe de Laboratorio de la Sanidad Fiscal, Dr. Humberto León Pozo, —hoy Inspector Técnico de Sanidad de esta Zona— realizara las investigaciones bacteriológicas que creyera convenientes. El Dr. León realizó con brillante éxito y técnica las investigaciones microscópicas, de cultivo e inoculación, comprobando ampliamente y en forma científica, después de su paciente y esmerado trabajo, la existencia de la difteria; trabajos éstos y conclusiones que en forma sintética son publicados en la Revista de la Asociación Médica de Cuenca, N° 1-2 en 1940.

No quedaba la menor duda de que la difteria existía en Cuenca como entidad nosológica; ya que a partir de la indicada fecha siguen apareciendo cada vez nuevos casos; llegando aún a presentar brotes epidémicos, como los de las localidades rurales de Tarqui, Tutupali y el Valle, en donde se presentan al rededor de 150 casos con un porcentaje de letalidad del 50%. La Sanidad tuvo que desarrollar activa campaña de protección, curación y vacunación para poder erradicarla de esas parcialidades y vencer con gran trabajo la resistencia de las prácticas sanitarias que los indígenas de esas regiones presentaban.

Yuguiada la forma epidémica referida, no se han vuelto a presentar epidemias de esa magnitud, pero por desgracia, los datos estadísticos de morbilidad y mortalidad de aquella región no se conocen con precisión.

Los cuadros estadísticos que a continuación aparecen son tan sólo a partir de 1936, y no estamos seguros de que en ellos se repor-

tan todos los casos existentes desde esa fecha, ya que tan sólo constan los que han sido comprobados mediante el diagnóstico del laboratorio, cuya mayoría se han realizado en el Laboratorio del Hospital Civil y el resto en otras oficinas particulares y sanitarias. Indudablemente, por varias causas propias del medio (pobreza, ignorancia, descuido, etc.) debe haber un buen número de casos en los cuales ni siquiera se haya consultado al médico y cuya terminación letal haya quedado con otro rubro nosológico.

Son datos dignos de anotarse que la mayor parte de las observaciones microscópicas, tanto de los productos patológicos, como de los cultivos en medios electivos, se advierte marcado predominio de las formas medianas y largas; observaciones que corresponden a las realizadas por el Dr. León Pozo en su trabajo del año 1937.

Muchos de los casos hospitalizados, han servido para demostraciones de docencia y aprendizaje de los alumnos de la Facultad de Ciencias Médicas, en su estudio de microbiología.

El control de los convalecientes, luego del tratamiento seroterápico y sus coadyuvantes cuando el caso ha requerido, ha demostrado pequeño porcentaje de persistencia del bacilo en el exudado faríngeo, circunstancia capital para poder licenciarlos del servicio, así como para establecer cuarentenas y medidas profilácticas que la técnica epidemiológica y sanitaria aconseja.

Por las observaciones realizadas tanto en Quito, Guayaquil, Cuenca, y otros lugares de la República, se ve que apareció la enfermedad en forma esporádica y que luego, especialmente en nuestro medio, ha tomado la forma endemo-epidémica igual a la manera de existir y presentarse en otros países latino-americanos.

Estadística llevada y conservada en el Laboratorio "Manuel Malo Crespo" del Hospital Civil "San Vicente de Paul" y el archivo particular de uno de nosotros (Dr. Timoleón Carrera Cobos), es la que presentamos a continuación:

AÑO DE 1936

Mes	Morbi- lidad	Morta- lidad	Cura- ción
Enero	3	0	3
Febrero	1	1	0
Marzo	0	0	0
Abril	0	0	0
Mayo	0	0	0
Junio	0	0	0
Julio	0	0	0
Agosto	0	0	0
Setiembre ...	0	0	0
Octubre	0	0	0
Noviembre ...	0	0	0
Diciembre ...	0	0	0
TOTAL	4	1	3

AÑO DE 1937

Mes	Morbi- lidad	Morta- lidad	Cura- ción
Enero	0	0	0
Febrero	2	0	2
Marzo	0	0	0
Abril	3	1	2
Mayo	4	1	3
Junio	3	1	2
Julio	0	0	0
Agosto	3	0	3
Setiembre ...	9	2	7
Octubre	0	0	0
Noviembre ...	1	1	0
Diciembre ...	0	0	0
TOTAL	25	5	20

AÑO DE 1938

Mes	Morbi- lidad	Morta- lidad	Cura- ción
Enero	0	0	0
Febrero	0	0	0
Marzo	0	0	0
Abril	0	0	0
Mayo	3	2	1
Junio	1	0	1
Julio	2	1	1
Agosto	1	0	1
Setiembre ...	0	0	0
Octubre	0	0	0
Noviembre ...	0	0	0
Diciembre ...	0	0	0
TOTAL	7	3	4

AÑO DE 1939

Mes	Morbi- lidad	Morta- lidad	Cura- ción
Enero	0	0	0
Febrero	0	0	0
Marzo	0	0	0
Abril	1	0	1
Mayo	1	0	1
Junio	4	1	3
Julio	1	0	1
Agosto	3	0	3
Setiembre ...	1	0	1
Octubre	0	0	0
Noviembre ...	0	0	0
Diciembre ...	0	0	0
TOTAL	11	1	10

AÑO DE 1940

Mes	Morbi- lidad	Morta- lidad	Cura- ción
Enero	2	1	1
Febrero	1	0	1
Marzo	1	0	1
Abril	1	0	1
Mayo	0	0	0
Junio	0	0	0
Julio	0	0	0
Agosto	0	0	0
Setiembre ...	0	0	0
Octubre	0	0	0
Noviembre ...	0	0	0
Diciembre ...	1	0	1
TOTAL	6	1	5

AÑO DE 1941

Mes	Morbi- lidad	Morta- lidad	Cura- ción
Enero	2	0	2
Febrero	0	0	0
Marzo	4	0	4
Abril	7	1	6
Mayo	2	0	2
Junio	1	0	1
Julio	3	1	2
Agosto	1	1	0
Setiembre ...	1	(dift. vulgar)	1
Octubre	3	2	1
Noviembre ...	5	1	4
Diciembre ...	4	0	4
TOTAL	33	6	27

AÑO DE 1942

Mes	Morbi- lidad	Morta- lidad	Cura- ción
Enero	3	0	3
Febrero	3	1	2
Marzo	3	0	3
Abril	4	2	2
Mayo	2	1	1
Junio	1	0	1
Julio	0	0	0
Agosto	0	0	0
Setiembre ...	5	1	4
Octubre	1	1	0
Noviembre ...	0	0	0
Diciembre ...	1	0	1
TOTAL	23	6	17

AÑO DE 1943

Mes	Morbi- lidad	Morta- lidad	Cura- ción
Enero	1	0	1
Febrero	1	0	1
Marzo	0	0	0
Abril	0	0	0
Mayo	0	0	0
Junio	0	0	0
Julio	0	0	0
Agosto	0	0	0
Setiembre ...	0	0	0
Octubre	0	0	0
Noviembre ...	1	0	1
Diciembre ...	3	1	2
TOTAL	6	1	5

AÑO DE 1944

Mes	Morbi- lidad	Morta- lidad	Cura- ción
Enero	0	0	0
Febrero	2	0	2
Marzo	0	0	0
Abril	0	0	0
Mayo	0	0	0
Junio	2	0	2
Julio	1	1	0
Agosto	0	0	0
Setiembre	0	0	0
Octubre	1	1	0
Noviembre	0	0	0
Diciembre	2	0	2
TOTAL	8	2	6

AÑO DE 1945

Mes	Morbi- lidad	Morta- lidad	Cura- ción
Enero	1	0	1
Febrero	1	0	1
Marzo	1	1	0
Abril	0	0	0
Mayo	0	0	0
Junio	1	1	0
Julio	0	0	0
Agosto	3	1	2
Setiembre	0	0	0
Octubre	4	2	2
Noviembre	0	0	0
Diciembre	1	0	1
TOTAL	12	5	7

AÑO DE 1946

Mes	Morbi- lidad	Morta- lidad	Cura- ción
Enero	2	0	2
Febrero	2	1	1
Marzo	2	0	2
Abril	2	0	2
Mayo	0	0	0
Junio	3	0	3
Julio	1	0	1
Agosto	2	0	2
Setiembre	0	0	0
Octubre	0	0	0
Noviembre	3	1	2
Diciembre	0	0	0
TOTAL	17	2	15

AÑO DE 1947

Mes	Morbi- lidad	Morta- lidad	Cura- ción
Enero	0	0	0
Febrero	0	0	0
Marzo	0	0	0
Abril	1	0	1
Mayo	0	0	0
Junio	1	0	1
Julio	0	0	0
Agosto	0	0	0
Setiembre	0	0	0
Octubre	1	0	1
Noviembre	3	0	3
Diciembre	1	1	0
TOTAL	7	1	6

AÑO DE 1948

Mes	Morbi- lidad	Morta- lidad	Cura- ción
Enero	0	0	0
Febrero	0	0	0
Marzo	0	0	0
Abril	0	0	0
Mayo	1	1	0
Junio	0	0	0
Julio	0	0	0
Agosto	0	0	0
Setiembre	0	0	0
Octubre	0	0	0
Noviembre	1	1	0
Diciembre	0	0	0
TOTAL	2	2	0

AÑO DE 1949

Mes	Morbi- lidad	Morta- lidad	Cura- ción
Enero	2	1	1
Febrero	0	0	0
Marzo	0	0	0
Abril	0	0	0
Mayo	0	0	0
Junio	0	0	0
Julio	0	0	0
Agosto	1	0	1
Setiembre	0	0	0
Octubre	1	0	1
Noviembre	1	0	1
Diciembre	0	0	0
TOTAL	5	1	4

AÑO DE 1950

Mes	Morbi- lidad	Morta- lidad	Cura- ción
Enero	0	0	0
Febrero	1	0	1
Marzo	0	0	0
Abril	4	1	3
Mayo	3	2	1
Junio	19	4	15
Julio	2	1	1
Agosto	2	0	2
Setiembre	1	0	1
Octubre	0	0	0
TOTAL	32	8	24

TOTAL EN LOS 15 AÑOS

Años	Morbi- lidad	Morta- lidad	Cura- ción
1936	4	1	3
1937	24	5	20
1938	7	3	4
1939	11	1	10
1940	6	1	5
1941	33	6	27
1942	23	6	17
1943	6	1	5
1944	8	2	6
1945	12	5	7
1946	17	2	15
1947	7	1	6
1948	2	2	0
1949	5	1	4
1950	32	8	24
TOTAL	198	45	153

Porcentaje de curación 77,28%
 Porcentaje de letalidad 22,72%

Comentando la presente estadística, podemos anotar la explosión de pequeños brotes de tipo epidémico, afectando en una buena mayoría a la población infantil, de dos a diez años de edad, sin presentar propiamente focos circunscritos, ya que se puede observar que en hogares en donde han enfermado uno o dos niños, los demás no han sido contaminados.

Así mismo, los casos se encuentran diseminados en diferentes barrios de la urbe, como en sus alrededores. Vovemos a insistir que en ella no constan los casos de la epidemia de Tutupali, Tarqui y el Valle, más arriba anotada.

De la misma manera, no es posible determinar en forma precisa en qué meses del año o bajo qué condiciones climáticas se presentan nuevos casos, ya que no encontramos regularidad cronológica alguna. En idéntica forma se puede observar la insidencia de la enfermedad en otros lugares de la República y aun, como ya dijimos, en los demás países, especialmente Latino-Americanos. Por esta razón, los datos epidemiológicos sanitarios lo marcan como de insidencia endo-epidémica, sin determinar con exactitud cuáles son las condiciones para tal modalidad (virulencia de la bacteria, receptividad, condiciones climáticas, ambientales, factores nutritivos, raciales, etc.).

Es menester confesar que, para una mejor explicación científica de lo expuesto, hace falta una encuesta orientada a determinar el índice de receptividad para la difteria, ya que por no haber dispuesto de elementos y material necesario para realizar la prueba intradérmica de Shick, no se ha determinado el porcentaje de receptivos e inmunes. Vacío este último que aun queda por llenar, para luego arribar quizá a conclusiones más completas y valederas sobre el por qué de la forma de aparición inopinada que hemos puntualizado.

A excepción de un caso de difteria vulvar, todos los demás corresponden a la forma clínica de la angina diftérica o a su generalización laringo-traqueal (croup). Dentro de esta variedad de formas se observa marcada división en lo que a su virulencia y malignidad se refiere; una buena parte de ellas pueden catalogarse como formas de mediana virulencia, correspondiendo el elevado porcentaje de letalidad a causas tales como diagnóstico tardío, descuido o falta de

aplicación oportuna de antitoxina. Contadas son las formas graves, malignas e hipertóxicas rebeldes al tratamiento; así como se han registrado formas benignas que sin la investigación bacteriológica no se hubieran puesto de manifiesto. Ha sido posible también encontrar casos aislados en donde, a pesar de la seroterapia precoz, a dosis valedera, los enfermos han sucumbido, no por asfixia, sino por miocarditis.

Diagnóstico: Las sospechas, así como las comprobaciones clínicas y confirmaciones terapéuticas, sancionadas luego por medios de laboratorio durante los años 1935-1937, demostraron en forma irrefutable que el morbus sofocante era una evidencia en el Azuay, aspecto positivo que ha sido aprovechado para la investigación, diremos sistemática, por parte de nuestro cuerpo médico para inquirir comprobaciones bacteriológicas en todos los casos sospechosos, ya de Hospital, Asistencia Pública o de consulta particular; siendo así como se ha podido llenar los datos epidemiológicos arriba referidos.

El estudio bacteriológico se ha realizado en los Laboratorios del Hospital Civil de Asistencia Pública, de la Senidad y en Laboratorios particulares. Siguiendo en cada caso la técnica aconsejada, se ha encontrado el bacilo, ya partiendo del simple exudado amigdalino o faríngeo, así como de las falsas membranas, de acuerdo con su ubicación. Exámenes microscópicos, coloraciones electivas y diferenciales, presencia de las granulaciones metacromáticas; cultivos e inoculaciones, han sido necesarios realizar para el diagnóstico diferencial con el bacilo de Hoffman y otros difteriomorfos; así mismo, cuando se ha encontrado las asociaciones microbianas, especialmente con el estreptococo hemolítico y otros que, como es necesario recalcar, ensombrecen el pronóstico de la enfermedad, obteniendo así datos suficientes para orientar el tratamiento más aconsejado y con conocimiento de causa.

Tratamiento.—En la gran mayoría de los casos se ha seguido el tratamiento seroterápico, de acuerdo con la intensidad del caso, empleando el recomendado suero del Instituto Berling cuando teníamos en el mercado, antes de la segunda guerra mundial, siendo al mismo tiempo la primera antitoxina experimentada en estas comarcas y de la cual no nos queda duda alguna de su alta potencia y eficacia. Posteriormente, se han empleado antitoxinas de diferentes

Institutos Biológicos tanto nacionales como extranjeros. La dosificación empleada en cada caso, naturalmente, ha variado de acuerdo con cada enfermo, con el grado de intoxicación, con la edad, forma clínica, etc. La respuesta beneficiosa no se ha dejado esperar ahí cuando su utilización ha sido precoz; y si algún fracaso se puede anotar, es debido a que algunos enfermos han llegado muy intoxicados, en estado de franca agonía, o en un estado sofocante obstructivo de croup. Por lo regular, se ha inyectado en varias sesiones cantidades que varían entre 10.000 y 100.000 UI, utilizando de una manera casi exclusiva la vía intramuscular. Fenómenos de hipersensibilidad graves y letales no se han registrado, aun en los casos en los que el tratamiento ha debido prolongarse ya que se ha tomado precauciones para evitar el desencadenamiento de un estado anafiláctico, de la misma manera en personas sensibilizadas para las proteínas séricas, por algún motivo anterior. También se han empleado aplicaciones locales de la misma antitoxina o comprimidos para ejercitar la acción local sobre las bacterias. Además del tratamiento de fondo, según el criterio de cada clínico, se ha utilizado medicación coadyuvante (antisépticos y estimulantes); así como en las formas de asociación de otros gérmenes piógenos y otros agentes, se han empleado con éxito los antisépticos locales propios para el caso, de la misma manera que los bacteriostáticos y antibióticos (sulfas y penicilina), que a más de ser activos para los elementos de asociación, lo tienen también frente al bacilo diftérico; tratamiento, este último, recomendado universalmente y del cual se han obtenido óptimos resultados por las razones ya expuestas. De igual modo, en los pocos casos que se han presentado de parálisis post-diftérica, se ha utilizado a más de la antitoxina, medicación estimulante y vitamínica, consiguiendo que este trastorno cure en breve plazo, desde luego sin dejar lesión permanente.

Cuando el estado asfíctico del croup ha amenazado la vida, sobre todo en los niños diftéricos entre los dos a seis años, se han realizado intubaciones y traqueotomías con el mejor de los resultados, cuando la acción del suero no ha sido tardía, salvando así de angustiosa muerte a los pequeños enfermos que, con sus caritas lívidas y su mirada penetrante, con respiración estertorosa y su batir fatigado de las alas de la nariz, parecen pedir a su médico los salve de ese dogal invisible que asfixia.

Profilaxia.—Aun cuando no es necesario consignar la forma de profilaxia, por ser ésta bien conocida, no es demasia indicar que se ha efectuado con pequeñas dosis de seroterapia para la defensa inmediata en todos los niños que han estado en contacto con el enfermo; vacuninmunización pasiva, que ha sido reforzada con vacunación activa mediante los toxoides. Está por demás indicar que el aislamiento del enfermo, la prolija desinfección del local y otros medios apropiados, se llevan siempre a la práctica gracias al valioso apoyo y decidido trabajo que desarrolla la Inspectoría Técnica de Sanidad y otros organismos asistenciales.

Las dependencias sanitarias de toda la República se hallan empeñadas en la lucha contra este temido mal, mediante campañas de publicidad, especialmente por los radios; no descuidan el llamamiento a la vacunación, que lo hace en forma gratuita para cumplir con aquel aforismo que dice: "más vale prevenir que curar".

Hemos sido informados que pronto la Inspectoría Sanitaria de esta zona, principiará la encuesta para determinar los receptivos mediante la prueba de Shick, lo que constituye el factor esencial para establecer datos epidemiológicos completos y hacer la vacunación profiláctica científicamente dirigida.

CONCLUSIONES

- 1^a—La difteria existe en la ciudad de Cuenca y Provincia del Azuay, como entidad nosológica, clínica y bacteriológicamente comprobada.
- 2^a—La forma de incidencia es endemo-epidémica.
- 3^a—No existen concausas claramente comprobadas que influyan en la presentación de los brotes urbanos y rurales, ni se observa predominio en determinados meses del año.
- 4^a—El índice de morbilidad es relativamente bajo, con respecto a la densidad de la población.
- 5^a—La letalidad de la difteria en Cuenca es alta —22,27%— no correspondiendo esta cifra a la mediana virulencia de los casos. Probablemente esto es debido a la falta de tratamiento oportuno.
- 6^a—La enfermedad es predominante entre los niños de dos a diez años.
- 7^a—El tratamiento empleado debe ser oportuno y específico, asociado a bacteriostáticos, antibióticos y vitamínicos.

Para dar por concluido este trabajo, nos permitimos recomendar a los Organismos Sanitarios que prosigan con tesón la campaña emprendida; y al respetable cuerpo médico local y nacional, la necesidad de inculcar en el pueblo los preceptos de la vacunación, sus ventajas y su inocuidad. Sólo así aportaremos un positivo beneficio en bien de la colectividad y en defensa, sobre todo, de la niñez, corazón y esperanza del hogar y de la Patria.

Rehabilitación del Tuberculoso a la Vida del Trabajo

SEGUNDA PARTE

La rehabilitación del tuberculoso, consiste en restituir a la vida activa social al paciente que la enfermedad inhabilitó interrumpiendo su vida de trabajo, y no sólo se refiere ella a la recuperación física, sino también a la psíquica y moral; por cuyo motivo débese enseñar cuál es la finalidad de la rehabilitación, devolviéndole la esperanza de recuperar su salud y por ende su capacidad laborativa.

Entrando de lleno en el tema, comenzamos haciendo las siguientes preguntas:

- 1^ª—¿En qué momento debe iniciarse la rehabilitación del enfermo?
- 2^ª—¿Cuál es la solución que debe dársele al problema del tuberculoso clínicamente curado, antes de su reintegración a la vida normal?
- 3^ª—¿Cuál debe ser nuestra conducta a seguir con respecto de aquellos enfermos crónicos con lesiones incurables, bacilíferos, pero que conservan cierta capacidad laborativa y que deben abandonar el hospital, destinado a los enfermos agudos, porque ya no es ese su lugar?

Desde luego, a la primera pregunta respondemos: que la rehabilitación debe iniciarse pasado el periodo agudo de la enfermedad, en la misma cama donde el enfermo está sometido a la curación asis-

tencial. En cuanto a la segunda, contestamos: con la curación post-hospitalaria en establecimientos semejantes al Servicio de Rehabilitación al trabajo, del tuberculoso curado, del Policlínico F. J. Muñiz, que más adelante describiremos. Y respecto a la tercera pregunta, respondemos: que es necesario crear colonias para estos enfermos —que aun no existen en nuestro país—, en donde los pacientes puedan pasar los años que le restan de vida, que a veces son muchos, dedicados a una ocupación adaptada a su capacidad laborativa, que les permita hacer la vida más llevadera, en lugar de permanecer inactivos pensando en una enfermedad que consideran incurable y acumulando resquemores para una sociedad que nada hace por ellos.

Al problema de la lucha antituberculosa, debe dársele una solución total. Es nuestra obligación empeñarnos no solamente en descubrir la tuberculosis incipiente, mediante los catastros tuberculino-radiológicos de las colectividades; realizar el tratamiento de los enfermos; sino también, ocuparnos de la rehabilitación hospitalaria, desde luego, y post-hospitalaria del paciente clínicamente curado, después; y del destino que debe dárseles a los enfermos crónicos con lesiones incurables, pero como hemos dicho, con cierta capacidad laborativa, resultante de un estado general relativamente bueno.

Por lo que a la rehabilitación hospitalaria se refiere, todos los enfermos deben ser fichados a su ingreso. En todos los hospitales y sanatorios de tuberculosos, débense organizar consultorios a fin de estudiar a los enfermos, desde el punto de vista social, psíquico, moral y vocacional, haciendo para cada uno de ellos su ficha respectiva; fichas que facilitarán la orientación del enfermo cuando éste, al iniciar la cura post-hospitalaria, ingrese en los centros de rehabilitación que deben estar próximos a los establecimientos donde se realizó la curación asistencial.

A los enfermos se les explicará el programa presente y futuro que se les ofrecerá, a fin de ser reintegrados a la sociedad. Débeseles exponer, ya en las salas, el plan que realizarán allí mismo, pasado el periodo agudo de su enfermedad, y luego el plan al cual se les someterá a la salida del hospital en los centros de rehabilitación post-hospitalaria, a fin de asegurarles en esos momentos de crisis moral, provocada por el abandono del trabajo y su consecuencia en el ambiente familiar, que se hará todo lo necesario para reintegrarles a la

vida activa de labor, y, además, para crear el clima propicio que facilitará, por una comprensión exacta por parte del paciente, de la obra a realizar, el buen funcionamiento de estas organizaciones.

A fin de ejercitar la memoria muscular del enfermo, pasado el período agudo, como ya lo dijimos, le ocuparemos ofreciéndole ciertos trabajos manuales que podrán realizar en las salas del nosocomio, ya sea acostados o sentados. Al mismo tiempo, maestros de estudios dictarán clases para los analfabetos y para aquellos que posean conocimientos elementales, ya que sabemos que todo tuberculoso que no sepa leer ni escribir está incapacitado para reintegrarse a la vida activa social y es un hombre indefenso, y por consiguiente, expuesto a la recaída fatal. Además, se dictarán cursos de cultura general, de mecanografía, de contabilidad, de electricidad, etc. Por lo que respecta a las manualidades, las mujeres realizarán labores y se les iniciará en la práctica de corte y confección. El cinematógrafo debe ser considerado elemento importante de educación, instrucción y esparcimiento. Todas estas actividades contribuirán a levantar la moral del enfermo, facilitando su rehabilitación.

Este período que llamaremos hospitalario, será de preparación para la acción futura de los internos en los centros post-hospitalarios, de ocupación a título de distracción, y para adquirir la agilidad manual perdida por la interrupción del trabajo; de instrucción y sobre todo de educación.

Esta rehabilitación en la sala del hospital, no solamente beneficiará a los interesados sino también facilitará la tarea de la Dirección de los nosocomios de tuberculosos, resolviendo el problema de la indisciplina en dichos establecimientos. De esta manera se evitará el espectáculo desagradable de estos hombres abandonados a su iniciativa, holgazanes, ociosos, que agudizan su espíritu en crear dificultades y tropiezos a toda medida de orden y disciplina. El período, entonces, de rehabilitación hospitalaria, al mismo tiempo que eleva la moral de los enfermos, será también de preparación, de orientación, de cultura general, de ocupación mitigada.

La vuelta del enfermo a la vida normal debe ser estudiada desde tres puntos de vista distintos: primero, el humano; segundo, el médico; y tercero, el social.

Desde el punto de vista humano, muchos son los enfermos curados clínicamente que en lugar de alegrarse ven llegar con cierta angustia el momento de abandonar el hospital. Desde luego, tienen que comenzar a trabajar sea cual fuere su capacidad laborativa y ello implica fatiga y dificultades.

La mayoría de ellos no pueden elegir la labor que desean realizar, porque los patronos les exigen la libreta de salud que no poseen y las organizaciones que disponen de médicos, al reconocerles, les rechaza por las secuelas que ha dejado la enfermedad, de manera que desamparados por el Estado, ya que no existe ley alguna que contemple su situación, tienen que recurrir para subsistir, a empleos subalternos en establecimientos donde no exigen documentación alguna; pero en cambio les ocupan en tareas pesadas, en ambientes insalubres y les hacen trabajar hasta altas horas de la noche.

Demás está decir que todo ello redundará en perjuicio del obrero convaleciente, el cual poco tiempo después se ve obligado a ingresar nuevamente al hospital, en peores condiciones de las que cuando entró por primera vez. La familia cae nuevamente en la miseria con todas las consecuencias que se derivan de esta situación; abandono del hogar, disolución de la familia, etc.

Realizar la cura post-hospitalaria es elevar a un ser humano y a su familia; sometiéndolo con criterio científico a la prueba del trabajo, nos permitirá saber si el enfermo está en realidad curado, dándole al paciente la oportunidad de comprobar su curación y de ayudar a su familia.

Desde el punto de vista médico, diremos que es difícil dar una definición exacta de lo que se entiende por tuberculoso curado. Según M. Dumarest, tuberculoso clínicamente curado es el que responde al siguiente triple concepto:

- 1º—Restablecimiento de un estado general y funcional normal;
- 2º—Desaparición de los bacilos en los esputos y en el contenido gástrico - intestinal; y,
- 3º—Estabilización radiológica y estetoacústica prolongada.

El Dr. Bathet en colaboración con el Dr. Boulanger han precisa-

do lo que entienden por tuberculoso clínicamente curado o en vías de curación:

- 1º—Restablecimiento del estado general.
Temperatura normal.
Aumento del peso regular.
- 2º—Desaparición de los síntomas funcionales; desaparición de la expectoración muco-purulenta.
- 3º—Estabilización de los signos estetoacústicos.
- 4º—Estabilización radiológica.
No se trata de exigir la restitución "ad integrum"; pero es indispensable tener la certeza que las imágenes cavitarias han desaparecido.
- 5º—Análisis bacteriológicos negativos.

Para realizar estos análisis debe recurrirse a la homogeneización de esputo, y en el caso de que éste no se pudiera obtener a la homogeneización del líquido gástrico o al examen de la materia fecal.

Estos análisis deben ser constantemente negativos durante seis meses como mínimo, en los enfermos portadores de un neumotórax artificial; y de un año en aquellos tratados por otro método al del neumotórax intra-pleural.

- 6º—Es aconsejable agregar a la historia, el resultado de un examen humoral practicado antes de ser dado de alta; reacción de Verne, eritrosedimentación, granulaciones tóxicas de polinucleares, etc.
- 7º—Puntualizase que solamente debe destinarse a los centros de rehabilitación post-hospitalaria, a los enfermos cuyas cualidades psíquicas y morales sean normales. Además es indispensable que el enfermo ingrese a dicho centro aceptando plenamente su internación.

Finalmente, desde el punto de vista social, el problema de la vuelta normal debe ser encarado de la siguiente manera: Desde luego, para curar a un enfermo tuberculoso, no debemos limitarnos solamente a conducir correctamente un tratamiento de neumotórax, obtener el cierre de la caverna, detener la evolución de un brote congestivo; es indispensable también, que nos ocupemos de la vuelta del enfermo a su vida normal, a fin de completar la curación.

Debemos, en un centro de rehabilitación, procurarle, una vez estabilizadas sus lesiones, el trabajo que le autorice a comprobar desde luego, si está en realidad curado, y que le permita recuperar su capacidad laborativa ya que ella es el único capital con que cuenta.

El médico tisiólogo debe proceder no ya como un simple terapeuta, sino, también, debe proporcionar al enfermo la ayuda total que es muy superior a la aplicación de los métodos de colapsoterapia, los más eficaces.

Puede acontecer que el enfermo por su escasa edad no tenga aún oficio alguno o bien que esté imposibilitado para volver al oficio que antes realizaba porque es perjudicial para su salud, o bien, como acontece en nuestros hospitales, la mayoría de los enfermos son obreros no calificados, esto es, que no tienen un oficio determinado; a todos ellos debemos orientarles eligiendo los oficios que más les convengan de acuerdo a las cualidades y tendencias que posean y luego reeducarles enseñándoles dichas tareas.

Existe otro grupo del cual forman parte aquellos que la tuberculosis ha sido diagnosticada precozmente y que por dicho motivo han llegado a una curación definitiva. A los componentes de ese grupo podemos autorizarles a volver a sus ocupaciones habituales, previo periodo de rehabilitación.

Para realizar la cura post-hospitalaria, deben organizarse centros destinados a esa finalidad, próximos al lugar donde se llevó a cabo la cura asistencial, a fin de que los enfermos no pierdan contacto con los médicos que le llevaron a la curación, y en los cuales tienen depositada toda su confianza. Es indispensable respetar este deseo de los enfermos so pena de vernos expuestos al fracaso.

Existen en Europa y América del Norte varios tipos de centros post-hospitalarios, siendo uno de los más importantes el de Peapworth en Inglaterra. Nos limitaremos a describir una organización nacional. El Servicio de Readaptación y Orientación del Tuberculoso curado, del Policlínico Muñiz, el cual fué fundado por el entonces Director del Establecimiento Dr. Carlos M. Pico, hace ya diez años. Elegimos esta organización y no las extranjeras porque representa una experiencia nacional que nos ha enseñado mucho con respecto

a la idiosincracia de los enfermos de nuestro país y que indiscutiblemente debemos tener en cuenta si queremos hacer obra eficaz.

Se trata de un establecimiento mixto: rural e industrial. Los enfermos proceden en su mayoría del Policlínico Muñiz, pero también han ingresado al Servicio enfermos del Policlínico Tornú, del Policlínico Nacional Central, y además, de ciertas instituciones privadas, como la Standar Oil, la cual envía sus enfermos a fin de rehabilitarlos al Servicio del Policlínico Muñiz, después de haber realizado la cura asistencial en Sanatorios que pertenecen a la compañía.

Los enfermos que ingresan están provistos de una ficha llamada de internación, en la cual vienen consignados todos los datos probatorios que el enfermo está "clínicamente curado". Además, los Jefes de las Salas al escoger a sus enfermos, estudian su estado psíquico, evitando de enviar todo aquel que presente alguna tara, y la internación se hace con el consentimiento pleno del interesado. Todos estos requisitos son exigidos, pues si así no procediera, el Servicio no podría funcionar.

Antes de iniciar la prueba del trabajo se le hace al enfermo un examen clínico, de laboratorio y radiológico, para comprobar si en realidad está clínicamente curado. Se deja al enfermo la libertad de escoger el trabajo que más le guste. En la sección rural como en la industrial, comienzan por trabajar una hora diaria, media hora de mañana y media hora de tarde, aumentando una hora por semana completan una jornada de cinco horas que es el máximo de ocupación permitida.

Pertenecen a la sección industrial los talleres de escobería, cepillería y carpintería, donde se fabrican escobas, variados tipos de cepillos, juguetes y muebles, respectivamente.

Integran la sección rural: una granja avícola, una granja apícola, la huerta y la vaquería, y los rebaños de ovejas y cabras.

A los internos se les da una retribución mensual. En algunos talleres se les paga a destajo, de acuerdo a lo que fabrican; en otros, y en la sección rural, se les remunera teniendo en cuenta una clasificación de obreros, de acuerdo a su habilidad y capacidad laborativa.

En cuanto a los capataces, éstos eran en un principio idóneos sanos, en la actualidad han sido reemplazados por internos capacitados a los cuales se les paga el mismo sueldo que ganaban aquellos. El número de internos es de 60.

Los productos de las granjas se destinan a mejorar la comida de los internos que se preparan en el Servicio. En cuanto a los subproductos, cueros, lanas, etc., se venden en remate público con autorización de la Intendencia Municipal, así como también el ganado.

Los objetos manufacturados se venden a las entidades públicas.

La contabilidad que se lleva en el Servicio, es semejante a la de las empresas particulares. Un plan aprobado por la superioridad, reglamenta todas las actividades. Para demostrar la importancia de las operaciones mercantiles, manifestamos que el balance correspondiente al ejercicio de 1949, ha arrojado las siguientes cifras \$ 114.301,79 m/nacional.

Nos hemos ocupado también de la instrucción y educación de los enfermos, y para ello se ha organizado una biblioteca que posee en la actualidad 900 volúmenes adquiridos con una pequeña suma de dinero, que los internos entregan mensualmente; y, además, funciona un Ateneo Cultural, presidido por su respectiva Comisión Directiva integrada por los mismos internos, que realiza reuniones semanales, donde se leen trabajos que presenta un candidato elegido al final de cada sección. La discusión del tema es libre.

Gracias a estos trabajos de Ateneo se ha podido comprobar que el nivel moral y cultural de los internos ha mejorado.

Además, se organizan con la misma finalidad, dos festivales anuales. En los cuales se representan comedias, a veces escritas o interpretadas por los internos; números de música y declamación. Tratamos que los intérpretes de los distintos números pertenezcan a la casa a fin de que, desde luego, la organización del certamen y el ensayo de sus papeles, les ocupe, les distraiga, durante semanas antes del espectáculo y contribuyan también, estos ensayos, a elevar el nivel cultural y despertar cualidades artísticas ignoradas a veces por el interesado. Además, la reunión social del día del festival, tiene por objeto atraer a los familiares de los internos o sus amigos,

ante los cuales podrá lucir sus cualidades y proporcionar esparcimiento a los enfermos del hospital que son especialmente invitados.

También intervienen artistas del teatro y cinematógrafo nacional y extranjero. Y, así, con estos espectáculos se consigue, como decíamos, educar a los hombres e instruirles y al mismo tiempo ponerlos en contacto con el público, al cual, como dueños de casa, atienden y agasajan.

A fin de que puedan economizar dinero, de la retribución que reciben, se destina una pequeña parte para ser depositada a su nombre en la Caja Nacional de Ahorro Postal. Todos tienen su libreta de dicha institución. De manera que durante su estancia en el Servicio o bien, cuando son dados de alta, podrán disponer de economías que son siempre las bien venidas.

Y antes de terminar diremos que de los 258 convalecientes que han pasado por el Servicio, 188 han sido reintegrados a la vida activa social, los cuales trabajan en la actualidad. Algunos de ellos han formado hogar, se han casado y tienen hijos. 52 están aún internados, sometidos a la prueba del trabajo. De los 18 restantes, algunos han fallecido y otros están internados en las salas de donde procedían antes de ingresar al Servicio.

Cuando por una circunstancia no ya de orden médico, sino por hallarse en dificultad pecuniaria, han solicitado ayuda, se les ha internado nuevamente en el Hospital, aguardando otra oportunidad de empleo, a fin de no malograr por la alimentación insuficiente o la mala vivienda, una mejoría que tanto costó obtener.

Para completar el tratamiento post-hospitalario, es necesario organizar talleres donde se pueda proporcionar trabajo a aquellos que por una razón cualquiera no puedan conseguir ocupación fuera del hospital, y que permitirían proporcionarles labor de manera definitiva bajo control médico.

Así como la lucha antituberculosa comienza en los dispensarios donde se reconoce a los enfermos, y se realizan los catastros tuberculínicos de las multitudes, para luego continuar en los hospitales, en las salas de fisiología, y seguir en los centros de rehabilitación post-hospitalarios, terminaría en los talleres mencionados en el pá-

rrafo anterior, donde el interno no tendría la preocupación de la búsqueda de ocupación ya que allí se les dá la oportunidad de trabajar durante el resto de su existencia.

Es indispensable fundar para estos obreros tuberculosos curados clínicamente que han abandonado los centros de rehabilitación, y que trabajan en estos talleres, que podríamos llamar urbanos, hogares viviendas a fin de que puedan disponer de la habitación higiénica y alimentos sanos.

Falta otro punto importante que es el de los enfermos tuberculosos bacilíferos, los cuales escapan a todo tratamiento médico quirúrgico y que sin embargo el estado general es relativamente bueno y tienen cierta capacidad laborativa. Estos enfermos son los que ocupan durante largos años las camas del hospital que podrían destinarse a enfermos agudos y que recargan los presupuestos del Estado. Al creerse abandonados, ya que los distintos tratamientos no surten efecto, desilusionados y cansados y por su larga estancia en los hospitales, son generalmente los causantes de movimientos contra la disciplina.

Para ellos deben organizarse colonias donde durante los años que les resta de vida, puedan ocuparse, trabajar, producir, a fin de buscar distracción mediante la labor, que neutralice esa obsesión de la enfermedad; y, al mismo tiempo obtener una retribución tan necesaria para él como para sus familiares, y con el producto del trabajo contribuir a disminuir el costo de su internación.

Estas colonias pueden formar parte de los Centros de Rehabilitación post-hospitalarios, permaneciendo aislados de estos últimos para evitar que estos enfermos bacilíferos estén en contacto con los enfermos abacilíferos de los Servicios de Rehabilitación.

Así estudiado el tema de la Rehabilitación y llevándolo a la práctica, podríamos colaborar de manera eficaz a resolver el problema de la lucha contra la tuberculosis, ya que es tan necesario y quizás más, ocuparse del enfermo cuando llega a la curación clínica después de realizado el tratamiento; porque a nada conduciría ejecutar la operación más perfecta o un tratamiento médico eficaz, si luego se abandona al enfermo a sus propios medios.

Y finalmente, diremos que la Rehabilitación del enfermo mientras está internado en el hospital, y después de ser dado de alta, debe considerársele formando parte de la cura asistencial, como una prolongación de aquella sin la cual no se podría obtener la curación tan deseada que permite al enfermo incorporarse nuevamente a la vida activa social.

Buenos Aires, Mayo de 1952.

Física y Fenomenismo

(Especial para ANALES de la Universidad de Cuenca)

Con el aporte de los trabajos de personalidades, tales como Planck, Luis de Broglie, Heisenberg, Schrodinger, Niels Bohr, Sommerfeld, Max Born, Dirac, Pauli, Fermi, Jacobi, Gamow, Jordan, etc., se ha dado un formidable impulso a la física moderna y a sus ramas tales como la física atómica, física nuclear, mecánica ondulatoria, y mecánica cuántica.

Los mencionados investigadores son de los que han contribuido con sus estudios a un conocimiento avanzado de los fenómenos materiales, a precisar los principios de la mecánica ondulatoria y al conocimiento aproximado del comportamiento de electrones, protones, etc., como así también al análisis de las condiciones inherentes de las ondas materiales y de las partículas en movimiento, que tanto interesa a los más elevados y fecundos representantes de la mecánica ondulatoria, desarrollada principalmente por Werner Heisenberg y Erwin Schrodinger.

Todo esto explica el incremento adquirido por la rama precitada de la física, de suerte que, el conocimiento de los fenómenos producidos por la existencia de las ondas materiales, ocupa un amplio espacio por parte de los que examinan el comportamiento de los sistemas físicos del microcosmos.

De esta suerte, las ciencias positivas, dedicadas al estudio de lo

material concreto, como son las diferentes ramas de la física, determinan un proceso y una corriente favorable al sostenimiento de un sistema experimental, por lo cual se comprueba que, de esa manera, las disciplinas de la naturaleza han progresado en la forma brillante, tal como podemos estimar en el presente.

Es así como el positivismo científico, es el que defiende la necesidad de restablecer netamente la validez de la experiencia y determinar su empleo, en forma sistemática, para verificar las condiciones de las hipótesis que se sustentan en una etapa científica. Entendido así el cultivo del positivismo científico, éste apoya la necesidad de emplear a la experiencia dentro de las condiciones que impone un método determinado. Por otra parte, la evolución consiguiente de las ciencias exactas contribuye al conocimiento de los fenómenos físicos en una apreciable medida, y posteriormente, se ha puesto en tela de juicio, la validez de las leyes que describen en lo posible la existencia del acontecer físico. Esto pone de relieve que, el fenomenismo y el mecanicismo ocupan un amplio capítulo en el contenido y programa de la física moderna.

Nos encontramos que, el conocimiento de los hechos físicos ha servido principalmente para extender una consideración acerca del carácter físico-filosófico, sobre las consecuencias del fenomenismo y mecanicismo. El pensamiento de los investigadores se sitúa en el campo de un problema que interesa vivamente, no sólo a los más destacados representantes de la física moderna, sino también a los distintos investigadores filosóficos, que analizan la naturaleza del conocimiento y representan variadas tendencias ideológicas.

En primer lugar, decimos que, frente a la naturaleza de los fenómenos, el físico, por lo general, los examina bajo un aspecto cuantitativo, de suerte que después de ello, pretende formular leyes estadísticas, cuya naturaleza esencial, es la de ser aproximativas. Esta característica de las leyes de la naturaleza, es una conquista relativamente moderna del pensamiento físico.

De esta manera, con el progreso de las investigaciones experimentales en el mundo de la física ondulatoria y corpuscular, se modifican ciertos principios que se refieren al comportamiento de las ondas materiales, cuya explicación ha servido para que las princi-

pales figuras de esta rama de la física, se construyeran edificios teóricos y andamiajes algebraicos, a los efectos de explicar los estados de la materia, de acuerdo a su estructura atómica, nuclear y electrónica. El empleo de diferentes tipos de cálculos, muchos de ellos extremadamente complicados, nos ofrece una idea del amplio desarrollo que adquiere la mecánica ondulatoria y la física cuántica.

Esto favorece al desarrollo del fenomenismo, de suerte que el análisis de los hechos físicos, sirve de base para el amplio arraigo de las nuevas corrientes de la física moderna, la cual apoyada en un sólido andamiaje matemático, consigue un progreso muy apreciable y un firme impulso en la conquista de nuevos conocimientos y principios que enriquecen su contenido material.

Aparece así una etapa de vigencia de fenomenismo que consiste principalmente en basar todo el contenido de una ciencia experimental, en el estudio concreto y determinado de los hechos, y de desentenderse por completo de buscar en tales hechos, una significación y una proyección que el examen de los mismos, no nos autorizan a sostener. Este sentido del fenomenismo ha recibido hasta el presente numerosas explicaciones, pues el mismo proceso fenoménico, es interpretado de muy diferentes maneras por parte de los físicos interesados en el progreso de las ciencias exactas. Existe por lo tanto, ese fenomenismo que es más apreciablemente combatido por algunos sectores filosóficos idealistas, que no admiten o bien les parece casi imposible que, el pensamiento físico, pueda basar sus principios y conclusiones, concretando completamente al estudio de los hechos, registrando y dando cabida en sus formulaciones, todo carácter experimental que los mismos mencionados hechos, ofrecen ante su tarea de investigación.

Como se comprende, el físico siempre trata de establecer sus leyes y las mismas tienen que basarse en una correlación adecuada entre sus formulaciones teóricas y sus conclusiones experimentales, de manera que, basado en el análisis de los fenómenos es posible conseguir las consecuencias propias del carácter y papel de la ciencia física.

Entendiendo así la tarea del físico investigador, corresponde que, al estudiar la realidad física, sea necesario examinar fenómenos, de

suerte que, todo intento de explicación de tal realidad ha de apoyarse necesariamente en la existencia de fenómenos.

Ahora bien, la ciencia física por su mismo carácter, se encuentra ante el imperativo de estudiar tales fenómenos, y dentro de las conclusiones generales en que, toda disciplina concreta sus resultados; la física moderna se encuentra ante la exigencia de trascender esos fenómenos, para fijar en forma aproximativa, las condiciones en que se desenvuelven las leyes y la naturaleza misma que tienen los conocimientos logrados por ese tipo de ciencia.

La actitud de trascender los mismos fenómenos físicos, que experimenta esa ciencia, no ha sido advertida claramente por algunos filósofos idealistas y algunos críticos del conocimiento. Estos han creído entender con el avance del fenomenismo principalmente en el terreno de las ciencias físicas, el pensamiento de las ciencias de situarse en el examen continuo y concreto de los fenómenos, y no han apreciado la necesidad de trascender este criterio por parte de los representantes de la física cuántica y de la mecánica ondulatoria.

Como se comprueba, la ciencia física, al estudiar los fenómenos materiales, hechos, corpúsculos, ondas, trayectoria, movimientos, no ha pretendido fijarse indefinidamente en esa situación, ya que es posible apreciar que, también se necesitan conclusiones generales y esenciales que extraer de una asignatura exacta, y al mismo tiempo, aparece la evidencia de que ciertos hechos físicos ofrecen una variedad de interpretaciones, lo que hace más difícil para el investigador colocarse en un criterio fenomenista fijo, frente a lo que analiza.

La actitud de la mecánica ondulatoria y de toda la física atómica para interpretar lo que es una partícula o una onda material, dentro de sus respectivas fórmulas, nos ofrece una certera idea de esta situación. El carácter de una onda y de una partícula no ha podido ser precisado adecuadamente hasta el presente, por los más eximios representantes de la física actual, y como esta situación tiene que prolongarse lógicamente por la magnitud y complejidad de los fenómenos que abarca, nos encontramos con que esta ciencia no puede fijarse exclusivamente en el fenomenismo físico, si quiere dar una conclusión certera del carácter de los problemas que estudia.

Ciertos críticos del conocimiento, han considerado que, la ciencia física se ha detenido con verdadera exclusividad a cultivar un criterio de tipo fenomenista en el estudio de los hechos de la naturaleza, pero que ello no se justifica si tenemos en cuenta que ella siempre y dentro de su carácter de física atómica, nuclear, cuántica y ondulatoria, pretende situarse en un plano de superación de ese fenomenismo, en el cual sin duda alguna necesita apoyarse en su evolución como ciencia positiva.

Es preciso destacar aquí que, el fenomenismo de la ciencia física se apoya en la exigencia de contar para sus formulaciones con una serie de fenómenos que permitan establecer las modalidades del mundo macroscópico y microscópico, donde sea posible fijar las leyes estadísticas, que nos informan acerca del comportamiento de los elementos materiales de un sistema, que así como encierran características parecidas el mundo de lo grande y de lo pequeño, revelan también que tienen sus principios propios y sus condiciones específicas en sus procesos fenoménicos.

El pensamiento del físico moderno, se ha ceñido principalmente al estudio del comportamiento, en un sentido general, de los elementos que constituyen el mundo material. El progreso apreciable dado en el camino del conocimiento de las partículas, ondas, electrones, protones, iones, etc., permite manifestar que todo ello, ha servido para establecer principios y leyes con los cuales se obtiene una noción aproximada del microcosmos descubriendo el mecanismo y los impulsos de los constituyentes del átomo. De esta suerte, se ha llegado a establecer las leyes formales con las cuales se rige un sistema y también todas las condiciones inherentes que modifican la estructura del mencionado sistema.

Con todo esto, creemos que la física actual no se ha detenido exclusivamente en el empleo de un criterio fenomenista, para analizar los hechos que estudia con un sentido de objetividad. El fenomenismo así tal como se presenta en los sectores de la física moderna, no configura en la actualidad, una posición excluyente adoptada por sus mejores representantes. Por el contrario, no sólo con un criterio más amplio se ha interpretado en el presente la idea de ley física, sino que también el hecho concreto en sí, no interesa solamente al investigador, ya que sin llegar a una esfera idealista, el hecho para

el físico moderno constituye un algo complejo, un fenómeno complicado, lo que conduce a pensar que hay que trascender el concepto y extensión del fenómeno mismo, para darle una significación mucho más amplia, que favorece su contenido general, pues, como es sabido, el mismo físico introduce ciertos principios y relaciones, que no sólo complementan al fenómeno analizado, sino que también lo transfieren a otra esfera en el campo de lo intuitivo-sensorial.

Por lo tanto, a la sola consideración del hecho a fenómeno no se concreta el positivismo científico. Ya se sabe el carácter estadístico de las leyes de la naturaleza, merced a los valiosos aportes de algunos investigadores. La idea que, en el estudio de la naturaleza, el físico se determina exclusivamente a una tarea de cuantificación de los fenómenos, resulta una apreciación improcedente de la labor que desarrolla. Es preciso agregar que, siempre la investigación del físico moderno, configura la presencia de un simbolismo matemático y de una lógica epistemológica.

De esta suerte, se comprende que, el fenomenismo que contribuye al progreso de las ciencias experimentales tiene su inevitable limitación, que nos permitimos señalar a los fines de interpretar en la medida de nuestros recursos, las modalidades del criterio físico. Desde luego, tal criterio físico se apoya en el análisis e interpretación cuantitativa del comportamiento de los fenómenos, pero resulta exagerado entender que ello tenga un carácter exclusivo.

Es preciso destacar que, la etapa fenomenista a la cual se ciñó durante un período la mecánica moderna, fué a todas luces favorable para su progreso, y en ningún momento fué el reflejo de una estrechez de criterio por parte de sus más renombrados representantes que pusieron en juego hasta los conceptos indeterminismo y grados de libertad en los sistemas atómicos. Todo ello fué menester en una etapa de la mecánica ondulatoria, pero esa etapa ha sido ya superada con nuevas contribuciones y otras interpretaciones de los componentes materiales tales como las ondas y partículas que se revelan en el mundo de la energía atómica, como primarios constituyentes de las estructuras materiales.

Con todo ello, advertimos cuáles son las proyecciones esenciales del fenomenismo físico y el criterio sustentado en el presente por

las figuras más distinguidas que defienden las nuevas corrientes de la ciencia física, nos ofrece una idea aproximada del criterio con que la ciencia de los núcleos y de los cuantos, admite y desarrolla el fenomenismo en el campo de sus métodos experimentales, y las conclusiones generales que obtienen con la aplicación de los precisados métodos.

La mecánica ondulatoria, en su evolución progresiva se construye toda una física de las ondas y de las partículas, de suerte que se ofrecen toda una suerte de formulaciones algebraicas, acerca de los estados de ondas y de las partículas, como lo revelan ciertos procesos materiales.

Ello deriva en el estudio de los hechos físicos, tratando de explicar las íntimas modalidades de los estados de partículas y de ondas con que aparecen los fenómenos físicos. El progreso de la mecánica ondulatoria y de la física cuántica, favorable al sostenimiento de la idea de que los hechos del mundo macroscópico ofrecen al investigador una cierta duplicidad, debiendo aceptarse en un fenómeno físico, a veces la existencia de ondas y también de partículas. El estudio del impulso y movimiento de las ondas y corpúsculos, ha servido para destacar netamente la labor de los físicos tales como los profesores Werner Heisenberg y Erwin Schrodinger.

Este examen de los hechos físicos bajo un adecuado aspecto fenomenista, da un importante impulso al estudio de la física del tipo ondulatorio y cuántico, de manera que, el fenomenismo adquiere un papel de significación con respecto a la interpretación de los estados del mundo microscópico.

La posición fenomenista que, para algunos filósofos idealistas aparece con completa prevalencia en el criterio de los físicos modernos, no tiene a nuestro entender la trascendencia que se le ha concedido equivocadamente, por quienes interpretan los trabajos de los representantes de las nuevas corrientes de la física moderna. No hay esa apreciación exagerada con respecto a la validez y empleo del fenomenismo. La comprensión de la obra verificada por los físicos modernos, debe basarse en una apreciación del empleo que ellos hacen de la epistemología física, las lógicas cualitativas y cuantitativas, de suerte que, el estudio del valor fenomenista de los estados físicos,

no altera la trascendencia filosófica que tienen las consecuencias aportadas por las ramas de la física nueva.

Ante esto se comprende, que, el fenomenismo no aparece como una posición rígida, sostenido abiertamente por quienes cultivan las ciencias experimentales, y se concretan al empleo de los métodos más avanzados de investigación, para obtener principios que alteran y modifican en parte los resultados logrados por los defensores de la física clásica, cuyo impulso adquirido desde la aparición de los principios sostenidos por Galileo Galilei y Sir Isaac Newton, ha sido cada vez más estimable.

Los mismos físicos modernos, son los primeros en reconocer hasta donde es posible conceder validez objetiva a los principios que han logrado con la observación de los fenómenos y de las formulaciones que se alcanzan por intermedio del empleo del simbolismo matemático adecuado para estudiar y establecer el comportamiento aproximado de las ondas que integran los sistemas de la mecánica ondulatoria. De esta suerte, es preciso reconocer que, algunos filósofos analizando los aspectos que reviste el conocimiento científico, han exagerado la importancia del fenomenismo en la índole de la investigación cumplida por los representantes de la física nuclear, de suerte que, se pretende manifestar que todo el resultado conseguido, se basa en fenomenismo rígido y excluyente que altera la validez objetiva a los principios expresados en sus formulaciones algebraicas.

la mecánica nuclear, pues es menester tener presente en esta breve

No hay ese fenomenismo exagerado por parte de los físicos de consideración que hacemos, de que ellos han repudiado el pensamiento de complicar y extender el análisis de los hechos estudiados con excesivas formulaciones, ateniéndose a la naturaleza material de los hechos, sino que contempla otros aspectos, empleando cálculos vectoriales, tensoriales, etc. Es decir que, el mismo investigador no se concreta al análisis del hecho fenoménico, pues además pone en juego elementos que son el fruto de la imaginación creadora del científico.

Todo esto ha obligado a los físicos al uso de un criterio más elástico en el curso de sus experimentaciones y a la aceptación de

los estados de probabilidad de los mismos fenómenos, atendiendo a sus sistemas respectivos.

De esta manera, se advierte la significación del fenomenismo y los límites que se impone ante las exigencias epistemológicas que se refieren a las modalidades del conocimiento físico.

Con todo ello se valora la trascendencia que al mismo proceso del fenomenismo, le otorgan los filósofos, y nos encontramos después de esta breve exposición, con que el mismo fenomenismo no es una etapa rígida y estrecha, a la cual se sujetan los físicos en sus trabajos experimentales. La amplitud de criterio por parte de los físicos modernos, está revelando cuando se destacan todas las derivaciones que ellos imprimen a sus problemas y las mismas imágenes que emplean para interpretar los hechos que se verifican en el mundo de la materia y de la energía.

Aunque se considere imprescindible el simbolismo matemático para hacer posible el examen en extenso del proceso físico, recordamos a este respecto, que hay que reconocer que las imágenes forjadas por el pensamiento científico, tienen un carácter en que el poder imaginativo de la inteligencia reclama su parte, y de esta manera, nos parece conveniente destacar que su actitud descriptiva e interpretativa de los hechos, tiene esa elasticidad que revelan sus trabajos sobre las disciplinas de sus preferencias. Además, los mismos físicos modernos, han sido los más deseosos de verificar una autocrítica equilibrada de sus mismas concepciones, de suerte que en esto encontramos realmente expresado, una magnífica actitud de superar todo fenomenismo, lo que no ha sido comprendido por algunos filósofos idealistas, al hacer éstos una revisión crítica de las conquistas de la física ondulatoria y cuántica.

En esta forma, se comprende que, un criterio exclusivamente idealista empleado por parte de los filósofos de esa escuela, no alcanza a valorar en toda su magnitud, las conquistas del pensamiento físico moderno. Un idealismo filosófico muy arraigado, no puede verificar una crítica de los valores obtenidos por el mundo científico.

A este respecto, recordemos que, no sólo es el mundo fenoménico el que interesa al investigador físico, sino que él también exa-

mina las mismas consecuencias de sus concepciones, y para ello no puede situarse en el terreno de los hechos solamente. Necesita además, una significación y trascendencia de sus principios y sus leyes, de suerte que puede estimar hasta donde alcanza su validez objetiva.

La idea de que, todo el conocimiento físico se ha centrado en el campo fenoménico, no puede aceptarse si tenemos presente que, el mismo físico sabe distinguir la parte especulativa que le corresponde en la estructuración de sus principios.

Además, corresponde manifestar que una tendencia idealista sustentada por el pensamiento cultural moderno, trata de establecer una radical distinción entre los procesos mecánicos y fenoménicos, frente a lo que consideran de naturaleza puramente espiritual. Es decir, por ejemplo, que el devenir mecanicista se encuentra en completa oposición con todo otro devenir de carácter metafísico idealista.

Santa Fe, 1950.

Yacimientos de Azufre en el Ecuador

El New York Times, en una reciente publicación destaca la importancia que tiene el azufre en la economía mundial reflejada por la inmensa demanda de mineral de los Aliados. Y al respecto dice:

"Una escasez de azufre que tiene caracteres de mundial y que cada día se acentúa más, hace que los norteamericanos y sus aliados se den claramente cuenta de que el elemento amarillo tanto tiempo considerado de relativa importancia, es básico en la industria de una nación. Para muchos, el azufre está asociado a un nostálgico y desagradable recuerdo de la niñez —un desabrido tónico de primavera que era un cúralotodo para los muchos achaques que se creía estaban a la espera de incautas víctimas. Pero para la industria y la agricultura, es tan importante que cada hombre, mujer y niño en este país consumen anualmente en una forma u otra setenta y cinco libras de él."

"Los alimentos que comemos se producen con la ayuda de un fertilizante hecho de azufre. La ropa que usamos, los diarios y revistas que leemos, los autos en que andamos y la bencina que los impulsa, los jabones que usamos en la cocina, en lavar y en el baño, todos son derivados de procesos manufactureros que emplean azufre."

La demanda de los aliados es enorme. "Hay escasez aunque la industria azufrera de Estados Unidos está produciendo a un ritmo

dos y media veces mayor los niveles de pre-guerra. Esta producción récord sería más que suficiente para cubrir todas las necesidades de la industria y de la agricultura de los Estados Unidos si no fuera por la gran demanda de nuestros aliados."

"Estamos haciendo todo lo posible por aumentar el suministro de azufre, dijo Mr. Langbourne M. Williams Jr., presidente de la Freeport Sulphur Co., pero continuaremos experimentando escasez mientras estemos llamados a cubrir las demandas globales que nos hacen. Muchos países extranjeros tienen acceso a suministros de azufre en una forma u otra que son suficientes para sus necesidades. En vez de utilizarlos están socavando nuestros recursos."

"Casi la mitad del azufre del mundo 5'200.000 de 11'700.000 toneladas largas se encuentran en forma de mineral extraído de depósitos de cavernas de sal en la costa del Golfo de México. Otras formas son piritas (minerales que contienen azufre y hierro), gas natural acre, gas de refinería de petróleo y yeso. El azufre se vende en el mercado interno a 21 y 22 dólares la tonelada, comparado con los precios del azufre extranjero que llegan hasta 120 dólares la tonelada."

"Se está apresurando un intenso programa de explotación y fomento en Luisiana y Texas, los únicos Estados en los cuales hay depósitos de azufre. Un sinnúmero de otros proyectos están desarrollándose para obtener azufre de otras fuentes, pero no se espera que éstos resolverán la escasez.

En relación con estos serios problemas mundiales, qué podemos hacer en nuestro país? ¿La escasez mundial del azufre perjudica a nuestra industria? En forma categórica, tenemos que afirmar que sí lo afecta, no solo considerando el hecho de que es muy considerable el volumen de importación de artículos que tienen que ver directa o indirectamente con la escasez mundial de azufre, sino que también industrias nacionales como la azucarera, la de la paja toquilla, la de los monopolios del Estado, etc., sufren graves perjuicios al tener que en su mayor parte importar azufre al precio de de 40 y 50 dólares la tonelada; esto aun sin tomar en cuenta que el consumo nacional de azufre apenas asciende a unos 6.000 quintales (o sea 300 toneladas) de azufre al año, por cuanto no tenemos industrias o fá-

bricas que lo requieran en mayor escala, cuanto que aun, ni la agricultura sabe emplearlo como desinfectante o insecticida en plantaciones valiosas, como son los frutales de nuestras campiñas.

¿Pero es posible que el Ecuador necesite importar la mayor cantidad del azufre que consume? ¿O dispone talvez de yacimientos o fuentes de dónde extraerlo? ¿O es verdaderamente un país rico, que a fuerza de llamarse agricultor y exclusivo productor de materias primas vegetales, no necesita aprovechar de sus recursos minerales, como en este caso del azufre de sus minas? Esto sería negar la historia minera que tiene el Ecuador y conducirlo a un porvenir ruinoso si es que no se quiere aprovechar de sus recursos minerales, los cuales no por ser fabulosos no representan una fuente de trabajo y de economía.

En el Ecuador no se conocen depósitos de azufre nativo de la magnitud de los yacimientos emplazados en las formaciones sedimentarias de Texas y Mississippi, pero a pesar de que se trata predominantemente de depósitos locales de origen volcánico, como se localizan en algunos lugares, en conjunto contienen substanciales reservas de mineral suficientes para las necesidades del país. Los más conocidos desde hace varios años si dan muestras de importancia comercial; pero probablemente existe un buen número de depósitos de azufre, en su mayoría de origen volcánico, en regiones apartadas o recónditas de la cordillera, de los cuales en la actualidad talvez no se tenga ni idea de su existencia.

Los azufrales de Tixán, los del Volcán Chiles en la frontera con Colombia, los de las Islas Galápagos, han tenido en una u otra forma sus periodos de producción y creo que en el futuro, estas minas con una mejor disposición de sus faenas y con medios industriales de elaboración, podrán vencer los excesivos costos de producción y de transporte que no pueden soportar una producción de 30 o 60 quintales de azufre mensual, con métodos de explotación primitivos o sin las correspondientes instalaciones tendientes a beneficiar los minerales de bajo contenido en azufre.

Hay regiones como en las de Isinlivi, dependientes probablemente de la zona volcánica del Quilotoa; las regiones de Sibambe, probablemente coexistentes con los azufrales de Tixán; las regiones de

Tumbabiro de las regiones volcánicas del Yana-Urcu, y probablemente muchas otras, que están llamadas a entrar en un periodo de prospección de sus manifestaciones azufrosas. Por fin, hay otras manifestaciones de azufre nativo en las formaciones sedimentarias petrolíferas de Santa Elena.

Nuestros yacimientos de origen volcánico son el resultado de una actividad térmica asociada ya sea con solfataras o con fuentes hidrotermales o ambas a la vez, como es el caso de Tixán y del Chile. En todos los casos los vapores y soluciones ascendentes han sido de elevada acidez capaces de alterar las rocas encajantes. El azufre se ha depositado subsecuentemente en forma cristalina o en estado macizo, llenando las fisuras, las fracturas y las porosidades de las rocas encajantes. Y todo debido a la naturaleza de este metaloide de baja temperatura dentro de la escala geotérmica, generalmente se encuentran a poca profundidad.

Los depósitos de azufre de origen volcánico del Ecuador, participan pues de la distribución general en las montañas a lo largo de la costa del Océano Pacífico, y que incluye las Islas Aleutianas de Alaska, la Sierra Nevada de las montañas de California, numerosas ramificaciones montañosas de México y los Andes de Sudamérica.

Para nuestros yacimientos de azufre los métodos de explotación más convenientes y apropiados se reducen a simples desbanques o aperturas de canteras, que prestan las mejores condiciones de aireación, de luz y de trabajo. El laboreo mediante galerías por estas razones, y por el ambiente demasiado ácido no es conveniente. Los métodos de beneficio, por similitud con los yacimientos de Ollagüe en Chile, pueden incluir la licuefacción del azufre poniendo los caliches de azufre —o sea las rocas impregnadas de azufre— en contacto de vapor de agua en retortas de presión o autoclaves; puede también emplearse la flotación espumante para la concentración de caliches pulverulentos de baja ley; o puede también practicarse la destilación de los caliches en retortas de pequeña capacidad, a las que se les aplica el calor externamente y se recogen los vapores de azufre destilado en cámaras de condensación. Todos estos métodos son aplicables a los caliches de nuestros yacimientos de azufre, pero para cada caso hay factores mineralógicos y físico-químicos que deciden uno u otro método; generalmente se pone en circuito cerrado

estos métodos que así procuran elevar los rendimientos de recuperación en cada etapa.

El procedimiento norteamericano, usado en Texas, para recuperar el azufre del subsuelo mediante la inyección de agua sobrecalentada (Proceso Frasch), debido a las condiciones geológicas volcánicas de nuestros yacimientos, no sería apropiado por lo difícil que resultaría controlar los fluidos ascendentes por innumerables lugares.

La producción de azufre en el Ecuador constituye una de las mejores esperanzas para enfrentar la escasez mundial que principia a repercutir en las industrias nacionales que lo necesitan, y aunque los costos de explotación sean altos en la actualidad, éstos podrán tener un apreciable decrecimiento, cuando las minas existentes reciban un equipamiento adecuado para aumentar la producción.

Tres Mujeres Máximas en la Literatura Nacional

Presentación

Una mujer que abreva su sed emocional en la fuente torturadora del canto, esa fuente que, cien años ha, calmara las sedes de la Hermana que anduvo antes que nosotras los caminos de la vida y de la muerte.

Una mujer hecha del barro santo que acunó, materna, el cuerpo de la Poetisa suicida.

Una mujer quiere enseñar a los intelectuales de América las vera efigies de Dolores Vintimilla, Zoila Ugarte de Landívar y Aurora Estrada y Ayala; Eminentes Mujeres desglosadas de mi Libro: 20 HOM-BRES Y MUJERES DEL ECUADOR.

DOLORES VINTIMILLA

Dolores Vintimilla. Y nada más. ¿Por qué añadir al suyo glorioso el de un hombre que lo afrentara en vida, y callara, criminalmente, cuando los perversos afrentaron el nombre de la Mujer muerta? . . . Dolores Vintimilla abrió sus ojos a la luz, su corazón al dolor y su emoción al canto en la ciudad de San Francisco de Quito, el año 1829. Hija de sus obras —como lo son todos los genios—. Quizá por ello, entre los datos biográficos de la Poetisa, no dimos con uno que hablara de sus progenitores.

Muy joven, desposóronle con un granadino de apellido Galindo. Los azares del destino —que no su voluntad— trajéronle a Cuenca, ciudad sureña del Ecuador, cuna de cien poetas de encumbrada intelectualidad, la que, por una implacable paradoja, fuera el sepulcro infamante e infamado de la ilustre Lirida ecuatoriana.

El Tomebamba, maestro de poetas en la Morlaquia, recitó al oído de Dolores sus más cristalinos versos, orgulloso de que la bellísima Hija de los Shirys los tradujera al sentimental, armonioso y rico idioma poético en que dijo sus versos Dolores Vintimilla. Como el Río tenorio tatuaria con sus cantos el espíritu y las formas de la Poetisa, durmiendo en ellos sus mil lenguas cariciosas, para la fluidez y transparencia de los poemas de la Musal... Cuáles los arcanos de belleza revelados a través de sus ondas, desgarradas por los ojos inquiridores de nuestra Safol... Con qué deliquios posaría su lengua más dulce y enamorada en la llama de la boca de Ella, para infundirle su propio espíritu manso, translúcido, terso, dolido: tan de agual...

Presa de este espíritu, Dolores Vintimilla nos da su grito apasionado:

"¡Y amarle pude!... Al sol de la existencia
se abría apenas sofiadora el alma...
Perdió mi pobre corazón su calma
desde el fatal instante en que le hallé.
Sus palabras sonaron en mi oído
como música suave y deliciosa,
subió a mi rostro el tinte de la rosa;
como la hoja en el árbol, vacité.

.....

No es mío ya su amor, que a otra prefiere;
sus caricias son frías como el hielo,
es mentira su fe, finge desvelo...
Mas, no me engañará con su traición.
¡Y amarle pude! delirante, local
¡No! Mi altivez no sufra su maltrato;
y si a olvidar no alcanzas al ingrato,
¡te arrancaré del pecho, corazón!"

Alguna noche en que se le escapaba al Río el espíritu inaprehensible de Dolores, ésta sollozó su poema wertheriano:

"El negro manto que la noche umbría
 tiende en el mundo, a descansar convida.

.....
 • Duerme la fiera en lóbrega espesura,
 duerme el ave en las ramas guarecida,
 Duerme el viento... La brisa silenciosa
 como el insecto en su mansión florida.

.....
 Duerte el viento... La brisa silenciosa
 gime apenas, las flores cariciando;
 todo entre sombras a la par reposa
 aquí durmiendo, más allá soñando.

.....
 Tú, dulce amigo.....
 duermes también tranquila y descansada,

 mientras tu amiga su dolor lamenta."

Así la Poetisa y su Río se compenetraban, se vertían, se transfundían espiritualmente. Y digo su Río; por cuanto los hombres ningún otro contacto tuvieron con Ella que el de la envidiosa y mordiscante lima, pretendiendo suavizar asperezas que fueron excel-situdes en Dolores.

Esta Mujer tan mujer, para escándalo de los hombres-fieras, dijo su mandato de humana fraternidad; ante el espectáculo de un asesinato legal, ante el atropello de los derechos divinos y humanos, ante el atentado monstruoso contra la vida misma; cuando el ahorcamiento del indio Tiburcio Lucero, victimado por manos de la justicia en plena plaza de Cuenca, con el concurso de la mayor parte de sus habitantes, incluso el obligatorio de los niños de las escuelas. Hélo aquí en parte:

"No es sobre la tumba de un grande, no sobre la de un poderoso, no sobre la de un aristócrata que derramo mis lágrimas.

"Cuando la voz del Todopoderoso manda a uno de nuestros semejantes pasar a la mansión de los muertos, lo vemos desaparecer de entre nosotros con sentimiento, en verdad, pero sin murmurar.

"Mas, no es lo mismo cuando vemos, por la voluntad de uno o de un puñado de nuestros semejantes, que ningún derecho tienen sobre nuestra existencia, arrancar del seno de la sociedad y de los

brazos de una familia amada a un individuo, para inmolario sobre el altar de una ley bárbara.

"Imposible no derramar lágrimas tan amargas, como las que en ese momento salieron de los ojos del infortunado Lucero! Si, las derramaste, mártir de la oponión de los hombres; pero ellas fueron la última prueba que diste de la debilidad humana. Después, valiente y magnánimo, bajaste tranquilo a la tumba.

"Que allá tu cuerpo descanse en paz, pobre fracción de una clase perseguida, en tanto que tu espíritu disfruta la herencia divina que el Padre Común teniate deparada. Ruega en eila al Gran Todo que pronto una generación más civilizada y más humanitaria que la actual venga a borrar del Código de la Patria la pena de muerte."

Esta oración que toca las lindes del cielo, para descender luego a la tierra, en escala de amor luminoso y puro. Esta videncia profética de un mañana de igualdad y equidad perfectas. Esta voz de mujer predicadora de humanidad a los hombres, les enfureció tanto, que lapidáronle con su palabra calumniosa, arrastraron su honor y su virtud por los suelos y le crucificaron en el madero innoble de la sanción social que condena, en veces, la virtud para exaltar el vicio.

Dolores Vintimilla debía morir: porque así lo querían y pedían los hombres. Porque su blancura inmaculada ofendía las miradas sanguinolentas de los tigres. Todo el léxico canalla lo usaron, escribiendo el epitafio -inry de esta Mujer. ¿Por qué razón?: por aquella de que, si el hombre tolera alguna vez la superioridad de otro hombre, a la mujer no se la perdona jamás...

Y la poetisa, desgarrándose el pecho, como el ave legendaria, escribe con su sangre este Canto - anatema:

"Qué os hice yo, mujer desventurada,
que en mi rostro, traidores, escupis
de la infame columna la ponzoña
y así matáis a mi alma juvenil.

.....
Envidiáis, envidiáis que sus aromas
le de a las brisas mansas el jazmín?
Envidiáis que los pájaros entonen

sus himnos, cuando el sol viene a lucir?

.....
 No dan respeto la mujer, la esposa,
 la madre amante a vuestra lengua vil?...
 Me marcáis con el sello de la impura...
 ¡Ay! Nada, nada respetáis en mí!"

Mientras así le zaherían los hombres, su Amado Ideal le incitaba, le obsedía... La Poetisa dormiría el sueño del amor único en sus brazos de hielo y sería con El para siempre...

Una noche de Mayo, de esas que enjoyan con jacintos de plata el seno del Tomebamba —como para tornarle Rey -Poeta— Dolores, ataviada con el traje nupcial que velara su virginidad anhelante. Pálida. Fulgurando sus ojos por la fiebre de esas bodas de ultratumba. Confundiéndose el caoba ondulante de su cabellera desatada con el caoba estático del lecho-tálamo. Las manos acariciando el vaso del tósigo. El hijo —a quien sacrificaba por el Amado ineluctable— con la tranquila inconsciencia de sus dos años, en el mismo lecho. Y un perrillo a sus pies: el único sér viviente que, presintiendo la tragedia, vertiera en el seno de la noche el fúnebre alarido de su dolor animal, por la muerte de la Mujer que mataban los hombres; de la Poetisa que asesinaba el dolor; de la Esposa y Madre que victimaba la sociedad: este el cuadro reflejado en la impasible luna del espejo cómplice.

Después... Los labios despetalándose ávidos, por apurar el tósigo abreviador de la vida inútil —más no de la maldad humana—. Roidas las visceras de una Mártir por el veneno, más piadoso que los hombres.

Al otro día, los perros fóbicos de siempre ladraron a la Estrella que, serenamente olímpica, besaba sus frentes con rayos de gloria desafiadores de su pequeña tan de hombres...

ZOILA UGARTE DE LANDIVAR

¿Quién no conoce, en nuestro Ecuador, a Doña Zoila —como cariñosamente se le nombra a la Escritora entre la familia letrada ecuatoriana?

La Maestra, en el amplio sentido del vocablo, discurre, modesta-

mente, por las calles de Quito. Su nombre es repetido, con singular aprecio, en los cenáculos literarios de la Capital. "Doña Zoila"; y sus connacionales nos llenamos de orgullosa satisfacción al nombrarla.

Alta en el pensar. Honda en el sentir. Española en el decir. Doña Zoila ha realizado su Obra fecunda y eterna, como que es Obra de Verdad.

Su vida se eleva enhiesta y luminosa hacia dos motivos supremos: el Ideal y las Letras. Su inigualada labor subjetiva y la no menos única de colectividad. No sabemos cuál de ellas tenga primacía en el alma diáfana y tersa de esta Mujer. Si ha vivido, amado y combatido con similares fe y tesón por la Libertad y por el Idioma. De Doña Zoila Ugarte de Landivar repetimos con el Dr. Luis F. Chaves: "Un talento pujante como el suyo, el relato de la vida admirable de una mujer admirable, merece un estudio que nos la muestre en sus múltiples facetas de artista, de escritora, de periodista, de luchadora política, de educadora, de batalladora en la palestra de la acción femenina y de mujer de encantadora feminidad en el hogar y en los círculos sociales."

Tipo el de Doña Zoila: resultante de dos razas prepotentes. Dueña de esta soberbia dualidad hemos de enseñarle ahora. El sentimiento aborigen enraizado en quién sabe qué hondura de su Yo indiano le arranca estas frases escritas con caracteres áureos:

"La gesta magnífica desplégase epopéyica sobre el Imperio del Sol!

"Caen sus templos, su culto, sus emperadores; todo pavor y destrucción tienen allí su asiento: el Inti ya no es Dios!...

"Rota está el ara, las vestales dispersas, las pallas ultrajadas!

"Al divino Atahualpa, al soberbio guerrero le bautizaron Juan; diéronle garrote, y tendido en el polvo vil, durmió toda la primera noche de su noche eterna, al pie del poste infamante en que lo extrangularon! El: el teócrata omnipotente, el gran sacerdote de su padre el Sol; él, que ayer no más veía postrado a sus pies todo el Imperio de confin a confin!!!

"El ala entelerida de la fatalidad consumada hace temer de horror todos los corazones!!

"Un soplo de desolación se arrastra gemebundo entre las huacas!!!

"Han desaparecido los brillantes ejércitos del Inca; el español ha humillado la raza, sometiéndola a servidumbre.

"**Delenda Est Tahuantinsuyo!** Tahuantinsuyo no ha muerto todavía! Tahuantinsuyo está en pie!!!"

No es aqueste un grito de magno coraje indio lanzado a la faz de los siglos de conquista y coloniaje?...

Otrora, su española sojuzgadora le hace exclamar:

"¡Qué fuerte la pinta ibérica!

"Allí donde hay que realizar un imposible, allí el conquistador; allí donde hay que vengar alguna ofensa, allí el conquistador; allí donde se puede requebrar a una mujer, allí el conquistador; por ella mata, se condena, arrastra por el polvo los roeles del escudo que honraron cien generaciones!

"¡Qué hombres aquellos!"

Luego, sojuzgada por las dos razas a un tiempo, lanza la voz épica de mayor altitud en nuestro siglo:

"Quitu de los Caras, Quitu de los Incas, Quito castellana, Corte de Huayna, capital fastuosa de Atahuallpa, primogénita de la Libertad suspendida como un astro en la mitad del universo.

"Los soles te coronan, la Cruz del Sur abre sus brazos amorosos, pasmada de admiración cuando te mira!

"Princesa encantada por un brujo alquimista, estás contando estrellas en altísima cumbre y, si te empinas, tus dedos rozan las constelaciones: Leo, Virgo, Sagitario, el collar de brillantes que desgrana sobre tu cabeza todos los fulgores eternos de los astros.

"¡Salve, Quito, jalón divino que marcas la mitad del mundo y

tienes por diadema de tu realeza la linea equinoccial, que los siglos sigan rodando sobre ti, mirificos, sin desflorar tu belleza, dorándote con mano eterna de la pátina sacra que el tiempo deposita sobre las obras peregrinas consagradas por evos milenarios!

"¡Salve, Sultana de los Andes, Quito de los Shiris, Quito de los Incas, Quito castellanall!"

Esta la Literata: Zoila Ugarte de Landivar.

Tócanos mostrar a la Mujer Luchadora: la que signaba cuartillas y cuartillas con la palabra del fuego libertario que le consumia. La que, según el decir de Mnuel J. Calle, "es mucho hombre", defendiendo palmo a palmo las Libertades conquistadas en fuerza de la sangre de los héroes que nos liberaron del colonlaje español y de los no menos héroes que nos dieron esotra Libertad augusta de la conciencia y el derecho humanos.

Ni la calumniosa diatriba de los unos, ni el silencio cobarde de los otros, lograron abatir este formidable espíritu. Incansable Paladin de la Libertad, quiso hacerla conciencia en los espíritus secularmente oprimidos de los de abajo. Y a esa ardua labor consagró los mejores días de su esplendorosa juventud. La Prensa del Pais y la del extranjero acogieron sus vibrantes escritos de mujer, escritos hacedores de Patria; porque no se concibe la existencia de una Patria entebrecida por las sombras postreras del pensamiento colonial de hinojos siempre ante los déspotas.

Doña Zoila Ugarte de Landivar constituye uno de los baluartes del Liberalismo Ecuatoriano, al que le viera nacer de entre los escombros de regímenes caducos y carcomidos por todas las polillas sociales que, con los hombres e ideas nuevos, los derribaron.

No podemos dar por terminado este retrato de Mujer, sin descubrir en ésta, siquiera en breves trazos, la faz de la Maestra.

Maestra que lleva en sus ojos la infinitud del océano, como que ellos copiaron los oleajes soberbios y las mansedumbres casi humanas del mar. Maestra que aprendiera el verbo de labios oceánicos, esos que dicen, desde el principio de los siglos, su palabra de verdad.

Maestra a la que el Maestro formidable enseñó, día a día, que las fronteras espirituales —como las del mar— son ilimites. Maestra que ha vertido y vierte el raudal de la sabiduría en la redoma pequeñita y hermosa de las mentes juveniles. Maestra, Literata, Luchadora que bien puede exigir en nuestro Ecuador el Patriarcado de las Virtudes y las Letras.

AURORA ESTRADA Y AYALA

He aquí uno de los auténticos valores de las Letras Nacionales contemporáneas. Nacida con este siglo, hija de un pueblecito de la bella Provincia Fluminense, en la costa del Ecuador, tomó para sí el bravo espíritu del Trópico. Empapó sus ojos en el paisaje exuberante. Aprisionó en su voz las magnas voces de su vida múltiple. Y, dueña de estas preeminencias, va diciéndonos sus cantos de amor y de dolor, de humanidad y de protesta, de cariño filial y de supremo cariño materno.

Porque Aurora Estrada y Ayala sufre en carne y espíritu, la pasión de los hermanos de abajo: los irredentos, los eternamente atados al yugo del trabajo. Y protesta con ellos y por ellos, haciéndose palabra en sus labios y esencia de sangre en su pluma el rictus amargo de la boca, la llamarada intensa de los ojos, el retorcimiento siniestro de las manos, la tragedia, en fin, de los proletarios.

Esta Mujer tan mansa, tan buena, tan dulce en la convivencia intimista, en uno como desdoblamiento espiritual, con voces de verdad y palabras candentes, enrostra a los culpables la eterna injusticia de los hombres. Con su labor poética desperdigada en revistas y periódicos, fiestas escolares y recitales obreros, habría para llenar más de un volumen de lo más sincero y mejor escrito en Letras reivindicatorias de la Justicia y el Derecho que reclaman imperativamente la depredada y sufrida Mayoría Universal.

Su Voz de Arcángel anunciador, grita a los cuatro vientos:

"Los hijos de los pobres ya no sueñan en ángeles...
Tienen sólo hambre y frío y se duermen ceñudos...
¿Qué esperan?: el pan duro de las madres ausentes,
ausentes casi siempre de sus hogares fríos!..."

El inmenso sentido humano de sus poemas proletarios estremece el horizonte preñado de relámpagos y nubes tempestuosas; sin que este estremecimiento llegue acaso al corazón de quienes deberían sentirlo.

Así va realizando su labor de Poeta y de Luchadora en las filas de avanzada. Un día nos hará dueños de su novela: "El Puente", en la que nos muestra a la mujer —Ella misma quizá— de pie en este siglo que ha echado sobre los hombros de tan débil ser un pesado fardo de responsabilidades y deberes —ayer tan sólo patrimonio del sexo fuerte—, sin concederle derecho alguno. Esta novela será una revelación de lo que siente y puede gritar América, por voz de sus mujeres.

Aurora Estrada y Ayala, con voz épica, entona el Magno Canto de la Raza. Sus magistrales poemas Shiris, los Quitus y los Huancauilcas le consagran **Señora del Verso Mayor**. Ese verso que esculpirá en el pecho de las generaciones de todas las edades la Vida, Pasión y Muerte de los pueblos, con sus campos florecidos de laureles para ceñir las frentes de los héroes. Ese verso legendario que nos dice de las cumbres que fueron pedestal de los semidioses de diversas razas humanas. Aurora, con voz cósmica, a favor de una pira gigantesca que, emergiendo de su pecho, surge a flor de labios, nos relata la Epopeya India, con sus hombres hijos del Sol y de esta tierra nuestra. Sus poemas raciales son los mejor logrados en el Ecuador, por más que estén limpios del proemio obligado de autobombo y los carteles laudatorios, pagados, de muchos poemas similares de nuestros poetas menores.

Todos los géneros poéticos los cultiva Aurora y en todos ellos se ha estatuzado en un plinto muy de Ella. Así la admiramos en el Lírico, desde su poesía primigénea, cuando desnudaba su espíritu heleno ante los supremos, —por más que quienes padecen miopía intelectual pretendan ver en esa pagánica desnudez la sensualidad e impudicia existentes sólo en sus ojos perversos—; hasta su poesía maternal, máxime, tratándose de la Mujer bendita que le trajo a la vida material e intelectual. De esta maternidad nos dicen su "Canto al Hijo Edgardo, en sus Veinte Años", "El Romance del Hijo Malo" y la "Tiniebla" o los veinte y un poemas inefables en que mece a la Madre, para el sueño eterno. Escuchadla en estos últimos:

MIA, pegada a mí como un cilicio de estrellas
UNICO amor en esta hora de soledad profunda...
AMOR como yo sueño: total y sin caminos que vayan a otra parte,
Inmutable, desde todos los tiempos, barco invicto sobre las olas de sombra y de luz.

.....
NUNCA! Recién entiendo que hay una zona de silencio sin término,
Que tu oído, caracol de ternura, donde mi palabra se volvía música,
se llenó de ceniza livida. Que tu mirada con nardos y amaneceres
no lavará jamás mi carne sombría.

.....
SIGUE durmiendo, Madre,
como duerme una niña.
Yo te acosté en tu lecho
como si fueras mi hija...

.....
Esta es Aurora Estrada y Ayala... Cómo quisiéramos darla íntegra a los que han sabido y a los que aún no saben de esta Mujer que vive en nuestro siglo y canta con voces de todos los siglos. Esta Inmensa Mujer de pensamiento y sentimiento dolidamente proletarios.

Dolores Vintimilla, Zoila Ugarte de Landívar, Aurora Estrada y Ayala: Las dos mitades los siglos XIX y XX colmados por estas TRES MUJERES MAXIMAS EN LA LITERATURA NACIONAL.

Apuntes sobre un Libro Cuencano:

"EL SENTIDO COMUN

—Ensayo de una Nueva Concepción de la Vida Humana—

Hace pocos días, editado por el Núcleo del Azuay de la Casa de la Cultura Ecuatoriana, apareció "El Sentido Común", nuevo libro de Arturo Salazar Orrego. La amistad cabal que me une con el autor me deparó la oportunidad de conocer la obra aun antes de su publicación. De conocerla y admirarla, para decirlo de una vez. Y porque conozco el libro no he podido, ni pudiéndolo lo hubiera querido, resistir al deseo de escribir estas notas, que no son de crítica ni exégesis sino solamente de información sobre una obra destinada a tener vida propia, clara y perdurable, en las Letras Ecuatorianas.

Lo que va dicho creo que revela ya de sobra la parcialidad —que reconozco abiertamente— con que hablo de este libro de Salazar Orrego. Pero, pienso, esa parcialización mía no obedece al afecto que profeso al autor, sino a la obra, y no, tampoco, a que me adhiera a las teorías y doctrinas sostenidas en ésta, que eso de si tal adhesión existe o no es cosa aparte, sino al vigor ingénito del libro, a su originalidad, a su "personalidad", que le constituyen en una manifestación extraordinaria, islica, del pensamiento nacional.

Arturo Salazar Orrego no es suficientemente conocido fuera de

Cuenca. Podríamos decir, más bien, que es desconocido. No consta en ningún estudio oficial de la Literatura Ecuatoriana, ni en ninguna reseña oficial de los escritores nacionales contemporáneos, ni como ensayista, ni como periodista, ni siquiera, en fin, como "intelectual", que es la categoría, mitad generosa mitad equivoca, con que "los que son", y también "los que no son", entran al recinto de los representantes y exponentes del pensamiento y el espíritu ecuatorianos.

Sin embargo, ese desconocimiento sólo se explica porque Salazar Orrego se ha mantenido sistemáticamente alejado de los cenáculos y círculos culturales, y de la publicidad literaria oficial, que son indispensables en nuestro País, acaso como en cualquier otro, para prestigiar a un escritor ante el público y darle carta de naturalización entre los poraestandartes de las Letras. Salazar Orrego ha preferido siempre, y prefiere, vivir en casa propia, exclusiva suya, y, lo que es más, luchar con denodado empeño contra toda posible intromisión en ella.

Salazar Orrego, que actualmente frisará en los cuarenta años, se dedicó al cultivo de las Letras desde su adolescencia. En su primera juventud escribió versos, y también cuentos y novelas cortas que mantiene rigurosamente inéditos. Más tarde emprendió en el periodismo, y fué entonces cuando dirigió el diario "La Nación", que se editó en Cuenca allá por 1935. Imprimió a este periódico un carácter de altura, de serenidad y ponderación, y él mismo se mostró como periodista de estilo claro y seguro. Lamentablemente, "La Nación" no vivió largo y, cuando dejó de editarse, Salazar Orrego se retiró de la militancia periodística.

Sólo algunos años más tarde, en 1944, el público —un público reducido, por cierto— volvió a saber de sus actividades intelectuales al aparecer un pequeño libro, casi un folleto por su extensión, "Carta a la Eternidad".

Era éste, por el contenido y la trama, un libro insólito y, en verdad, muy pocos lectores, contados, lo comprendieron. Muchos ni siquiera terminaron su lectura, y de los que lo hicieron la mayor parte calificó al libro de extravagante cuando no de ininteligible. Era un libro para pensar, una incitación constante a la meditación y la reflexión —la obra que estoy anunciando acaso lo sea más todavía— y, en realidad, a la gente no le agrada pensar.

Tratábase de una epístola dirigida a un amigo fallecido, de una carta a ultratumba. La misiva ocupa todo el libro, y a través de ella se plantean, con vehemencia casi desesperada, en un estilo hondamente emocionado y poético, los más agudos problemas espirituales que preocupan y conmueven al hombre de estos días, que lo sacuden con furia primitiva y metafísica, y lo sumergen y abandonan en un océano de duda, angustia y espanto. El problema del destino humano, de la muerte, de la eternidad, de la capacidad del hombre para comprender las cosas, de la Filosofía, la Ciencia y la Técnica frente a la Verdad y el Bien, del Estado y la sociedad frente a la persona, todo ello relampaguea y palpita en "Carta a la Eternidad", que es, de esta guisa, como un intento de breviario del hombre de nuestro tiempo. Un breviario particular, ciertamente, sin normas ni mandamientos, sin teorías ni doctrinas precisas, sólo con problemas, dudas y preguntas incontestables. Tal como somos, únos más, otros menos, los hombres del acosado mundo sigloventino.

Actualmente, y desde hace dos años, Salazar trabaja otra vez en el periodismo, ahora en la radio. Es editorialista de "La Voz del Tomebamba", y desde esa posición dicta cátedra de ecuanimidad, tolerancia y civilidad, demostrando adhesión firme e inquebrantable a los ideales y principios que dignifican y ennoblecen al hombre y a los pueblos: el respeto cabal a la persona ajena con sus fueros y atributos, el amor fervoroso y la práctica sincera a la Libertad y la Justicia, el afán inmarcesible de Cultura.

En épocas como la nuestra, rebosantes de problemas inmediatos que claman por soluciones urgentes y tajantes, este periodismo de Salazar Orrego suena, para algunos, inactual e inoperante. En este tiempo de lucha de todos contra todos, del gran "battle-royal" mundial, del puntapié y la bofetada, el periodista, que es ante todo luchador, debe golpear y atacar siempre, y devolver golpe por golpe, bofetada por bofetada, dicen ellos. Es absurdo, continúan, contestar al garrotazo con la lección de Moral. Mas, Salazar Orrego, que tiene una enorme fe en la razón humana, en la buena indole del hombre, cree en el periodismo como cátedra y no como arma de guerra, y en el periodista como maestro y no como "gallo de pelea". Tal vez esta actitud sea inactual, pero lo será por demasiado alta, no por mezquina.

Tales son, en síntesis de cierto ni acertada ni completa, los datos

sobresalientes relativos a la personalidad intelectual del autor del libro que motiva estas líneas.

Y ahora entremos al tema propiamente dicho.

Desde luego, habré de contentarme con señalar lo que yo considero como lo más rico o llamativo del libro, pues el comentario completo sobre las ideas y doctrinas en él contenidas requeriría de un estudio largo y complejo, en todo caso demasiado largo y complejo para caber dentro de los límites de la ocasión que hoy se me presenta.

Ya el título de la obra me resultó extraño cuando tuve el original en mi poder. "El Sentido Común": ¿sería un estudio psicológico sobre aquella especie de facultad que es la característica dominante en el pensamiento y la acción de la "persona práctica", del buen burgués, del "hombre mediocre" que dijera Ingenieros?; ¿se referiría, en suma, al famoso "common sense" de los Ingleses, esa especie de guía infalible para el paso llano y la vida cómoda?

El subtítulo del libro vino a aumentar mi confusión: "Ensayo de una nueva concepción de la vida humana". Creció mi confusión tanto por la audacia del propósito expresado en el subtítulo —nada menos que el planteamiento de una nueva manera de comprender la vida del hombre, que es, en mi concepto, algo un poco más difícil que estructurar una nueva teoría sobre la gravitación universal—, como por la dificultad que de pronto surgía para armonizarlo con el título. Después de leer y releer el libro, pues yo lo he leído y releído, he llegado, en cierta manera, a justificar la forma, realmente un poco rara, en que está nominado, pues, en definitiva, la tesis de la obra sería que el "sentido común", entendido como el autor lo entiende, debe regir la vida del hombre y de la sociedad, para que los dos puedan cumplir su destino que, finalmente, no viene a ser otra cosa que la realización, por su parte, del plan universal que rige todas las cosas, de la armonía universal, en suma. Sin embargo, el mismo autor ha comprendido las dificultades del título de la obra. Lo demuestra cuando, a manera de brevisima introducción, dice que el libro debía llamarse más bien "Anthropothesis" (palabra formada por el autor

con dos voces griegas, "anthopos", hombre, y "thesis", orden, situación, colocación, etc.), con cuya denominación se habría alcanzado mejor a definir el propósito del trabajo: señalar la justa posición o colocación del hombre dentro de la sociedad, de la humanidad, del Cosmos.

Mas, es ya hora de pasar del titulo a la obra. Después de todo, y a pesar de que para cada autor este bautizo es parte importante de su faena, a los libros, igual que a las personas, los nombres les caen casi siempre no sé cómo y de no sé dónde. En definitiva lo que importa es la persona, o el libro, no el nombre.

Cuando en líneas anteriores expresaba cuál es, en fin de fines, latetis de la obra, lo hacía con soltura no exenta de ligereza, casi, casi, como valiéndome de esa afirmación para salir del paso. Y no es que vaya a retractarme tan de seguida, sino que otra tesis sostenida en el libro me está reclamando, con pleno derecho, que la coloque por encima de aquélla, o cuando menos a su lado. Esa tesis, quizá de menor alcance teórico pero de mayor sentido práctico, de más grande interés humano, es bastante vieja, ciertamente: es la que sostiene que la familia es le núcleo social humano, y que a ella, a su conservación, a su perfeccionamiento, a su funcionar armónico, deben dirigirse, en primer término, los esfuerzos y preocupaciones del hombre, de la sociedad y del Estado, porque si la familia anda bien, todo lo demás seguirá el mismo camino, y si anda mal, todo marchará mal para el hombre, no importa qué y cómo se haga, pues habrá una falla en el mecanismo esencial para el funcionamiento y realización de la armonía humana.

Pero, a tiempo me parece, tengo que hacerme un reparo: con ya una, ya ótra y otra sugestión que me trae esta obra de Salazar Orrego, acabaré por perderme en el embrollo que acaso estoy en camino de hacer. Intentaré, pues, un ordenamiento y síntesis de mi exposición.

*
* * *

Dije cuáles son las tesis fundamentales del libro —que podrían resumirse perfectamente en una sola—, pero al entrar en materia dejaré sentado, ya, que el mérito de la obra no radica propiamente en

ellas, que no son nada nuevas sino más bien casi lugares comunes, sino en la labor de teorización realizada para probarlas, una labor en que abundan conceptos e ideas originales y fecundos, y que ha requerido inclusive la creación de nuevos vocablos.

Insistiendo en lo que antes decía, debo manifestar que en esta vez puedo permitirme apenas una visión ligera y global, a vuelo de pájaro, del material del libro. De otra guisa, está que sólo quiere ser un apunte bibliográfico se convertiría en un volumen, pues en la obra a que estoy refiriéndome, y cosa rara, rarísima en las Letras Ecuatorianas, tan plagadas de piruetería verbalista, no abundan las palabras inútiles. Naturalmente, una visión así es rica en omisiones, pero no queda más remedio que proceder en esa forma.

Para desarrollar su pensamiento, Salazar comienza sentando, ya en las primeras líneas del libro, esta base elemental: "el Universo es un movimiento armónico". Y de inmediato afirma, dándonos la clave de su obra: "Los seres que lo forman no están, no pueden estar, en independencia absoluta: están todos y cada uno en el gran pentagrama de la armonía total, constituyendo alguna nota en algún acorde".

Tal afirmación es pródiga en conclusiones trascendentales. Señalemos la más importante: el trastrueque de posiciones de los seres del Universo es fatal para ellos y para la armonía universal. Exactamente como en el símil musical puesto por el autor, si cambiamos las notas en un pentagrama, habremos acabado con la melodía original del período de que la nota forma parte, y por ende con la melodía total. En los últimos capítulos del libro, esto del trastrueque de posiciones y funciones, de la alteración del orden y plan naturales, es llevado a sus consecuencias humanas, sociales y políticas más importantes: el crecimiento desmesurado de la técnica a costa del sacrificio de los más excelsos atributos de la persona, la marcha acelerada de la civilización a expensas del retardo de la cultura, la supremacía de lo económico sobre lo espiritual, la prosperidad actual de los fanatismos, los nacionalismos y los totalitarismos y dictaduras, la existencia de las injusticias sociales que dan todo a los menos mientras desheredan a los más, todo ello y otros problemas como el de la educación contemporánea, es analizado e interpretado por el autor como derivado de tal o cual ruptura del orden, del plan natural de integración humana.

Luego de estas afirmaciones introduce ya un concepto original muy importante para el ulterior desarrollo del libro: el concepto de "morfón" (voz griega que significa "unidad estructural"). Un "morfón" es una individualidad estructural —son las estructuras las que relacionan las cosas del Universo según un orden armónico— "distinta de las partes que la forman y en la que determinado plan de ordenación del movimiento tiende a conservarse". Y, resumiendo las consideraciones que hace en torno a los "morfones", obtiene estas dos conclusiones: "Primero: En la constitución de los morfones entran dos elementos: las partes y el plan, lo cual nos permite deducir que la existencia de las partes en el todo tiene que realizarse de un modo *sui géneris*; Segundo: Los morfones existen en virtud de un principio de subordinación a una entidad superior, y a un principio de autonomía, que posibilita la existencia de la individualidad."

Ahora bien, ¿cuál es el "morfón" humano? ¿El individuo humano?, ¿el hombre?, ¿la mujer?, ¿los dos juntos? Ninguno de ellos. La familia, porque es la unidad biológica humana apta, es decir, el ente humano apto, capaz de realizar por sí solo todo el trabajo de autoconservación y reproducción (repárese debidamente en esta importantísima noción de *unidad biológica apta*). El individuo, incapaz de cumplir por sí solo esa tarea, sería simplemente un "factor estructural", según la clasificación que el autor hace de las estructuras, conforme a la cual la familia es un "integrante" y la sociedad y la humanidad son "entidades".

De allí, de esa condición particular de la familia, de ese sentido y situación que tiene en el "gran pentagrama de la armonía universal", se deduce su importancia decisiva e imponderable para el hombre, para la sociedad, para la humanidad.

"Referiremos —dice Salazar— el modo de actuación de una persona a la situación que ocupa en el integrante —ya sabemos que esto quiere decir en la familia—, al papel que tiene que desempeñar en tal situación y a la correlación entre su propio desarrollo somático (en su doble aspecto anatómico-fisiológico) con dicho papel y situación. Porque son éstos los que definen un estado *sui géneris* de relación autonomía-subordinación, correspondiendo a una edad fisiológica de un individuo hombre o mujer". — "En el curso de la vida de una persona —continúa diciendo—, van sucediéndose cronológicamente si-

tuaciones diferentes por la interdependencia con los demás factores que integran la familia: así tenemos las situaciones de hijo o hijo-hermano, hijo-hermano-esposo, hijo-hermano-esposo-padre, para no citar sino las primordiales. Arrancando de este hecho, insinúo tres proposiciones: Primera: cada situación estructural corresponde a una época determinada del desarrollo anatomo-fisiológico del factor humano; Segunda: cada situación estructural se basa en la anterior; y, Tercera: el papel que tiene que desempeñar la persona en cada situación estructural ofrece las oportunidades necesarias y únicas para la cabal expresión del instinto y del parainstinto" (a continuación veremos lo que estos términos significan para el autor). De todo ello, Salazar concluye que las causas del comportamiento humano contra "sentido común", es decir: contra el orden, el plan, la armonía universales, en cuanto éstos atañen al hombre, están situadas en la integración no debidamente realizada (para el autor la integración es la concurrencia de todo el complejo anatomo-fisiológico-psíquico del individuo humano para la realización de la estructura familiar).

El concepto de "integración" con que acabamos de rozar, tiene relación muy estrecha con los de **hábito integral**, **instinto**, **parainstinto** y **teleinstinto**, todos los cuales incluyen interpretaciones biopsicológicas de gran originalidad.

El razonamiento del autor a propósito de esto es, en síntesis, el siguiente: todo ser vivo es una estructura, y a su vez es parte de otra más compleja (ya hemos visto cómo para Salazar el individuo humano no es sólo "factor" de un "integrante" superior que es la familia), está sometido a un plan y, en consecuencia, observa un modo particular de existencia, dentro de cuyo marco se realizan todos sus actos. Ahora bien, el **hábito integral** (téngase presente el concepto de "integración"), característico de los seres vivos, es "un modo de ser y estar especial, substracto de la individualidad específica", o "la disposición estructural, resultado de un plan, que da al morfón un modo de ser individual".

Para explicar mejor lo que acaba de decirse, y al mismo tiempo para dar una noción fiel y precisa de la novísima concepción de ins-

tinto propugnada por el autor, y que entraña toda una teoría digna de detenida consideración y estudio, transcribo los siguientes párrafos de la obra: "Si no existiese el hábito integral no se podría dar cuenta del por qué de las variaciones individuales semejantes, cuando la vida de un conjunto de seres biológicos se desarrolla en ambientes similares. Hasta ahora se ha tenido como hecho axiomático, que las variaciones somáticas ocurren siguiendo un mismo canon si el medio es también el mismo para todos los seres estudiados, esto ha sido demostrado por la experiencia; pero la experiencia no ha explicado el fenómeno, sino, por el contrario, ha planteado un problema, puesto que si se acepta que cada ser vivo se desenvuelve autónomamente, la variabilidad de los caracteres debe resolverse en formas múltiples y no en la repetición de un mismo fenómeno de adaptación que conduce a una variación en el mismo sentido. Lo que realmente ocurre es que las variaciones de los seres vivos se realizan dentro de ciertos límites marcados por el hábito integral, de modo que todos los individuos que forman una misma estructura superior a ellos, puestos en las mismas condiciones, se desenvuelven subordinando su actuación a un plan único: el del morfón superior, precisamente, que puede estar logrado o en vías de formación.— El hábito integral toma expresión en la actividad del individuo vivo: los actos se realizan como si tuviesen un motivo común sito en el fondo mismo del ser actuante.— La expresión del hábito integral en la actividad particular es el instinto.— Por tanto, no existe sino un instinto: el de la conservación de la forma. Medítese un poco sobre todos aquellos impulsos o funciones que hemos dado el llamar instintos y véase cómo se canalizan hacia un fin único: conservar la forma. La conservación es un afán único: la nutrición y la reproducción son sus más rotundas manifestaciones que aparecen distintas a la observación, pero inseparables al raciocinio.— Cada vez con más brio defienden los autores la opinión de que todos los caracteres que individualizan un ser vivo, se revelan en la forma y pueden ser descubiertos a través de ella: esto es lo que está iniciando la Biotipología. No es absurdo pensar que la nutrición y la reproducción, los dos peculiares afanes de los seres biológicos, tienen un común motivo teleológico: la conservación de las formas biológicas. Conservándose la forma, permanecen en el espacio y en el tiempo la estructura, el plan y todo el fondo que se reviste en su existencia de los caracteres de la forma.— Habiendo pasado la época de concepción del hombre como ápice de la naturaleza, y reduciéndose al lugar que le corresponde como ente biológico

entre los demás del mundo orgánico, es procedente que se lo tome como parte supeditada, actuando en conformidad con cierto plan, cuya existencia se encuentra fuera de él y por encima de sus atributos; así como el electrón que se mueve en la unidad estructural del átomo.— El hombre no ha descubierto todavía ni podrá inventar nunca la manera de eludir las leyes apenas vislumbradas en los párrafos anteriores; su vida se realiza dentro de los cánones ordinarios de todo lo que vive; considerarlo fuera de ellos equivale a estudiarle disociado de su condición biológica. El que medite en la realidad humana, ha de aceptar que el hombre posee un especial modo de ser y estar, una individualidad que pone de manifiesto un hábito integral específico: el **hábito humano**.— Paralelamente al hábito humano he de hablar de un **instinto humano**, que constituye la base de la conducta, como si fuese el **sentido** inicial impreso al acto hacia la conservación de la forma humana, el sentido que pone en su actividad un sello característico, que le diferencia de los demás seres vivos.— Si no se concibiera así el instinto, ¿cómo se podría sintetizar el común afán de los seres vivos de mantener en el espacio y perpetuar en el tiempo una forma? De no aceptarse la existencia de tantos instintos como formas biológicas específicas, ¿cómo podríamos explicar el procedimiento diferente de las diferentes formas vivas? Seguir echando mano de términos como los tropismos, para explicar los actos de los seres biológicos, es traducir una incógnita con una serie de otras incógnitas. ¿No es mejor aceptar que el instinto une los fenómenos vitales en la comunidad de un mismo significado de conservación y que los instintos traducen en la actividad específica las variantes de ese mismo sentido total?— No es posible seguir manteniendo en el léxico científico un término que no precisa nada: con mucha razón opinan algunos psicólogos que la palabra instinto debe ser suprimida del lenguaje. Porque decir que los instintos son conjuntos de impulsos, es nada más que abrir paso a toda suerte de clasificaciones de los instintos, incluyendo en ellas desde pedazos arbitrariamente separados de funciones vitales, como el llamado "instinto de tragar", hasta complicadas situaciones de conducta, como el "instinto de protección", de que hablan ciertos autores serios, sin contar con las acepciones antojadizas que se encuentran en la literatura.— En el sentido expuesto en este capítulo, el instinto es un modo de funcionamiento de una estructura biológica dependiente de un determinado plan de integración; en tal modo de funcionamiento está sintetizado tanto el de las partes constitutivas (células, tejidos y órganos) como en compor-

tamiento total del conjunto estructural para la conservación de la forma viva."

Y luego de todas estas consideraciones, resumiendo su pensamiento Salazar termina el capítulo respectivo con esta definición de instinto humano: "es la expresión del hábito humano en la conducta".

¿Y qué son el parainstinto y el teleinstinto? En primer lugar aclaremos que tanto los vocablos como el sentido que en la obra se les asigna son originales del autor: luego añadiremos que los dos, unidos con el instinto, constituyen los tres elementos determinantes del comportamiento humano (esto nos parece algo como una reminiscencia de los estratos señalados por Freud en la mente humana: el "yo", el "ello" y el "super-yo"). Dejemos hablar nuevamente al autor, no obstante el peligro de convertir este apunte en un pargu conjuntho de transcripciones: "sobre el instinto se construye el edificio de la autoexperimentación común, que llamaré **Parainstinto** (del griego "para" que significa "junto"); y sobre éste el de la experiencia fisiológica y mental del individuo, que llamaré **Teleinstinto** (de "tele", palabra griega que significa "lejos" o "a distancia")." "El parainstinto tiene origen en la experiencia común y en la repetición de un motivo y contiene todas aquellas proyecciones del instinto que acomodan la conducta a la variación que, a fuerza de repetirse, se ha tornado motivo permanente.— El parainstinto constituye el modo de cumplir lo instintivo en un lugar de la naturaleza, en una época determinada de la evolución entidal y en un periodo determinado del desarrollo ontogénico."— "Sobre el instinto y el parainstinto, se construye el **teleinstinto**: primero lo dado por el plan biológico y por la entidad que ha actuado, luego lo que nace del individuo como flor de su autonomía.— El remate de la personalidad, cuyas raíces se hunden en las regiones del instinto, tiene lugar por el triple mecanismo de la sugestión, la imitación y el descubrimiento. Mas no todas las sugestiones, modelos y descubrimientos, pondrán al alcance del individuo el modo apropiado de traducir en la conducta los dictados del instinto. Para que el material formativo del teleinstinto fuera una proyección adecuada del instinto, sería necesario que el individuo supiese, por propia experiencia, todas las variantes que pueden ocurrir en todos los individuos en sus diferentes edades. Por más que en el parainstinto se haya fijado el método más apropiado para un época, no se debe olvidar que el método es una resultante

común, que no tiene en cuenta la variante individual, sino que representa el modo de lograr el éxito del plan biológico, modo aplicable a la mayoría de los componentes de la especie." Por todo ello "la versatilidad es la característica del teleinstinto, y también su tendencia de crecer y crecer, como crece un hacinamiento de tanteos antes de dar con el procedimiento definitivo". Y, sintetizando sus ideas sobre el asunto, añade: "En resumen: en el modo de comportarse el hombre figuran tres partes: el instinto, el parainstinto y el teleinstinto. El instinto se refiere a la conservación del integrante (la familia), es decir, es la expresión exclusiva del principio de subordinación a un plan estructural, para el cual nace, vive y muere el individuo. El teleinstinto se refiere a la forma particular cómo el factor humano (individuo hombre o mujer; niño, joven o anciano) traduce en la conducta los dictados del instinto; es decir, el teinstinto es, esencialmente, expresión del principio de autonomía. El parainstinto es la forma común de armonizar los dos principios en la conducta ordinaria. Los tres componen el sentido común". De esta manera arribamos a la noción que de "sentido común" —recordemos el título del libro— tiene el autor, "por consiguiente — dice en seguida — ensayando una definición diremos: el sentido común es el modo humano de apreciar las cosas y acomodar la conducta a las condiciones internas y externas del individuo, para la más fácil consecución de los fines vitales".

Ninguna reseña de este nuevo libro de Arturo Salazar Orrego, por sucinta que sea, puede dejar sin poner de relieve las ideas sustentadas por el autor sobre el "anthropo" y el "perianthropo" ("anthropos" hombre; "perianthropos", lo que está en tomo al hombre). También en esta ocasión los términos y los conceptos son originales, y es preciso destacarlo.

La importancia del tópico radica en el concepto mismo que el autor tiene sobre el "anthropo" y el "perianthropo", como en las derivaciones que de esta concepción obtiene.

El hombre, para subsistir, para cumplir las funciones de auto-conservación y reproducción, tiene que adaptarse al medio y que

transformarlo. Esto lo hace mediante los que el autor llama "procesos ecológicos humanos". A través de éstos, para alcanzar esa adaptación o esa transformación, o ambas a la vez, fabrica instrumentos, crea y desarrolla la técnica y la civilización, elabora ideas. De este hecho, tan simple como notorio, arranca el autor su concepción del "anthropo" y el "perianthropo": "el hombre no es sólo el cuerpo orgánico asiento de todo su funcionalismo: una atmósfera integrada por la totalidad de los efectos de éste le rodea específicamente. De modo que bien se puede considerar al ser humano como formado de dos partes inseparables, igualmente reales e igualmente importantes para su desenvolvimiento: una, la persona, Individuo hombre o mujer, la llamaré **Anthropo**; y otra, conjunto de efectos del funcionalismo total de éste, que suma los resultados físicos, biológicos e inteligentes de su actividad, lo llamaré **Periathropo**".

En un remoto punto de partida de la historia humana —en un punto de partida que acaso sea solamente teórico— la relación del hombre con la naturaleza era directa, inmediata. Salazar pone un ejemplo, que vamos a seguirlo: el hombre, cuando tenía hambre, trepaba al árbol, cogía el fruto y saciaba su necesidad. Pero pronto, por diferentes causas, llega a almacenar frutos, para tenerlos disponibles por ejemplo en épocas de escasez, y llega también a inventar el guizque, utensilio rudimentario que, sin embargo, le permite alcanzar los frutos a que antes no llegaba, y, en todo caso, hacer la recolección más cómoda y fácilmente. Este hecho, de suyo tan pequeño, introduce un cambio trascendental en el "proceso ecológico humano", porque en definitiva llega a crear la necesidad del guizque, que antes era desconocida. Y algo más, la aparición del utensilio altera, en cierta forma, las relaciones de convivencia social: quien no posee un guizque tiene que conseguirlo a las buenas o a las malas: si es que no puede hacer él mismo el guizque, tendrá que quitárselo al dueño, o que pagar a éste algún tributo a cambio de su propiedad o de su uso. Piénsese en las proyecciones sociales incalculables que esto tiene.

Tras esta aparente digresión, dejemos otra vez expresarse al autor con sus propias palabras, en esta ocasión sobre el tema, tan sugestivo, del "anthropo" y el "perianthropo": "El perianthropo es el lugar en donde están situados los accidentes que obligan la desviación del proceso ecológico humano. Ahí está el guizque del ejemplo, fuera del medio circundante, fuera también del anthropo, pero dentro

del hombre que es su creador y dueño; como un efecto de la inteligencia, empeñada como todas sus demás facultades y potencias, en la consecución de los fines conservativos. Desaparece el hombre, desaparece el guizque como idea, como realización y como función; así como desaparecerían con su desaparecer el lenguaje, las leyes, las máquinas, en fin, todo lo que surge del artificio.— El perianthropo es también el tiempo, tal como lo aprecia el hombre: la sucesión de fechas, el irse de las horas, de los días, de los siglos, arbitraria y humanamente; es decir, asíéndose al recuerdo en la trayectoria circular de los relojes, para que la manecilla pase muchas veces por un mismo sitio y se pueda contar el irse irremediable por el número de veces que el calendario obliga a evocar un mismo recuerdo. El perianthropo es también este tiempo humano; esperanza alongada a lo largo de las fechas; preparación presente para el goce de un mañana que nadie promete, pero que se halla escrito con caracteres muy seguros en las páginas del calendario. Rigidez impuesta por el artificio humano en el sucederse de días y noches, para disciplinar la conducta en medio de las mutaciones de las cosas. He aquí que si el hombre no hubiese dispuesto el tiempo en el calendario, los días pasaran y se sucedieran iguales. Ninguna particularidad caracterizara el día de Año Nuevo, ni el de Pascua, ni el del vencimiento de un plazo; pero como el hombre ha humanizado el tiempo, hay en el perianthropo una presencia de fechas que influye decisivamente en su conducta.— Para que el concepto de perianthropo sea completo, es menester pensar en que no solamente la actividad humana artificial es capaz de hacerlo; también del trabajo biológico dimanan muchísimos efectos que rodean al ser humano. Es difícil determinar la parte del perianthropo que se debe a la actividad biológica; pero es indudable que el hombre es un centro de perturbaciones ambientales que se desprenden de su funcionalismo biopsíquico que resume su comportamiento como cuerpo físico que se mueve, complejo químico en incesante cambio, organismo anatómico en permanente función y ente vivo evolucionando en el tiempo. No es aventurado decir que al rededor del hombre obra un campo electromagnético, que la oscilación celular de su conglomerado anatómico rebasa en efectos las lindes del soma, que es foco de calor radiante, fuente de efluvios y, en fin, centro de emanación de los más variados y aún desconocidos fenómenos.— El perianthropo total de la entidad humana puede ser considerado como el medio que realiza la concatenación de los factores humanos que la integran. Envuelto está aún en las sombras de

lo ignorado el papel que desempeñan en la biocenosis humana los efluvios, flúidos, radiaciones, etc., que se mezclan en complicado conjunto en el perianthropo. Los medios de observación de que se dispone actualmente son todavía de corto alcance, pero el raciocinio puede adelantarse a la empiria en consideraciones tales que permitan elaborar para lo humano una suerte de relaciones similares a las que tienen lugar entre otros seres de la Naturaleza: las células que forman los organismos tienen necesidad de un medio común, el plasma, para desarrollar su vida y funciones integrales; el aislamiento es incompatible con las condiciones exigidas por todo lo biológico, en donde impera la relación entre los individuos, como indispensable medio de realización estructural.— El perianthropo es el medio de relación de los factores humanos que constituyen la entidad. Esto no quiere decir que las relaciones han de ser precisamente útiles a sus fines vitales, en todo caso; pues que también acaecen influencias mutuas de carácter perjudicial: así como células enfermas de un tejido, pueden, por intermedio del plasma, hacer partícipes de su mal a otras células y al conjunto orgánico, así también el individuo enfermo puede, por mediación del perianthropo, contagiar su enfermedad a otros seres humanos. Inversamente, la acción bienhechora o útil, influye en la vida del conjunto, por intermedio del perianthropo. En suma, se puede sentar que el perianthropo hace que todo efecto, natural o artificial de la actividad humana, obre en la entidad total.— El perianthropo es también el medio de relación entre el hombre y la naturaleza. Los efectos artificiales y naturales que lo forman son las expresiones del conjunto de influencias del medio habitado respondidas por un conjunto de hechos vitales producidos por las estructuras vivas desde su comienzo en la gestión evolutiva de la entidad. Por tanto, la evolución del perianthropo debe hacerse siguiendo el mismo ritmo de la evolución del anthropo: ¿ocurre realmente de este modo? Ocurriría así, realmente, si el único móvil de la actividad humana fuese la satisfacción de necesidades primordiales; pero como el hombre actúa impulsado con mayor frecuencia por necesidades derivadas, curiosidad y placer, el perianthropo se llena, por decirlo así, de efectos que obligan al proceso ecológico a tomar una trayectoria extremadamente complicada, hasta alcanzar la meta de la satisfacción.— La evolución del perianthropo depende, pues, del anthropo. Pero el anthropo es múltiple; no es una inteligencia única la que puede crear y destruir según convenga a sus propios fines fundamentales: el sabio elabora una teoría físico-matemática según la

cual si se desplazaran de su lugar las cargas eléctricas que constituyen el átomo, se liberaría una cantidad formidable de energía; los científicos de laboratorio acogen la idea y se ponen a la obra de comprobarla en el experimento: la comprueban, en efecto, y consiguen hacer explotar el átomo, en una época cuyas condiciones políticas no dependen de ellos. El anthropo es en ese entonces, ante todo, hombre de guerra, y a todo efecto artificial que surja en el perianthropo le busca primordialmente un significado de arma y canaliza el descubrimiento hacia la invención de la bomba atómica. He aquí que Roentgen, los Curies, Bohr, Rutherford, Einstein y cien más que empeñaron su inteligencia en la sana curiosidad de los arcanos de la materia, habían estado cavando las tumbas de Nagasaki e Hiroshima para el entierro de un Imperio milenarío. Y mientras se llevan a cabo los servicios fúnebres, el anthropo, aturdido todavía, busca otro significado para la explosión del átomo, hecho artificial que ya no puede suprimir, porque ha quedado firmemente establecido como una realidad en el perianthropo. Pero no es fácil dar con el nuevo significado conveniente e imprimirlo en el objeto. El perianthropo se ha alzado como un gigante y el anthropo empequeñecido ante su propia obra, la teme, como un niño que ha apilado muchas cosas y no puede separar las manos del montón, porque el más pequeño desequilibrio lo derrumbaría sobre él. Entonces se podría escuchar que al no obtener respuesta a sus gritos de socorro, comienza a lamentar su estado con frases de esta guisa: "para qué hice esta pila! Qué necesidad tuve de élla!"— Si obrara el hombre persiguiendo la sola satisfacción de sus necesidades primordiales, la transformación del medio se haría en la estricta proporción y sentido que demanda su evolución biológica; pero ni el medio mismo, ni la naturaleza del hombre son propicios a ello. El anthropo verifica la transformación ambiental sin plan ni medida, surge así un perianthropo que en gran parte es un óbice para la consecución de los fines vitales de la masa humana; se impone la urgencia de transformar lo hecho —ya con plan bien meditado y fijo— y mientras se lo traza y calcula, el anthropo tiene que adaptarse a la situación. Se aprueban los cálculos y planes y cuando se va a ponerlos en práctica, asoma otro efecto imprevisto del pensamiento y sorprende a la multitud que está adaptándose recién y a los dirigentes tratando de contrarrestar el problema anterior... Es como si el perianthropo, tomando la delantera, corriese como caballo sin freno, mientras el anthropo, el jinete, jadeante y

desconcertado, trata inútilmente de alcanzarlo. Este es el cuadro en que este libro encuentra al hombre del siglo XX."

A través de esta concepción del "anthropo" y "perianthropo" llega el autor a explicaciones sumamente interesantes sobre los problemas más importantes que preocupan y acosan al hombre de estos tiempos: por ejemplo, explica de qué manera, desde ese punto de vista, la guerra y la revolución pueden significar la protesta del "anthropo" frente a la opresión de un "perianthropo" desorbitadamente crecido, explica también por qué en todas las épocas de crisis surge entre las gentes un vehemente deseo de retornar a los tipos de vida más simples y naturales de otros tiempos; analiza, así mismo, cómo ese desarrollo desmesurado del "perianthropo", que, en síntesis, es la encarnación de lo artificial, ha propiciado el triunfo de las dictaduras y los totalitarismos; explica de qué manera la economía se ve complicada con ese mismo desarrollo, en qué sentido "la tragedia del hombre estriba en el menosprecio del "anthropo" y en la sobreestimación del "perianthropo", y a qué título puede considerarse, en la historia, a la cultura como expresión del "anthropo", mientras la civilización lo sería de "perianthropo".



Lo dicho hasta aquí subraya lo que es, en mi concepto, lo más original y sugestivo del libro. Pero abarca sólo la primera parte de éste. Lo restante tiene más propiamente un sentido práctico, ético mejor dicho, pues acomete, a su manera, y a base de los principios anteriormente sentados, la mil veces acometida tarea de señalar a los hombres el buen camino . . .

Esto no quiere decir, de ninguna manera, que menosprecie la segunda parte del libro, en la cual reconozco, por el contrario, que hay también ideas de gran valor y fecundidad. Mas creo, sin embargo, que el mayor valor teórico de la obra está en su primera sección.

Por ello, y porque este apunte va resultando demasiado largo, voy apenas a enumerar algunos de los asuntos tratados en esta última parte del libro. «

Hay en ésta —aclararé que esta división en partes es mía y no del autor—, un capítulo destinado al estudio de los "óbices", como los llama Salazar. Partiendo de que las relaciones del hombre con la naturaleza sólo pueden lograrse bien a través de la familia, concluye que "óbice" es toda obra o hecho que obsta la consecución de los fines vitales de la estructura familiar: las organizaciones totalitarias, la extremada división y especialización del trabajo, el endiosamiento del dinero, la preponderancia de la vanidad, la educación de las personas en ambientes extraños al de la familia, la injusta desigualdad en la distribución de las riquezas y de los bienes de la civilización entre los hombres, la inconveniencia, en fin, de ciertas realizaciones del "progreso humano" para la familia y la humanidad, en determinadas condiciones.

Viene a continuación otro icitante capítulo: "Deformaciones del instinto.— El genio.— Esquema del sentido común". Se demuestra allí de qué manera la existencia del genio puede ser fácilmente explicada de conformidad con las ideas sustentadas en el libro: el genio implicaría una ruptura del equilibrio de los principios estructurales de subordinación y autonomía, por la preponderancia exorbitante del último, un desarrollo desmesurado del teleinstinto.— En este capítulo, como de paso, Salazar inserta esta observación: "La santidad no tiene lugar en el genio. El Santo manifiesta algo absolutamente distinto a lo que expresa el genio; e indudablemente su condición no depende en modo alguno de las cualidades del instinto, ni del sentido común. Esta opinión será oportunamente ampliada". Con esto deja fuera de los límites de este libro lo que usualmente se llama "vida espiritual del hombre", acerca de la cual el autor se propone escribir un nuevo ensayo.

Paralelamente al capítulo que versa sobre los "óbices" debe mencionarse el que trata de las "inhibiciones del sentido común".

Si el sentido común es "una lógica del vivir, una lógica según la cual el hombre, como *anthropo* y *perianthropo*, ha de regular sus relaciones con los demás hombres y con el Universo", es obvio concluir que las inhibiciones del sentido común se manifiestan en la falta de esa lógica en los actos humanos, en su falta de sentido de la realidad, en su carencia de equilibrio, de armonía.

El autor señala y estudia las siguientes como causas de inhibi-

ción del sentido común: la influencia de las muchedumbres humanas, las preocupaciones profundas, la sorpresa, la desorganización psíquica y la fe.

El penúltimo capítulo es de gran interés dentro del libro. Desarrolla el siguiente sumario: "La familia, fundamento del Estado.— Deberes del Estado.— Esbozo de un plan educativo universal.— Medio circundante propicio a la entidad humana".

Acerca de la importancia de la estructura familiar, el autor, ratificándose una vez más en sus conceptos, afirma que "el reconocimiento de la familia como unidad fundamental de la sociedad, y la subordinación a ella de los individuos masculinos y femeninos, resuelve por entero los problemas vitales de la humanidad".

En cuanto a las ideas del autor sobre los deberes del Estado, es mejor que transcribamos algunas de ellas: "para deducir la actitud que corresponde al Estado en relación al proceder humano, hay que considerar al hombre como ente libre, desenvolviéndose en el cosmos; pues toda forma de determinismo que se supusiera existir como ruta de la conducta, no tiene otro efecto que el de anular la responsabilidad humana y tomar la labor estatal como rectoría de actuaciones que obedecen a fuerzas ciegas, irrefrenables e inevitables".— "La noción de libertad debe ser reformada en el sentido de la expresión ética de la interdependencia de los principios biológicos de autonomía y subordinación, en los fenómenos de detalle de la vida humana. El sentido de responsabilidad tendría, por lo tanto, a ser un resultado del equilibrio del sentido común".— "Propender a la estabilidad del sentido común es propender a la realización del concepto ético de libertad, como fundamento de la responsabilidad. Tal el deber del Estado. Deber que para ser cumplido con fidelidad ha menester de la fiel interpretación de la textura del plan biológico de la entidad humana.— He aquí puesta de relieve la importancia de las conclusiones del organicista en el estudio de la cuestión humana: ellas han de decir cómo debe concebirse el integrante completo; de qué manera se realiza la estructura unitaria, para que el Estado político calque al Estado natural y las Leyes sean fiel trasunto de la trayectoria de los procesos ecológicos perfectos. Conocida esa textura, sabida la manera cómo se realiza la unidad del integrante, deducido el papel del factor humano, el Estado político podría llegar a ser la expresión

racional del Estado natural; de modo que sus instituciones y normas traduzcan con la mayor veracidad posible el 'medio inteligente de ayudar a la completación normal de los procesos ecológicos del hombre.'

El autor reconoce trascendental importancia a la educación, a la cual considera como el único camino para "gobernar la inteligencia", asignándole la misión de lograr que "el devenir del perianthropo se realice paralelamente a la evolución del anthropo, para que los adelantos de la civilización ocurran como una consecuencia del avanzar de la cultura." "La educación ha de significar —dice Salazar Orrego— el estudio y práctica de un procedimiento que tienda a poner en plena conciencia la idea cierta del yo real y de su responsabilidad frente a la Familia, a la Humanidad, a la Naturaleza, a Dios."

Por fin, al terminar este capítulo, el autor resume sus ideas sobre lo que debería hacerse para lograr un "medio circundante propicio a la entidad humana". Dice así: "a) Reconocer que la atmósfera y la energía que espontáneamente brinda el Universo, son patrimonio común e indivisible de la humanidad.— b) Reconocer que sólo la Familia tiene derecho irrestricto a la propiedad de la tierra; y que el Estado lo tiene únicamente cuando su pertenencia es de indiscutible provecho público. Ni los individuos, ni las instituciones no estatales pueden ser dueños de la tierra ni del espacio.— c) Reconocimiento del trabajo como única fuente de ingreso del presupuesto particular.— d) Obligación gubernativa de vigilar que la remuneración sea suficiente con relación a las necesidades familiares.— e) Prohibición del ahorro, como veneno de riqueza de reserva, mientras no estén satisfechas todas las necesidades primordiales del grupo.— f) Facultad gubernativa de administrar la riqueza privada cuando represente un capital improductivo o dañino."

El capítulo final está destinado a la "evolución del sentido común", pues éste no es, como podría creerse, estático, siempre igual (recordemos que está constituido por el instinto, el parainstinto y el teleinstinto, siendo este último esencialmente variable). Si no fuera adaptándose a las nuevas condiciones del hombre y del mundo, dejaría de ser sentido común.

La evolución del sentido común se realiza a través de la herencia,

que transmite no sólo los caracteres originales de la especie, sino también los adquiridos, y del perianthropo, ese como ambiente o atmósfera creado por el hombre a través del tiempo y del espacio, al cual nos hemos referido en páginas anteriores.

En los últimos párrafos de la obra, el autor sienta una conclusión de gran alcance: la **Humanidad es el morfón humano total**. Medítese en lo que, siguiendo las ideas de este libro, tal afirmación significa. Medítese en cuán sólida es la base que se da a las ideas y sentimientos de solidaridad y fraternidad humanas, y a los que giran en torno a ellas.

Junto con esa afirmación, al finalizar el libro y para culminar su pensamiento, el autor incita al hombre de estos días tempestuosos a salvarse por la Virtud, y asigna a ésta sustentación biológica. Constituye esta incitación, al mismo tiempo, un hermoso acto de fe en el Bien y en el destino humano: "El hombre actúa obligado por las cambiantes circunstancias externas y por sus propias mutaciones: dos vendavales que chocan y suman su fuerza en el torbellino que marea, imposibilitando el juicio sereno capaz de apreciar las diferencias entre la apariencia y la realidad, calificar la creencia con oportunidad, intuir el camino de la armonía universal y comprender que ése es el propio camino. Pero la versátil pluralidad del teleinstinto y la extremada complicación del perianthropo abren las rutas múltiples de la satisfacción de las necesidades. Cuando la vorágine de la civilización confunde aquel camino con estas rutas; cuando se ha dado de mano el concepto de armonía universal para dar paso a la urgencia de satisfacer las exigencias del angustiado ego; cuando la naturaleza ha quedado lejos del hombre, separada de él por la desmedida o imprudente actividad de su ingenio, la primigenia voz del sentido común adquiere un nuevo timbre y pronuncia una nueva palabra: el timbre y la palabra de la Virtud, precisamente, que acaso es el único ejercicio que devuelve al hombre traicionado por su inteligencia, su aptitud de distinguir el verdadero camino.— Entonces se comprende que el plan biológico y la experiencia de la vida son los que inspiran la virtud; y que todo lo desordenado en afectos e ideas, en pasiones y deseos, es decir todo lo que no encaja en el plan o lo contradice, es al mismo tiempo perjudicial en el terreno biológico y malo en el concepto moral. Descubrimos así que la Moral tiene un fundamento biológico: la virtud, "ciencia del bien", "armonía", "equi-

libro del alma" (Platón) se asienta en la realidad de un plan biológico que sitúa a cada ser en una determinada ubicación en la gran estructura evolutiva del Universo."

Creo haber cumplido, siquiera a medias, el propósito que me movió a trazar este apunte: dar noticia de un libro nada común recientemente aparecido en Cuenca. Antes de terminar quiero citar todavía dos cosas más que en la obra llaman poderosamente la atención: una, que se refiere al aspecto formal, es que se halla magníficamente escrita, en un estilo sobrio, preciso y transparente. La otra, relativa a su estructura y contenido, es que, junto a la originalidad de las ideas y al rigor lógico con que han sido expuestas, campea en el libro un extraordinario poder de objetivación y de síntesis, como a simple vista puede observarse en los cuadros y esquemas que el autor presenta en el libro para mejor sistematización e ilustración de sus ideas.

Podría, tal vez, sostenerse que el fondo ideológico del libro se asienta sobre el "culto a la Razón" (Razón con mayúscula), sobre el amor, adhesión o apego del autor a la Naturaleza, más concretamente, al "orden natural", y que, justamente ese culto y las grandes doctrinas que arrancaron de tal apego o amor —el liberalismo rousseauiano en Política, el Romanticismo en el pensamiento y en el Arte, la Fisiocracia en la Economía, y también, en determinada manera, el Organicismo Sociológico, doctrinas todas, que, en diferente medida, subyacen en la obra de Salazar Orrego— han sido superadas hace tiempo por el pensamiento humano.

No es mi propósito rebatir ese pensamiento, quizá fundado en parte, mas es preciso observar, en primer término, que aquello de que determinadas doctrinas y direcciones del pensamiento hayan sido definitivamente "superadas", es, siempre, cosa sólo parcialmente cierta, afirmación muy relativa. Por otro lado, la originalidad y tesitura del libro de Salazar —algunas de cuyas más importantes manifestaciones hemos dejado señaladas— no sufren menoscabo por esa posible opinión. Planteando las cosas en un terreno de absolutismo, el viejo lugar común "Nil novi sub sole", es una verdad axiomática,

y entonces concluiremos que la originalidad es simplemente imposible. Situándolas en un terreno de relatividad, que es donde hay que situarlas, la originalidad es posible y existe: de esta originalidad creo yo que participa la obra de Salazar Orrego.

"El Sentido Común —Ensayo de una Nueva Concepción de la Vida Humana—" es una auténtica "obra de pensamiento", es decir del pensamiento elaborado, sistematizado, organizado, sometido todo él a los rigores y exigencias de la lógica, mas no por ello desprovisto del vuelo que posibilita la visión global y profunda de las cosas. No puede, en verdad, predecirse el alcance, la trascendencia que en definitiva tendrán sus tesis, razonamientos y conclusiones. Pero, de todas maneras, en la bibliografía nacional, donde el campo está casi totalmente copado por lo puramente literario, y donde frecuentemente el ensayo no hace sino realizar la teoría del disco rayado, nacional o extranjero, o el "poutpourri" de transcripciones, citas y nombres, este libro ocupa desde ahora un sitio aparte y eminente.

Cuenca, 26 de Mayo de 1952.

CRONICA UNIVERSITARIA

1952

ABRIL

Día 1º

Se inicia el desarrollo de la "Semana Odontológica" establecida desde algunos años, a esta parte por los alumnos de la Escuela de Odontología de la Facultad de Ciencias Médicas, cuya Asociación Escuela está presidida en la actualidad por el estudiante señor José Serrano Vega. Fueron números sobresalientes del programa la sesión solemne inicial, la entrega de acuerdos autógrafos al señor Vicerrector de la Universidad en ejercicio del Rectorado, doctor Manuel María Ortiz, y al Director de la Escuela, profesor doctor Ricardo Muñoz Dávila, así como al ex-Director, profesor doctor Adolfo Enrique Vázquez, en reconocimiento del apoyo y atención prestados por estos funcionarios al progreso de la Escuela de Odontología; la proyección de películas de carácter científico sobre la especialidad correspondiente y los eventos deportivos y actos sociales cuya brillantez fué marcada. En la sesión solemne el señor Vicerrector destacó la actuación eficiente y constructiva de los alumnos de la Escuela de Odontología y los felicitó por su labor.

✓ Día 4

Con asistencia del señor Vicerrector de la Universidad en ejercicio del Rectorado, doctor Manuel María Ortiz; del señor Presidente de la Excma. Corte Superior de Justicia

de Cuenca, doctor Carlos Enrique Vintimilla; del señor Decano de la Facultad de Jurisprudencia y Ciencias Sociales, doctor Luis Monsalve Pozo, de profesores y alumnos de la misma Facultad, en ceremonia sencilla fué inaugurado el Consultorio Jurídico Gratuito últimamente establecido con fines de investigación científica y práctica forense para los estudiantes que van a dejar las aulas universitarias para iniciar el ejercicio de la profesión de abogados de los Tribunales de Justicia de la República. El señor Vicerrector resaltó la importancia de la nueva dependencia universitaria cuyos elevados fines constan, juntamente con las normas de estructuración, en el Reglamento expedido por el Consejo Directivo de la Facultad de Jurisprudencia, que fué aprobado en todas sus partes por el H. Consejo Universitario. El profesor de Práctica Forense, será el Director nato del Consultorio.

MAYO

Día 1º

La Facultad de Ciencias Médicas celebró sesión solemne para rendir homenaje al ilustre científico español don Santiago Ramón y Cajal, al cumplirse el primer centenario de su nacimiento. Hicieron uso de la palabra el doctor José Carrasco Arteaga, Subdecano de la Facultad en ejercicio del Decanato, el profesor doctor César Hermida Piedra y el alumno señor Guillermo Flavio Duarte. Estuvieron presentes en la ceremonia las autoridades universitarias, el personal docente y el alumnado de la Facultad.

En el mismo acto, cumpliendo una anterior resolución del Consejo Directivo, la Facultad de Ciencias Médicas descubrió en su Galeria de Decanos los óleos de los señores doctores Ignacio Malo y Luis Carlos Jaramillo, que ejercieron con lucidez su presidencia, rindiendo de esta manera un justo homenaje a la memoria del primero y a las virtudes cívicas y ciudadanas del segundo.

El doctor Malo tuvo a su cargo el Decanato en los

años 1917 y 1918 y fué eminente médico y catedrático universitario.

El doctor Luis Carlos Jaramillo, une a su actividad patriótica y política, un largo periodo de efectivo servicio a la Universidad como profesor y Decano de la Facultad, miembro de la máxima Corporación Directiva del Plantel por muchos años y Vicerrector del Instituto en la administración del Rector doctor José Peralta, época que marca un enorme paso de progreso para la Universidad.

El Subdecano doctor Carrasco, al iniciar la ceremonia, pronunció las siguientes palabras:

"Por una feliz iniciativa de una Institución de Cultura, cabalmente, de la CASA DE LA CULTURA ECUATORIANA, NUCLEO DEL AZUAY, la Universidad de Cuenca y con ella, por derecho y con deber, su Facultad de Medicina viene hoy —en esta solemne sesión— a rendir su homenaje a DON SANTIAGO RAMON Y CAJAL, la figura cimera y grandiosa de la Ciencia Española, la personalidad cumbre de la investigación biológica, que es —se diría parodiando a Gregorio Marañón— raíz y decoro no sólo de la inmortal Madre España, sino de la Humanidad toda.

Y si todo el mundo científico se dispone hoy a celebrar su centenario, con la solemnidad adecuada a su glorioso sentido, la Facultad de Medicina de nuestra Universidad, no por cumplir un simple rito, sino por unirse a esa universal deuda que las Ciencias Médicas tienen contraída con el eminente histólogo español, ha formulado un limitado pero severo programa de acción, dentro del cual han de figurar: este acto, solemnizado por vuestra generosa presencia, en el que deben ser recorridos los velos que ocultan las efigies veneradas de dos de nuestros valores médicos, los señores doctores: Ignacio Malo Tamariz, el Profesor de Anatomía, el tipo del auténtico maestro, alentado por su gran vocación de educador y cuya modestia le restó el fulgor que, acaso, otros hombres de menos eminencia tuvieron en la vida. Varón insigne, que es enseñanza perenne para la juventud, para que ella adquiera, en el estudio de la Anatomía General y Descriptiva, aquella sensibilidad analítica tan exquisita y esa pericia de observación tan notable, del maestro que conoció los

secretos trascendentes de la Morfología orgánica; y Luis Carlos Jaramillo, el viejo Maestro que aun convive con nosotros y que consagró lo mejor de su vida, con loable desinterés, a una obra científica, en su cátedra de Patología General e Interna, y social, patriótica y filantrópica, en la Dirección de Sanidad de la Zona Austral y en la Presidencia de la Cruz Roja del Azuay. Por ello es motivo de reverencia nuestra; y sus discípulos y admiradores hemos formado en torno del Maestro, fatigado por los años, un tibio y confortador ambiente de afecto y de veneración.

Vidas fecundas las de Malo y Jaramillo. Han dejado para las generaciones del presente y porvenir, el ejemplo más rotundo de lo que es una pedagogía eficaz, aquella que se realiza cuando se enseña con claridad, con sencillez y con elevación espiritual.

Porque es necesario —como ha dicho un ilustre maestro de la Medicina— que el médico eleve la jerarquía de sus funciones en la sociedad contemporánea y comprenda que ejerce una misión, más que una profesión. En la misión hay un acento de religiosidad y apostolado; en la profesión, la práctica simple de una técnica.

Dar la vida —se ha dicho— por un ideal científico: sea éste profesional, de investigación o de enseñanza. Darla, sí, porque, en maravillosa compensación, la vida que damos vuelve hacia nosotros en nuestra vida, para nuestro corazón, para nuestro espíritu, para nuestra eternidad. El que no tiene capacidad para desvivirse por un ideal científico, cualquiera que él sea, no merece ser médico ni ser hombre.

Este merecido elogio ha de hacerlo, después de breves instantes, el distinguido profesor de esta Facultad, señor doctor César Heróld Piedra; ya que a esos consagrados Maestros, a los que vivimos y a los que vendrán, Ramón y Cajal dejó la huella de su obra, el patrón, el modelo de la investigación biológica. Y, luego, una semana de conferencias sobre el sentido de los descubrimientos en el plano de la histología nerviosa, que dictarán en los Colegios Secundarios de la ciudad, distinguidos profesores y estudiantes de Medicina.

Al través de la prueba del tiempo —señores— la obra de Ramón y Cajal conserva una plenitud y una actualidad rara vez alcanzadas, sobre todo, en las ciencias biológicas, que, por su misma naturaleza, están en perpetuo trance de renovación.

Una a una se van hundiendo las concepciones científicas de los otros genios creadores; pero la de Ramón y Cajal sigue siendo, casi sin rectificación posible, la fuente necesaria para los actuales estudios de Anatomía y Patología del sistema nervioso. Esta supervivencia la explica, admirablemente, Marañón, al decir que fué obra de observación directa de los hechos, y que los hechos, cuando se han visto y se han descrito exactamente, se incorporan a la eternidad de lo creado...

En la brevedad del acto, sólo me limitaré a enumerar los maravillosos descubrimientos y los admirables estudios del insigne y sabio histólogo español. Porque, en líneas generales, los descubrimientos de Ramón y Cajal, desde el modo de terminar las fibras nerviosas en la sustancia gris, pasando por la independencia anatómica de la neurona, hasta llegar a la ley de la polarización dinámica, son conocidos de todos vosotros, médicos y estudiantes, y no sería necesario, ni oportuno, repetirlos minuciosamente y en detalle, en esta ocasión que es sólo un volver reverencial de nuestras mentes a la memoria del Hombre que engrandeció la ciencia y nació, en forma humilde, y en humilde rincón geográfico, el 1º de Mayo de 1852.

Y fué, también, sobre todo, Maestro y Profesor. Desde 1789, en que es nombrado Director de los Museos Anatómicos de la Universidad de Saragoza, hasta que obtiene la Cátedra de Anatomía en la Universidad de Valencia, en donde va a dedicarse al estudio de los tejidos vivos y, sobre todo, de esa red intrincada del tejido nervioso que, científicos contemporáneos de Ramón y Cajal, como Ranvier, Golgi, Duval, Kolliquer —quien descubre al histólogo español en Alemania—, Deiters, Gerlach, etc., no la podían describir ni reconocer en su individualidad anatómica y biológica, como lo supo hacer el más grande histólogo que fué Ramón y Cajal; con su teoría de la neurona, expuesta en una obra magistral y sin parecido en el mundo científico, su "HISTOLOGIA DEL SISTEMA NERVIOSO DEL HOMBRE Y DE LOS MAMIFEROS".

Estudios acerca de la lente del cristalino; de la estructura del cartilago; de la fibra muscular de los insectos, de los vertebrados y del hombre; de la estructura de las células epiteliales; de las leyes que rigen la morfología y las conexiones de las células nerviosas en la sustancia gris; del axon de los granos del cerebelo; de las bifur-

caciones y ramas ascendentes y descendentes de las raíces sensitivas; de las colaterales largas y cortas de los cordones de la sustancia blanca; de las terminaciones de las fibras retinianas en el lóbulo óptico; de las fibrillas colaterales de la médula espinal; del análisis de los ganglios simpáticos, etc., etc.

Ramón y Cajal fué, ante todo, un investigador científico. Ese rol espiritual superó siempre a su profesión de Médico que, sólo a instancias del padre, la abreza como un medio para ejercer una noble misión científica y patriótica. Se diría que Ramón y Cajal sentía la necesidad de elevar la jerarquía de sus funciones dentro del pobre ambiente científico que le rodeaba.

Otra faceta del sabio español, la constituye su vocación artística, germen y medio después para el triunfo de sus concepciones histológicas. La aptitud para el dibujo; en Ramón y Cajal, era asombrosa, estaba fuera de lo común; y él mismo la consideraba como uno de los elementos de su vocación de naturalista. Se ha dicho que sus esquemas, superaron a los de los experimentadores más dotados; eran sencillamente maravillosos. Y, por ello nos dice Marañón —discípulo de Ramón y Cajal— de la belleza de los diseños, rápidos y precisos, que, con tizas de colores, derrochaba cada mañana para explicar, muy temprano, su lección de histología.

Por eso el artista Sorrolla, lo retrató para la colección de Huntington, en Nueva York, resaltando su cráneo, iluminado de luz interior, sobre el fondo de una de sus estupendas representaciones murales de la textura nerviosa.

Acaso, también, porque tuvo la misma deliciosa habilidad en sus dos profesiones manuales, aprendidas por imposición de su padre, la barbería y la zapatería, ello contribuyó a esa precisión y esa delicadeza artísticas de los cortes histológicos, en su modesto laboratorio de trabajo.

También tuvo una extraordinaria afición, habilidad y competencia para la fotografía; actividad que era, se diría, como una conjugación de su amor por la ciencia y por el arte.

Otro aspecto de la obra de Ramón y Cajal es el que podría llamarse el pedagógico. Porque hay una trascendencia en la obra

pedagógica del sabio Maestro Aragonés. Porque hay que considerar la influencia directamente histológica de su obra, la que ejerció en la Medicina General y la que tuvo en la evolución de la cultura general en su mismo país. Tal fué el impulso fecundo que dió un hombre universal a la ciencia y a su movimiento renovador.

Porque, medio siglo después de Ramón y Cajal, la histología era ya una realidad gloriosa y el Maestro se había multiplicado en numerosos discípulos. Cortezo, en su libro, en 1922, hacia ya entonces, una entusiasta descripción de los seguidores de tan ilustre Maestro. No hay sino que recordar, brevemente, a esa pléyade de científicos: Salas, Calleja, Olóriz, Garcia, Izcara, Ibáñez, Bartual, del Rio Lara, Tello, Achúcaro, Sánchez, Lafora, Sacristán, del Rio Hortega, Fernando de Castro y otros.

Es natural que la insólita gloria del Maestro atraiga, con seducción, a todas las mentes escogidas que, sin ello, hubieran ejercido su profesión con lucrativa brillantez o se hubieran perdido en tanteos de investigación.

Y, por fin, la influencia de Ramón y Cajal, en otras ramas de Medicina española, es también evidente y decisiva. La Neurología y la Psiquiatría, tuvieron con Achúcaro un iniciador eficaz y valioso. Y hoy estas disciplinas tienen su más robusto desarrollo en la Madre Patria. Porque hay que reconocer que sus grandes iniciadores —Achúcaro, Gayerre, Lafora, Sacristán, Villaverde— fueron, antes que clínicos, eminentes histólogos y se formaron en la escuela del Maestro Ramón y Cajal.

Y para completar esta enumeración, basta decir que las principales escuelas de Patología Médica en España, actualmente están honradas con los nombres de Novoa Santos, Teófilo Hernando, Cañizo, Pedro y Pons, Jiménez Diaz, Bañuelos, López Ibor y varios más que no son otra cosa que derivaciones, esplendentes y modernas, de la labor y de la obra iniciada por el Ilustre Maestro español, cuyo centenario se place en celebrar hoy la Facultad de Medicina.

Acaso, en estos momentos, sólo deba dirigirme a los estudiantes de Medicina, para decirles que realcen la vida y la obra de Ramón y

Cajal. Vida y obra, que no son sino una inmensa y dilatada lección de VOLUNTAD.

En las REGLAS Y CONSEJOS, uno de sus más penetrantes libros, Ramón y Cajal, el Maestro de los Maestros, nos ha enseñado —y esto lo debéis recordar siempre— jóvenes alumnos de esta Facultad— que la gran obra científica, aun la que vaga en los sueños del principiante en sus horas de adolescente delirio, se debe mucho más que a las aptitudes excepcionales, es decir, más que el talento y el genio, a la DISCIPLINA DE LA VOLUNTAD.

Fausta hora para nosotros, los que, pacientemente, hacemos esta Facultad de Medicina, la de este Centenario glorioso. Hora propicia a una mirada abarcadora que recorra la vastedad de la labor de DON SANTIAGO RAMON Y CAJAL."

Luego el profesor doctor Hermida, inmediatamente al retiro de los pabellones Patrio y de la Universidad, que cubrían los óleos de los doctores Malo y Jaramillo, dijo:

"No de una manera insospechada, sino expresamente, el H. Consejo Directivo, con sobra de motivos, hizo que coincidiera la solemne colocación de los óleos de sus ex-Decanos, los doctores Ignacio Malo y Luis Carlos Jaramillo, con los fastos centenarios que hoy, o mejor diré, este año se conmemoran. Y si acertó en la elección de la fecha, no pasó igual con la de quien ha de representarle en este momento; sin embargo, la obligación, pero una obligación que me honra, excusa mi actuación en esta solemnidad, actuación que quiere significar una palabra de júbilo, al descubrirse estos óleos, de quienes fueron, en su respectivo tiempo, el timón orientador de los estudios, en esta ya casi centenaria Facultad de Ciencias Médicas.

Si hemos de ser sinceros con nosotros mismos; si hemos de colocar a nuestros prohombres en el puesto de gloria que se merecen; hemos de decir tal como ellos fueron, tal como en su tiempo actuaron, sin agigantarlos y sin llegar a desconocerlos con nuestra desviada descripción.

Decía yo, al hablar de algunos pasajes de la Historia Médica del Azuay, que nada solemne podemos ofrecer al visitante que hurga

nuestra vida médica comarcana; y ese concepto hemos de tener presente cuando hagamos la apología de nuestros hombres, para hallar en ellos más mérito en su actuación, con la indumentaria de la rutina provinciana.

¿Qué maravillas pudieron descubrir, en efecto, nuestras galenos? ¿Qué trabajos sorprendentes pudieron emprender? ¿Qué cambios revolucionarios pudieron iniciar, envueltos en una atmósfera bastante cerrada, de una ciudad recoleta como Cuenca, en donde, hasta muy avanzado el Siglo XX no se tuvo, ni se sintió el intercambio científico, cultural, que, indudablemente, avanza sólo sobre ruedas?

Por eso, es ya bastante, que, en el caso del Dr. Ignacio Malo, por ejemplo, cuya figura de hombre austero, vemos aquí bien definida en el lienzo, los médicos comiencen su orientación vocacional por ciencias que hasta hoy tienen la singularidad de lo abstracto y la frialdad de las definiciones rígidas, como sucede con la Anatomía, entre las ciencias morfológicas.

El nombre del Dr. Ignacio Malo, tiene interés para la Historia médica del Azuay, no sólo por él, sino porque a ese nombre va asociado el de su progenitor y el de uno de sus descendientes. Su padre, el Dr. Benigno Malo se preocupó, ya en 1849, cuando Ministro, de que los estudiantes de Medicina, hicieran los estudios, prácticamente en el Hospital, según nos cuenta el Dr. Gualberto Arcos en su "Evolución de la Medicina en el Ecuador".

No es éste el momento de hablar de tan gallarda figura azuaya; pero sí hay que hacer presente, en toda oportunidad, que todavía no se ha hecho conocer en su justa medida el valer multifásico del Dr. Benigno Malo, a quien se debe aún la fundación de nuestra Universidad.

Obtuvo el Dr. Ignacio Malo su grado Doctoral en 1882, año célebre en el doloroso viacrucis de nuestra Historia Patria, a la edad de veinte y dos años. Por lo que se sabe, siguió la misma ruta de muchos profesionales azuayos de fines del siglo pasado, trasladándose al Norte del Perú; en donde, se comprende, encontraron nuestros médicos, muy buen ambiente para su ejercicio profesional; ambiente creado, sin lugar a dudas, por la rectitud y el espíritu humanitario que siempre fué el distintivo muy honroso de la medicina azuaya.

Vuelto al país, a su ciudad natal, no quiso continuar en el ejercicio profesional. ¿Qué motivos pudieron originar tal determinación? No lo sabemos; pero probablemente eso valió para que, ingresado a la Facultad, como Profesor de Terapéutica, al principio, y de Anatomía, después, se dedicara, por entero, a su cátedra, durante tal vez más de veinte años.

Los que sabemos de la dolorosa rutina de enseñar Anatomía; los que hemos conocido el trabajo de pasarse horas enteras en la fúnebre frialdad de un Anfiteatro; los que sufrimos por la desesperante rigidez de una clase que quiere ajustarse a la estrictez de un texto; en fin, los que conocemos lo que es actuar en esta cátedra, comprendemos la virtualidad magnífica de este hombre que quiso, con paciencia benedictina, para emplear la frase común, dedicar gran parte de su vida a la enseñanza, por desgracia muy teórica de la medicina, ya que no otra cosa podía hacerse en ese entonces.

En 1917 es elegido Decano de la Facultad, cargo que lo desempeña hasta 1919. Y aun se encarga del Rectorado de la Universidad; pero él sigue con su viacrucis perpetuo, dedicado a su anatomía y sujeto a las últimas minucias del Testut. Dije viacrucis, al hablar de la enseñanza de la Anatomía; porque no otra cosa puede ser la simple enseñanza teórica de esa materia. Si ahora que procuramos, si no ser minuciosos en la descripción, compensar esa falta de detalle, con la observación directa de todo lo que es posible hacerlo macroscópicamente; si ahora, digo, es una cátedra que no halaga a muchos, qué monótona sería, cuando la mayor parte de las clases se reducía a repetir lo que dice Testut, o a hacerlo repetir a los alumnos en sus lecciones?

Mas, hay que ser justos en cierto dato histórico: Se ha dicho que en la época del Dr. Malo, nunca se hizo Dirección, no se conocieron los órganos de viso, según puede leerse en algunas crónicas que se refieren a la primera década de este siglo. Y esto no es verdad completa. Parece que, por ciertos documentos comprobatorios que hemos tenido oportunidad de observar, es en la época del Dr. Malo, que se comienza, precisamente, a hacer el estudio de Ciencias morfológicas, por la Disección; eso sí, de una manera muy imperfecta, esporádica y acaso desorganizada.

Recordemos que en la década de 1910 a 1920, década dentro de la que corresponde la actuación del Dr. Malo en el Decanato, comienza propiamente una especie de renacimiento de la Medicina azuaya; pue en esa época, llegan a Cuenca el Dr. Isidro Ayora, y los conterráneos Dr. Emiliano Crespo y Dr. David Díaz, con lo que se abre un nuevo capítulo en la evolución de la Medicina azuaya. No quiero decir que el Dr. Malo haya influido directamente en este despertar de la inquietud científica; pero la circunstancia de corresponder a esto la época de su Decanato hace que represente un hito colocado entre la medicina empírica antigua y la medicina contemporánea del Azuay, junto con quienes actuaron directamente.

Murió el Dr. Ignacio Malo el 6 de enero de 1924, a la edad de 64 años, legando entre otros bienes a la Facultad, un hijo que después morirá en aras de la ciencia: el distinguido bacteriólogo Dr. Manuel Malo Crespo.

Y ahora, con el mismo respeto con que nos hemos acercado a la figura del Dr. Malo, inclinémonos ante la otra, no menos señera, cuya personalidad ha sido respetada aún por el tiempo: la del Dr. Luis Carlos Jaramillo.

Ya en su sola actuación de Profesor de Patología por más de veinticinco años le relieves entre el personal docente de nuestra querida Facultad, llegando, por sus merecimientos, a ocupar el Decanato de ella, que lo desempeñó desde el año de 1919 hasta el de 1923. Pero sus méritos avanzan más allá que el del ejercicio de su cátedra y el del Decanato; porque su decidido afán de servir a sus conciudadanos le ha colocado en puestos directrices no menos relevantes que los anotados. Llegó a ocupar la Vicepresidencia de la Cámara de Diputados, cosa que le honra de un modo especial, si hemos de pensar cómo la política ha venido a ser tabú para nuestros profesionales, siendo así que nadie como los Profesores de Universidad, están obligados a demostrar ascendido espíritu cívico y dar ejemplo de rectitud y hombría política a las generaciones que precisamente serán más tarde, aun desde sus puestos de Profesionales, los dirigentes de los destinos del país.

El Dr. Jaramillo organizó y fundó y trabajó largos años en la CRUZ ROJA del Azuay, cuando en esta entidad se alistaban solamente

los que tenían que prestar servicios decididos, a veces pesados, pero siempre de urgencia y oportunos. Por fin, hace un año solamente se dió la prueba de un reconocimiento público a su labor, al dar su nombre al Dispensario Infantil de la actual Cruz Roja.

Y desde su puesto de primer organizador y por lo tanto fundador, podríamos decir, de la Sanidad en el Azuay, el Dr. Jaramillo desplegó actividad inusitada, que le valió muchas veces amenazas públicas, y hasta el Panóptico, por haber querido implantar medidas radicales de higiene, en una época de triste recordación.

Quiera el Dr. Luis Carlos Jaramillo, desde su sitial de no rendido trabajador, aceptar este reconocimiento público de sus múltiples merecimientos, colocando su nombre en el puesto de honor que le corresponde, por sus múltiples actividades que contará más tarde la Historia de la Medicina en el Azuay.

Pero esta oportunidad de la colocación de los retratos de dos de nuestros Decanos, para que simbólicamente presidan nuestro devenir, nos ha hecho meditar en algo más hondo y más trascendente. En efecto, algo, digo mal, mucho en este año nos dice que es hora de iniciar un verdadero renacimiento intelectual.

Observemos que en este año se conmemoran precisamente varios centenarios: el de Ramón y Cajal, el de Leonardo de Vinci y con él, el de los Reformadores del Renacimiento.

En gracia a la oportunidad de tales centenarios y a la de que hoy, precisamente, se celebra el triunfo de un Profesor de Anatomía de nuestra Facultad, recordaremos, en brevisimas palabras el papel que desempeñaron estas eminentes figuras del renacimiento en lo que a ciencias anatómicas se refiere; pues los grandes hechos de la historia, son rumbos que han de señalar la ruta a seguir, hacia la conquista de la posible y relativa perfección humana, dentro del ramo de actividad intelectual que nos corresponde.

Si hoy precisamente celebramos el centenario de Ramón y Cajal, considerado como uno de los grandes anatomistas del siglo pasado, no sólo porque la Histología no es sino un capítulo de la Anatomía, sino porque Ramón y Cajal, ante todo y cronológicamente fué ana-

tomista y uno de sus primeros triunfos académicos constituyó el nombramiento por oposición de Director del Museo Anatómico de Zaragoza, en 1879 y en 1883 la obtención de la Cátedra de Anatomía en la Universidad de Valencia; si recordamos, digo, a Ramón y Cajal, sobre quien habréis de oír en estos días lucidas conferencias, recordemos también a quienes hicieron la verdadera transformación de los estudios anatómicos y cuyos centenarios, también en cierta manera, se celebran durante estos años: Paracelso, Leonardo de Vinci, Vesalio, todos ellos dignos representantes del Renacimiento, y grande figuras médicas de fines del Siglo XV y del XVI el último.

Paracelso, precursor inmediato de Leonardo, es una especie de duende que adquiere fama y prestigio en el pueblo, más por sus estudios de Alquimia, Astrología y Ocultismo: especie de mago que no desdénaba mezclarse con la gente más baja, pero que eso mismo le dió tal preponderancia, en la masa popular, de sabio, como para poder refutar públicamente las doctrinas de Galeno, autor intocado durante más de doce siglos.

Fué un iconoclasta y un revolucionario y que encendió la chispa de la duda y de la reforma por los estudios médicos, y entre ellos, por los de la Anatomía; aun cuando él fué propiamente un químico-laboratorista, pero de esos que podía pronunciar estas palabras a sus colegas: "Yo llegaré a ser monarca y mia será la Monarquía sobre la cual he de reinar, para que tengáis que ceñiros los lomos." Sólo un violento de éstos podía ser quien, en una ocasión, quemara públicamente los libros de Galeno y Avicena. Mas, el monarca murió en la miseria y abandonado, legando eso sí a la posteridad, su espíritu combativo que bien lo aprovecharon: Leonardo de Vinci, Vesalio y Ambrosio Paré, entre otros.

Leonardo de Vinci, nacido en 1452 y muerto en 1519, es entre otras particularidades, que vosotros bien conocéis, un discreto anatomista que no se contentó con seguir rutinariamente las anotaciones de Galeno, sino que se dedicó a observar y estudiar por su cuenta la Anatomía, llegando a diseccionar, según se dice, hasta treinta cadáveres, cosa insólita para aquel entonces. No quedó órgano que no llegara a estudiar detenidamente; siendo esta la razón del elevado sitio que ocupara por sus obras escultóricas y pictóricas, sobre todo.

Leonardo de Vinci debió haber trabajado y escrito mucho durante esos descansos periódicos, si descansos pueden llamarse, de su accidentada vida; pues solamente la segunda parte de sus manuscritos consta de 120 fascículos, con más de mil dibujos, según nos enseña la Historia.

Naturalmente, que su obra de Anatomía se opacó definitivamente, ante el brillo de sus múltiples otras cualidades, de pintor, filósofo, geólogo, naturalista, arquitecto, etc., etc., que han hecho de esta figura un interesantísimo ejemplar de la auténtica genialidad.

Y ahora, Vesalio; ese sabio, artista y revolucionario a la vez, desde quien arranca la verdadera anatomía científica.

Trasladémonos unos instantes, con la imaginación, al recinto de la Universidad de Padua, a aquel recinto monacal de esa Universidad que era el centro de la sabiduría del siglo. Estamos en 1537. Entre esos claustros universitarios tiene una cátedra de Anatomía un joven de 23 años, quien solamente el día anterior ha recibido su título de Doctor en Medicina y Cirugía. El joven profesor, cosa rara, no comenta a Galeno desde su escritorio, que es, como se estilaba en esa clase en ese entonces: sobre el cadáver que tiene adelante, se permite hablar por su cuenta; se permite dudar de ciertas afirmaciones clásicas, y ¡oh atrevimiento!, se permite contradecir a Galeno, cuyas doctrinas, por sabias, habían sido intocadas por doce siglos. Los alumnos le miran con ojos de incredulidad; los viejos profesores tienen una sonrisa de burla para el fatuo y como observan que de no poner coto a tales pretensiones, la cosa agravaría, a la salida de clase le propinan una grave tunda de palos al "pretencioso", para hablar en palabras de nuestra época. Pero oíd quién era el pretencioso:

"Vesalio y su obra "De Humani Corporis Fábrica Libri Septem" representan un caso sin precedentes: El de un médico que en plena juventud escribe una obra considerada acaso como la más famosa en toda la historia de la literatura médica que abre las puertas de una nueva era al progreso de la medicina y de la investigación anatómica.

"Andrés Vesalio nació en Bruselas el 31 de Diciembre de 1514, de una familia en la que figuraban distinguidos médicos. Al interrumpir

pir sus actividades la Universidad de Paris, por las guerras franco-germanas, Vesalio retornó a Lovaina y de allí marchó a Italia residiendo primero en Venecia y después en Padua donde amplió sus estudios sobre Anatomía. El 6 de Diciembre de 1537 fué nombrado Profesor de Medicina quirúrgica y Anatomía en la Escuela de Medicina de la Universidad de Padua, centro del pensamiento renacentista.

A los cinco años siguientes, Vesalio se dedicó de modo febril a la obra que fué la culminación de su vida: el "Epítome" y la "Fábrica"...

Vesalio significa la piedra angular, el sólido edificio sobre el que los demás artifices de la Anatomía no han hecho sino poner los adornos, indispensables sí, pero ya adornos en el vasto templo de la Ciencia Anatómica.

Me he permitido recordar, en síntesis, la actuación de estos cuatro personajes, que hicieron época cada uno en su tiempo, en el estudio de las ciencias anatómicas, por celebrarse de dos de ellos el centenario de Ramón y Cajal y el cuadricentenario del De Vinci de su nacimiento, y con este último, el de sus compañeros Reformadores del Renacimiento: Paracelso y Vesalio; y con ocasión de colocar en la galería de Decanos, los retratos de dos de nuestros Protomédicos, que, con las dimensiones propias para nuestro medio, representaron, también, para sus días, la máxima figura galénica de la comarca. Y es que, según en otra ocasión tuvimos oportunidad de demostrar, el Decano de la Facultad, vino a reemplazar al antiguo Protomedicato, conferido por el Rey a determinadas ciudades de sus Colonias.

Queden, pues, esta pleyade de ilustres predecesores de la medicina contemporánea, en sus diferentes ramos, presidiendo, desde esta solemne Galería, el decurrir de las diarias faenas de nuestra vida universitaria.

Los que pasamos por esta Facultad, somos simples accidentes que podemos ser hoy y mañana no ser. Lo que perdura, lo que trasciende, es la obra de fondo, la obra que armoniza y organiza; esa desafía al tiempo; y eso hemos querido recordar al colocar los óleos de los Maestros, para que nos acompañen, desde sus puestos de honor, en el diario batallar de la vida cotidiana."

Una serie de conferencias que se dictaron en el Aula Máxima por el profesor de la Facultad de Jurisprudencia y Ciencias Sociales, doctor Agustín Cueva Tamariz; y en los Colegios de segunda enseñanza por catedráticos y alumnos de la Facultad de Ciencias Médicas, completaron el programa elaborado para conmemorar el centenario de Ramón y Cajal. En las páginas de esta entrega, la Comisión Redactora de ANALES inserta la brillante conferencia del doctor Cueva Tamariz, como un homenaje al insigne español.

Días 1 - 10

Con marcado esplendor la Federación de Estudiantes Universitarios, Filial de Cuenca, y la Asociación Escuela de Ingeniería, presididas por los estudiantes señores Blasco Alvarado V. y Enrique Altamirano, celebraron la "Semana del Estudiante" y la "Semana de Ingeniería", respectivamente. Durante el desarrollo de los programas trazados se sustentaron conferencias de carácter científico, fueron inauguradas exposiciones de arte y se llevaron a cabo eventos deportivos, concluyendo las festividades estudiantiles, con armonía y entusiasmo, en actos sociales variados y llenos de animación.

Día 12

Concluida su gestión estatal en virtud de haber declinado el elevado cargo de Ministro Secretario de Estado en la Cartera de Educación Pública, y fenecida la licencia de un año que con tal objeto le otorgara el H. Consejo Universitario, el señor doctor don Carlos Cueva Tamariz, Rector del Plantel, reasumió el ejercicio de sus funciones, con general beneplácito de la Universidad, que le fué expresado en diversas manifestaciones de sus miembros.

El doctor Cueva Tamariz, en circular dirigida a todas las autoridades universitarias, manifestó su propósito de continuar trabajando entusiastamente por el creciente progreso del Instituto y por su gloria.

El doctor Manuel María Ortiz que, como Vicerrector del Plantel, ha estado al frente de la conducción de la Universidad, en sencillo acto entregó el Despacho al doctor Cueva Tamariz, de quien recibió efusivas felicitaciones por su labor inteligente, abnegada y de efectivos rendimientos para el Instituto.

✓ Día 20

El H.-Consejo Universitario del Plantel ratificó el contrato celebrado por el señor Rector con el profesor español don Luis Fradejas Sánchez, para que completando el cuadro de profesores, preste sus servicios docentes en la Facultad de Filosofía y Letras, de reciente creación. El señor Fradejas Sánchez se incorporará a la Universidad al iniciarse el año académico de 1952-1953, en el mes de octubre venidero.

✓ Día 23

Defiriendo a la solicitud de la Sociedad de Agricultores del Azuay y Cañar, en el salón máximo del Plantel y ante una numerosa y selecta concurrencia, el profesor de la Escuela de Química y Farmacia de la Facultad de Ciencias Médicas del Plantel, doctor Alejandro Onitchenko, sustentó una importante conferencia sobre "Las nuevas posibilidades de industrialización de la caña de azúcar", palpitante tema de actualidad en el que arribó el conferencista a conclusiones de grande interés para la industria de la caña de azúcar y del austro ecuatoriano. El doctor Onitchenko fué entusiastamente aplaudido por los asistentes.

Día 24

En el aula máxima del Plantel tuvo lugar el debate científico organizado por el Seminario de Investigaciones de la Facultad de Jurisprudencia y Ciencias Sociales, que lo dirige el catedrático doctor César Andrade y Cordero, entre alumnos de la misma Facultad, sobre el tema "La Industria del sombrero de paja toquilla, debe o nó ser intervenida?"

El Tribunal estuvo integrado por el señor Rector de la Universidad, doctor don Carlos Cueva Tamariz, que lo presidia; y por los señores Decano y Subdecano de la Facultad de Jurisprudencia, doctores Luis Monsalve Pozo y César Astudillo, en su orden.

El grupo de alumnos que sostenía la afirmativa lo componían los señores Eugenio Moreno Heredia y Miguel Sarmiento; y el grupo de estudiantes que estaba por la tesis negativa lo integraban los alumnos señores Miguel Cabrera y Fausto Idrovo.

El Tribunal emitió su veredicto declarando triunfador al grupo de la afirmativa, al cual el señor Rector entregó el premio correspondiente. El galardón JOSE PERALTA, establecido por el Consejo Universitario para esta clase de certámenes, fué adjudicado al señor Miguel Cabrera, como estudiante que demostró mejores dotes oratorias en sus intervenciones.

El doctor Andrade y Cordero, Director del Seminario, hizo la presentación del acto en estos términos:

"Señor Rector, Señores Decanos, distinguida concurrencia, señores estudiantes:

En mi condición de Director del Seminario de Investigaciones de la Facultad de Jurisprudencia de esta Universidad, dignidad y función que me fueron discernidas de modo inmerecido, he tratado durante el presente año lectivo, a cuyas postrimerias estamos ya asistiendo, he tratado, digo, de hacer ciertas indagaciones acerca de las disposiciones anímicas y espontaneidad del alumnado para emprender en la verdadera labor universitaria que no es otra sino la articulación directa del hombre joven con la realidad social circundante bajo la dirección sagaz y experimentada, tino y ecuanime del elemento catedrático del Instituto y de la Facultad; y he encontrado que el estudiante universitario de Cuenca constituye elemento de confiar cuando fuerzas suscitadoras le circuyen pugnando por liberarle de esa suerte de red de prejuicios o de quehaceres paradójicamente inoperantes en que el joven se debate. Con la experiencia

acopiada por mí durante el presente año, he visto que el Universitario, ya no solamente como factor de articulación en la vida común, sino en su principal aspecto, cual es el de elemento receptivo de la docencia, es fuertemente reactivo a los estímulos que parten de los núcleos directrices de la vida estudiantil. Como que la juventud, si bien por condición natural es proclive a la disipación, es también el territorio más saludable, el más fecundo, el más dotado, para el logro de los fines permanentes de la cultura.

Desde el comienzo de mi tarea direccional de las actividades de Investigación en el Seminario de la Facultad, fué mi primer intento el despertar en los jóvenes estudiantes un anhelo de sacar a flote, a la luz de los postulados científicos, la discusión de los problemas nacionales y humanos, frente a un mundo en zozobra, a un mundo y a una patria en constante y aguda tribulación. Las grandes cuestiones sociales y políticas, tanto como las económicas y de contenido jurídico, han de ser debatidas por los hombres que por ellas se interesan. Y no es, lo sabemos bien, la multitud o el grupo amorfo, quienes han de emprender la dura labor del discrimen y el despejo de las tremendas incógnitas que confrontamos, sino el hombre de liceo, el hombre de estudio, aquel que, abandonando el gabinete en un momento decisivo, se salga a las calles, se conjugue con la humanidad atormentada, se articule con la vida en común, logre su enlace con la realidad dolorosa de la vida social, y vuelva cargado de experiencia y verdad, oliente a humanidad, como dijo Panait Istrati, para sumirse en la soledad y en el silencio del estudio, en la solemne hora mayor de la mente, hasta lograr los resultados de su elaboración en esa suerte de precipitado objetivo como son las extracciones de la doctrina, de la técnica y la operatividad que se dan en los contenidos y los enunciados del saber.

Desde distintos lugares se escucha hablar con énfasis sobre la necesidad urgente de una reforma universitaria. Inclusive un Proyecto de Ley sobre el particular, en cuya elaboración participaron autoridades universitarias, estudiantiles e intelectuales de talla como Benjamín Carrión, fué enviada a la Legislatura para su estudio y aprobación. La reforma universitaria quizás involucre —nosotros no la conocemos— el reforzamiento de la autonomía institucional y la adopción de formas que se consideren más operantes en la docencia. Algunas expresiones de ese anhelo de reforma universitaria circulan en el Ecuador y no pocas manifestaciones de nueva regulación y

cambio de sistemas existen en el mundo contemporáneo. Conocemos, por ejemplo, el llamado "Nuevo Sistema Docente" de la Universidad Nacional de Tucumán, mediante el cual se ha querido sustituir, no del todo felizmente por cierto, la conferencia magistral con el llamado "coloquio", y se emprende en la vuelta al texto, llamándolo libro básico. En definitiva, la "reforma universitaria" de Tucumán a mi modo de ver no toma los aspectos sustanciales de la docencia sino establece una sustitución de rótulos, llamando "equipo" al cuerpo docente; Instituto, a la Facultad; "Entrevista", a la "Clase o Conferencia"; "clases de síntesis y coordinación" a los cursillos que corresponden a actividades semejantes a las de nuestro seminario donde, en cambio, se vuelve a introducir la conferencia magistral. En suma, una recíproca sustitución de nombres, no puede entrañar una verdadera reforma universitaria en el sentido estricto del término. Revisar un tipo de docencia; rehacer una ley; recomponer unos estatutos, quitando algo para poner algo que se considera mejor y luego publicar un fascículo o dejarlo escrito en los anales de la Universidad, no es, de ninguna manera, emprender en la realidad operante de esa reforma. De ahí es que no nos alarme demasiado —y esto no es subestimar la calidad de la ley que se trata de dictar en el Ecuador— el que la reforma universitaria se halle en periodo de reposo hasta encontrar nueva oportunidad. Consideramos que la reforma universitaria ecuatoriana, en cuyo propósito han intervenido altos representantes del pensamiento, de la actividad cultural y de la docencia pública, es un anhelo puro de las juventudes y de los bien inspirados catedráticos. Pero no dejaremos de observar que es aspecto primordial de dicha reforma, en caso de querer operarla, la reactivación del ánimo estudiantil, la coordinación decisiva de actividades entre profesores y alumnos; la conjugación de sus problemas y el anhelo vivo de resolverlos; la participación directa del estudiante en la dolorosa y fatigada tarea del Profesor, recapacitando en que sólo así podrá capitalizar su futuro. La obra mancomunada de unos y otros, elimina el grueso fardo de las palabras inútiles. Y la Universidad, lejos de ser un pasatiempo y un reducto de haraganería distinguida, si de tal podemos calificar la matrícula y el abandono de la pudicia espiritual a las clases adormiladas que a veces se escuchan; la Universidad, repito, llegaría a constituir ese vehículo de la Patria, esa expresión de la Patria, ese torrente circulatorio de la Patria, esa morfología misma de la Patria, que todos anhelan en este mismo momento en los distintos lugares del Globo terrestre.

A la verdad, en nuestro Plantel Universitario, como en los de todo el mundo, se dan los hombres tocados de pudor y ambición espiritual, y con ellos hay que contar. Una pequeña pulsación a sus deseos, a sus propósitos, nos deja observar que ellos son reactivos y anhelan traer a la Universidad el ritmo y la palpación de la vida nacional y llevar de ella la sugerencia oportuna, la receta idónea, el postulado hacederero, la conclusión cargada de utilidad actualista y de valor universal. Una consulta al ánimo estudiantil, reacio a veces, temeroso en otras, en nuestra Universidad, nos deja la indicación de que la reforma universitaria que se impone, no es precisamente la que va a quedar escrita en leyes que se arrinconan, sino la que ha de ser fijada en la historia de las Facultades merced al celo reciproco, a la familiaridad comprensiva y respetuosa entre profesores y alumnos en la aplicación de los programas, en el reflote de las iniciativas, en la reformación del alma estudiantil que es inmensamente fecunda y dúctil cuando la sabiduría de las Autoridades Universitarias y la diafanidad espontánea de los maestros acuerdan la conducta docente y verifican sus valores.

La Benemérita Universidad de Cuenca y su Facultad de Jurisprudencia, el Honorable Consejo Universitario y el Consejo Directivo de la Facultad; el Rectorado del Plantel tanto como el Decanato y Subdecanato de la Facultad, sabiamente animados por estos propósitos de colaboración y hábil comando de la vida estudiantil, se han dignado prestar todo género de apoyo a la Dirección del Seminario de Investigaciones que inmerecidamente se me ha encargado, en todo cuanto sea referente a estos propósitos de articulación efectiva del sistema docente con lo sensible social, con la realidad circundante de la Patria.

Las actividades de investigación del presente año han sido provechosas y eficaces, a la vez que tesoneras. Corresponde, pues, a esta sección de la Facultad de Jurisprudencia la organización del debate que tendrá lugar después de pocos momentos; debate que sólo ha podido realizarse, conforme lo repito ahincadamente, gracias al apoyo de la Benemérita Autoridad Universitaria. Constituye, pues, esta actividad una demostración de cómo se intravitaliza la modalidad institucional académica, con el acervo de cuestiones a debatirse, en la innúmera cantidad de problemas de nuestro país. Constituye también una demostración de cómo, frente a unas autoridades univer-

sitarias como las que rigen en buenahora la vida del plantel, y frente a un estudiantado pundonoroso, que sólo precisa saberlo despertar y encaminarlo debidamente, la verdadera reforma universitaria radica exclusivamente en los aspectos operativos del quehacer cultural y de las actuaciones de Facultad.

La Dirección del Seminario de Investigaciones de la Facultad de Jurisprudencia quiere destacar, significativamente, que gracias al bienhechor auxilio de la Máxima Autoridad Universitaria, y de la Superioridad Docente de la Facultad, se ha logrado operar el debate que presenciaremos, al cabo de doce años; siendo ésta, en verdad, la primera vez en que se adjudicará el premio "José Peralta", creado por resolución expresa del H. Consejo Universitario hace ya algunos años, para concursos estudiantiles; concursos que, no obstante haber sido convocados oportunamente, no se llegaron a verificar. Es, pues, ésta la prueba más clara de cómo la intravitalidad del universitarismo es una exigencia incontrovertible, cuando Rectores como el distinguido educador e ilustre intelectual doctor Cueva Tamariz, Decanos como el sobresaliente Profesor señor doctor Luis Monsalve Pozo, sociólogo de nota y escritor de aquilatados méritos, toman sobre sí este género de empresas. Vaya para ellos el agradecimiento público de la Dirección del Seminario que inmerecidamente desempeña; y vaya también a todo el estudiantado de la Facultad y de un modo especial para los jóvenes participantes en esta discusión, la más expresiva enhorabuena. La voluntad y la alta disposición de ánimo demostrada por estos alumnos para la verificación de esta competencia, abarca inclusive el deseo de colaborar, no obstante lo difícil de la tesis negativa a sostenerse, en los propósitos dialécticos y de simple docencia. Al celebrar esta fecha magna de la Libertad, no puede prescindirse de hablar, primordialmente, sobre la única libertad propiamente dicha, cual es la libertad económica; la palabra universitaria, tratando de dar su aporte a la solución del problema del toquilla, que es achaque endémico de nuestra región, logre, pues, prestar su aporte valioso, al cuestionar tan grave como indeclinable realidad.

Willy, un personaje del gran dramaturgo Arthur Miller en su obra "La Muerte de Un Viajante", en momentos culminantes decíale a su interlocutor: "Imaginate... Trabajar toda una vida para comprar una casa. Finalmente alcanza a ser tuya... pero no hay nadie que viva en ella..."

Esa es la peor de las realidades fallidas. Tenemos la Casa Universitaria; el problema radica en que haya quien viva en esta Casa. Vivamos en ella, al amparo de la familiar y provechosa colaboración recíproca. Vitalicemos la Universidad. Sean los estudiantes los primeros en responder. A la Universidad, para que sea tal, hay que vivirla. Hay que suprimir el aparte productor de titulados y de futuros empleados públicos; y hay que convertirla vivamente en el "vehículo de la Patria", como quiso Ortega y Gasset. Gracias."

JUNIO

Día 4

Para cumplir las disposiciones pertinentes de la Ley de Elecciones en actual vigencia, convocado por el señor Rector de la Universidad, se reunió el personal docente de todas las Facultades y Escuelas Anexas, para designar candidato por la Universidad de Cuenca para la elección del Senador Funcional por la Educación Pública que concurrirá a la próxima Legislatura, y a los delegados que integrarán el Colegio Electoral que ha de verificar, en la Capital de la República, la preindicada elección.

El señor Rector doctor don Carlos Cueva Tamariz fué nominado candidato de la Universidad por un amplísimo margen de votos; y los catedráticos doctores Gerardo Cordero y León, de la Facultad de Jurisprudencia, e Ing. Jaime Rosales Campozano, de la de Ciencias Matemáticas, delegados al Colegio Electoral.

La elección se verificó en la ciudad de Quito por sorteo entre los candidatos de las cuatro Universidades de la República, obteniendo la designación de Senador Funcional Principal el señor doctor Alfredo Pérez Guerrero, Rector de la Universidad Central, de Quito, y la primera suplencia el señor doctor Carlos Cueva Tamariz, de la Universidad de Cuenca.

✓ Día 10

LOS DOCTORES CARLOS CUEVA TAMARIZ Y MANUEL MARIA ORTIZ FUERON DESIGNADOS RECTOR Y VICERRECTOR DE LA UNIVERSIDAD PARA UN TERCER PERIODO

Convocada por el H. Consejo Universitario del Instituto, en el "Salón de los Rectores", se reunió la Asamblea Universitaria a fin de elegir Rector y Vicerrector del Plantel para el periodo de 1952 - 1956.

El estrado de la presidencia fué ocupado por el señor Rector doctor Carlos Cueva Tamariz que estuvo acompañado del señor Vicerrector doctor Manuel María Ortiz y de los Decanos de las Facultades de Jurisprudencia, Ciencias Médicas, Ciencias Matemáticas, y Filosofía y Letras, doctor Luis Monsalve Pozo, doctor Miguel Alberto Toral, Ing. Luis Iturralde B. y doctor Francisco Alvarez González, respectivamente.

Concurrió todo el personal docente y los representantes estudiantiles de las diferentes Facultades, integrándose la asamblea de la siguiente manera:

Facultad de Jurisprudencia: Profesores doctores: César Astudillo, Alejandro Peralta M., Manuel A. Corral J., Agustín Cueva Tamariz, Virgilio Astudillo, Tarquino Martínez Borrero, Gerardo Cordero León, Reinaldo Chico Peñaherrera, César Fernández Márquez, Rafael Chico Peñaherrera, César Andrade y Cordero, Antonio Borrero Vega y Roberto Aguilar. Alumnos señores: Jaime Loo Saltos, Eugenio Moreno Heredia, Francisco Tamariz Valdivieso, Alfonso Alvarado Calle y Jorge Andrade Torres.

Facultad de Ciencias Médicas: Profesores doctores: José Carrasco Arteaga, David Díaz Cueva, Emiliano J. Crespo, Luis Alberto Sojos J., Víctor Barrera Vélez, Francisco Sojos J., Julio E. Toral Vega, Virgilio Loyola García, Adolfo Enrique Vázquez, Alberto Alvarado Cobos, Hernando

Acosta Crespo, Timoleón Carrera Cobos, Eduardo Vázquez Carrión, Juan Idrovo Aguilar, César Hermida Piedra, José Joaquín Ortiz Tamariz, Ricardo Barzallo Calderón, Rodrigo Cordero Crespo, Honorato Carvallo Valdivieso, Vicente Corral Moscoso, Ricardo Montesinos González, Ricardo Muñoz Dávila, José Gabriel Moscoso Espinosa, Alejandro Onitchenko y Orlando Regalado Abad. Alumnos señores: Sergio Coellar, Nelson Raúl Samaniego, José Aguilar Maldonado, Rubén Darío Solís Cabrera, Alejandro Serrano Calarza, Efraín Vintimilla Muñoz y Jaime Maldonado Ambrosi.

Facultad de Ciencias Matemáticas y Físicas: Profesores: Ing. Arturo Ramírez Aguilar, Dr. Virgilio Salazar Orrego, Ingenieros Armando Navarrete de la Torre, Alfonso Cevallos, Marco Tulio Erazo Vallejo, Enrique Hinojosa Cobos, Ulises Sotomayor Villegas, Jaime Rosales Campozaño, Luis Enrique Loaiza Jaramillo, José Herrera Zamora, Carlos Heredia Carrión y Rafael Vélez Jaramillo. Alumnos señores: Hernán Vintimilla Ordóñez, Marco Tulio Córdova Cobos, Arturo Córdova Malo y Rodrigo Peña Andrade.

Facultad de Filosofía y Letras: Profesor doctor Gabriel Cevallos García.

De manera previa a la elección el señor Rector doctor Carlos Cueva Tamariz rindió cuenta a la Asamblea de sus labores en el periodo rectoral que concluía, en informe suscinto que, sin embargo, ponía de manifiesto la amplia y efectiva labor desarrollada para continuar la obra de progreso de la Universidad, que se destaca con caracteres luminosos desde el año 1944, en que se imprimieron nuevos y vigorosos rumbos a la marcha del Instituto, al asumir el doctor Cueva por primera ocasión el Rectorado.

Dijo el señor Rector:

✱ "Terminado este periodo rectoral es mi deber rendir a la Asamblea Universitaria la cuenta de mi actuación.

Al rendirla, prescindiré de los detalles y procuraré presentar una

impresión de conjunto, algo así como un balance de la vida de nuestra Universidad desde la segunda quincena del mes de junio de 1948 hasta el día de hoy.

La docencia de las cuatro Facultades y de las dos escuelas anexas está confiada actualmente a 80 Profesores, distribuidos de esta manera:

En la Facultad de Jurisprudencia	15
En la Facultad de Medicina	26
En la Facultad de Ciencias Matemáticas	15
En la Facultad de Filosofía y Letras	6
En el Conservatorio de Música	13
En la Escuela de Bellas Artes	5

En 1948 contábamos con 66 Profesores. El aumento de 14 corresponde:

A Ciencias Matemáticas	4
A Jurisprudencia	1
A Medicina	3
A Filosofía y Letras	6

Es preciso anotar que en este curso escolar la Facultad de Filosofía y Letras cuenta con solamente tres catedráticos en ejercicio. Los tres restantes serán nombrados para el nuevo año lectivo.

En la actualidad hay 650 estudiantes matriculados en la Universidad, en esta forma:

En la Facultad de Jurisprudencia	138
En la Facultad de Medicina	298
En la Facultad de Ciencias Matemáticas	75
En la Facultad de Filosofía y Letras	52
En el Conservatorio de Música	70
En la Escuela de Bellas Artes	17

Aparte del establecimiento de nuevas cátedras en las Facultades, este balance pone de relieve un hecho que lo estimo de trascendental importancia para la Universidad cuencana: la creación de la Facultad de Filosofía y Letras, que funciona ya desde el mes de febrero

de este año, bajo la dirección del docto catedrático español Doctor Francisco Alvarez González.

Esta Facultad, llamada a ser como el núcleo central de la Universidad, con sus cátedras de humanidades, de filosofía y de otras disciplinas destinadas a elevar el nivel de cultura del estudiante universitario y proporcionarle una visión clara de los grandes problemas de la vida y del mundo, a la vez que preparar profesores para la segunda educación, fué desde hace algunos años una constante preocupación de mi Rectorado y del H. Consejo Universitario, y su instalación la estimo como una de las más felices realizaciones de nuestra Casa de Estudios en el último año, en que estuvo regida por el benemérito Vicerrector Dr. Manuel María Ortiz.

Con pocas excepciones, los señores Profesores han presentado al Consejo Directivo de sus respectivas Facultades los programas anuales de sus asignaturas, y la enseñanza de ellas se ha realizado con sujeción a tales programas.

Para estímulo de Profesores y alumnos y en cumplimiento de normas legales y estatutarias, he realizado anualmente visitas a las clases, en compañía de los señores Decanos.

En el mes de julio de 1948, aprovechando la presencia en esta ciudad de los señores Rector y Decanos de las Facultades de la Universidad Central, el H. Consejo Universitario concluyó un Acuerdo de unificación de planes de estudios mínimos y de régimen de pases de estudiantes con aquella Universidad, al que poco después se adhirió la Universidad de Loja.

A pesar de las indudables ventajas de dicho Acuerdo para la movilización de alumnos de una a otra Universidad, últimamente fué desahuciado por la Universidad Central.

Para la eficiencia de la enseñanza superior, la cátedra requiere del auxilio del gabinete, del laboratorio, de la biblioteca. En el período de tiempo a que este informe se contrae, la Universidad ha invertido en adquisiciones permanentes para los gabinetes, laboratorios y bibliotecas la cantidad de \$ 466.603,71, distribuida así:

En los gabinetes y laboratorios de la Facultad de Medicina	\$ 196.562,04
En los gabinetes de la Facultad de Ciencias Matemáticas	„ 21.451,26
En útiles de enseñanza para otras dependencias	„ 74.535,52
En libros para la Biblioteca General	„ 42.209,54
En libros para la Biblioteca de la Facultad de Jurisprudencia	„ 52.638,87
En libros para la Facultad de Medicina	„ 51.115,91
En libros para la Facultad de Ciencias Matemáticas	„ 24.080,97
En libros para la Facultad de Filosofía y Letras	„ 4.009,60

El Seminario de Investigaciones de la Facultad de Jurisprudencia ha sufrido algunas modificaciones en su organización, como resultado de la experiencia de su funcionamiento. La investigación de problemas jurídico - sociales es obligatoria ya para los estudiantes, como lo es la preparación de la tesis previa al grado de Doctor en Jurisprudencia bajo la dirección del Seminario.

La Facultad de Medicina, con el fin de coordinar las diferentes materias de su plan de estudios, realizó un ensayo de organización de la enseñanza a base de grupos de asignaturas afines, formando verdaderos equipos de trabajo docente, bajo la dirección de un catedrático designado por sus profesores.

La Facultad de Jurisprudencia ha dedicado numerosas y fructíferas sesiones al planteamiento y al análisis de los más importantes problemas de pedagogía universitaria: pruebas de ingreso, pruebas de rendimiento, investigación científica, docencia activa, etc., etc.

La Facultad de Ciencias Matemáticas ha establecido un calendario de excursiones científicas como parte importante de la enseñanza de algunas de las asignaturas de su plan de estudios.

Como un complemento de la labor docente, a la vez que como un servicio de carácter social, la Facultad de Jurisprudencia creó en este año un Consultorio Jurídico Gratuito y reglamentó su funcionamiento.

Para ayudar a estudiantes y profesores en la adquisición de útiles de trabajo, el H. Consejo Universitario creó y reglamentó el Almacén Universitario, cuyo capital circulante es en la actualidad de \$ 102.722,71.

Además de éstas y de otras iniciativas encaminadas al mejoramiento de la enseñanza facultativa, la Universidad no ha descuidado su deber de extender sus actividades docentes y culturales fuera de sus claustros.

Numerosas conferencias públicas han sido sustentadas por catedráticos y alumnos en su Aula Máxima, honrada también por la presencia y la palabra de ilustres profesores ecuatorianos y extranjeros.

La revista oficial del Instituto, ANALES DE LA UNIVERSIDAD, se ha publicado con la mayor regularidad posible, y en ella han colaborado doctos catedráticos de todas las Facultades y también distinguidos alumnos, con ensayos de aliento.

La Facultad de Jurisprudencia fundó la revista PAGINAS DE CULTURA, cuyas entregas han sido acogidas con elogiosos comentarios en los círculos universitarios y de cultura.

Inteligentes catedráticos han publicado valiosas obras docentes en los talleres tipográficos del Plantel y han recibido por ello justiciero estímulo y reconocimiento del H. Consejo Universitario.

Las Asociaciones de estudiantes han encontrado generoso apoyo de parte del H. Consejo Universitario para sus publicaciones. La Revista de la Asociación Escuela de Odontología, el periódico PAZ de la Escuela de Derecho y PARTHENON, revista de la Asociación Escuela de Bellas Artes "Remigio Crespo Toral" han podido salir a luz mediante el entusiasmo de sus dirigentes y el apoyo de las autoridades universitarias.

Todo este conjunto de publicaciones ha sido posible gracias al notable mejoramiento de los talleres tipográficos del Plantel con la adquisición de una máquina de componer INTERTYPE, de una prensa automática y de una guillotina, cuyo costo, en conjunto, es de \$ 252.425,50.

Equipados de esta manera los talleres gráficos, han sido puestos al servicio público, con una tarifa de precios debidamente consultada, y producen ya algunos ingresos al Instituto.

Ha participado la Universidad de Cuenca en varias reuniones científicas y académicas nacionales e internacionales.

La Facultad de Ciencias Matemáticas concurreó al Segundo Congreso Bolivariano de Ingeniería que se reunió en Quito, al cual se presentaron valiosos trabajos científicos de sus profesores, aprobados y recomendados por dicho Congreso.

Tuve la señalada honra de representar a nuestra Universidad en el Primer Congreso de Universidades Latinoamericanas de Guatemala en setiembre de 1949, el cual creó la UNION DE UNIVERSIDADES LATINOAMERICANAS, entidad llamada a crear vinculos permanentes y activa colaboración entre las Universidades de nuestros pueblos, a la que está oficialmente afiliada nuestra Casa de Estudios.

En Julio de 1950, por iniciativa nuestra, se efectuó en Quito una reunión de Rectores de las Universidades ecuatorianas, en la que se formuló un proyecto de Ley de Educación Superior que fué luego sometida a conocimiento del Congreso Nacional por el Sr. Rector de la Universidad Central, Senador a la vez por la Educación Pública.

Una brillante delegación de nuestro Instituto, presidida por su Vicerrector, asistió a la Primera Conferencia de Educación Superior convocada por el Ministerio de Educación Pública en el mes de julio del año próximo pasado, en la que se trataron vitales problemas universitarios y se aprobaron conclusiones de altísimo valor para la orientación futura de nuestras Universidades.

Y, por fin, las giras estudiantiles de finalización de estudios han llevado a diferentes países de nuestra América grupos distinguidos de estudiantes, presididos por catedráticos prestigiosos, que, a la vez que han ensanchado sus conocimientos y su visión del mundo, han dejado bien puesto el nombre de nuestro Plantel en los medios universitarios visitados.

Pese a los limitadísimos medios financieros de que disponemos,

la Universidad ha prestado los auxilios necesarios a varios distinguidos profesores para que viajen al exterior para perfeccionar sus conocimientos científicos y, por ende, la enseñanza en sus respectivas cátedras.

También se ha proporcionado ayuda a distinguidos alumnos recientemente egresados de la Universidad para que sigan cursos de especialización en centros científicos suficientemente acreditados del exterior.

El crecimiento indudable de nuestro Plantel y de sus diferentes centros de enseñanza demanda un presupuesto mayor que el actual, insuficiente para la atención adecuada de las múltiples necesidades de la docencia superior.

En este aspecto de la vida universitaria es poco lo que se ha obtenido en el cuatrienio de 1948 a 1952. De la asignación fiscal de \$ 1'500.000 que tuvimos en 1948 logramos desde 1949 un pequeño aumento de \$ 300.000, que se mantuvo hasta el año de 1951. El Presupuesto del presente año nos asignó \$ 50.000 más, pero con la obligación de pagar el aporte patronal a la Caja de Pensiones, que anteriormente lo cubría el Fisco.

Mas, en los años de 1949 y de 1950 sufrimos prácticamente una rebaja de la asignación, pues el Tesoro dejó de pagar a la Universidad la considerable cantidad de \$ 263.031,08, alegando deficiencias del Presupuesto Nacional, pese a los reiterados y enérgicos reclamos de la Rectoría y del H. Consejo Universitario.

En mi condición de Ministro de Educación Pública, en junio del año próximo pasado, sometí a la Comisión Técnica de Presupuesto una proforma presupuestaria que consultaba el alza necesaria del aporte fiscal para las Universidades, especialmente para la de Cuenca que carece de otras fuentes de ingreso. Ni dicha Comisión ni el Congreso Nacional atendieron mi justo planteamiento.

El Instituto se sostiene, pues, con la insuficiente aportación estatal y con sus modestísimas entradas patrimoniales, provenientes en su mayor parte de los derechos pagados por los alumnos. Algún incremento han recibido estas entradas en estos últimos cuatro años, como puede apreciarse al hacer la comparación con el año de 1947, a saber:

Ingresos patrimoniales de 1947	\$ 90 803,50
En 1948	" 189.400,90
En 1949	" 155.101,25
En 1950	" 191.069,42
En 1951	" 208.790,52

Es imperativo un planteamiento severo al Congreso Nacional por parte de nuestro Plantel a fin de obtener una justa y equitativa elevación de la cuota del Estado en el Presupuesto Nacional, con tanta mayor razón cuanto que no contamos con impuestos especiales ni con el producto de bienes patrimoniales, como ocurre con otros Plan-teles Superiores.

Juzgo que el sostenimiento de cuatro Facultades y de los Institutos anexos no puede hacerse con menos de tres millones de su-cres anuales, consultando únicamente las necesidades fundamentales de la enseñanza superior, que cada día exige, especialmente en la Facultad de Ciencias Médicas y en la de Ciencias Matemáticas, el empleo de medios de enseñanza de elevado costo.

Intimamente relacionada con el problema del presupuesto uni-versitario está la necesidad, cada día más sentida, de construir nue-vos edificios para el funcionamiento de las Facultades y Escuelas. La Universidad adquirió ya los terrenos en los que se levantarán tales construcciones, hizo levantar los planos detallados de ellas y realizó, conforme a un Decreto Legislativo gestionado por ella misma, la venta al Fisco del actual Palacio Universitario para que sea destinado a Casa de Justicia. El precio de \$3'700.000 debió ser pagado por el Fisco en tres dividendos iguales durante los años de 1950, 1951 y 1952.

Mas, pese a los continuos reclamos y gestiones realizados para obtener el pago de esta deuda, que permitiría la iniciación de la construcción de los nuevos edificios planeados, no ha sido posible conseguirlo hasta hoy. La permanente crisis fiscal de estos últimos años y la falta de una partida presupuestaria específica a la que se pueda aplicar el egreso, han sido una valla insuperable a este respecto.

Por medio de la representación azuaya al próximo Congreso Nacional y del Senador Funcional por la Educación Pública es indis-pensable que la Universidad consiga que en el Presupuesto Nacional

para 1953 conste una partida para el pago de aquella deuda, proveniente de un contrato que lleva firma del Estado y que se concluyó precisamente en cumplimiento de una disposición legislativa.



En líneas generales, es éste el balance de cuatro años de vida de nuestra Casa de Estudios. Que hemos progresado, aunque no en la medida de nuestros anhelos, es indudable. Este progreso se debe a la obra de todos los que formamos la Universidad, profesores y estudiantes, dirigentes y dirigidos. Todos nos hemos empeñado, en la medida de nuestras responsabilidades, en elevarla y dignificarla, en todos los aspectos de su vivir.

Para concluir este breve informe, debo dejar constancia de mi agradecimiento a todos los señores profesores y a los alumnos de la Universidad por la eficaz colaboración que se han servido prestarme en el desempeño de mi cargo y por las muestras de distinción y de aprecio con que me han enaltecido. Singularizo mi gratitud para el benemérito señor Vicerrector, que presidió con singular acierto este Instituto durante mi permanencia en el Ministerio de Educación; para los señores Decanos de las Facultades; para los demás miembros del H. Consejo Universitario y para el señor Secretario General, que han colaborado conmigo y me han prestado el inapreciable concurso de sus luces y de su entusiasmo.

Una mención especial hago del abnegado personal administrativo, que se esfuerza día a día por llenar a satisfacción su deber, contribuyendo al mejoramiento de los servicios del Plantel.

Y en cuanto a mí, cualesquiera que sean las deficiencias de mi gestión rectoral, quedame la íntima satisfacción de haber entregado al servicio del Alma Mater de la juventud de mi patria mi íntegra voluntad de elevarla y engrandecerla."

Inmediatamente se procedió a la elección de Rector de la Universidad.

El señor doctor Carlos Cueva Tamariz, por una vota-

ción que sobrepasó al noventa y cinco por ciento de los miembros asistentes a la Asamblea, fué proclamado Rector para un tercer período que corresponderá a los años 1952 - 1956. La reelección del doctor Cueva Tamariz constituye una ratificación plena de la confianza en él depositada para que continúe conduciendo la Universidad por los senderos de gran superación por los que ha sabido encauzar al Instituto, bajo todos sus aspectos, y un reconocimiento espontáneo y fervoroso a su obra de dirigente máximo del Plantel, para el que ha dedicado, de manera consagrada, sus especiales dotes de maestro de la juventud y de vigorosa organización. Un prolongado aplauso de los asistentes siguió a la proclamación del doctor Cueva Tamariz como Rector y a las palabras llenas de fe en el futuro destino de la Universidad que pronunció al prestar la promesa de desempeñar sus funciones conforme a la ley, con dignidad y altura.

Se procedió luego a la designación de Vicerrector. El doctor Manuel María Ortiz, que tuvo a su cargo el ejercicio del Rectorado desde mayo de 1951 a mayo de 1952, en virtud de la licencia de que gozaba el doctor Cueva Tamariz, presentó a la Asamblea un informe de las labores desarrolladas en este período de tiempo, en los términos siguientes:

"En cumplimiento de disposiciones legales y reglamentarias y por cuanto el señor Rector del Plantel, doctor Carlos Cueva Tamariz, fuera llamado a la Capital de la República para integrar el Gobierno Nacional como Ministro Secretario de Estado en la Cartera de Educación Pública, asumió el Rectorado el 15 de Mayo de 1951.

Inmediatamente fué convocada por el señor Ministro de Educación una Conferencia Interuniversitaria en Quito, de acuerdo con la Misión Técnica de la Unesco, para tratar de fundamentales cuestiones relacionadas con la Enseñanza Superior. El Consejo Universitario en pleno y luego mediante sendas comisiones, estudió detenidamente los puntos del temario y preparó las ponencias asignadas a la Universidad de Cuenca. En representación de la Universidad hubo de trasladarme a Quito acompañado de los señores Decanos de las

Facultades, para intervenir en la Conferencia, la que tuvo magnífica realización, llegándose a conclusiones de suma importancia, que corren publicadas en la Revista del Plantel y son ya del conocimiento de los señores profesores.

La sesión inaugural revistió gran solemnidad. Concurrieron el señor Presidente Constitucional acompañado del Ministro de Educación, el Presidente de la Excelentísima Corte Suprema, el Alcalde de Quito, el Presidente de la Casa de la Cultura, y en general, todos los valores intelectuales de la Capital. Me correspondió el alto honor de ser designado para tomar la palabra a nombre de todas las universidades del país, en esta solemne sesión.

En cumplimiento de una de las resoluciones acordadas en la Conferencia Interuniversitaria, me preocupé de concluir las gestiones iniciadas por el Dr. Carlos Cueva Tamariz, para dotar al Plantel de una Facultad de Filosofía y Letras. Luego de activa correspondencia con distinguidas personalidades de España, se llegó a suscribir el contrato respectivo con el doctor Francisco Alvarez González que, en los últimos días de enero, arribó a esta ciudad.

Después de realizadas las complejas gestiones de organización, tocándole al Dr. Carlos Cueva Tamariz expedir el Acuerdo Ministerial, se inauguró solemnemente la Facultad con asistencia de las autoridades civiles y militares, presidentes de ilustres corporaciones de la ciudad, como también del señor Rector de la Universidad de Guayaquil y del Decano de la Facultad de Filosofía y Letras y Ciencias de la Educación de Quito. El señor Decano de Jurisprudencia de esta Universidad, tenía la representación de las otras Universidades. Por el mal estado del tiempo nos privamos de la concurrencia del señor Ministro de Educación y Rector de esta Universidad, Dr. Carlos Cueva Tamariz, quien traía la representación del señor Presidente Constitucional.

La creación de la nueva Facultad de Filosofía y Letras fué encomiada por la prensa nacional que fijó sus miradas en la Universidad de Cuenca. La Casa de la Cultura Ecuatoriana y otras instituciones enviaron con este motivo entusiastas felicitaciones.

La Facultad marcha en la actualidad en forma regular y con

verdadera eficacia, observándose que hay consagración al estudio, cumplimiento de las faenas escolares y entusiasmo notorio, por lo que son dignos de aplauso los distinguidos profesores fundadores de la Facultad.

Para dotarla de un personal completo y especializado se continuaron las gestiones a fin de traer los profesores que hacen falta, y el 21 de abril pasado se suscribió el respectivo contrato con el profesor Luis Fradejas Sánchez, que arribará a Cuenca en el mes de Octubre próximo, para asumir la cátedra correspondiente en la nueva Facultad.

Su indispensable biblioteca se ha iniciado ya con la adquisición de valiosas obras, entre otras con una enciclopedia completa y con todos sus apéndices al día, en 88 grandes volúmenes, valiosísima adquisición que era de imprescindible necesidad y urgencia y que en breve llegará a esta ciudad.

Gestión de suma importancia constituyó la expedición del presupuesto del Plantel para 1952. A pesar de reiteradas solicitudes que se hicieron a los legisladores y de la petición del Ministerio de Educación, constante en la proforma presupuestaria, exigiendo que se otorgue a la Universidad una asignación de cuatro millones de sucres por lo menos, no fueron atendidas nuestras exigencias; por el contrario, se le obligó a la Universidad a pagar de su propio peculio los aportes patronales a la Caja de Pensiones, para lo cual se le asignó una insignificante suma. Sin embargo, verificando algunos ahorros y equilibrando algunas partidas, se pudo no sólo elevar la remuneración de los señores profesores, sino también elevar su número, y es así como a la Facultad de Ciencias se le ha dotado de un profesor titular y otro a tiempo completo; a la Facultad de Ciencias Médicas de un profesor con obligación de dictar doce horas semanales de clase, cátedra que se confió al científico doctor Alejandro Onitchenko, cuyo regreso a la Universidad constituye para el Plantel un motivo de justa satisfacción.

Todos los Gabinetes, Bibliotecas y más Dependencias de la Universidad han tenido la debida atención, destinándose las partidas necesarias para la adquisición de valiosos instrumentales, aparatos, sustancias para trabajos prácticos, libros de última publicación, etc., etc.

La Asociación Escuela de Odontología del Azuay tuvo la gentileza de hacerme la entrega de un valioso pergamino, en que se deja constancia de su gratitud por las dotaciones y labores realizadas en pro de la Escuela de Odontología. Aprovecho la oportunidad para agradecer como se debe por tan valioso pergamino que me honra sobremanera.

El Consejo Universitario, en su constante preocupación por el adelanto del Plantel, ha continuado estructurando una eficiente legislación que garantice su normal y progresivo adelanto. Es así como se han dictado reglamentos para el otorgamiento del premio BENIGNO MALO en todas las Facultades; para el funcionamiento del gabinete NICOLAS SOJOS; para la buena marcha de la Facultad de Filosofía y Letras; del Consultorio Jurídico Gratuito de la Facultad de Jurisprudencia y para regular los trabajos de los talleres tipográficos del Plantel, además de múltiples reformas demandadas por la experiencia, que se han introducido en los diversos cuerpos de leyes universitarias de las Facultades.

Con el plausible objeto de que los catedráticos perfeccionen sus estudios en el Exterior, se han destinado las ayudas económicas necesarias para los profesores doctor Leoncio Cordero Jaramillo de la Facultad de Ciencias Médicas y de los Ingenieros Cornelio Cordero Jaramillo y Ricardo Marchán Aguirre, de la Facultad de Ciencias Matemáticas. Además se ha becado al Médico Dr. Enrique León Delgado, que debe concluir sus estudios en el presente mes, para que a continuación ocupe la beca el Dr. Rubén Cazorla Palacios. Todos los agraciados tienen la obligación de dictar cursos adicionales en su respectiva materia.

Las relaciones internacionales de la Universidad han continuado sin interrupción. La Universidad de Cuenca se adhirió al homenaje que todas las universidades del mundo rindieron a la de México con ocasión de cumplirse en setiembre último el cuarto centenario de su fundación. Las Universidades Latinoamericanas dedicaron un homenaje especial a la Universidad Azteca, en el que fué representada nuestra Universidad por el doctor Gregorio Cordero León, distinguido intelectual azuayo residente en esa capital.

Por motivos de carácter económico, la Universidad se ha excu-

sado de asistir a múltiples certámenes científicos, para los que se le ha invitado de manera especial y reiteradamente.

Dentro del aspecto cultural, esta Universidad celebró brillantemente el centenario del nacimiento del ilustre sabio español don Santiago Ramón y Cajal, mediante una conferencia sustentada por el Dr. Agustín Cueva T. y con una sesión solemne realizada por la Facultad de Ciencias Médicas, la que además desarrolló un ciclo de conferencias en una semana denominada de RAMÓN Y CAJAL y que tuvo lugar en los colegios de segunda enseñanza. La Facultad de Ciencias Médicas, con esta oportunidad, colocó en su galería de decanos los óleos de los ex-dignatarios doctores Ignacio Malo Tamariz y Luis Carlos Jaramillo.

La Revista "ANALES DE LA UNIVERSIDAD DE CUENCA" ha continuado publicándose en forma normal y, por las comunicaciones recibidas, se observa que ella tiene especial acogida en los centros intelectuales del País y del Exterior. Se han recibido en cambio valiosos canjes, como también magníficas colaboraciones que, unidas a las de los catedráticos de esta Universidad, hacen de ANALES una publicación de indudable valor.

Siguiendo la costumbre establecida en otros Centros Universitarios, se dió comienzo a la publicación de cuadernillos anexos a la Revista ANALES, y que contienen poesías seleccionadas de los vates conyunces, con el objeto de difundir su conocimiento dentro y fuera del país. El primero de ellos contiene producciones de don Remigio Crespo Toral, eximio Rector que fué de esta Universidad. Se ha procurado también prestar todo apoyo a las Escuelas Universitarias para que en los Talleres Tipográficos del Plantel hagan la publicación de Revistas o periódicos que den a conocer la eficiencia de las labores universitarias, como también para que encaucen sus ideas y procuren la superación de los alumnos. Es así como han aparecido el Nº 4 de la Revista Dental, órgano de la Asociación Escuela de Odontología; los tres primeros números del periódico PAZ, órgano de la Asociación Escuela de Derecho; el primer número de PARTHENON, órgano de la Asociación Escuela de Bellas Artes y una revista más, órgano de la Asociación Escuela de Ingeniería, que próximamente verá la luz.

Con el plausible objeto de que la clase menesterosa y el campesinado que se encuentre en litigios, no sean explotados por profesionales inescrupulosos, fué establecido por la Facultad de Jurisprudencia un Consultorio Jurídico gratuito, que serviría además para la práctica de los alumnos de los cursos superiores. La inauguración fué declarada por este Vicerrectorado en un sencillo, pero solemne acto, con la concurrencia del Presidente de la Excmá. Corte Superior y de profesores de la Facultad de Jurisprudencia.

Alumnos de las Facultades de Ciencias Matemáticas y Jurisprudencia, en giras de finalización de estudios, han visitado, los primeros, las importantes repúblicas de Venezuela, Colombia y Santo Domingo, en donde han adquirido experiencias valiosas y han estrechado relaciones con las universidades de esos progresistas países; mientras los de Jurisprudencia, con el mismo éxito, han visitado los países del sur de América.

El Rectorado suscribió un ventajoso contrato con la Empresa Cinematográfica de Cuenca, para continuar el arrendamiento del Teatro del Plantel, que constituye una apreciable fuente de ingreso para los escasos fondos del Plantel.

La Universidad hubo de defender sus derechos en una gran porción de la casa y sitios anexos de la Escuela de Medicina, que trataba de reivindicar la Conferencia de San Vicente de Paul, alegando que tales terrenos fueron cedidos, en arrendamiento únicamente, al señor doctor don Honorato Vázquez, Rector que fué de esta Universidad. Pero los intereses del Plantel quedaron incólumes, por cuanto llegó a comprobarse que la Universidad pagó el precio de adquisición de tales terrenos, y que era injusta la petición de la Conferencia de San Vicente de Paul, y así quedó terminado de hecho este litigio judicial con el que se amenazaba al Plantel.

Para terminar, me cumple agradecer a los señores Decanos y más integrantes del H. Consejo Universitario, a los señores Profesores, Secretario General y más funcionarios y a los señores alumnos representantes de las distintas Facultades. Gracias a su decidida colaboración, me ha sido dable actuar en un año de pacífica y apreciable labor. Muchas gracias señores."

Luego, por una abrumadora mayoría de votos, el señor doctor Ortiz, en acto de justicia y acierto, fué también reelegido para un tercer periodo como Vicerrector de la Universidad, prestando de inmediato, ante el señor Rector, la promesa de estilo.

Día 12

Continuando la organización de la Universidad para el periodo 1952 - 1956, el H. Consejo Universitario, a base de las ternas formuladas por las Juntas de Facultades, procedió a designar a los catedráticos cuyos periodos habían concluido.

Día 16

La "Asociación Escuela de Derecho" de la Universidad de Guayaquil, para conmemorar el cincuentenario de su fundación, convocó un Congreso de Estudiantes de Derecho de las diversas Universidades de la República, certamen que tiene el carácter de primero en los anales de la vida universitaria y que con marcado esplendor se desarrolló desde este día en el Puerto Principal. Representando a la "Asociación Escuela de Derecho" de la Facultad de Jurisprudencia de la Universidad Cuencana concurren los alumnos señores Eugenio Moreno Heredia, Alfredo Abad Gómez, Francisco Tamariz Valdivieso, Jorge Maldonado Aguilar y Luis Muñoz Falconi.

Días 25 y 26

Con general beneplácito de autoridades universitarias, profesores y alumnos, las Juntas de las Facultades de Jurisprudencia y Ciencias Médicas, cerrando el ciclo de organización de la Universidad para un nuevo periodo legal, en sesiones celebradas en estos días, confirmaron en sus funciones de Decanos de las mismas a los señores doctores Luis Monsalve Pozo y Miguel Alberto Toral L., y de Subdecanos a los señores doctores César Astudillo y José Carrasco Arteaga, en su orden.

La reelección para un nuevo periodo recaida en las personas de los distinguidos catedráticos universitarios nombrados, constituye una demostración más tanto del reconocimiento de su labor encauzada al progreso de las Facultades que presiden con abnegación y entusiasmo, como de la confianza depositada en las actuales autoridades del Plantel para que en acción coordinada y unánime sigan la conducción de la Universidad, como hasta ahora vienen haciéndolo, con acierto, capacidad y honda preocupación en pro del engrandecimiento cada día mayor de la Universidad de Cuenca.

La Facultad de Jurisprudencia eligió, además, a los catedráticos doctores Tarquino Martínez Borrero y César Fernández Márquez, para que integren el Consejo Directivo de la misma; y la de Ciencias Médicas, al profesor doctor Ricardo Montesinos González que, en junta del doctor César Hermida Piedra, que aun no concluye su periodo, componen su Consejo Directivo.

En las Facultades de Ciencias Matemáticas y Físicas y Filosofía y Letras no se han efectuado elecciones de sus dignatarios por estar éstos recientemente designados.
